ISSN—0202—1897

Literatura Soviética

NARRATIVA POESIA
CIENCIA FICCION
CRITICA LITERARIA
PARA LOS NIÑOS
LAS ARTES

● **GUEORGUI MARKOV:** "En aras del futuro"
(II parte de la novela)
● Poesía de **SHOTA NISHNIANIDZE** ● Para los niños:
"En el mundo de las piedras asombrosas"

Director

Savva Dangúlov

CONSEJO DE REDACCION:

Primer subdirector

Vladímir Mijáilov

Subdirectora

Valentina Jarkova

Secretaria responsable de Redacción

Nina Kupriyánova

Chinguiz Aitmátov
Anatoli Bróvchenkov
Yuri Dashkévich
Rasul Gamzátov
Reguina Kadúlina
Alexandr Karagánov
Alim Keshókov
Alexandr Kvásov
David Kugultínov
Igor Popov
Inna Rostóvtseva
Yuri Súrovtsev

Redactor jefe de la edición en español

Yuri Belov-Andréev

Diseño

Rimma Réznikova

En la portada:

IRINA VOROBIOVA
Noche primaveral

ЖУРНАЛ
«СОВЕТСКАЯ
ЛИТЕРАТУРА»
№ 3, 1986 г.

На испанском языке

Redacción:
Kutúzovski prospekt 1/7
Moscú 121248 URSS

LS

[453]
REVISTA MENSUAL
Publicación de la Unión
de Escritores de la URSS

3
1986

Se edita en inglés, francés, alemán, polaco, húngaro, checo y eslovaco.

LING
600
B2

SUMARIO

NARRATIVA

GUEORGUI MARKOV: *En aras del futuro* . . 3
MARGARITA ALIGUER: *El canto del ruiseñor* . 82

POESIA

EVGUENI EVTUSHENKO: *Raíces y ramas* . . . 119
SHOTA NISHNIANIDZE: *Nuestros ríos son pequeños; El buey; Sobre lo primero y lo último; ¡Qué cálido y suave está el guijo! El aguacero y mi vecinita* 121

NOTAS PERIODISTICAS

MIJAIL ALEXEEV: *Para el bien del hombre* . . 127

EL HOMBRE Y LA EPOCA

RAISA AJMATOVA: *"En nombre de las montañesas..."* 131

CRITICA LITERARIA

IGOR MOTIASHOV: *Responsabilidad por el mañana* 136

FECHAS MEMORABLES

Para el 75 aniversario del nacimiento de Galina Nikoláeva

Recordando a Galina Nikoláeva 142
KONSTANTIN SIMONOV: *Una escritora de talento* 143

SERGUEI ANTONOV: *Una palabra sobre una verdadera persona* 144

CONOCERSE MEJOR UNOS A OTROS

BORIS NIKOLSKI: *Un huésped de Georgia, o hablando un poco de la libertad de creación* . . 147
VERA KUTEISCHIKOVA: *Inicios de las relaciones culturales entre América Latina y Rusia* 154

LAS ARTES

TATIANA IRININA: *Los tesoros de Adigueya* . . 164
YURI GUERCHUK: *El espacio de Favorski* . . 170

PARA LOS NIÑOS

EVGUENI BORISOV, IRINA PIATNOVA: *En el mundo de las piedras asombrosas* 182

PARA LOS QUE ESTUDIAN EL RUSO

VICTOR KLIUEV: *Por qué se agita así el centeno* 188

© "Literatura Soviética", 1986

NARRATIVA

Gueorgui Márkov

En aras del futuro

Segunda parte

Sofrónnikov iba para los sesenta y siete. Apareció en Séverni sin que lo hubiera llamado nadie y expresó el deseo de hablar personalmente con el jefe de la expedición geofísica. Kanátchikov había cumplido aquel año los treinta y cuatro y, cuando Sofrónnikov entró en su despacho, tuvo la impresión de que súbita e inesperadamente había irrumpido allí el siglo anterior.

– Envíeme al cuadrado. No le dejaré en mal lugar –declaró Sofrónnikov, clavando sus punzantes y pequeños ojos en el jefe de la expedición.

Kanátchikov hojeó el curriculum vitae de Sofrónnikov, que le había dado la secretaria, y dijo, con leve sonrisa:

– ¿Estás en tus cabales, padre? ¿Te imaginas lo que es el cuadrado? ¿Y si hay que saltar con paracaídas o bajar por una cuerda desde un helicóptero suspendido? ¿Qué, en tal caso? Puedo admitirte de guardián en el almacén, pero en el cuadrado, ¡ni hablar!

– Espera, no te apresures, buen hombre. Escucha primero quién soy, qué puedo hacer y por qué he venido a verte. Sentémonos.

Sofrónnikov se dejó caer en una silla. Kanátchikov se disponía a gritarle al viejo que no tenía tiempo para badajear en su compañía, pero lo miró, vio su huesudo corpachón, las manos anchas como palas, la barba, que le llegaba al pecho, y los ojos que le perforaban el semblante como si fueran taladros, y se sentó obedientemente en su sillón.

– Venga, pero sé breve. Dentro de media hora hay reunión sin-

El comienzo de la novela se publicó en el n. 4 de 1982.
El artículo dedicado a la obra de Gueorgui Márkov, véase en la sección "Crítica Literaria".

dical en el club –dijo Kanátchikov, lanzó una mirada al reloj, que colgaba en un paño de la pared, y se reclinó en el respaldo del sillón con el sombrío aspecto de una persona condenada a perder el tiempo en tonterías.

– ¿Sabes algo del terremoto en el Archipiélago Indonesio? Fue hace unos años.

– Sí, algo oí. Como geofísico, siento por los terremotos un interés profesional.

– Bien. Eso es bueno. ¿Has oído hablar del tsunami del Pacífico? Sí, sí, el tsunami que inundó el Japón y muchas otras islas del océano.

– Eso también lo sé.

– Pues bien, escucha. Yo predije esas calamidades. De no ser por mi advertencia, habrían podido causar daños mucho mayores.

– Espera, espera. ¿Estás en tu sano juicio, viejo? ¿O crees que no tengo que hacer otra cosa que escuchar tus cuentos?

El viejo se acarició gravemente la barba y dejó escapar una larga risotada.

– ¡Lo que me figuraba! Sin un papel con firma y sello no convences a nadie. Tal es el estilo de todos nuestros jefes. De ser así, Sofrónnikov guarda todos los papeles necesarios.

El viejo se desabrochó la blusa de lona y de lo hondo de su atuendo sacó una brillante cartera a rayas. La abrió cuidadosamente y extrajo una gruesa hoja de papel plegada en cuatro, que tendió a Kanátchikov, diciéndole:

– Toma, lee, buen hombre.

Al ver, con mirada rápida, la firma y el sello, Kanátchikov se incorporó a medias en su crujiente sillón, hecho de prisa y corriendo por artífices locales. El contenido del papel era corto, pero absolutamente claro. En él se agradecía al camarada Sofrónnikov haber advertido oportunamente que se avecinaban calamidades naturales, lo que brindó la posibilidad de ponerlo en conocimiento de los países colindantes y otros.

– ¿Qué es usted, un gran científico adivino o un autodidacto fantaseador que, casualmente, tuvo suerte? –dijo Kanátchikov, tratando de usted al anciano y penetrándose de respeto, al releer el papel.

– Podría contarte quién soy. Pero tú tienes prisa –el viejo se sonrió irónico–, te falta tiempo.

– ¡Al cuerno la reunión! –exclamó Kanátchikov, descargando un manotazo en el aire y llamó a la secretaria–. Llama, Natasha, al comité sindical y di que me retraso un poco. Di que tengo una visita muy importante... de la capital de la provincia; no, mejor será que digas que viene del centro...

– ¡Eso es, eso es! Ahora veo que enfocas las cosas como corresponde a un buen amo –aprobó el viejo, brillantes y alegres sus ojuelos.

Cuando la puerta, revestida de piel artificial, se cerró tras la secretaria, que había cruzado el despacho con la ligereza de una policroma mariposa, Kanátchikov volvió a reclinarse en el respaldo del sillón, presto a escuchar a Sofrónnikov.

– Dos cosas, camarada jefe, me interesan toda la vida –dijo Sofrónnikov tras un corto silencio–. Una es el sol, y la otra, la tierra. Que la tierra depende del sol lo saben hasta los chicos que van a la escuela. El día y la noche, el verano y el invierno, la calma y el viento, todo está vinculado con el sol. Sin embargo, el hombre no sabe lo bastante de la dependencia de la tierra respecto de sol. La ciencia estudia muchas cosas: el origen del Universo, su estructura, la evolución del mundo. Yo me ocupo de una vertiente más concreta: de la influencia del sol sobre la vida de la tierra. Miro el cielo, pero escucho la tierra, pienso en la gente. Unos me llaman diletante, estrafalario, ignorante e incluso charlatán, y otros, genial adivino de los secretos de la naturaleza. Unos y otros no son gente de filas. Se trata de profesores y académicos. Unos rechazan mis trabajos de la primera letra a la última, y otros se encogen impotentes de hombros ante lo inesperado de mis conclusiones.

– Por mi curriculum vitae habrás podido comprender, camarada jefe, que no soy un autodidacto, sino un ingeniero diplomado. Discípulo de profesores cuyos nombres se escriben con letras de oro. A lo largo de mis cuarenta y tres años de trabajo he atesorado una experiencia que otros no acumulan ni en cien. Fui geólogo, geodesta, trabajé en grupos geodésicos y en expediciones geográficas. Participé en peritajes para apreciar el valor de yacimientos de minerales, pasé varios años navegando, para estudiar el régimen de los mares y los océanos. Luego dirigí puntos meteorológicos de control en el Norte y en el Sur, observé la forma-

ción del tiempo en los montes y en las llanuras... En los intervalos entre esas ocupaciones trabajé en laboratorios de complejos metalúrgicos, para calar en las leyes de las aleaciones... Y, para solaz del alma, me dediqué desde la juventud a la astronomía... al sol... concretamente, al sol...

– ¿Tuvo que ver con la geofísica? Nosotros somos una expedición geofísica, con un objetivo concreto –lo interrumpió Kanátchikov, pensando: "¿Qué clase de hombre es? No se puede decir de él nada malo, razona inteligentemente, con lógica. Seguramente se trata de una persona original... de un buscador... de un investigador innato, ¡y qué méritos tan grandes tiene ante el país! No le habrán dado las gracias simplemente porque sí".

– ¡Cómo que no! Se ve que no ha leído con atención mi curriculum vitae. Ahí se dice que pasé dos temporadas en expediciones geofísicas en los yacimientos de gas de Urengói...

– Sí, sí, recuerdo... Eso pone.

– Hace poco me jubilé. Soy pájaro libre. Otros, a mis años, ansían descansar. Pero, para mí, ese cacareado descanso es como una puñalada. Sé que, si dejo de trabajar, me llegará el fin. Con tanta mayor razón por cuanto hay todavía secretos que me atraen toda la vida como un imán...

– ¿No tiene usted familia?

– Ahora no la tengo, pero fui padre de muchos hijos. Tres hijas y cuatro hijos. Y todos son geólogos y geólogas. Todos son padres y madres desde hace tiempo. A mi mujer la vida no le fue fácil, por ser yo tan culo de mal asiento. Se murió... Que la tierra le sea leve... ¿Para qué necesita saber todo esto?

– Perdone. Pero ¿qué le ha movido a venir aquí y a pedir que lo incluya en el grupo que va a ir al cuadrado?

– ¡Ay, buen hombre! Eso no se puede explicar en dos palabras. Le ruego que me crea. Simplemente que me crea, como una persona cree a otra. Menoscabo no causaré ninguno, y si hay suerte, todo el éxito será común. No persigo ningún fin egoísta. No necesito ni una casa con techumbre metálica ni una vaca con su ternero... Ya es tarde para adquirir bienes. Toda la vida huí de ellos, para no ser esclavo de las cosas.

Sofrónnikov se acarició su luenga barba y puso una mirada impaciente en el jefe. "¡Te da miedo! ¡Con lo joven que eres! Debes arriesgar. El riesgo es suerte de las personas verdaderamente jóvenes. Jóvenes de alma", decía aquella mirada.

– ¿Qué querría ser aquí? –preguntó Kanátchikov, sopesando una y otra vez todas las circunstancias y aparentando que Sofrónnikov no le había dicho nada del particular. El viejo le gustaba, y su simpatía iba en aumento a cada instante. Había en él algo que atraía. ¿Tal vez su sencillez, su franqueza, su veracidad? "Le ruego que me crea", sonaban en sus oídos las palabras del anciano, dichas con suma sinceridad.

– Quiero, camarada jefe, que me nombres dirigente del grupo –dijo Sofrónnikov y bajó la mirada de sus punzantes ojos, sin poder soportar el peso de la espera.

– ¿No puede ocurrir que vaya a la taigá, se dedique a sus secretos y no haga ningún caso del plan? El grupo tiene un plan, y el plan es ley. ¡Hay que cumplirlo aunque se reviente!

Kanátchikov seguía titubeando. No había exagerado al hablar del plan. La prospección en aquella zona de Siberia se hacía con carácter urgente y se controlaba con todo rigor. Desde Moscú, desde Sinegorsk... desde el ministerio, desde la dirección, desde el trust y, sobre todo, desde el comité regional. Hacía poco habían tenido una reunión en el regional, y Sóbolev, el primer secretario, había dicho que las obras no se podían suplantar con palabras rimbombantes. Sinegorie* era todavía un arca bajo siete llaves. Había que abrirla. Y eso únicamente podían hacerlo personas intrépidas, tenaces y con espíritu de iniciativa. ¡Abajo la indiferencia y los temores! Y añadió, mirando rigurosamente de soslayo a la sala, que el buró del regional le había facultado a él personalmente para que siguiera el curso de la prospección, y no regatearía esfuerzo. De él se exigiría, pero él exigiría también de quien fuera necesario. Que nadie confiara en que olvidaría lo que se le había encomendado o que le faltaría el tiempo. Tales cálculos eran vanos, dada la importancia estatal de la obra iniciada.

Callaban. Cada uno pensaba en lo suyo: Sofrónnikov comprendía que el jefe no se hacía de ninguna de las maneras el ánimo de sobreponerse a sus titubeos. Tenía pleno fundamento para negarse a satisfacer la petición... Los grupos de la expedición no habían sido completados, se necesitaba mucha gente, sobre todo gente con experiencia, especialistas, pero la edad... Si sucedía algún percance en la taigá, empezarían a pedirle cuentas con tanto rigor, que desearía que se lo tragara la tierra. ¿A dónde miraba el jefe de la expedición? ¿Por qué había asumido aquel riesgo? ¿Con quién lo había acordado?

Sofrónnikov se había preparado para exponer su variante de reserva: "Bien, el diablo te lleve, ya que no quieres, no me admitas, pero ponme a trabajar lo más cerca posible de los grupos, para que pueda ir con frecuencia a la taigá. Comprende, se trata de algo que nadie va a hacer, de no ser yo. El sueño de mi juventud, es más, el sueño de tres generaciones de Sofrónnikov. ¿Será posible que no accedas?"

– Mire, camarada Sofrónnikov, ¿cuáles son su nombre y patronímico? –dijo Kanátchikov, y descargó una palmada en el tablero de la mesa.

– Serguéi Egórovich –se apresuró a apuntar Sofrónnikov.

– Mire, Serguéi Egórovich, lo incluyo en la expedición y lo enviaré a uno de los grupos. Pero acordemos un pequeño secreto. Para que mis colaboradores más cercanos no conjeturen cómo y por qué lo admito, teniendo la edad que tiene, diremos a todos que no ha venido de por sí, sino enviado por el trust. Vivió aquí, participó antes en expediciones descriptivas... Es un entendido, un gran especialista, tiene méritos, y los años no son óbice para que goce de buena salud. ¿De acuerdo?

* Región de Sinegorsk.

Kanátchikov miró fijamente al anciano, que se levantó, acariciando su luenga barba. "¡Me ha comprendido! ¡Me ha comprendido en fin de cuentas! ¡Ha calado!"

– ¡De acuerdo! ¡Y lo principal es que casi responde a la verdad! –sacudió su poblada cabeza Sofrónnikov.

– Bien, ahora tengo que ir a la reunión, y usted, Serguéi Egórovich, vaya al hotel, allí le encontrarán sitio.

En el año 1901 se inauguró en Sinegorsk el Instituo Politécnico. Aunque las obras duraron mucho, lo construyeron como era debido, con grandes pabellones provistos de instalaciones especiales, una gran biblioteca, laboratorios e incluso talleres para prácticas de ingeniería.

El tendido del transiberiano brindó al capitalismo ruso nuevas posibilidades de potenciar las riquezas de la vasta región. Para que tal actividad, prometedora de ganancias inauditas, pudiera ser fructuosa, se requería gente instruida. El Politécnico surgió como un imperativo de la época, como una prescripción ineludible de la historia del Estado ruso.

En la época en que se desplegaron las obras, el abuelo de Serguéi Sofrónnikov, Egor Egórovich Sofrónnikov, trabajaba de peón para el comerciante Golovachov, que se dedicaba al trajín. Los carros del comerciante llevaban de Irkutsk a Moscú enormes partidas de té compradas en China por mercaderes rusos. A veces, Egor Egórovich iba con alguna caravana hasta las tierras de Narim. Por pescado. El comerciante tenía en Sinegorsk pescaderías.

Acompañar las caravanas no era trabajo fácil. Dondequiera que se pusiese la mirada, se veían espacios infinitos. El viaje a Moscú, ida y vuelta, llevaba más de tres meses; en ir a Irkutsk y regresar se invertían siete semanas; incluso para ir a Narim se requerían dos semanas, una hasta allí y otra para retornar.

A Moscú iban a veces por la primera nieve y volvían atrás casi a la primavera. El sol calentaba ya los montículos, y negreaban los nevados lomos de los cerros, recordando que se avecinaba el fin del invierno.

En el largo viaje por carretera ocurría de todo: enfermaban los carreros, reventaban por el esfuezo los caballos y asaltaban las caravanas bandoleros, robando los bienes del amo. Había que empuñar hachas y palos, no sólo para defender la caravana, sino también la propia vida.

Egor Egórovich Sofrónnikov era un mozo muy fuerte y muy valiente. Se las arreglaba para dar de comer y de beber a las bestias, vigilar la mercancía y acudir a veladas en las grandes aldeas de la carretera, donde se entretenía con las mozas, a las que era muy aficionado.

Después de cinco años de trajín, Egor se cansó y dijo al amo que no iba más. Por el entonces recorrió toda la comarca la noticia, conturbando a los mozos sin hacienda y a los mujiks sin tierra, de que el fisco invitaba a carpinteros, albañiles, estufistas, herreros, cerrajeros y torneros para levantar la Universidad, cinco pabellones, ni más ni menos. Pronto se puso en claro que aceptaban también a los que no sabían hacer nada. Los necesitaban, se decía, para acarrear pesos –hierro, arcilla y vigas–, hasta que aprendieran de los maestros uno u otro oficio...

A Egor lo aceptaron gustosamente: era un mozo recio, ágil y listo. Los maestros le echaron el ojo y se lo disputaban. Pero Egor, que no se chupaba el dedo, observaba también a los maestros, para ver cuál era más bondadoso, de manos más sabias y más sencillo en el trato.

Eligió Egor para que le enseñara el oficio al herrero Dormidont Kosoglázov. Hombre muy callado –soltaba las palabras tan parcamente como si cada una fuera un rublo oro–, era, en compensación, de buen natural y conocía su oficio como pocos.

Al cabo de un año, Egor Egórovich trabajaba ya en la fragua independientemente. El maestro alababa al aprendiz como si fuera un precioso hallazgo.

Cuando se hubo levantado los talleres para las prácticas de ingeniería y se montó en ellos una fundición, Dormidont y su oficial pasaron a ella. Al principio infundía temor. El enorme horno de ladrillo refractario ardía como las calderas del infierno, y el metal fundido fluía, abrasando con su calor y sus chispas, y llenaba hasta los bordes los moldes de arcilla que hacía el moldeador. Luego, aquellos encajes metálicos serían tramos de la verja del parque de la Universidad, apoyarían los techos en los vanos de las puertas de las aulas y los laboratorios y adornarían los pilares de las anchas escaleras.

El Instituto Politécnico impulsó la fundición en la ciudad. Los primeros que reaccionaron fueron los santos padres: "¿Se podía consentir que los templos mejores y más lujosos cedieran ante los edificios seglares por su vista y majestad?" La fundición no podía dar abasto a los pedidos. Los comerciantes siguieron el mismo camino, para no quedar a la zaga de la Universidad, el Politécnico y la Iglesia. Las vallas de madera de las propiedades de los comerciantes fueron a parar a la hoguera, y su lugar lo ocuparon verjas metálicas.

La Duma urbana salió también de su letargo. Caravanas de carros cargados de piezas de fundición rodaron hacia el cementerio, hacia el edificio de la Asamblea Social, hacia los embarcaderos y hacia los puentes que cruzaban el Uraika.

La fundición no apagaba los hornos ni de día ni de noche. Pero el maestro principal ya no era en ella Karl Karlovich, un fundidor llegado de Alemania, ni Dormidont Kosoglázov, sino Egor Egórovich Sofrónnikov. Karl Karlovich había regresado a su patria con los bolsillos bien repletos, y Dormidont murió de repente junto al horno, encendido, sin haber podido llegar a la isba de sus padres.

Precisamente cuando se daba los últimos toques al interior de los pabellones y se exigía de la fundición que produjera multitud de instrumentos y escuadras para los despachos de los profesores, las salas del museo, las bibliotecas y las cámaras para los experimentos, apareció junto a los hornos otro Sofrónnikov, hijo

de Egor Egórovich. El chico, tocayo del padre, tenía entonces dieciséis años.

Quiso la suerte que por aquellos días llegara a Sinegorsk de San Petersburgo el famoso profesor Vadim Pávlovich Rúsov. ¡Interesante persona! Descendiente de aristócratas de rancio abolengo, se había hecho célebre por sus trabajos científicos en todo el imperio Ruso y allende sus fronteras, y su modo de proceder parecía al de Pedro I: se metía en todos los agujeros. De noche y, a veces, a las tantas de la madrugada, aparecía por los laboratorios y por los talleres. Y la fundición lo atraía más que nada. Consideraba personas a los trabajadores sencillos, le gustaba observar su trabajo, hablaba con ellos de esto y lo de más allá, apuntaba cómo se debía hacer una y otra cosa y él mismo aprendía gustoso de los obreros lo que no sabía. Decía sinceramente, como si se estuviera confesando, en presencia de todos:

– ¡Ay, demonios! ¡Fíjate cómo se hace! –y se reprochaba irritado–: ¡No está bien, señor profesor, no conocer tales cosas! ¡Qué vergüenza!

El profesor apreciaba a Egor Egórovich Sofrónnikov por su habilidad en el trabajo, y a Egorka le tomó cariño apenas lo vio, adivinando sus dotes naturales.

– Mira, Egor Egórovich, deja que el chico trabaje conmigo. Necesito un empleado en la cátedra. Puedes estar bien seguro de que no le enseñaré nada malo ni le causaré menoscabo alguno –dijo Rúsov al fundidor.

Egor Egórovich no se opuso. Egorka era todavía demasiado joven para trabajar en la fundición: ¿qué fuerza podía tener un chico de dieciséis años? Egorka gimoteó, pues no quería separarse del padre, pero el profesor lo cautivó hablándole del trabajo, enigmático y deseado, que lo esperaba.

– Tú, Egorka, no te apenes –dijo el profesor–. En cuanto hayamos equipado los gabinetes y los laboratorios, nos iremos a viajar. ¿A santo de qué vas a achicharrarte junto al horno?

A Egorka se le encendieron las mejillas y le brillaron los ojos. Esperaba el chico la decisión de su padre. Este, por lo visto, recordó sus andanzas por el mundo. Aunque era dura la vida del trajinante, tenía un lado bueno: no se pasaban dos días seguidos en un mismo sitio. ¡Cuánta tierra había recorrido! ¡Cuántas ciudades y cuántos pueblos había visto! ¡Cuántos sucedidos y trolas le había contado la gente!

– Ve, hijito, sirve al profesor. Puede que la suerte te sea más benigna –dijo Egor Egórovich, y se despidió del hijo, abrazándolo cariñosamente y envolviéndolo en el subido calor del horno y el penetrante olor del hierro hirviente.

Para Egorka empezó una nueva vida. El profesor cumplió su palabra en lo referente a los viajes. Primero, cierto es, pasaron dos veranos seguidos no muy lejos de la ciudad, excavando en la escarpada orilla del río. Removían la tierra unos paleros. Egorka se hallaba siempre al lado del profesor, y ya le tendía una pala o un puntero, ya le acercaba una mesita con un juego de cristales de aumento. Egorka no comprendía qué era lo que el profesor

buscaba ni por qué lo mismo los días de calor que los de lluvia los pasaba en las torrenteras. Pero un día, los paleros encontraron bajo una densa capa de arcilla azulosa unas aristadas piedras gris-castaño. Sonaron ruidosas las palas, y las afiladas barras arrancaron chispas.

– ¡Alto! –rugió el profesor y se precipitó hacia el hoyo que los paleros habían abierto en la orilla.

El profesor estuvo observando largo tiempo y como encantado las piedras aquellas, cuyas puntas sobresalían de la tierra. Las golpeteaba con un martillo, intentaba partirlas con el puntero, las rociaba con un mordiente líquido que tenía en una botella, palpaba con los dedos las esquirlas, les daba vueltas ante sus narices y las miraba con lupa. Por fin se levantó –trabajaba de rodillas–, se sacudió la tierra que se le había adherido a los pantalones y exclamó alegremente:

– ¡Tienes suerte, Egorka! ¡Hemos hecho un descubrimiento!

– ¿Oro? ¿Un tesoro oculto? –inquirió el chico.

– Es más que un tesoro, Egorka. ¡Es un descubrimiento científico! Hemos encontrado, Egorka, una denudación de roca primaria, el lecho de la Tierra. Se llama eso paleozoico. Acuérdate bien: pe-le-o-zoi-co. Antes, nadie lo había encontrado aquí –dijo el profesor, procurando expresarse con la mayor sencillez.

Egorka no lo entendió todo, pero, por el aspecto del profesor, dedujo que había sucedido algo muy importante. Rúsov abrió un cuaderno con cubiertas de cuero y se puso a dibujar apresuradamente las piedras. En aquellos instantes recordaba a un chico que hubiera salido de pesca con mucha suerte. La sonrisa no se borraba de su semblante, tenía los labios abiertos, por entre ellos asomaba la punta de su lengua, y en sus ojos lucían alegres llamitas. "¡Qué potra he tenido, pero qué potra!"

Pasaron algunos años antes de que Egorka comprendiera el verdadero sentido y la importancia científica del descubrimiento del profesor. La denudación de terreno primario en aquellos llanos prometía mucho.

Unos tres años después, Egorka fue con una expedición dirigida por el profesor a lejanas tierras nórdicas. Partieron en barcazas apenas se hubieron deshelado los ríos, y regresaron cuando las aguas volvían a helarse. En la expedición participaba mucha gente: cuatro científicos se ocupaban de los bosques y de las plantas, tres andaban a la busca de animales y pájaros, y el profesor, dos asistentes y cinco paleros cavaban en los pantanos y en los desprendimientos de las barrancas, exploraban los arroyos, lavaban arenas y llenaban de arcilla cajones de madera. Egorka, claro, no dejaba al profesor ni a sol ni a sombra. Para el otoño, las dos barcazas casi se hundían por el peso de la carga. ¡Qué no habría allí! Peleles de pájaros y animales, cepellones y cimas de árboles de las especies más valiosas, gruesos libros de hojas de cartón con flores, hojas y raíces secas y botes con muestras del terreno.

– ¡Es la ciencia! Vadim Pávlovich va a fundar un museo. La gente sabrá qué hay en nuestra tierra, sabrá en qué es rica y en

qué, pobre –explicaba Egorka a los paleros cuando ellos no comprendían el porqué de su trabajo, que se les antojaba a menudo un capricho, un huero pasatiempo de gente rica.

El profesor estaba muy contento de Egorka.

– ¡Estudia, Egorka! –le decía, y lo elogiaba luego–: Eres un muchacho despierto y avispado, no te cambio por cinco ayudantes de laboratorio.

El profesor Rúsov encabezó una segunda expedición del mismo tipo que la primera. En ella había el doble de gente y los trabajos se desplegaban con mucha mayor amplitud. Medían los lagos y los ríos, observaban el tiempo y registraban la temperatura de las aguas y los barros.

El trabajo era pesado, y muy a menudo se daban grandes caminatas de sol a sol, pero Egorka no conocía el cansancio, y los mosquitos, que se comían viva a la gente, no ensombrecían su humor.

– ¡A mí los mosquitos no me tocan! ¡A juzgar por todo, temen envenenarse con mi sangre o me consideran como a uno de la familia! –decía Egorka, riendo alegremente, al ver cómo sufrían por causa de los mosquitos, las arañas y otros insectos los científicos y los peones.

En cierta ocasión, cuando Egorka era ya un hombre, se había casado y tenía un hijo, a quien habían puesto el nombre de Serguéi, el profesor Rúsov dijo:

– Mira, Egor Egórovich, en estos años has pasado prácticas científicas muy serias. Ahora debes ocuparte de la teoría. Creo que el hundimiento de la autocracia abatirá las barreras estamentales para quienes estudian en los institutos y las universidades. Ha desaparecido uno de los privilegios más ignominiosos de las clases dominantes. ¡Animo! Te ayudaré cuanto pueda. De ti saldrá un ingeniero inmejorable.

Pero las predicciones del profesor, ¡ay!, no habían de cumplirse. Egor Egórovich Sofrónnikov, militante del partido de los bolcheviques, fue movilizado por la organización y se incorporó al Ejército Rojo. Después de una breve preparación, fue destinado a Crimea, para participar en el aplastamiento de Wrangel. Egor Sofrónnikov pereció en el Sivash, durante el ataque decisivo contra las tropas del barón. A Serguéi le dejó de herencia una lacónica notificación impresa en papel grisáceo: "Cayó como un héroe en la batalla por el poder soviético. El comandante del frente, *Frunze*".

En el grupo de Sofrónnikov había once hombres. Antes de partir, los helicópteros, a instancias del anciano, efectuaron un vuelo circular en un radio de unos cincuenta kilómetros. Mientras circunvolaban el futuro sector del trabajo, Sofrónnikov, sin apartar los ojos de sus prismáticos, miraba por la ventanilla el paisaje. Con ojo experto "localizaba" todo lo típico de la taigá. Hacia el sureste se extendían profundas depresiones y se veían cerros de picudas cimas y bosques de árboles a cual más alto; hacia el noroeste, la tierra parecía combarse –brillaban en ella lagunas y pantanos–, poblada de arbolillos anémicos y medio secos.

De vez en cuando, Sofrónnikov consultaba, sin bajar la mano que sostenía el prismático, un plano que descansaba sobre sus rodillas y marcaba en él algo con un menguado lápiz azul y rojo.

En un lugar, en una depresión entre pantanos, Sofrónnikov descubrió un gran rebaño de alces. Apenas si cabían allí; la tierra se veía cuajada de manchas grises.

– ¡Mirad! ¡Mirad, muchachos! –gritó Sofrónnikov, tratando de dominar con su voz el estruendo del motor para fijar la atención de sus acompañantes en la inusitada concentración de animales. Sin embargo, casi nadie los vio, pues, asustados, se dispersaron veloces en todas direcciones, y la vaguada quedó vacía en un santiamén, dejando ver la tierra hollada por las pezuñas. "Seguro que tienen cerca el abrevadero", pensó Sofrónnikov, aunque no se veía por allí ningún río o lago.

– ¡Tendremos carne, muchachos! No pierdas las licencias, Volodia –gritó Sofrónnikov a un joven que iba a su lado. El muchacho sacudió la cabeza y se dio unas palmadas en el pecho, lo que quería decir: "¡Las tengo aquí, no se preocupe!" Según la plantilla, Volodia era el radista y el principal cazador del grupo.

El helicóptero pronto quedó suspendido en el aire, eligiendo el lugar más adecuado para el aterrizaje. Y cuando, por fin, tomó tierra, resultó que lo había hecho en Beriózovaya Griva, centro del cuadrado G-320/171.

Los primeros días los dedicaron a acomodarse. Lo primero que hicieron fue, naturalmente, montar las tiendas de campaña. La más fuerte y espaciosa hacía las veces de almacén de víveres y materiales. En un ángulo depositaron la harina, los cereales y las conservas, y en otro, sobre cepos, los explosivos, los carretes de mecha, los aparatos sísmicos, los instrumentos para perforar pozos, los barómetros, las brújulas, los termómetros y las armas. En otra tienda montaron sin dilación la radio. A la hora, aquel mismo Volodia que guardaba las licencias de caza de alces, sintonizó el equipo de radio y recibió de la base de comunicaciones de Séverni la confirmación de que sus señales habían sido captadas y las sesiones de emisión y recepción se efectuarían según el horario fijado en la orden del jefe de la expedición.

Para pernoctar, descansar y demás montaron tres tiendas, que rodearon de un pequeño foso, para que el agua de la lluvia no fluyera bajo las camas, y reforzaron con estaquillas y cuerdas, por si se desencadenaba inesperadamente un huracán.

El grupo había de pasar en su cuadrado no sólo la temporada de verano y otoño, sino también el período invernal, en el que debía procederse a las investigaciones decisivas, ya que varias áreas se hallaban anegadas y, prácticamente, no tenían acceso. Por ello, además de montar las tiendas, debía levantar viviendas invernales. Necesitaban también construir un barracón, un granero, para almacenar los materiales, y una caseta de baño.

Nada más llegar a la taigá nórdica, Sofrónnikov se vio invadido por la impaciencia. Quería, sin aplazarlo ni un solo día, des-

plegar los trabajos de prospección estipulados en el plan. Pero los jóvenes geofísicos que integraban el grupo evidenciaron una prudencia extraordinaria.

– Hay que preparar todas las retaguardias, Serguéi Egórovich. Antes de que podamos decir "ay", tendremos aquí el invierno. Y a mediados de setiembre temblaremos en las tiendas de campaña como si padeciésemos tercianas. Construyamos ahora mismo el barracón y el granero.

Sofrónnikov comprendía que aquellas consideraciones eran acertadas, y no estaría bien objetar. Pero, al mismo tiempo, para sus propios fines, no podía desaprovechar los últimos días soleados. Debía observar el cuadrado en verano. El invierno helaría la tierra, la cubriría de nieve, y ¡adiós, hasta la primavera! No podría realizar ninguna exploración visual.

– En fin, tenéis razón, muchachos. Mañana por la mañana emprenderemos ese trabajo –dijo Sofrónnikov y agregó tras una corta pausa–: Sin embargo, quiero que me consintáis una pequeña excepción: debería ausentarme por tres o cuatro días. Quiero echar un vistazo a los futuros itinerarios...

– ¿Para qué? –objetaron los jóvenes investigadores–. Con mayor exactitud que los geodestas nadie podrá trazarlos, y disponemos del plano.

– Sí, así es. Todo eso es correcto, pero, de todos modos, nunca está de más que uno vea el área por sus propios ojos, con tanta mayor razón por cuanto yo soy un geólogo de la vieja escuela –dijo Sofrónnikov, para justificar su insistencia.

– ¡Como quiera, Serguéi Egórovich! Usted es el jefe y puede disponer de su persona. Nosotros no somos quién para mandarle.

Así quedó la cosa.

Apenas se dio comienzo a la construcción del campamento, Sofrónnikov se dirigió a explorar la taigá. Ya desde el helicóptero había visto que en el cuadrado abundaban los lagos y los riachos. El plano lo confirmaba. Por ello concibió la idea de que, en vez de castigar los pies caminando por la espesura, debería navegar por los lagos y los ríos. Por lo menos, en la medida de lo posible. En la tienda de campaña que hacía las veces de almacén había un bote neumático, atributo indispensable de toda expedición. Sofrónnkiov lo probó. El bote era nuevo, se inflaba con un fuelle de pie y por su peso estaba calculado para llevarlo a la espalda.

Además del bote debía tomar consigo alguna impedimenta: una escopeta, una canana y víveres: pan, conservas y sal. Tenía además Sofrónnikov un bolso de gruesa lona con cristales de colores y unos prismáticos de la marina. En los pequeños bolsillos de la bolsa había termómetros, una brújula y un barómetro. Sin todo aquello, él se hubiera sentido como maniatado. La tierra podía decirle muchas cosas, pero en la taigá confiaba más en el cielo, particularmente en el sol. Afortunadamente, los días eran claros, y el sol lucía desde la mañana sobre la taigá con toda su pujanza.

La impedimenta era considerable, pero Sofrónnikov estaba habituado a llevar carga. "No importa, en cuanto llegue a la primera laguna, utilizaré el transporte acuático", se decía.

Tras de desear a los muchachos que les cundiera el trabajo en el campamento, Sofrónnikov dijo que, si se retenía un día o dos, no consideraran que había desaparecido sin dejar rastro.

– ¡Suerte, padre! –le deseó Volodia en nombre de todos los chicos. El radista quedaba de jefe, y eso lo halagaba... Sofrónnikov se sonrió y dio las gracias. Le satisfacía que los muchachos lo llamaran "padre", pues significaba que lo consideraban como de la familia.

Cuando Sofrónnikov se hubo alejado un tanto, Volodía hizo un guiño a sus camaradas y, entornando astutamente los ojos, se franqueó:

– Algo se lleva entre manos el viejo. No se ha ido porque sí, tiene algún interés. Oí que Kanátchikov no quería admitirlo, pero insistieron de arriba. Dicen que posee un olfato canino para los yacimientos.

– Deja que olisquee, quizás eso nos alivie el trabajo –observó con una nota de escepticismo en la voz uno de los jóvenes, pero los demás no lo apoyaron.

– ¡Todo puede ocurrir! –dijo otro–. Recuerda la historia de los descubrimientos geológicos: la mayoría se hicieron gracias a las indicaciones de gente sencilla, de habitantes de la localidad, cazadores, exploradores...

– ¡Vivir para ver! Efectivamente, en las búsquedas geológicas de todo ha habido.

Todos coincidieron en esto, la discusión terminó, y empuñaron las hachas.

Mientras tanto, Sofrónnikov, quebrando con los pies maleza y ramiza, se dirigía al lago más cercano. Ante él yacía la tierra con la que soñara durante tantos años. Y no sólo porque en tiempos su padre hubiera estado allí con el profesor Rúsov. Desde la niñez, Serguéi Egórovich tenía grabados en la memoria los relatos de su progenitor acerca de aquellos viajes que cautivaban la imaginación. Había otra circunstancia que obligaba a Sofrónnikov a pensar en aquella tierra. Las investigaciones de la región iniciadas unos años atrás no habían dado frutos reales. Cierto que la envergadura no había sido grande, y nadie se atrevía a sacar de ellas conclusiones definitivas. Por eso llevaban tanto tiempo sin moverse del sitio. Petróleo había, pero poco, y lo mismo podía decirse del gas y de los metales. Aquello lo exasperaba. Y no sólo, otra vez, por la memoria del padre, aunque tenía para él importancia; lo principal era que aquello no acordaba con las conclusiones teóricas a que él mismo había llegado. "Esta región debe ser más rica. Se halla en una fractura. Por el oeste colinda con una meseta donde abundan los minerales, y las principales extensiones del área las componen sedimentos terciarios y cuaternarios en el sentido clásico. Han sido desplazados y barridos por las aguas precisamente hacia aquí. En la naturaleza todo tiene su lógica", se decía Sofrónnikov. Resultaba, según sus razona-

mientos, que se debía considerar de modo nuevo la perspectiva de las prospecciones, para lograr resultados de mayor entidad. Lo importante era descubrir indicios más sustanciosos de las peculiaridades fundamentales de la región. Sólo ello obligaría a modificar el enfoque del problema de la potenciación real, haría que se dejara de contar por miles para contar por millones y aproximaría el futuro a nuestros días.

Sofrónnikov dudaba también de la universalidad de los métodos modernos de investigación. Todo método pecaba de la limitación que le imponía su marco. Se requería, según Sofrónnikov, considerar con mayor amplitud las posibilidades de la zona, dar rienda suelta a la intuición, sin la que no podía tener lugar ningún descubrimiento más o menos importante. El académico Gubkin, que había predicho la existencia de grandes yacimientos de petróleo y de gas en Siberia Occidental, se basaba principalmente en el vuelo de su pensamiento. El material que las investigaciones brindaban en aquella época era exiguo y no ofrecía base para conclusión tan global.

A eso del mediodía, Sofrónnikov llegó por fin al primer lago. La impedimenta lo había fatigado. Por su semblante corrían chorros de sudor, tenía la cabeza mojada, y en su camisa habían aparecido unas manchas oscuras. Tras de liberarse de la carga, Sofrónnikov se lavó con la fresca agua del lago y se tendió a la densa sombra de un abeto.

A la media hora estaba de nuevo de pie. Lo primero que hizo fue hinchar el bote neumático, llevarlo al agua y trasladar a él todo su equipo, después de lo cuál despegó. "Este es otro cantar. Así se puede vivir", se dijo, impulsando calmosamente el chato bote con el corto remo.

Las orillas del lago eran de dulce pendiente y estaban pobladas densamente de pequeños arbustos. De vez en cuando se veían claros cubiertos de liquen. En dos o tres sitios, Sofrónnikov probó a medir la profundidad con el remo, pero no alcanzaba el fondo. En el lago no se veía ni una sola ave, aunque era la época de los patos. Las jóvenes aves habían emplumado ya y empezaban a volar. Sofrónnikov examinaba también la superficie del lago, por si veía en algún sitio una reluciente mancha aceitosa o borbollaba el agua. No; no se veía nada. La herradura de la tersa superficie parecía gozar plácidamente del sol y del silencio secular.

Después de su viaje por las islas Kuriles, Sofrónnikov prestaba gran atención a las más ínfimas manifestaciones de la vida. Entonces aprendió mucho. La cosa fue así: observaba intensamente el sol y a los tres meses, poco más o menos, se dio cuenta de que el astro se conducía de modo extraño. En él borbollaban unos islotes ígneos, cuyo emplazamiento habitual había cambiado, la aureola era color naranja muy subido, los rayos caían más verticalmente que de costumbre, y en la luz solar había algo brutal. En el cielo se encendían a menudo relámpagos de distintos colores. Sofrónnikov comparó estas observaciones con las anteriores y quedó pasmado: entonces, el sol había originado el tsunami. ¿Sería posible que predijera idéntica calamidad? Hubiera debido tocar a rebato, gritar a los hombres que vivían a ambos lados del océano: "¡Cuidado! ¡Salvad vuestros bienes, adquiridos con sudor y sangre!" Pero algo lo frenaba: era mucha responsabilidad dar la señal de alarma, sobresaltar a los gobiernos y a los pueblos.

Si hubiera sentido menos pasión por la naturaleza viva, tal vez no habría tocado a rebato. Fueron las... hormigas las que le infundieron la seguridad de que su pronóstico era acertado. En la orilla de una isla se tropezó con hormigueros abandonados. Al observar el suelo, vio que miríadas de hormigas se arrastraban hacia los lugares altos. Sofrónnikov telefoneó inmediatamente al gobierno. Tres días después, el océano se desmandaba, sacudido por el sismo.

A partir de entonces, Sofrónnikov se habituó a examinar atentamente durante sus observaciones del sol la corteza terrestre y a pensar en lo que ocurría ante sus ojos, cerca de él.

Esta vez también, ya se aproximaba a una orilla, ya a la otra, hurgaba el suelo con el remo y no cabía en sí de asombro: la tierra estaba muerta. No había en ella ni escarabajillos, ni moluscos, ni gusanos. Después de haber cruzado el lago de parte a parte, Sofrónnikov volvió atrás. Quería medir la profundidad del embalse. Salió a la orilla, encontró con bastante dificultad un alto abeto, que podía hacer las veces de pértiga, lo taló y lo limpió de ramas.

El lago era tan profundo, que la pértiga, pese a que tenía unos cinco metros, no alcanzaba el fondo y saltaba del agua como si alguien la empujara con fuerza desde las tinieblas. Sofrónnikov intentó pescar, aunque no había descubierto en el lago morralla ni peces que saltaran, haciendo chapotear el agua. Desenrolló un sedal con un reclamo, que arrojó junto a la orilla y en mitad del lago, pero todo fue en vano: el reclamo no se movió ni una sola vez. No hubo siquiera la menor alusión de que los peces picaran.

Habría podido Sofrónnikov pasar a otro lago que, a juzgar por el plano, se encontraba a unos dos o tres kilómetros de allí, pero miró al cielo y comprendió que había hecho tarde. Se avecinaba el crepúsculo, el camino a través del pantano podía dilatarse, y pernoctar en él era una perspectiva nada risueña.

Después de pasar otra hora, poco más o menos, explorando el lago, Sofrónnikov se puso a elegir el sitio en que había de hacer noche. Al anochecer apareció, no se sabía de dónde, una nube de insectos. Grandes mosquitos que zumbaban repugnantemente atacaron a Sofrónnikov, y otros más pequeños lo cegaban, se le metían en la nariz y penetraban en la espesa vegetación de su barba y bigote. Sofrónnikov sacó el mosquitero y se cubrió con él la cabeza. Se le hizo más fácil respirar, pero los insectos se apresuraron a picarle las manos. Sofrónnikov se dirigió apresuradamente a la orilla del lago, encontró un pequeño claro entre tres raquíticos abetos y encendió en un dos por tres una fogata. El humo, denso, espantó a los mosquitos, haciéndoles pegarse al sue-

2—1469

lo. Ya se podía vivir. Sofrónnikov descubrió cerca de la hoguera un tocón y cortó grandes astillas y varios zoquetes. Calor no darían, en eso no se podía confiar, pero humearían densamente hasta la mañana. Y eso era lo que necesitaba.

Montó la tienda de campaña sin apresurarse, sacó el bote a tierra y puso orden en su macuto. A la mañana siguiente observaría el lago. La ausencia de seres vivos lo inquietaba.

En el crepúsculo apareció súbitamente sobre el lago una pequeña bandada de patos. Revolaron sobre el agua y se posaron blandamente en ella. "¡Hala, posaos sin miedo, que no es muy agradable pernoctar aquí solo!", pensó Sofrónnikov, y la sonrisa se le enredó en lo espeso de la barba. Sin embargo, el sitio pareció no gustarles a los palmípedos. Parparon, batieron ruidosamente el agua con sus alas y levantaron el vuelo apresurados. "Se ve que me han descubierto, han olido el humo", pensó Sofrónnikov y se puso a preparar la cena.

Tenía el hombre sus reglas de vida en la taigá, nacidas de la experiencia. Se había habituado a engullir rápidamente una cena ligera. En la taigá eran pocas las horas de descanso. Todas ellas correspondían a la tarde y la noche, y no se debía dejarlas escapar. Tomó Sofrónnikov té cargado, muy caliente, acompañado de pan y salchichón, arregló la fogata para que no se apagara hasta el amanecer y, llenando del humo de un tizón la tienda de campaña, se hizo una yacija. Un pequeño mosquito se las ingenió para quedarse en el interior de la tienda y estuvo largo rato zumbando junto a su oído. Pero Sofrónnikov le ajustó las cuentas en un santiamén. Dejó que el insecto se posara tranquilamente en su mejilla y, cuando le hincó en la piel el aguijón, lo aplastó de una palmada. Para siempre.

Los mosquitos ya no le daban guerra. No obstante, Sofrónnikov durmió mal: se despertaba a menudo, levantaba la cabeza de la almohada de goma y aguzaba el oído. El silencio era extraordinario, y eso lo oprimía. "Un silencio endemoniado. Ni siquiera los buhos dan señales de vida, y las aves nocturnas no vuelan", pensaba en las intermitencias de su sueño.

Al amanecer, Sofrónnikov se durmió profundamente, pero, sin duda, no por mucho tiempo. Lo despertaron chasquidos de la ramiza. Se acercaba alquien. A menudo restallaban en la taigá sonoros chasquidos, que recordaban disparos de fusil: alguien quebraba ramas secas. Sofrónikov echó mano de la escopeta, que la víspera había dejado junto a la yacija. Levantó cuidadosamente la lona que tapaba la entrada y asomó la cabeza al exterior. Lo primero que vio fue los oscuros restos de la fogata y, luego, el pardo lomo de un oso. La fiera bajaba hacia el lago por la dulce pendiente de la orilla opuesta. Del animal a la tienda de campaña de Sofrónnikov habría unos cien metros, a lo sumo, ciento cincuenta. "¡Ea, veamos a qué se dedica! ¿Habrá venido a beber o a bañarse?", pensó Sofrónnikov, sonriendo y, sin moverse, observaba con los prismáticos, que había sacado de la bolsa.

El oso hacía chascar la ramiza sin temor, sin recelo. Dos o tres veces se detuvo, sacudió la cabeza y olisqueó, pero no cambió de

dirección y se acercó al agua. Entró en el lago y se puso a beber. Tragó el agua con ansia, pero al instante abrió cuanto pudo sus fauces y la escupió con disgusto. Un instante después de nuevo hundía la jeta en el agua, pero no quiso tragarla y la devolvió enfurecido. El baño tampoco le resultó. Alborotó la superficie a manotazos, permaneció pensativo unos instantes y no se metió en lo profundo. Por fin, salió del lago, se sacudió el agua y, volviendo sobre sus pasos, se alejó tranquilamente.

"¡No le ha gustado! ¡Está claro que no le ha gustado! Quizás deba avisarle que ya no está solo aquí. Que tenga precaución, ya que su olfato no me ha descubierto", pensó Sofrónnikov y, saliendo de la tienda de campaña, vociferó como un niño travieso.

– ¡Oh, oh, oh!

El eco repitió el grito, tronando sobre el lago y el ralo bosque. El oso se detuvo, sorprendido, pero luego dio una voltereta y corrió a todo correr hacia el abetal que se erguía, solitario, en lo alto de la pendiente.

El paso al lago siguiente le llevó casi todo el día. El pantano resultó ser pérfido a más no poder: las protuberancias por las que lo iba cruzando Sofrónnikov, cargado con toda su impedimenta, cedían a cada dos por tres, y el hombre se hundía en el pegajoso limo, cubierto de blancuzco musgo.

Lo mismo que el lago, el pantano parecía desierto, mejor dicho, abandonado. La vegetación de las protuberancias era raquítica, los abetos y abedules enanos parecían doblarse en tres pliegues, y se percibía que determinadas fuerzas oponían una encarnizada resistencia a su crecimiento. La sed lo atormentaba hasta tal punto que se le nublaba la vista. Un puñado de bayas habría podido reponer sus fuerzas y darle ánimo. Pero, por más que escrutaba las protuberancias del pantano, no veía bayas.

En el tremedal reinaba el silencio, un silencio lúgubre. No levantaban el vuelo de debajo de los pies los patos y ni siquiera croaban las ranas. En todo el tiempo, Sofrónnikov había visto únicamente un chorlito. Llegó de lejos, se posó en una protuberancia, se meció en ella, dejó escapar un silbido y se ocultó en la rosácea neblina que se extendía sobre el pantano.

"Es muy posible –pensó Sofrónnikov, deslizando la mirada por la gris y sombría llanura –que en el lago y en el pantano haya algún gas, y por ello no acuda ningún ser vivo. Pero puede que la razón sea otra."

Cuando delante relumbró, por fin, el lago, Sofrónnikov dejó escapar un suspiro de alivio. Sus fuerzas se habían agotado, y una densa angustia le oprimía el corazón, hasta causarle dolor. El cuadro que lo había rodeado casi todo el día no era como para alegrarse.

Antes de hinchar la barca, permaneció tendido largo rato, secándose, ofreciendo al vientecillo ya la cabeza, ya la espalda. Los mosquitos lo atacaron, pero al captar el olor de la crema protectora retrocedieron. Cierto que la crema no tardó en evaporarse, pero, para entonces, el hombre había recobrado ya las fuerzas.

Sofrónnikov cruzaba el lago en el bote, admirándose de su configuración. Era falciforme, y en las orillas se alzaban cerros, que, por su forma, recordaban cabezas de caballo. En las pendientes crecía un ralo bosque que se distinguía bien poco de los raquíticos abedules y abetos del pantano.

Sofrónnikov surcó el lago de punta a punta, observando el agua y las orillas. En un lugar vio entre dos colinas una torrentera por la que fluía un líquido del color de la herrumbre. Debía examinar la torrentera aquella atentamente. Sofrónnikov atracó, saltó a la orilla, ascendió la pendiente y cubrió unos doscientos metros a lo largo de la torrentera, pero caía ya el crepúsculo y resolvió dejarlo para el día siguiente.

Hizo noche en la cima de un cerro. Allí abundaban las ramas secas para la fogata y soplaba un tenue viento: los mosquitos no soportaban el humo con viento y retrocedían sin combate.

A la mañana siguiente, Sofrónnikov desplegó el plano apenas hubo desayunado. Nada malo se podía decir de los topógrafos. Los lagos y los pantanos habían sido trasladados con sumo detalle. Deseaba el hombre precisar su itinerario. Desde aquel lago falciforme quería ir a la depresión que había descubierto desde el helicóptero. Los lagos muertos y el pantano le apuntaban determinadas conclusiones; pero él no se apresuraba a sacarlas.

Faltaban para ello las impresiones del contacto con la naturaleza viva, aunque su plena ausencia en aquellos lugares era muy elocuente.

Hubo de repetir lo que tantas veces hiciera: deshinchó el bote, lo enrolló, metió en el macuto todos sus bienes, se lo echó a la espalda y se ajustó bien los tirantes. . . .

Después de recorrer por el borde de la torrentera unos tres kilómetros, Sofrónnikov se alegró al comprender que iba directamente hacia la depresión, a la que había llamado convencionalmente, para sí, el sestil de los alces.

Cuanto más avanzaba a lo largo de la torrentera, tanto más lo interesaba ésta por lo extraña. En algunos lugares se perdía bajo el musgoso cobertor de la tierra o, al contrario, invadía todo un claro, esparciéndose en rojiza mancha por la taigá. En algunos sitios se transformaba en un arroyo. El agua, fría, salada, saltaba por encima de las raíces de los abetos y los pinos albares y las socavaba, poniendo al desnudo los fuertes, retorcidos y resinosos tendones, que recordaban tirantes metálicos.

Costaba trabajo caminar no sólo porque el espeso bosque y la ramiza se enganchaban a las piernas, los brazos, la ropa y la impedimenta, sino también porque el camino iba todo el tiempo cuesta arriba. Hay que decir que la pendiente no era muy pronunciada, pero, de todos modos, exigía esfuerzo.

Sofrónnikov caminaba sin tomarse un respiro. Quería llegar al sestil de los alces antes de que cayera la noche y permanecer allí dos días. Lo primero que percibió la cercanía de la meta fueron las piernas. Súbitamente se hizo más fácil caminar, y Sofrónnikov comprendió que iba ya cuesta abajo. La torrentera, que lo había acompañado a lo largo de diez kilómetros, por lo menos, se había nivelado, y de ella no quedaban más que unos arroyuelos que se abrían paso en algunos lugares a través de la ramiza y la hojarasca que levantaban levemente.

La depresión apareció cuando menos lo esperaba. El bosque se cortó de golpe y delante se ofreció a la vista un claro gris oscuro, casi marrón, sin una brizna de hierba. "¿Tal vez haya alces ahí? No debo asustarlos. Mañana los observaré", resolvió Sofrónnikov. Volvió sobre sus pasos cosa de medio kilómetro y eligió el lugar para establecer su campamento.

Aunque estaba muy cansado, no quiso perder la noche. Descansó unas dos horas, tendido en la tienda de campaña, y luego salió al exterior y aguzó el oído. La noche era oscura, y las estrellas parecían empañadas; la luna había salido temprano, pero se había enredado en la niebla y se mostró tan sólo por unos minutos. Sofrónnikov se dijo, amargado, que el día siguiente tal vez fuera nebuloso, y las observaciones se verían frustradas.

Estuvo sentado tres horas justas. La noche transcurría silenciosa y tranquila. El oído no captaba sonidos vivos. Por lo visto, allí tampoco habitaban animales y pájaros. A eso de la media noche, la lluvia tamborileó en la lona de la tienda de campaña. "Eso es bueno. Las emanaciones diurnas vuelven a la tierra. Hará buen tiempo", pensó Sofrónnikov.

Quedaba poco tiempo para el sueño, y se ordenó: "¡A dormir!" Los párpados se le pegaron al instante, y, cuando se despertó, el sol lucía ya sobre la taigá. Sofrónnikov se tomó apresuradamente una jarra de té y se dirigió hacia la depresión. Se acercaba firmemente convencido de que vería a los alces en su sestil. Sin embargo, se engañaba. La depresión estaba desierta. Tras de bajar a ella por la dulce pendiente, se detuvo al borde y luego echó a andar por él sin apartar la mirada de la tierra desnuda. Toda la depresión estaba acribillada de huellas de los alces. Por la impronta de las patas en el terreno se podía comprender que habían estado allí animales muy distintos: viejos machos de fuerte osamenta, esbeltas hembras de rectos remos y crías de pezuñas frágiles, débiles todavía.

Al llegar a mitad de la depresión, Sofrónnikov vio unos cuantos hoyos que los animales habían abierto con sus patas. El origen de aquellas concavidades era evidente: los animales buscaban algo, procurando remover la tierra lo más posible. En algunos sitios, Sofrónnikov se hincó de rodillas y recogió almorzadas de tierra, que amasó primero y oprimió luego. La tierra no era viscosa y se desmenuzaba en las manos, aunque estaba bastante húmeda.

Mientras Sofrónnikov se dedicaba a sus observaciones, el día no permanecía inmóvil. El sol lucía con fuerza, el cielo tenía un matiz anaranjado, y el aire era sofocante. Sofrónnikov encontró un lugar cómodo al borde de la depresión, al que daba su parca sombra un abeto. Sacó de la bolsa los dispositivos para estudiar el sol, que se puso a mirar a través de unos cristales de colores. El sol bullía, pero en los contornos de sus manchas no descubrió nada desconocido. Luego se puso a observar el flujo de los rayos solares y las peculiaridades de la contracción de éstos cuan-

do alcanzaban la tierra. A los pocos minutos podía ya jurar que sobre la vaguada flotaba una emanación que le pareció de una tonalidad lilácea. La tierra no sólo absorbía los rayos, sino que, además, respondía con una reacción que sólo ella conocía.

Sofrónnikov resolvió medir la temperatura del suelo. Se alejó de la depresión a un kilómetro, salió a un claro, iluminado por el sol aproximadamente en la misma medida que el sestil, y anotó las indicaciones del termómetro. Luego, regresó rápidamente a la depresión e hizo lo mismo. La diferencia era pasmosa. Allí, la temperatura del suelo era seis grados mayor que en el claro. Además, allí se respiraba también de modo distinto. Después de cruzar dos veces de punta a punta la depresión, Sofrónnikov advirtió aquello, se lo dijeron sus pulmones. El aire era allí más denso e inerte. Gruesas gotas de sudor aparecieron en sus sienes y frente.

Entregado a aquellas observaciones, el día se le pasó sin que se diera cuenta. Estaba tan absorto en sus ocupaciones, que se acordó de que no había comido a eso del crepúsculo.

Hizo noche en el mismo lugar que el día anterior y, apenas amaneció, se dirigió de nuevo a la depresión. Debía proceder a un nuevo experimento.

En medio de la depresión, en el lugar donde la tierra aparecía removida por las patas de los alces, Sofrónnikov llenó con ella un calderete, le echó luego agua y lo puso al fuego. Después de un buen rato, cuando el agua se había evaporado casi por completo, Sofrónnikov tomó sus lupas. Desmenuzó la tierra, apelmazada, y examinó los pedazos. Sus ojos percibieron el brillo de unos cristales de sal. Sofrónnikov se dio una palmada en la frente con su ancha mano, sucia de tierra.

– ¡Así están las cosas, muchachos! ¡Aunque pequeño, el rabo de la liebre está en nuestras manos! –dijo mentalmente, dirigiéndose a sus jóvenes ayudantes, que habían quedado en el campamento.

El resto del día lo pasó estudiando los planos del cuadrado y de la zona, meditando y sacando conclusiones que al punto rechazaba para retornar nuevamente a ellas. Para hacer un pronóstico coherente y argumentado le faltaban los datos correspondientes a la punta oriental del cuadrado. Resolvió ir allí sin aplazarlo mucho. Pero, de momento, debía regresar al campamento y "tirotear" el lugar con medios sísmicos.

Cuando los geofísicos emprendieron el "tiroteo" del área, Sofrónnikov resolvió desplazarse a la parte oriental del cuadrado. Todo estaba preparado para la invernada: la isba en que habían de vivir, el barracón para almacenar los materiales y la sauna, donde entrarían en calor el alma y el cuerpo...

Desde los primeros días de su trabajo, los muchachos comprendieron que su principal, el "padre", era un hombre un tanto extraño, pero buen conocedor de su oficio, dotado de un olfato inmejorable para la prospección...

Apenas hubo insinuado que necesitaría "gatear más cerca de

donde salía el sol" unos tres días, los muchachos lo apoyaron unánimes:

– ¡Ve, "padre", ve! ¡Anda! ¡Dios te dé suerte!

Una mañana se despertaron y vieron que Sofrónnikov había desaparecido ya. En la mesa encontraron una nota que decía: "¡No os preocupéis por mí! Regresaré a tiempo. Si me entretengo, será porque algo me ha intrigado. ¡Exito, arrapiezos!"

"Porque algo me ha intrigado". Todos estaban habituados ya a tal frase, aunque nadie habría podido explicar con claridad qué era lo que buscaba Sofrónnikov, ni qué pensamientos lo absorbían, ni por qué, a su edad, había ido allí, a aquel espantoso tremedal plagado de mosquitos.

Sí, lo absorbían pensamientos, se entregaba a meditaciones, y la realidad circundante lo intrigaba.

A Sofrónnikov no lo asombró el descubrimiento de yacimientos de petróleo y de gas en Siberia Occidental. Esperaba aquello y desde sus mocedades creía que había de suceder. Sin embargo, la distribución territorial de los criaderos le hacía concebir los pensamientos más contradictorios. Cuanto más se desplazaban las prospecciones hacia el norte, hacia el océano, y cuanto mayores éxitos reportaban, tanto más impacientemente rumiaba numerosas cuestiones. Que las rocas primarias, con su pujanza, desplazaran el petróleo y el gas por superficies inclinadas era bien explicable. Lo que preocupaba a Sofrónnikov era otra cosa: ¿por qué no daban los resultados apetecidos las prospecciones en otras zonas, sobre todo en las cercanías de las cadenas montañosas? ¡No podía ser que el petróleo y el gas pasaran de una zona a otra sin dejar rastro! Su camino hacia el norte no era una senda asfaltada. Fallas gigantescas acá y allá, que alcanzaban distintas profundidades, se dibujaban nítidamente en la imaginación de Sofrónnikov. Y la mirada del infatigable explorador, dotado de tanta fantasía, buscaba, desde la atalaya de la contemporaneidad, los cataclismos geológicos naturales.

"¡Riqueza en el Norte, magnífico! Pero hay que encontrar tesoros más cerca de los lugares que habita históricamente el hombre. Todo será más fácil y más barato. Muchos problemas (por ejemplo, el del enraizamiento de la fuerza de trabajo en los criaderos) desaparecerán de por sí. ¿Y el transporte del gas y del petróleo? ¿Y el transporte de la energía a las zonas extractivas? ¿Y las vías de comunicación para la gente? Los problemas eran innumerables"...

Como especialista, Sofrónnikov dominaba a la perfección la terminología científica, pero la usaba tan sólo en caso de extrema necesidad, entre gente igual a él por su experiencia e instrucción. Para sí, solía denominar con una u otra palabra, con una sola, el problema que lo ocupaba. Le parecía que si, por ejemplo, se lograra determinar dónde se hallaban las "cúpulas" en Sinegorie y precisar su distribución por la inmensa área, la tarea principal estaría resuelta. Las "cúpulas" (alturas y depresiones) ofrecerían un cuadro de las "fracturas", en las que suponía la existencia de incalculables acumulaciones de sustancias combustibles. Sofrón-

nikov no quería esperar hasta que establecieran todo aquello los geofísicos. Quería con impaciencia, ansiaba fervorosamente que todo aquello tuviera lugar en vida suya. "Pasarán cien años antes de que la geofísica haya estudiado tan extensión. A la geofísica hay que orientarla hacia el objetivo del mismo modo que el perseguidor pone al perro policía sobre el rastro del delincuente", pensaba el viejo.

En todo lo que pensaba, atribuía al sol una importancia primordial. Sabía ya firmemente que no alumbraba a todos por igual. Tampoco abrigaba dudas en cuanto a que la reacción de la tierra a la luz del sol era también distinta. Pero ¿qué leyes regulaban tales procesos? ¿Existían? ¿Cuál era su esencia? ¿Podía un área saturada de metales reaccionar al sol lo mismo que otra compuesta exclusivamente de tierra arcillosa o de chernozem? ¿Podía reflejar el calor del mismo modo? ¡Claro que no! A Sofrónnikov le parecía que, a veces, no sólo sentía esa reacción, sino que incluso la veía cuando observaba durante horas y más horas la superficie de la tierra. Surgían gamas de colores, se producía un caprichoso "juego" de los rayos ante sus ojos. Le habría sido difícil explicarse a sí mismo aquel fenómeno, pero en la práctica, durante el estudio de los yacimientos de Urengói, había podido convencerse muchas veces de que su intuición estaba sumamente desarrollada.

Los perforadores tenían tanta fe en su olfato, que antes de iniciar la perforación en uno u otro sector le preguntaban:

– ¿Qué, Serguéi Egórovich, nos das tu bendición?

Sofrónnikov observaba el lugar, miraba al cielo, hacía para sus adentros unos cálculos y decía con toda seguridad:

– ¡Probad!

Los perforadores acertaban.

A veces surgían dudas por una u otra razón, y en tales casos, Sofrónnikov, jadeante, como un corredor que estuviera a punto de llegar a la meta, aconsejaba:

– Tomad trescientos metros más al norte.

Los perforadores seguían su consejo y volvían a acertar...

...Sofrónnikov caminaba en línea recta del campamento hacia el Este. Esta parte del cuadrado no se parecía a la que había explorado quince días atrás. Los bosques eran de árboles corpulentos y de verdes y rizadas copas, sus cimas se perdían entre las nubes, y el rumor de la fronda llegaba a la tierra de muy arriba. Entre los pinares y los abetales aparecían de vez en cuando sectores poblados exclusivamente de cedros. Había cantidades inimaginables de bayas. Las pendientes de los cerros dejaban ver unas franjas rojiazules que semejaban arder. Las ortegas, los urogallos y los tetraos levantaban el vuelo junto a los pies, se posaban en las ramas y miraban enigmáticamente al hombre que alteraba su tranquilidad.

Terminaba el día cuando Sofrónnikov llegó a un riacho. Ante sus ojos relumbró una cinta de transparente agua. En el plano, el riacho llevaba el nombre de Gremúchaya. Bajó despacio por la dulce pendiente de la orilla y se detuvo ante un calmo remanso, en

cuya superficie podían verse agujas de abeto, hojas de grosellero negro y telarañas. El movimiento del agua apenas si se percibía.

– ¡Gremúchaya!* ¡Mira cómo se les ocurrió llamarlo! –dijo en voz alta Sofrónnikov, sonriéndose irónico y luego se agachó y hundió en el agua las manos, calientes y sudorosas.

Después de haber descansado allí unos quince minutos, echó a andar a lo largo de la orilla aguas arriba. Era todavía temprano, el sol lucía con toda su implacable fuerza, y las piernas aún no se doblaban de cansancio.

Habría caminado cosa de un kilómetro por un cedral, cuando se dio cuenta de que el terreno iba en ascenso. Todo empapado de sudor, llegó, por fin, a la cima de la loma y quedó inmóvil por la sorpresa. Desde allí se veía hasta el horizonte. Todo aquel espacio cubierto de colinas aparecía en aquellos instantes anegado por nubes lila y oro. No había visto nubes como aquéllas en toda su vida. Y tampoco había visto nunca que se dispusieran así. Eran alargadas, semejaban témpanos y pendían sobre la tierra, rozando casi las cimas de los árboles. Sofrónnikov probó a examinar a simple vista todo aquel campo lila y oro, pero pronto se dio cuenta de que le hería la vista una invisible ola de luz. Abrió apresuradamente su bolsa, sacó de ella los cristales de colores y los prismáticos y, apoyada la espalda en el grueso tronco de un cedro, se puso a observar. Ponía la mirada, protegida por un cristal de color, a la izquierda, a la derecha, lejos, cerca, y durante varios minutos no quitó ojo al sol, que en aquellos instantes abrasaba despiadadamente y parecía un girasol de fuego.

Sin embargo, el día tocaba a su ocaso, y pronto empezaron a palidecer los tonos lila y, luego, también el oro.

"¡Anda y prueba a encontrar otro cuadro semejante! ¿Será casual? ¡Algo quiere decir! Tal correlación de la tierra y el cielo no puede menos de tener sus razones. De lo contrario, eso podría observarse en todas partes. ¿Acaso en los pantanos y en los lagos es posible tal cosa?", barbotaba Sofrónnikov, sumido en reflexiones.

Abandonó la observación en el crepúsculo, cuando en el cielo se encendían ya las estrellas. Era hora de pensar en la acostada. Como siempre después de las caminatas, lo atormentaba la sed. ¡Con qué gusto habría puesto a hervir agua en el calderete, cocido hojas de airela o de grosellero y bebido por todo el día! Pero el riacho quedaba lejos. Y bajar a él por la oscuridad a través de la espesura y pisando ramiza era cosa que ni a un enemigo se la podía desear. Además, quería volver a observar por la mañana el intercambio de luz entre el sol y la tierra. Bajar del cerro para volver a subir unas horas después era un insensato dispendio de fuerzas. "¿Tal vez en algún hoyo se conserve agua de lluvia?", pensó, recordando que tres días atrás había caído en la taigá una lluvia torrencial. Los golpes del aguacero tronchaban de golpe las ramas. El agua no habría podido todavía evaporarse.

Sofrónnikov sacó de la bolsa una linterna, proyectó el haz de

---

Gremúchaya significa en ruso "tonante".

luz a un lado y a otro, se alejó unos pasos del cedro, repitió la misma operación y, de pronto, vio agua bajo unos retorcidos raigones. Con mucho cuidado, para que no se derruyeran los bordes de aquella pila natural, llenó de agua el calderete y encendió una fogata. Afortunadamente, los mosquitos no revolaban en la cima del cerro: allí hacía fresco. Sofrónnikov tomó su té calmosamente, mirando al cielo, por el que rodaban las estrellas, y pensaba: "¿Será posible que los hombres estemos solos en el Universo?"

La noche fue inquieta. Sofrónnikov durmió tan sólo unas dos horas, a lo sumo. Lo despertó el ronco ayear de un buho. El ave se había acomodado en la cima de un pino albar que se alzaba a unos diez pasos de la tienda de campaña.

– ¡U-u-uh! ¡U-u-uh! –gritaba el buho tan fuerte, que el eco le respondía.

Sofrónnikov abandonó la tienda de campaña, removió las ascuas de la agonizante fogata y aguzó el oído. El buho volvió a lanzar su grito, esta vez más débil, sin el anterior frenesí.

"Según dicen los de la taigá, eso augura helada. Parece que es todavía temprano", se dijo Sofrónnikov, apuró el cigarrillo y quería meterse de nuevo en la tienda de campaña, para reanudar el sueño, cuando toda la taigá la llenó súbitamente un inquietante ruido: silbaron unos pajarillos, levantó el vuelo, como si fuera una piedra negra, el buho posado en el pino albar, se oyeron chasquidos de ramas, y lejos dejó oír su alarmado gañido un tejón que no había advertido a tiempo el peligro. "Se ve que ha salido de caza un lince", pensó Sofrónnikov y añadió leña seca a la fogata. Pese a su astucia y perfidia, el lince no se atrevería a acercarse a la hoguera. Pronto todo enmudeció y se hizo un profundo silencio. Sin embargo, aquel letargo de la naturaleza no duró mucho. Más abajo del lugar en que se hallaba Sofrónnikov, rodó por los cerros un sordo fragor. A lo visto se había desprendido la orilla en el Gremúchaya, arrastrando consigo un corpulento árbol. Seguramente, yacía, en la tierra, muerto ya, pero el ruido de su caída seguía viviendo largamente en la noche. Al principio era un tonante y sostenido fragor, que luego se escindió en decenas de voces y antes de extinguirse estuvo largo rato repitiendo chasquidos agónicos y solitarios. Y la taigá se sumió de nuevo en un silencio denso y, al parecer, estable. Sofrónnikov se metió en la tienda de campaña y trató de conciliar el sueño, pero no lo consiguió: se lo impedían extraños susurros y cortas ráfagas de viento que silbaban frenéticamente sobre el bosque. Por fin, cuando empezaba ya a clarear, lo levantó un fuerte ruido de pisadas. Salió de la tienda de campaña, aprestada la escopeta. Se le había antojado que se acercaba un oso. Pero no tardó en comprender que se había equivocado. El ruido aquel aumentaba, se acercaba, y se oyeron resoplidos y bufidos. Eran alces. Posiblemente se dirigieran a sus pastos o, lo más seguro, al abrevadero, al río que reptaba por entre los cerros.

Apenas se hubieron alejado los alces, aparecieron en el cielo los arreboles del sol. Sofrónnikov, pertrechado de sus cristales, se puso a observarlo. Parecía calmo y cariñoso, el cielo sonreía, alegre, las nubes se habían espesado en el horizonte, pero se ocultaron tras él como si no se atrevieran en tal hora a rivalizar con el astro.

Sofrónnikov estuvo entregado a sus observaciones hasta que sintió hambre. El palio lila y oro que tanto lo asombrara la víspera no había aparecido. "Por lo visto, se levanta tan sólo cuando la tierra se ha calentado", se dijo, y se puso a preparar el desayuno.

Después de desayunarse, Sofrónnikov apagó la fogata, echándole tierra encima, e inició el descenso del cerro al río.

El Gremúchaya lo acogió con el espejo de su vasto remanso, que se esparcía por el vallejo. Sobre el agua se extendía una leve y desgarrada neblina, y olía allí a algas, amustiadas en un banco. "Hay que lavarse, gozar sin tasa del agua", se dijo Sofrónnikov y se apresuró hacia el río. Pero, de pronto, se detuvo, sin terminar su braceo. A unos cincuenta pasos de él, tras unos cedros seculares, se alzaba, en un claro rodeado de jóvenes abedules, un vetusto campamento: una isba vencida en un ángulo, con la techumbre, medio podrida, de chillas de abeto, un cobertizo que se había derrumbado, una barca de la que sólo quedaban las regalas, en tiempos revestidas de hojalata, unos montones de roca secos y duros como piedra y, al lado, una criba ya inservible.

"¿Será el campamento del padre? ¿La acampada del profesor Rúsov?", musitó Sofrónnikov, sintiendo que el corazón le palpitaba aceleradamente. Permaneció largo rato plantado allí, incapaz de moverse. Tenía la sensación de haber entrado en contacto con algo querido, inapreciable y muy, muy frágil. "Las huellas del padre... En mi juventud soñaba con encontrarlas. Pero lo he conseguido a la vejez... Te saludo, padre, si eres tú... y no algún otro", pensaba Sofrónnikov.

Se acercó a la isba con sumo cuidado, mirando a cada instante a los lados, no habría sabido decir por qué, y aguzando el oído. Permaneció unos minutos ante la puerta, cubierta de una densa capa de verdín. Tiró de la cuña de madera que hacía las veces de asidero. La puerta se había encajado, se había soldado con las jambas, que eran recias, fuertes, como si el tiempo no pudiera con ellas. Sofrónnikov probó a empujar con el hombro. La puerta no cedió. Dio la vuelta y apretó sobre las tablas con su huesuda y fuerte espalda. Todo en vano. La puerta ni se abría ni se rompía. Sofrónnikov tomó el hacha que llevaba al cinto. Golpeó con el peto, que penetró en una tabla como lo habría podido hacer en un bloque de cera. Sofrónnikov volvió a descargar el hacha con toda su fuerza. Se formó un agujero por el que se podía meter la cabeza, de desearlo. Asió con las manos los bordes del boquete y tiró de la puerta hacia sí. No se abrió, pero se deshizo en pequeños trozos revestidos de resbaladizo musgo.

Inclinándose, Sofrónnikov penetró en la isba. En ella reinaba la penumbra, hacía humedad, y el techo, alabeado, parecía presto a venirse abajo en cualquier instante. El pequeño ventano se había torcido, los cristales estaban cubiertos de moho y de basu-

ra de la taigá, pero, cosa extraña, a pesar de la deformación del marco, los cristales ni habían caído ni se habían rajado.

La estufa metálica veíase toda cubierta de herrumbre. Al mirar a un rincón, tras la estufa, Sofrónnikov descubrió un cajón hecho de gruesas tablas y, en él, un montoncillo de carbón. Se precipitó hacia allí con la celeridad de una marta cebellina que se hubiera asustado. Se hincó de rodillas, asió unos pedazos de carbón y se puso a palparlos y mirarlos, exponiéndolos a la luz que penetraba por el boquete de la puerta.

Era increíble... Tenía en sus manos no carbón vegetal, que a veces los cazadores preparaban para poner al rojo los cañones de las escopetas de pistón a fin de limpiarlos del hollín de la pólvora quemada, calentar sartenes, para hacer perdigones de pedazos de plomo, o, simplemente, encender con menor dificultad las hogueras en los días desapacibles... Sí, era carbón de piedra, auténtico, verdadero... ¿De dónde lo habrían sacado? No pudieron llevarlo allí de lejos... Por lo tanto, lo habrían recogido cerca, en las barrancas del Gremúchaya.

Sofrónnikov volvió a acercarse al rincón tras la estufa, asió el cajón, lo arrancó del suelo y lo llevó a la puerta. Los rayos del sol cayeron sobre las negras piedras. Por un instante se le antojó a Sofrónnikov que en el cajón se había encendido el reflejo lila y oro que conocía... Se encendió y se apagó al instante.

Palpando cada pedazo de carbón, Sofrónnikov se olvidó de todo lo del mundo. Estuvo sentado en cuclillas hasta que se le entumecieron dolorosamente las piernas. "Espera, ¿por qué no he explorado debidamente la isba?", se preguntó y se apresuró hacia la mesa, que ocupaba casi un tercio del recinto.

Estaba hecha de cuatro tablas cepilladas hacía mucho. Toda renegrida, la cubría en algunos lugares un aterciopelado verdín. Sus dimensiones dieron a entender a Sofrónnikov que los habitantes de la isba no sólo la utilizaban para desayunar, comer y cenar. Probablemente hicieran en ella algo más. ¿Qué sería? Fijándose bien en el tablero, vio que las tablas, lisas, estaban llenas de rasguños y de manchas producidas por golpes de martillo y de puntero. Posiblemente la mesa hiciera las veces de obrador y en ella estudiaran la roca, la desmenuzaran, sometiéndola a meticuloso examen.

"¡No cabe duda! ¡Estoy en el campamento del profesor Rúsov! Ahora puedo emprender la búsqueda de sus diarios de trabajo y de sus planos", pensó Sofrónnikov, cubriéndose de sudor por la emoción que le producía su suerte.

Todo el día, hasta que se hizo de noche, estuvo, olvidado de la comida, explorando metro a metro el claro en que se alzaba la isba, invadido ya por bastantes árboles jóvenes. En algunos lugares se ponía de rodillas y, la mirada en el suelo, se arrastraba por entre viejos tocones, palpando la herbosa superficie. Examinó también todo lo que quedaba de la barca y del cobertizo. Tomaba en sus manos cada madero podrido, lo partía y lo examinaba larga y atentamente con la lupa. Lo único que encontró fue un acetre con el mango, de madera, todo podrido. Por cierto, de la parte me-

tálica quedaba tan sólo un aro. Pero aquello le bastó a Sofrónnikov para imaginarse la vida del padre y del profesor, toda aquella expedición que era ya una leyenda.

Pasó la noche junto a una fogata que ardía en el borde mismo de la orilla del río, a unos veinte pasos de la isba. No habría podido decir luego si durmió o no. A veces se le antojaba oír voces humanas, oír el habla del padre. Pero aquello debía de ser una figuración...

A la mañana siguiente trasladó al plano todos los datos del terreno y emprendió apresuradamente el regreso al campamento, donde le esperaban los muchachos.

"Sal y carbón", "sal y carbón", "sal y carbón", pulsaba en su cerebro una y la misma frase. Y a través del cansancio acumulado en las noches de insomnio, en lo hondo de su conciencia se encendía con irisada luz la esperanza: seguía un camino que lo llevaría a descubrir un gran secreto oculto por las tinieblas de los siglos...

Al secretario del provincial se le acumulaban tantos asuntos, que el día no le bastaba para resolverlos. Sóbolev tenía, por eso, que trabajar algunas horas de la tarde y hasta de la noche. A decir verdad, a Antón le gustaban aquellas "horas extra", "no previstas" en el horario de trabajo del provincial. En aquellas "horas extra", abría la carpeta con la correspondencia y se ponía a leer calmosamente las cartas. Durante el día se acumulaban cientos de papeles: quejas sobre anormalidades en el comercio, en el transporte y en el funcionamiento de los órganos locales de poder, solicitudes de pensiones y viviendas, propuestas para mejorar la labor de las organizaciones del partido y, por último, cartas que eran confesiones de los remitentes. En el provincial y fuera de él se hacía un silencio absoluto. Enmudecían los teléfonos. El río humano dejaba de fluir, para reemprender con nueva fuerza su curso al llegar la mañana...

– ¡Hay que ver lo que se le ha ocurrido a nuestro Ugriúmov-Viuzhni! Dice tales cosas, que se taparía uno los oídos –dijo Kochkin, entrando en el despacho de Sóbolev.

Sostenía Kochkin en las manos una carpeta con papeles, que mantenía un tanto apartada de su persona, cuidadosamente, como corresponde a un experto ayudante, que no pierde nada, y al mismo tiempo con gesto reprobatorio y hasta con cierta repugnancia, por cuanto el contenido de los papeles le desagradaba.

Nikolái Ivánovich Kochkin llevaba ya más de diez años trabajando de ayudante del primer secretario del provincial de Sinegorie. Tenía ya los sesenta bien cumplidos, pero Polosujin apreciaba su gran experiencia de redactor, su puntualidad y su buena memoria, por lo que no lo dejaba jubilarse. "Trabaja todavía un añito o dos, Nikolái. No es fácil sustituirte. Tú eres en el provincial nuestra PES, nuestra Pequeña Enciclopedia de Sinegorie", decía con sonrisa un tanto irónica Polosujin, suponiendo que la Gran Enciclopedia de Sinegorie era él mismo. Y eso era cierto.

Aunque tenía cierto fundamento para dudar de los conocimientos de Kochkin, Sóbolev no consideraba posible cambiar de golpe los cuadros que había elegido Polosujin.

– ¿A qué se refiere usted, Nikolái Ivánovich? –preguntó Sóbolev, dejando de leer el parte del tratamiento de la patata con sustancias químicas.

– ¡Demián Ugriúmov-Viuzhni, nuestro plumífero, ha pergeñado todo un manifiesto! ¡Hay que ver a lo que ha llegado!, ¿sabe usted? Escribe a su nombre, Antón Vasílievich. Acusa al provincial de cien pecados: de subestimación de los enciclopedistas locales del siglo XIX, de divorcio de la vida real, de burocratismo y hasta de una actitud preconcebida hacia su persona... Viene a decir que no se aprecia el talento... y otras cosas por el estilo.

– Recuerdo su novela *La crecida*. Sobre la guerra civil en Siberia. No me pareció mal escrita. Cuando éramos jóvenes, la leíamos con verdadera pasión, organizábamos conferencias de lectores... El principal libro sobre ese tema se consideraba *La crecida*. ¿Escribe algo ahora? –preguntó Sóbolev y miró a Kochkin.

Flaco, de menguada talla, con el cano pelo cortado a cepillo, las gafas de montura metálica, Kochkin frunció su picuda nariz, y dijo mordazmente:

– Cre-a.

– Muéstreme, Nikolái Ivánovich, la carta de Ugriúmov-Viuzhni.

– Son diecisiete cuartillas a máquina, Antón Vasílievich. ¿Tal vez entresaque los lugares más esenciales? Leerla entera es imposible, hace el efecto de un vomitivo, y las tripas gruñen.

– De todos modos, probaré.

– En tal caso, aquí tiene la carta, Antón Vasílievich.

– Déjela ahí.

Kochkin mostró a Sóbolev algunos papeles más de la correspondencia llegada en los últimos días a nombre del primer secretario del provincial y, después de recibir indicaciones de a quién debía pasarlos, se retiró.

Sóbolev tomó la carta de Ugriúmov-Viuzhni, hojeó las crujientes cuartillas, les quitó el sujetapapeles que tenían en un ángulo y las dejó ante sí.

Ya por la primera página, Sóbolev comprendió que el escritor había redactado su carta en un estado de suma irritación. Fuertes expresiones subrayadas con tinta verde y adornadas con abundantes signos de admiración y de interrogación clamaban, vociferaban: "el provincial subestima", "el provincial se ha enfangado en el papeleo", "el provincial no conoce el estado real de las cosas". En expresiones no menos categóricas, pero ya en otro tono, enjuiciaba el escritor su actividad creacional. "Soy autor de cinco novelas y unos diez relatos. Incluso el gran León Tolstói escribió tan sólo tres novelas... Ignorantes y chiquillos diplomados encumbrados en la editorial y en el provincial quieren enseñarme a escribir. ¡Eso a un hombre que entregó su talento al pueblo y lleva treinta y cinco años consagrado a la literatura! *¡Pravda*, órgano del Comité Central, habló reiteradas veces de mis novelas!"

Al final de la carta, Ugriúmov-Viuzhni pedía a Sóbolev que leyera personalmente el manuscrito de su novela *Las campanas de Sinegorie*, y lo liberara de las acusaciones de imprecisión en sus posiciones políticas, de ambigüedad y flojera profesional.

"La cosa no es tan sencilla como le ha parecido a Kochkin... Darle un jabón significa no conseguir nada... Además, el escritor se siente ultrajado, lo ha herido en lo más vivo alguna injusticia –pensaba Sóbolev, mientras metía la carta de Ugriúmov-Viuzhni en la carpeta de los papeles que exigían una intervención inmediata.

Sóbolev marcó el número del teléfono de Pugachov, el jefe de la sección cultural del comité.

– Kim Víctorovich, ¿qué sabe de la novela *Las campanas de Sinegorie*, de Ugriúmov-Viuzhni? –preguntó al oír la voz de Pugachov.

– Es una historia que se va haciendo demasiado larga, Antón Vasílievich.

– Eso es de lamentar.

– Por cierto, el manuscrito no sólo ha sido analizado aquí, lo enviamos a Moscú, para que se hiciera allí una recensión, en la redacción de *Luces de Siberia* lo leyeron...

– ¿Y no lograron convencer al escritor?

– ¡No hay quien lo apee del burro!

– ¿Ha leído usted mismo el manuscrito?

– Lo he hojeado.

– ¿Y qué?

– Estoy de acuerdo con el fallo de los camaradas de Moscú. En el manuscrito hay muchos errores graves, reticencias. En general... es una obra turbia... ideológicamente vacilante, por lo menos...

– No obstante, nuestro deber es ayudarle.

– No somos niñeras, Antón Vasílievich. El se pone caprichoso, y nosotros...

– Somos algo más que niñeras, Kim Víctorovich. Somos educadores...

– No sé, le digo honradamente que no sé...

– Bien, probemos a hacer algo juntos, Kim Víctorovich. Ugriúmov-Viuzhni es una persona nuestra. Estuvo en el frente, fue explorador, es diputado del Soviet local. No puede ser que no comprenda, si, efectivamente, se equivoca. ¿Tiene usted el manuscrito? Envíemelo ahora mismo.

Una semana más tarde, Sóbolev volvió a telefonear a Pugachov, después de haber leído ya la novela.

– Estoy de acuerdo con su apreciación de la obra, Kim Víctorovich. Pero, al mismo tiempo, hay en ella muchas páginas magníficas. Son jugosas y fidedignas. Se diga lo que se diga, el talento es el talento. Recuerde con cuánta emotividad, no encuentro

otra palabra, describe la vida de la vieja intelectualidad, cercana al pueblo. Ven la miseria, la falta de derechos, la ausencia de perspectivas, y no hallan la salida: sufren, se atormentan, y todo en vano. En la parte contemporánea hay también buenas escenas e imágenes. Recuerde qué carácter tan fuerte es el del presidente del koljós. Un verdadero mujik, un labriego, profundo conocedor de la tierra.

– ¿Qué piensa usted, Antón Vasílievich, de cómo pinta a los funcionarios del Partido? –lo interrumpió Pugachov con acento mordaz.

– Ahí fracasa por completo. Los pinta de manera preconcebida y caricaturesca...

– ¡Calumnia! –exclamó Pugachov.

– No estoy seguro de que sea una calumnia. Pero, en efecto, ha reunido todo lo peor, lo enfoca unilateralmente... Es mucho lo que no comprende Ugriúmov-Viuzhni.

– ¿Cree que se trata tan sólo de eso?

– Hay que ocuparse de él en serio. Estoy presto a entrevistarme con Ugriúmov-Viuzhni...

– ¿Lo convoco para que usted lo reciba? ¿Para qué hora, Antón Vasílievich?

– No hay necesidad de convocarlo, Kim Víctorovich. Yo mismo le telefonearé y lo citaré para las nueve de la mañana.

– ¿No es demasiado honor para Ugriúmov-Viuzhni? El primer secretario en persona le telefonea, le hace una reverencia... ¡Es capaz de negarse!

– Creo que exagera usted –rió bondadosamente Sóbolev–. No se puede contestar con irritación a la irritación. Eso no conduce a nada bueno. Por otra parte, no creo que sea una humillación si yo mismo telefoneo a un conocido escritor. Lo queramos o no, Ugriúmov-Viuzhni figura ya en la historia de la región, y de nosotros no sé, lo juro, qué decir a ese respecto...

Pugachov emitió un gruñido y, frenando su descontento, dijo en voz sorda:

– Usted verá, Antón Vasílievich.

...Sóbolev llegó al regional a las ocho de la mañana y estuvo toda una hora, antes de su entrevista con el escritor, hojeando el manuscrito de la novela, releyendo algunas páginas y haciendo anotaciones en una cuartilla de papel.

A las nueve en punto entró Vika, enérgica y seria, vestida con sencillez y pulcritud. Tenía un bloc de notas en la mano.

– Buenos días, Antón Vasílievich. El camarada Ugriúmov-Viuzhni está ya aquí –dijo, mirando al secretario del regional y admirando disimuladamente su rostro grave, pero aún juvenil, de rosadas mejillas, la camisa, de una blancura deslumbrante y la corbata a rayas, impecablemente anudada.

– Hágale pasar, Vika.

Ugriúmov-Viuzhni debía de andar por los sesenta. Era alto, huesudo, tieso y de brazos largos. El alborotado pelo cano le caía sobre la frente, surcada de profundas arrugas. Bajo las pobladas cejas miraban el mundo dos ojos negros como la antracita, vivos

y exigentes. Había en su inquieta expresión algo temerario, como en la mirada del hombre que ha resuelto hacer inmediatamente algo extraordinario. "Tiene ojos de populista de un grupo de choque", le pasó por la cabeza a Sóbolev. Pero el rostro, pomuloso, seco, cetrino, no armonizaba con los ojos. Parecía cansado, demacrado bien por dolores o bien por preocupaciones y sufrimientos insoportables.

– Me encanta, Demián Ermoláevich, conocerle más de cerca. Por sus libros lo conozco desde mis años mozos. Sobre todo recuerdo su novela *La crecida*. En una conferencia de lectores llegué a hacer un informe que se titulaba "La imagen del comisario Poluboyárov en la novela *La crecida*.

Ugriúmov-Viuzhni no reaccionó a estas palabras. Sóbolev puso en él una fugaz mirada y comprendió que el escritor no las tenía todas consigo y estaba con los nervios de punta.

Cuando Ugriúmov-Viuzhni se hubo sentado, descansando el brazo izquierdo, herido, en la mesa, porque le era difícil tenerlo en vilo, Sóbolev resolvió pasar inmediatamente al grano, a tratar de la novela *Las campanas de Sinegorie*, intuyendo que en aquellos instantes al escritor ninguna otra cosa le interesaba.

– He leído su novela, Demián Ermoláevich, con sumo interés. A veces me olvidaba de que la estaba leyendo con fines críticos.

– Gra..gra... gracias –tartamudeó quedamente Ugriúmov-Viuzhni.

– Pero quisiera hacer, de todos modos, la salvedad de que no soy un literato profesional, no soy un crítico, sino un lector, aunque un lector dotado, más o menos, de conocimientos acerca de lo que usted escribe. Estoy dispuesto a admitir que entre mis consideraciones haya algunas dictadas por mi gusto personal, así como apreciaciones subjetivas de algunos acontecimientos.

– In...in... inevitable –observó Ugriúmov-Viuzhni.

– De todos modos, las expresaré, para que usted las sopese. Primero, quiero enjuiciar la obra en su conjunto. ¿Es necesaria? ¿Encontrará en ella el lector contemporáneo ecos de su sentir y su pensar? Creo que sí, indudablemente. Esta es una cuestión de principios. En efecto, si no vale, ¿qué sentido tiene gastar saliva? Así pues, vamos a partir del supuesto de que vale, de que merece la pena romper lanzas.

En su novela me atrae ante todo la idea misma: vincular las épocas en una cadena única, analizar la continuidad de las generaciones y las ideas, mostrar qué capital del pasado trabajaba para el presente, lo enriquecía, se convertía en material de construcción de nuestros días e impulsaba la vida adelante. ¿Veo bien cuál es su idea principal? –preguntó Sóbolev, interrumpiéndose.

– Si-i-í –asintió Ugriúmov-Viuzhni.

– La estructura de la novela la he entendido así –continuó Sóbolev, observando atento el semblante del escritor–: la historia y la contemporaneidad en unidad indisoluble. La historia ayuda a comprender el presente, pero también el presente ayuda a comprender la historia.

– Cierto –dijo con mayor viveza Ugriúmov-Viuzhni, y la ex-

presión de su rostro se ablandó–. Eso es lo que no quieren comprender mis opositores en la editorial y sus camaradas del comité provincial.

– Pero ese principio, Demián Ermoláevich, exige una elección muy atinada y rigurosa de los héroes. Si el héroe es la encarnación de los rasgos de su época en su sentido más importante, en su sentido principal, es natural y justo que encuentre sucesor en otra época. Naturalmente, el tiempo, las condiciones históricas concretas, lo transforman. En algo ya no se parecerá a su predecesor, pero conservará los rasgos genéricos.

Pues bien, en este punto, no todo en su novela corresponde a la verdad histórica. Del movimiento de los provincialistas siberianos no podía dimanar la revolución. La oposición de los provincialistas a la autocracia era limitada, se refería tan sólo a algunos aspectos de la política zarista respecto de las regiones periféricas del Imperio. Los provincialistas no podían generar el movimiento de los de abajo, de las masas, y sin ello es inconcebible toda revolución. Usted sabe perfectamente que en ese movimiento participaban pequeños grupos de intelectuales y comerciantes locales... No tenían ni podían tener un apoyo sustancial en las capas bajas. La clase obrera estaba todavía en embrión, y los campesinos de Siberia vivían un proceso de vertiginosa diferenciación de clases. A ese proceso contribuía, como recordará, la colonización. Aceleraba el crecimiento de las capas más pobres de la población, pero contribuía también al aumento de los kulaks. Cada año era más la mano de obra barata. ¿De acuerdo? –preguntó Sóbolev y miró al escritor, que le escuchaba muy atento, con la arrugada frente perlada de sudor, encendidas las chupadas mejillas.

– No del todo.

– ¿En qué no está de acuerdo conmigo? Querría comprender su punto de vista, Demián Ermoláevich. –Lo único que temía Sóbolev en aquellos instantes era mostrarse categórico, por eso hablaba blandamente, invitando al interlocutor, con el mismo tono de su voz, a entablar discusión.

– Subestima usted, Antón Vasílievich, que el papel ilustrativo de los provincialistas, en primer lugar, y, en segundo lugar, su afán de imprimir a Siberia un impetuoso desarrollo económico subrayan, precisamente, la afinidad de sus ideas con las de los bolcheviques. La lógica es bien sencilla: el desarrollo económico propulsaba el aumento de la clase obrera, y la clase obrera era portadora potencial de la revolución. ¿No es así, Antón Vasílievich?

Ugriúmov-Viuzhni iba asumiendo poco a poco el papel de polemista: la tirantez se había desvanecido, y había dejado de tartamudear. Se irguió, miró a Sóbolev a la cara e incluso esbozó una sonrisa de oculta superioridad, reflejada en las lucecitas traviesas que se encendieron por un instante en sus atrevidos ojos.

– No es así, Demián Ermoláevich. Las ideas de los bolcheviques y las de los provincialistas no coinciden. Son diametralmente opuestas. Con tanta mayor razón, porque las separa toda una

época histórica, nacieron de distintas épocas, aunque el número de años que las separan no es muy considerable. Quisiera hablar de una de las principales posiciones de los provincialistas: la separación de Siberia de Rusia. ¡Es una idea falsa! De haber sucedido eso (aunque es imposible creerlo, ya que el zarismo, poseedor de una potente máquina de política centrípeta, no lo hubiera consentido, aun a precio de un derramamiento de sangre), Siberia se habría visto inevitablemente en las zarpas del capital extranjero. ¿Qué habría ganado Siberia con eso? ¡Nada! ¡Habría dejado de ser Rusia! ¿A qué habría conducido tal circunstancia? Al debilitamiento del país, a la dispersión de las fuerzas de la clase obrera. ¿Acaso podían apoyar los bolcheviques tal punto de vista? ¡Nunca! ¿Cómo se puede, después de eso, comparar, como si fueran cercanas, las vagas e ingenuas ideas de los provincialistas y la mundividencia de los bolcheviques? ¿No tengo razón, Demián Ermoláevich?

Ugriúmov-Viuzhni agachó la cabeza y guardó silencio. A decir verdad, no era un hombre de profunda cultura, había estudiado con grandes intermitencias y había "rematado" a duras penas los estudios por libre en el Instituto Pedagógico de Sinegorsk ya después de la guerra, y más que nada, para que no dijeran que no tenía un diploma. Poseedor de aptitudes extraordinarias, de una inteligencia viva y de una pluma fácil, temía un poco la instrucción, la "sabiduría libresca", suponiendo que podía causar detrimento a sus dotes naturales. Sóbolev lo comprendió así al leer el manuscrito.

– En fin, si quiere usted, Demián Ermoláevich, presentar el árbol genealógico de la revolución y del bolchevismo –continuó Sóbolev con la misma calma–, busque esa línea, en Siberia, en otros acontecimientos. ¿Sabe que ya en el año 1838, en los placeres auríferos del Yeniséi, los buscadores se declararon en huelga contra las duras condiciones de vida y de trabajo? A los dueños de los placeres se les presentaron reivindicaciones dictadas por la voluntad colectiva de los esclavos de taigá. De eso se habla con bastante detalle en las obras del historiador Semevski. ¿Recuerda usted la novela *Paso a paso*, de Innokenti Fiódorov-Omulevski, que describe la primera huelga en una fábrica siberiana de porcelanas?... Creo que eso está más cerca del bolchevismo que las disquisiciones de sus personajes, en las reuniones de los provincialistas, acerca del camino independiente de Siberia.

– ¡No hay que echar tan a la ligera por la borda a nuestros ilustradores, Antón Vasílievich! Se diga lo que se diga, contribuyeron al progreso de la región.

– Sí, no hay que hacer eso, estoy de acuerdo. Precisamente a primeros de semana, Demián Ermoláevich, el buró del regional discutió acerca de la necesidad de justipreciar los méritos de los próceres de la cultura del pasado...

– Llegan hasta levantar la mano a Potanin... dicen que es un reaccionario... un pilar del provincialismo... Olvidan que fue un gran viajero, que enriqueció la ciencia patria... ¿Cómo se puede hacer tal cosa?

– Repito que es intolerable tal actitud hacia las personalidades del pasado. Con eso se ha acabado o se está acabando. Pero nosotros hablamos ahora de otra cosa: del precursor de nuestro pensamiento revolucionario, de los primeros pasos del movimiento de liberación social. Para ella, la ilustración no bastaba. Es bien sabido que la burguesía no se volvía de espaldas a la ilustración, es más, daba en ese sentido grandes pasos. Pero eso no lo dictaba simplemente la solicitud por la instrucción de las masas, sino, ante todo, los propios intereses del desarrollo del capitalismo. ¡Eso no hay que olvidarlo!

– ¡No obstante, entonces tampoco escaseaban las personas de sentimientos nobles, Antón Vasílievich! –exclamó Ugriúmov-Viuzhni, dándose cuenta de que no podía oponer argumentos de peso.

– ¿Quién lo discute? Muchas de esas personas simpatizaban con los revolucionarios y les ayudaban de una manera u otra, y eso hay que saber apreciarlo. Le recordaré, Demián Ermoláevich, un apellido: Makushin. Naturalmente, conoce usted esa figura. Gran comerciante, organizador del comercio librero en Siberia, dedicó muchas energías y medios a la construcción de escuelas en las aldeas y levantó en Tomsk la Casa de la Ciencia. Su lema era: "Ni un solo analfabeto". Los primeros libros marxistas llegaron a Siberia a través de Makushin. Admito que ese comerciante ilustrador sabía que al llevar aquellos libros a Siberia exponía mucho. ¿Acaso podemos no valorar su actitud? No es casual que el poder soviético no la negara. Hasta el fin de sus días estuvo dedicado a la difusión del libro, y, cuando murió, los periódicos centrales, sin hablar ya de los locales, publicaron necrólogos en los que se hablaba de él como de una personalidad de la cultura popular...

– Ya ve, Antón Vasílievich, dice usted lo mismo que yo... –lo interrumpió Ugriúmov-Viuzhni con una nota de triunfo en la voz.

– No hablamos de lo mismo, Demián Ermoláevich. Eso lo he dicho de pasada. Lo "mismo" es otra cosa: ¿cuál fue la principal fuerza motriz de la revolución? De eso es de lo que estamos hablando. Tal fuerza no la constituían ni los provincialistas, ni Makushin, ni otras personas semejantes. Esa fuerza era la clase obrera, que en su obra se ve relegada a tercer plano. De lo que se trata precisamente es de corregir esa circunstancia. Como artista que es, no puede usted menos de tomar en consideración los hechos históricos. Y los hechos son los siguientes: en la revolución de 1905 se formaron en Siberia dos soviets obreros, dos repúblicas, la de Krasnoyarsk y la de Chitá. ¿Acaso se puede pasar por alto tales sucesos? No quiero imponerle ninguna decisión, no soy escritor y, por ello, no puedo hacerlo, pero mi deber de camarada es exponer mis consideraciones y fijar su atención en las debilidades de su obra. Me parece que cuenta usted con suficientes energías para volver a redactar la novela. Encontrará nuevos materiales, dispondrá de nuevas posibilidades...

– Kubishkin me entusiasmó... Kubishkin... –dijo sordamente Ugriúmov-Viuzhni, cuya mente, excitada por los razonamientos de Sóbolev y amante de la verdad, le dibujaba ya escenas y episodios.

– En mi opinión, a Kubishkin lo ha pintado usted maravillosamente. Ese maestro rural lleva todo el peso de la novela. Y se nota que le profesa usted un amor infinito.

– ¡Y no es para menos! El prototipo de esa imagen es mi padre –confesó Ugriúmov-Viuzhni. Sóbolev advirtió que los ojos del escritor se humedecían, y por su cabeza pasó una sentencia que había leído en algún lugar: "Sí, todos nosotros somos hasta la vejez hijos de nuestros padres".

– Tales son, Demián Ermoláevich, mis consideraciones relativas a la primera parte de la novela. En cuanto a la segunda parte, la parte contemporánea, la que pinta nuestro presente, querría hablar con mayor detalle. ¿No está cansado? ¿Qué toma usted, café o té? Ahora digo que nos traigan algo. Y mermelada. Me encanta la de airelas. ¿Qué me dice?

– Té, por fa...favor –dijo Ugriúmov-Viuzhni, volviendo a tartamudear.

Sóbolev miró el ensombrecido semblante del escritor y se dijo: "Esta conversación es para él dolorosa. Claro, todo lo filtró a través de su corazón y su cerebro. Pero ¿qué se puede hacer? Sí, ¿qué? Tal es mi suerte".

Súbitamente sonó en el despacho el prolongado y estridente timbre de un teléfono. Fue tan inesperado, que Ugriúmov-Viuzhni se estremeció, y Sóbolev levantó apresuradamente el auricular.

– Perdone, tenga la bondad, Demián Ermoláevich, se ve que me requiere algún distrito.

– ¡Pero qué dice! Naturalmente, naturalmente, responda.

Se oyeron en el auricular unos largos pitidos, luego un farfullar como el de una cañería de agua corriente y algo así como si alguien rasgueara un instrumento de cuerda.

– Sóbolev al aparato. ¿Con quién hablo?... Buenos días, camarada Sídorov. ¿Por qué tiene tan alterada la respiración, Akim Pavlántievich? ¿Qué ocurre? ¿Una desgacia? ¿Un suceso extraordinario? Informe, le escuho. –Sóbolev tapó el micrófono con la mano y explicó a Ugriúmov-Viuzhni–: Llama Sídorov, el director del complejo maderero de Zaovrazhnoe. Es un asunto urgente... –y volvió a hablar en el micrófono–: Ya... ya... ¿cuánto ha subido el nivel del agua? ¡Tres metros y medio! ¿Por qué ha ocurrido eso? ¿Por qué no tomaron medidas de precaución? ¿No sabían acaso que este período las aguas subterráneas se desmandan en el Yulá? ¡Ah!, ¿se sumaron a eso lluvias torrenciales? ¿Siete horas seguidas? ¡Así es nuestra madre Siberia!... ¿Cuánta madera se ha llevado el agua? ¡Aproximadamente, ciento cincuenta mil metros cúbicos! Ya... Precise más, Akim Pavlántievich. Doscientos mil... ¿Qué medidas han tomado? Han movilizado hasta el último hombre... Está bien, es atinado... ¿Y qué piensa hacer? Ya... salir al paso en Krasnie Yarí. Ya... dirigirlos a Schúchaya Kuria... cerrar, no dejar que la madera salga a los tablazos... Sí, sí, allí los troncos se dispersarían por las arenas, y sería difícil reunirlos. ¿Qué quiere, qué pide al regional, Akim

Pavlántievich? Ya... Un puente de pontones... Fuerte, firme, anclado, para que resista el embate de los troncos... ¿De cuánto tiempo disponen? De tres o cuatro horas... Bien... Está claro... ¿Lo han comunicado al complejo? ¿A mí el primero? Gracias por la confianza, pero telefonée enseguida a Cherepánov... Que lo sepa... Discutiremos inmediatamente las medidas de ayuda y se las comunicaremos... ¿Cuándo puede telefonear? Espere una llamada dentro de quince o veinte minutos...

Sóbolev colgó el teléfono exterior y oprimió un botón del intercomunicador. Una tras otra se oyeron voces masculinas.

– Escucho, Antón Vasílievich.

– Al aparato, Antón Vasílievich.

Sóbolev transmitió en breve la conversación que había tenido con el director del complejo maderero de Zaovrazhnoe al segundo secretario del regional, Tomilin, y al presidente del Ejecutivo, Kárpov.

– Ahora mismo me pongo en comunicación con los militares. Usted, Félix Eduárdovich, procure poner en pie a los bomberos forestales y tome bajo su control el complejo. Que todos los grupos y el material aterricen en Zaovrazhnoe y den comienzo a los trabajos de salvamento de la madera. Allí está en peligro la segunda base de formación de almadías. Usted, Stepán Stepánovich, vaya al aeródromo y vuele a Zaovrazhnoe. El comité distrital del Partido debe encabezar todo. Si es necesario, movilice a todos los comunistas y komsomoles de la cabeza del distrito... Debemos salvar la madera...

De nuevo en el intercomunicador se oyeron claras voces masculinas:

– Todo comprendido, Antón Vasílievich.

– Voy inmediatamente al aeródromo, Antón Vasílievich.

Ugriúmov-Viuzhni, estirado el cuello, seguía con suma atención las conversaciones de Sóbolev. Comprendía que el secretario regional no estaba en aquellos instantes como para ocuparse de él, se levantó a medias, apoyándose en el borde de la mesa, y dijo desconcertado:

– Seguramente, soy ahora un estorbo, Antón Vasílievich.

– Nada de eso. Siéntese, siéntese. Perdone, Demián Ermoláevich –pidió Sóbolev y marcó un número en un teléfono, el tercero, de color rojo.

– ¿Está el comandante? –preguntó, al oír una voz clara y precisa, que dijo: "El teniente coronel Spiridónov al habla"–. Póngame en comunicación con él, tenga la bondad, soy Sóbolev, del comité regional del Partido.

– A la orden, camarada miembro del consejo militar –se oyó en el despacho.

Ugriúmov-Viuzhni estiró involuntariamente el cuello. "Miembro del consejo militar", sonaba en sus oídos. No sabía lo que era notorio para todos los activistas del Partido: al ser elegido primer secretario del regional, Sóbolev fue nombrado miembro del consejo militar de la región.

"Eso está bien, el ejército siempre fue vástago del Partido. Y

es conveniente, para coordinar los esfuerzos si hay que rechazar al enemigo", pensó aprobatorio el viejo ex combatiente, en el pasado jefe de una compañía de exploradores, y prestó atención a la conversación de Sóbolev con el comandante de la región militar.

– ¡Buenos días, Iván Petróvich! ¿Qué tal esa salud? ¿No le influyó mucho la tormenta de ayer? Ayer de aquí, del provincial, llevaron en ambulancias al hospital a tres compañeros que fueron heridos en la guerra. ¿Se siente bien? Me alegro... Le llamo, Iván Petróvich, por un asunto de extrema urgencia. En Zaovrazhnoe ha ocurrido una desgracia. –Sóbolev contó todo lo que había sucedido en el complejo maderero–. He decidido pedirle que nos ayude, Iván Petróvich. ¿No se podría desplazar de los campamentos militares de Turchin al Yulá un puente de pontones supersólido? Naturalmente, con una unidad de zapadores. De allí al río hay en total tres kilómetros. Si consiguiéramos interceptar el camino de la madera antes de que llegase a los grandes tablazos, podríamos volverla al complejo con pérdidas mínimas, Iván Petróvich. De lo contrario, perderemos millones de rublos.

– Ayudaremos, Antón Vasílievich. No cuelgue, ahora comunico con el jefe de ingenieros –se oyó la voz del comandante, y siguió una pausa de cosa de dos minutos. Sóbolev y Ugriúmov-Viuzhni se miraban con el rabillo del ojo. Ambos pensaban en lo mismo ¿lograría la gente imponer su voluntad a los elementos? ¿Podría en aquellas cortas horas aprestar todas sus fuerzas y medios?

– Oiga, Antón Vasílievich –sonó la voz del comandante de la región militar–. Acabo de ordenar al jefe de ingenieros que ponga en pie a una de las unidades de ingenieros de los campamentos de Turchin y la displace, junto con un puente de pontones, a Zaovrazhnoe. Tenga la bondad de disponer que los camaradas de allí reciban al desembarco e indiquen en donde hay que trabajar. Dentro de cuarenta minutos, los zapadores y el puente deberán estar ya en el cielo.

– Gracias, Iván Petróvich. Su ayuda es inapreciable.

– Deseo éxito, Antón Vasílievich.

Sóbolev telefoneó a Zaovrazhnoe. Allí estaban esperando su llamada y contestaron sin la menor dilación.

– ¿Quién está al aparato? ¿Sídorov? No le había conocido. ¿Qué le pasa con la voz? ¿Por qué está ronco? ¿De los nervios? Oiga, Akím Pavlántievich, atentamente: dentro de media hora acudirán en su ayuda los militares. El comandante de la región militar ha puesto en pie a una unidad de zapadores de los campamentos de Turchin. Los helicópteros llevarán también el puente. Prepárense para recibirlos. ¿Disponen de bastantes camiones? Envíen inmediatamente gente y pertrechos al lugar en que debe ser montado el pontón. Eso en primer lugar. En segundo lugar, ha salido para ahí Stepán Stepánovich Tomilin... ¿Conoce el comité distrital su desgracia? ¡Ah, están ahí! ¿Quién, concretamente? ¿Casi todo el buró? ¿Tantos? ¿No se estorbarán unos a otros? Pásele el auricular a Sadovski. Mis saludos, Andréi Andréevich. Me

alegra que esté ya usted en el lugar de los acontecimientos. Les recomiendo formar una comisión de tres para liquidar las consecuencias de la calamidad. ¡Ya la han formado! Muy bien. ¿Quién la integra? Usted, por el comité distrital del Partido, Berezhnói, el presidente del ejecutivo y Sídorov. Me parece bien. Dígale a Tomilin que se ponga en comunicación conmigo nada más llegue. ¿Qué tal la segunda base? ¿Aguanta? Refuércenla con protecciones complementarias. Hagan todo lo posible para que no sufra... ¿Piensan reforzarla con balsas? ¡Estaría bien! Pero ¿de dónde van a sacarlas? ¿De la base misma? Hagan eso sin demora, Andréi Andréevich... Les deseo buena suerte...

Sóbolev parecía tranquilo, pero la vista de escritor de Ugriúmov-Viuzhni captó el temblor de los dedos que sostenían el auricular y el pulsar de unas venillas azulosas en sus sienes, junto a los rizos de pelo rubio.

– ¡Fú! –resopló largamente Sóbolev, se reclinó en el respaldo del sillón, se pasó la mano por el pelo y, mirando sonriente al escritor, dijo–: Ahora, Demián Ermoláevich, podemos ya tomar té.

Quiso apretar el botón del timbre, para pedir a Vika que les ofreciera un té, pero ella se adelantó a la llamada y entró llevando en la mano un papel con una etiqueta engomada roja.

– Es un radiograma, Antón Vasílievich. Con la anotación de que se le entregue a mano e inmediatamente. Aquí tiene.

Vika dejó en la mesa una hoja de papel.

– Gracias, Vika... Demián Ermoláevich y yo nos tomaríamos un té muy a gusto. Con mermelada, claro...

– Ahora mismo –dijo Vika y salió.

Ugriúmov-Viuzhni encogió la cabeza entre los hombros y bajó la vista. "Un radiograma... entregar inmediatamente... ¿Quizá sea algo secreto?... Y yo estoy aquí estorbando en tales momentos" –pensó y se levantó al punto.

– Perdone, Antón Vasílievich... ¿No sería mejor aplazar nuestra conversación?

– ¿Qué dice? ¿Por qué?

– Tiene usted... asuntos importantes...

– No, no, Demián Ermoláevich. Su novela es también un asunto importante, tan importante como otros –protestó enérgicamente Sóbolev y, por un segundo, puso levemente su mano encima de la de Ugriúmov-Viuzhni. Aquello significaba: "Siéntese, tenga la bondad, siéntese". Ugriúmov-Viuzhni bajó los hombros y estiró las piernas bajo la mesa.

– Veamos, sin embargo, qué hay aquí –dijo Sóbolev y tendió la mano hacia el radiograma, deslizó rápidamente por él la mirada y, el rostro resplandeciente, leyó en voz alta: "Sin demora y en persona al primer secretario del comité regional del Partido, camarada Sóbolev. Me apresuro a comunicarle que aproximadamente a ciento cincuenta kilómetros de Beloyarsk, en el cuadrado G-320/171, al proceder a la exploración visual del terreno, el grupo encontró un viejo campamento invernal. Al desmontar la isba, toda ya podrida, se ha encontrado un cajón con carbón de piedra.

Se han encontrado también otros varios objetos: una barca, un acetre metálico, barricas con pruebas de terreno petrificadas. Se ha recogido, además, un cedazo de lavar roca y cepos para cazar. Hay fundamento para suponer que allí vivieron exploradores. Estamos estudiando el cuadrado por cuanto se observan fenómenos enigmáticos, que recuerdan la afloración de una cúpula de sal. Comunicaremos los resultados. El jefe del grupo, Sofrónnikov". ¡Bravo por Sofrónnikov! ¡Bravo! ¿Qué exploradores pudieron vivir allí? Es extraño. Las expediciones de la dirección de colonización no iban a tales lugares.

Sóbolev estaba asombrado, y sólo la presencia del escritor le impedía ponerse a averiguar inmediatamente todas las circunstancias señaladas en el radiograma.

– ¿Conoce usted a Sofrónnikov? –preguntó Ugriúmov-Viuzhni.

– Es la primera vez que veo ese apellido, Demián Ermoláevich. A juzgar por todo, pertenece a la expedición geofísica del Norte... Tuve oportunidad de visitar su base en Beloyarsk. Sí, hablé allí de las dificultades que encierra la exploración de nuestra tierra y les pedí que fueran inquisitivos y atentos. Esta primavera fueron allí muchos jóvenes... Será alguno de ellos...

– ¡Recordó su ruego, a lo que se ve, Antón Vasílievich! Fíjese: "se observan fenómenos enigmáticos". ¡Interesante! ¡Muy interesante! –exclamó, entusiasmado, Ugriúmov-Viuzhni.

– Estoy seguro, Demián Ermoláevich, de que en nuestra tierra habrá aún muchos fenómenos enigmáticos. Bastan para toda nuestra vida. ¡Seguro! En fin, si no está en contra, volvamos al tema de nuestra conversación. ¡Vaya, aquí nos traen el té!

Una camarera de delantal blanco, con una bandeja en las manos, puso calmosamente en la mesa los vasos, los platillos de la mermelada, una fuente con galletas y una azucarera y, con la misma calma y dignidad, se retiró, no sin antes desear a los interlocutores buen provecho.

– Le... le... le escucho, Antón Vasílievich –dijo Ugriúmov-Viuzhni, otra vez en guardia, y se puso a remover el azucar, golpeando nerviosamente con la cucharilla las paredes del vaso.

– Empezaré por lo siguiente: después de entregar todas sus simpatías a Kubishkin en la primera parte de la novela, en la segunda es usted mucho más parco al revelar los sentimientos humanos. Por lo menos, así me lo parece. Creo que debe ocurrir todo lo contrario. Los héroes de la segunda parte son sus contemporáneos, usted es su compañero de lucha y de trabajo. Y sus conocimientos al respecto son más ricos, más vastos, de eso no cabe duda. Pero ¿qué les ocurre a menudo a los escritores? En la descripción del pasado son meticulosos y exigentes, pero, en cuanto pasan al presente, sus criterios pierden inmediatamente altura. La situación la pintan simplificada, la gente pierde talla, las palabras parecen muertas. Si quiere, podría poner algunos ejemplos. Es posible que mi impresión sea en algunos detalles subjetiva, pero, en conjunto, tiene su fundamento. La crítica profesional ha tocado ese tema más de una vez. ¿Quizás sería conveniente examinar desde tal punto de vista la imagen de Kuvshínov, el secre-

tario del comité distrital del Partido?... En nuestro país hay miles y miles de funcionarios del Partido. Para muchos, eso no sólo supone un cargo, un puesto, sino, también, su profesión, es más, su vocación, un imperativo del alma...

– No todos los secretarios de los comités distritales están cortados por el mismo patrón...

– De acuerdo. Los hay distintos. Pero de todos ellos yo habría tomado, en su caso, a los mejores...

– ¿Por qué a los mejores, Antón Vasílievich?

– Porque usted pinta no sólo la imagen de un hombre, sino la imagen del tiempo, más exactamente, la imagen de la época. Y usted no sólo es hijo de esa época, es también su artífice y, por cierto, su artífice consciente y convencido. Por lo tanto, no puede ser una persona que registre simplemente acontecimientos y costumbres, sino un analista parcial de sus días... Y lo mejor de nuestros tiempos encarna en las mejores personas, en sus contemporáneos. ¿No es cierto?

– Tomé el término medio... Ni al peor ni al mejor, Antón Vasílievich, el término medio.

– Y al proceder así, salió usted perdiendo como pensador y como artista. Al tomar el término medio, simplificó usted involuntariamente su tarea artística. En el transcurso de todo el segundo libro, usted piensa únicamente en cómo equilibrar lo bueno y lo malo, lo positivo y lo negativo... Y Kuvshínov, como suele decirse, no es ni carne ni pescado.

– ¡De lo contrario, no habrá verdad! El lector no me creerá por nada del mundo, si en el libro todo es inmejorable...

– Perdone, Demián Ermoláevich, pero su idea de la verdad me atrevería a calificarla de primitiva. Todas las imágenes mundiales, creadas por los más grandes maestros, son encarnación de los rasgos vivos del hombre de su tiempo. Ninguna de esas imágenes puede dividirse aritméticamente en bueno y malo. La personalidad del héroe tiene siempre su unidad dialéctica. Al tomar por modelo el término medio, usted infiere a la verdad, de la que tanto se cuida, un grave detrimento. La orientación hacia el término medio lo ha asido de los faldones y tira de usted para atrás. Reconozca que, lo quiera usted o no, en este caso cierra conscientemente los ojos a eso que llamamos lo avanzado.

– ¿Y qué se debe hacer? ¿No pintar lo malo?

– ¡Esa conclusión sería funesta, Demián Ermoláevich! Creo que eso no se lo aconsejaría ningún crítico ni ningún lector... Ante todo, debe madurar la idea de la obra... Ella es la médula de la verdad... Es aquello en aras de lo que se escribe...

En lo más álgido de la discusión entró en el despacho Vika, reteniendo con dificultad la sonrisa que pugnaba por aflorar a sus rojos labios.

– ¡Ay, menudo acontecimiento, Antón Vasílievich, en Podlomni!... Krasílnikov pide que levante usted el auricular del teléfono general... Dice que debe informarle personalmente...

– ¿Qué acontecimiento es ése, Vika? ¿También un diluvio como el de Zaovrazhnoe? –observó, levantando el auricular, Sóbolev, que miraba a Vika interrogantemente.

– No, es algo muy distinto e inesperado –rió Vika, deseando disipar cuanto antes las inquietantes conjeturas del secretario del regional.

– ¡Buenos días, Vilén Ivánovich! ¿Qué ocurre? ¿Un acontecimiento fausto? ¡Hala, deme un alegrón! Precisamente, en el día de hoy lo necesito... ¡Escucho! Un poco más alto, tenga la bondad... Parece que en algún sitio hay tormenta. Se oyen descargas... Ya... en el koljós "Guerrillero rojo" Evdokía Epifánova ha dado a luz tres mellizos... Dos hijos y una hija. Ella es ordeñadora mecánica, y él, motocultor. Ambos excelentes trabajadores... El tiene veintiocho años, y ella, veintiséis... Tienen ya dos hijos. No le asombre, Vilén Ivánovich, que repita palabra por palabra... Está aquí conmigo Demián Ermoláevich Ugriúmov-Viuzhni, quiero que él conozca la buena nueva... Le transmito sus saludos... Lector apasionado de sus libros. Ya. Le gusta, sobre todo, la novela *La crecida*... El le da las gracias, Vilén Ivánovich... ¿Cómo han decidido festejar el acontecimiento? Bien, bien... en casos como éste no hay que ser tacaño a la hora de los regalos. ¿Ayudar a elegir los nombres de los niños? Bien, ayúdeles... Pero no insista en lo suyo... Eso es cosa de los padres. Digo que es cosa de los padres... ¿Qué tal están de vivienda? Es un gran problema... ¿Por qué es un gran problema?... ¡Ya veo! Las casitas todavía no están listas. Sólo han terminado una. ¿A quién se la han dado? Al presidente... Piensan ustedes que el buró del comité distrital adopte una decisión retirándole la casita y cediéndola a los Epifánov... El presidente aún no se ha mudado... Ya... ¿Me pide consejo? Comprendo... ¿Cuántos hijos tiene el presidente? ¡Tres! También son bastantes... ¿Qué edad tienen? Son escolares. Comprendo. Mi consejo, Vilén Ivánovich, es que no hay necesidad de llevar la cuestión al buró del comité... Lo mejor será que el presidente ceda voluntariamente la casa a otra familia más numerosa... ¡Ah! La mujer vacila... no quiere... dice que con lo que hubieron de esperar... Hablen con ella. Estoy seguro de que aguardará un poco más. Ella también es mujer, madre... Lo comprenderá... cinco pequeños... Ella tiene tres, pero ya están todos criados, y eso sería un gesto muy noble por parte de la familia del presidente. Además, puede que las demás casas las construyan más de prisa... ¿Está claro? Muy bien... Sin falta enviaremos a los padres un saludo del provincial y del ejecutivo regional... Nos cuidaremos del regalo... ¿Puede felicitarlos de mi parte? ¡Naturalmente, Vilén Ivánovich! ¿Piensa visitar a la mujer? ¿Hoy mismo? ¿Tal vez sea mejor mañana? En fin, usted verá. Según ella se sienta. ¡Muy bien! Y pida consejo a los médicos... ¡Mis saludos, Vilén Ivánovich!

Sóbolev colgó el auricular, miró, sonriente, a Ugriúmov-Viuzhni y le preguntó en voz alegre:

– ¿Qué le parece, Demián Ermoláevich, el acontecimiento de Podlomni? ¿Hay motivos para alegrarse?

– ¡No faltaría más, Antón Vasílievich! ¡Tres nuevos ciudada-

nos de golpe! Y ha dado usted al secretario del distrital un consejo muy sensato: lo de la casa no debe resolverlo el buró, sino la conciencia. ¡Buen consejo! ¡Muy buen consejo!

Ugriúmov-Viuzhni parecía alegre por primera vez desde que entrara en el despacho, y en sus audaces ojos de populista de un grupo de choque se encendieron unas lucecitas cordiales.

– Escriba, Vika, un telegrama para los Epifánov –dijo Sóbolev a la secretaria, que al punto se pertrechó de bloc y lápiz.

Después de dictar a Vika un breve telegrama de felicitación, Sóbolev se frotó la frente con la palma de la mano y preguntó, emocionado, a Ugriúmov-Viuzhni:

– ¿Qué, Demián Ermoláevich, vale ese texto? ¡El caso es extraordinario! Habría que poner algo muy cálido, pero faltan palabras... Resulta muy oficial... Soy ingeniero, y no filólogo.

Lo dijo con tanta sencillez y sinceridad, que el escritor se esforzó por tranquilizarlo:

– Me parece bien. Cordial, Antón Vasílievich. La frase esa de que "la hazaña de la madre al dar a luz y criar a sus hijos es la base de todas las demás proezas del hombre en la tierra", es ya todo un pensamiento.

– Bien, Vika, ya que un maestro de la pluma lo aprueba, remítalo –dispuso, contento, Sóbolev, y Ugriúmov-Viuzhni no percibió el menor teatro en aquellas palabras del secretario del provincial.

– Voy corriendo, Antón Vasílievich –dijo Vika, y los altos tacones de sus zapatos de moda repiquetearon en el encerado parqué.

– Querría, además, Demián Ermoláevich, referirme a otro problema que se plantea en su novela –continuó Sóbolev la interrumpida conversación–. Tome el té, tenga la bondad, que se pone frío...

– Le... le... le escucho, Antón Vasílievich –dijo Ugriúmov-Viuzhni al tiempo que tomaba el vaso, y otra vez parecía nervioso.

– Me parece, Demián Ermoláevich, que en algunos lugares no ha pintado usted con todo acierto la correlación entre la economía y el trabajo del Partido... Aunque quizás sea más exacto decir que lo ha hecho de modo superficial, sin calar a fondo.

– Le comprendo. Le desagrada la conducta de Kuvshínov, que, convencido de su infalibilidad como primer secretario del comité distrital, da indicaciones absurdas a los presidentes de los koljoses en lo referente a la implantación del cultivo del maíz –observó Ugriúmov-Viuzhni con cierta mordacidad.

– No, Demián Ermoláevich. Considero que ese pasaje de la novela es afortunado y debe quedar. Aunque muy crítico, resulta demostrativo y aleccionador, y lo ha escrito usted jugosamente, queda grabado en la memoria. Créame, eso no me inquieta. Y hace mal creyendo que peco de preconcebido. "Sí, Sóbolev defiende el honor del uniforme de los funcionarios del Partido."

– ¿Por qué dice eso? No sospecho de nada a nadie, yo pugno por la verdad...

– Yo también pienso en la verdad.

– ¿Y en qué cree que falto a ella?

– Ahora se lo digo. En casi todos los casos, pinta usted la intervención de los dirigentes del Partido en la vida económica como suplantación de los especialistas. Recuerde: el mismo Kuvshínov prohibe al ejecutivo del soviet que dirija la movilización del transporte para la recolección, y él mismo se ocupa de ello.

– ¿Acaso tal no ocurre? Estoy seguro de que, cuando llegue la recolección, usted mismo montará ese caballo...

– ¡Ocurre eso! Y, desgraciadamente, más a menudo de lo que sería de desear...

– ¿Qué pasa entonces?

– Pues, que incluso en los casos en que los funcionarios del comité, por una u otra razón, prácticamente apuntalan a los dirigentes de la economía o, lo que es peor, asumen sus funciones, no hacen nada delictivo. Eso se debe en la mayoría de los casos a debilidades de organización, a la incapacidad de dirigir de gente designada para ello. Todo eso son errores tácticos. En lo que se refiere a lo principal, el partido tiene su política económica, un gran objetivo estratégico, y recaba la responsabilidad por la economía... Está obligado a ocuparse de la economía. Ese es un principio leninista.

– ¿Acaso en la novela no es así?

– No es así. Recuerde la conferencia distrital del Partido. Está escrita con mucha viveza. Hasta Kuvshínov adquiere carácter en algunos pasajes. Pero... los camaradas lo critican erróneamente. Todos ellos, a una voz, censuran al comité porque se entrega en demasía a los asuntos económicos e insisten en que se dedique tan sólo a la labor ilustrativa. Un delegado así lo dice sin rodeos: "No se metan en los asuntos de los especialistas en economía, ocúpense de las casas de la cultura, las conferencias, la propaganda palmaria... Los especialistas entienden de economía más que ustedes". Y nadie discute esa tesis, y la conferencia tributa nutridos aplausos a esa demagogia. El autor tampoco estima necesario enmendar la plana ni al orador ni a la conferencia. ¿Recuerda ese pasaje?

– ¡Co... co... cómo no lo voy a recordar! Lo escribió mi mano. Me parecía que había en él mucho de verdad –intentó mantenerse en sus trece Ugriúmov-Viuzhni.

– ¡Se equivoca usted, Demián Ermoláevich! La labor ideológica y de instrucción política que despliega el Partido y su labor económica están íntimamente relacionadas. Dividirlas en esferas independientes significa dar al traste con la ideología y con la economía. Al contrario, lo que debemos hacer es procurar que se fundan más orgánicamente, que la interdependencia de estas vertientes del trabajo del Partido sea mayor todavía. Hay otra falla en la obra...

– ¿Cu... cu... cuál?

– Pues la siguiente: la política económica del Partido dicta su actitud hacia el progreso técnico, hacia la ciencia. Recuerde cuántas decisiones adoptó el Comité Central del Partido acerca de problemas que se diría son puramente tecnocientíficos: sobre las

máquinas para la obtención de forrajes, la implantación de robots, el desarrollo de la agroquímica, etc., etc. . .

– Lo mío es una novela, y no un manual de economía. Usted exige de mí algo muy distinto –rió Ugriúmov-Viuzhni.

– No exijo que escriba usted de eso. ¡Ni mucho menos! Pero, como lector, tengo derecho a esperar que la novela enfoque aunque sólo sea lo principal en el desarrollo de la técnica. El lector debe saber, en fin de cuentas, si los personajes viven en el siglo de las diligencias o en el de los aviones supersónicos. ¿Cierto?

– Cierto –asintió, al cabo de un instante, Ugriúmov-Viuzhni, pero al punto levantó la cabeza y atacó a su opositor–: Hemingway observó que las obras literarias son como un iceberg: la parte más importante se halla bajo el agua, pero la parte visible la sustenta la invisible. . .

– Recuerdo esa sentencia, Demián Ermoláevich. Y ella, creo, confirma lo que digo. En la novela puede no haber un manual de economía en la parte visible, pero en la invisible es necesario. . .

– No puedo decir que no le asista la razón. . . Los escritores estaríamos perdidos si no supiéramos dos o tres veces más de lo que escribimos. . . –Ugriúmov-Viuzhni asió nerviosamente el vaso y bebió, ruidoso, lo que en él quedaba.

– ¡Ese es el quid de la cuestión! En relación con lo que dijo Hemingway, podría recordarle una famosa novela rusa. Profundamente sicológica. Muy dramática. Se titula *Ana Karénina*. Es muy interesante: todo lo que le ocurrió a Ana Arkádievna ha terminado, pero Tolstói continúa la novela. No se apresura a poner punto final, por cuanto quiere sumir al lector en las preocupaciones de los vivos. Y el escritor dedica una página tras otra a las novísimas teorías del usufructo social de la tierra, a los trabajos de Levin, a los problemas, como diríamos ahora, de las relaciones entre los terratenientes y las de estos con los campesinos. Y nadie cierra la novela sin acabar de leerla, todo eso es sumamente interesante, sumamente importante para aquel tiempo y para su conocimiento en nuestra época. No sé, no soy literato, pero creo que ese experimento del clásico encierra grandes enseñanzas. . .

– ¿No escribe usted mismo, por azar, Antón Vasílievich? –preguntó Ugriúmov-Viuzhni, pasmado de las consideraciones del secretario del regional, propias de un estudioso de la literatura.

– Escribo y muy a menudo –rió Sóbolev–, pero mis obras son de un carácter especial: discursos, resoluciones, de vez en cuando artículos, sin firma, para el periódico regional, cuando hay que comentar los partes sobre los problemas económicos del día, para destacar en ellos unos u otros hechos o tendencias.

– Le confesaré una debilidad mía: me gusta leer atentamente todos los datos estadísticos. Habitualmente, los comunicados de la Oficina Central de Estadística los leo lápiz en mano. . .

– Eso he podido colegirlo al leer su novela. Sí, no es usted lego en economía, no lo es. Quisiera expresarle, en breve, mi opinión acerca de las distintas imágenes. ¿No está cansado, Demián Ermoláevich?

Sóbolev no tuvo tiempo de cumplir su propósito. Se oyeron los

cortos y melódicos sonidos de un teléfono blanco con el escudo de la URSS, en metal, en su parte delantera. Por el timbre y por el aspecto del aparato, Ugriúmov-Viuzhni dedujo que era el de comunicación directa con el gobierno.

– Ya ha despertado Moscú –dijo Sóbolev echando una mirada al reloj que estaba en el borde de la mesa y tendiendo el brazo al teléfono.

"Ahora debo ya marcharme", pensó el escritor y se levantó. Pero Sóbolev manoteó enérgicamente, dándole a entender: "¡Siéntese, tenga la bondad, siéntese!". Y Ugriúmov-Viuzhni volvió a tomar asiento. "Bien, escucharé lo que quiere Moscú de Sinegorsk", pensó. A decir verdad, la conversación de Sóbolev con Moscú interesaba mucho a Ugriúmov-Viuzhni. Estaba ya convencido de que a aquel despacho afluían en incesante torrente las cuestiones de la vida regional, pero aquella conversación con el centro tenía otro nivel. ¿Qué podía interesarle a Moscú a tal hora en la vida de la lejana región de Sinegorsk?

Ugriúmov-Viuzhni se acomodó en la butaca, extendió el brazo herido sobre el borde de la mesa, se puso en guardia, y sus temerarios ojos de antracita relumbraron.

– ¡Buenos días, Konstantín Andréevich! –dijo tranquilamente Sóbolev y, presintiendo que la conversación iba a ser seria, tomó apresuradamente un lápiz azul y rojo y abrió un bloc de cubiertas rojo oscuro. Su rostro adquirió una expresión reconcentrada; sus cejas se fruncieron; sus ojos quedaron fijos en un punto.

Ugriúmov-Viuzhni había captado ya la peculiaridad de Sóbolev de desconectarse instantáneamente de todo lo que ocurría allí en el despacho y sumirse de cabeza en algo nuevo, que surgía inesperadamente, como de la nada.

– La decisión de su regional acerca de la "Tierra verde" nos pone en una situación difícil –decía claramente la voz que sonaba en el auricular–. No cumplimos los plazos. El gobierno nos exigirá responsabilidades a nosotros y a ustedes. No entiendo, ¿por qué se empecinan? Cualquier región aprovecharía gustosa la posibilidad de tener tal complejo, verdadera maravilla de la técnica moderna. Por último, le recuerdo una vez más que su antecesor, Pável Ivánovich Polosujin, nos prometió sin titubear ese terreno. Yo mismo lo sobrevolé en su compañía. Es cómodo, responde a todas las exigencias, y mejor no lo vamos a encontrar. Le ruego, Antón Vasílievich, que retire sus objeciones, y, entonces, a las dos semanas, el Consejo de Ministros aprobará el proyecto y emprenderemos con la mayor urgencia la formación de las distintas secciones de las obras. . . Recuerde, Antón Vasílievich, que se trata, ni más ni menos, de cumplir las decisiones del Congreso del Partido. . . Sinceramente, no comprendo su posición. Usted nos frena. . . y eso no quedará impune. . .

El sonoro y denso barítono que llegaba desde Moscú debía pertenecer, a juzgar por lo exigente y categórico de su entonación, a un hombre no sólo voluntarioso y tenaz, sino, además, investido de altos poderes. "¡Ministro! ¡Seguro que es ministro! ¡Y cómo presiona! ¡Sóbolev las va a pasar moradas! ¿Aguantará? ¿Será

posible que no aguante?", pensó Ugriúmov-Viuzhni, mirando con el rabillo de ojo a Sóbolev y deseándole en su fuero interno que se mantuviera firme.

Cuando la voz que llegaba de Moscú hubo callado, empezó a hablar Sóbolev. Aparentemente estaba muy tranquilo, pero aquello le costaba, sin duda, gran esfuerzo. Pronunciaba las palabras muy distintamente y con toda seguridad.

– Nosotros no nos empecinamos, Konstantín Andréevich; se empecina su ministerio. Le repito una vez más que no podemos entregarle "Tierra verde". Allí, precisamente, se forma la cuenca aérea de la ciudad. Eso está demostrado. No nos lo perdonarían ni la generación presente ni las venideras. Les ofrecemos otro terreno. Encierra para el complejo grandes ventajas, en comparación con el anterior. ¿Por qué demoran el peritaje? Envíen inmediatamente una comisión de expertos. El comité regional del Partido y el ejecutivo del Soviet les ayudarán, les facilitarán cuantos datos poseen. ¿Piensa apelar por escrito al Buró Político? En fin, es cosa suya. Pero estoy convencido de que con eso no conseguirán nada que no sea demorar las cosas. Así es... Y no me torture invocando a Pável Ivánovich Polosujin. Yo lo respetaba profundamente, pero en esa cuestión estaba equivocado. No es casual que ni el comité regional ni el ejecutivo adoptaran una resolución al particular. Hasta la vista, Konstantín Andréevich.

Sóbolev se reclinó en el respaldo del sillón y cerró los ojos por unos instantes. Sin abrirlos, oprimió con ademán habitual un botón del intercomunicador. Se oyó en el despacho una voz extraña:

– Soy todo oídos, Antón Vasílievich.

– Prepare un telegrama al Buró Político acerca de la "Tierra verde". Ha telefoneado Konstantín Andréevich. Piensa apelar por escrito, impugna nuestras conclusiones, insiste en lo suyo. A juzgar por todo, habremos de cruzar las espadas al más alto nivel. ¿Me entiende? Sí, no se olvide de aprovechar los nuevos datos del laboratorio de la Universidad respecto a la rosa de los vientos sobre Sinegorsk.

– Comprendido, Antón Vasílievich.

– Al final del día pásese por aquí con el proyecto de telegrama.

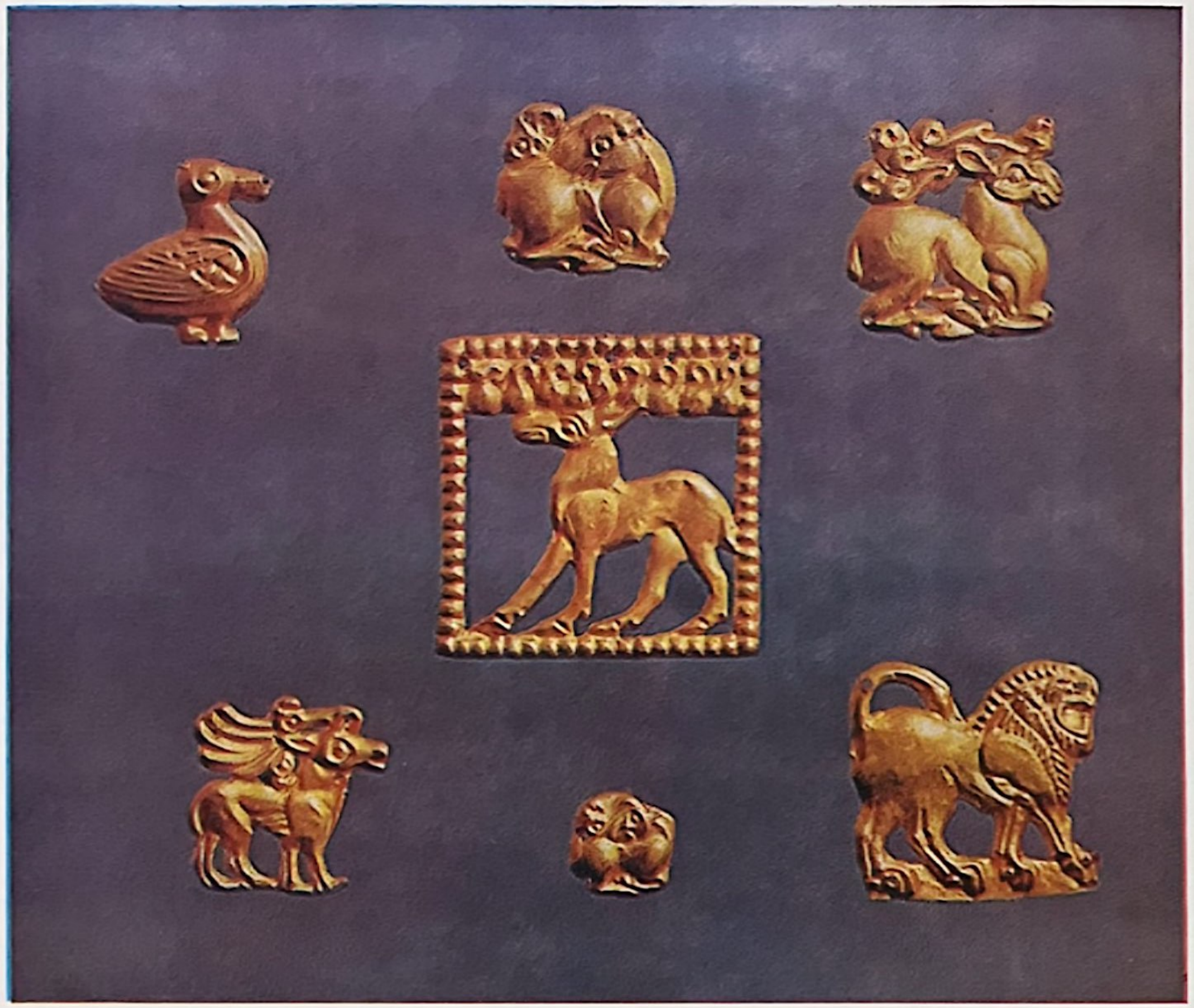
– Está claro.

Sóbolev volvió a reclinarse en el respaldo del sillón y apartó hacia el borde de la mesa el bloc, el lapicero y el vaso, vacío, con la cucharilla, haciéndolo todo con calma, suavemente. "Se toma un respiro", pensó Ugriúmov-Viuzhni.

Testigo de la fría conversación del secretario del regional con el ministro, Ugriúmov-Viuzhni sintió el deseo de apoyar la posición del regional. La gente llamaba "Tierra verde" una maravilla de la naturaleza. Comenzaba en las inmediaciones de Sinegorsk y se extendía sobre unos sesenta kilómetros en dirección suroeste, ocupando en total un área de, por lo menos, cuarenta mil kilómetros cuadrados con excelentes bosques de coníferas y mixtos. Los habitantes de Sinegorsk iban allí cada verano a reco-

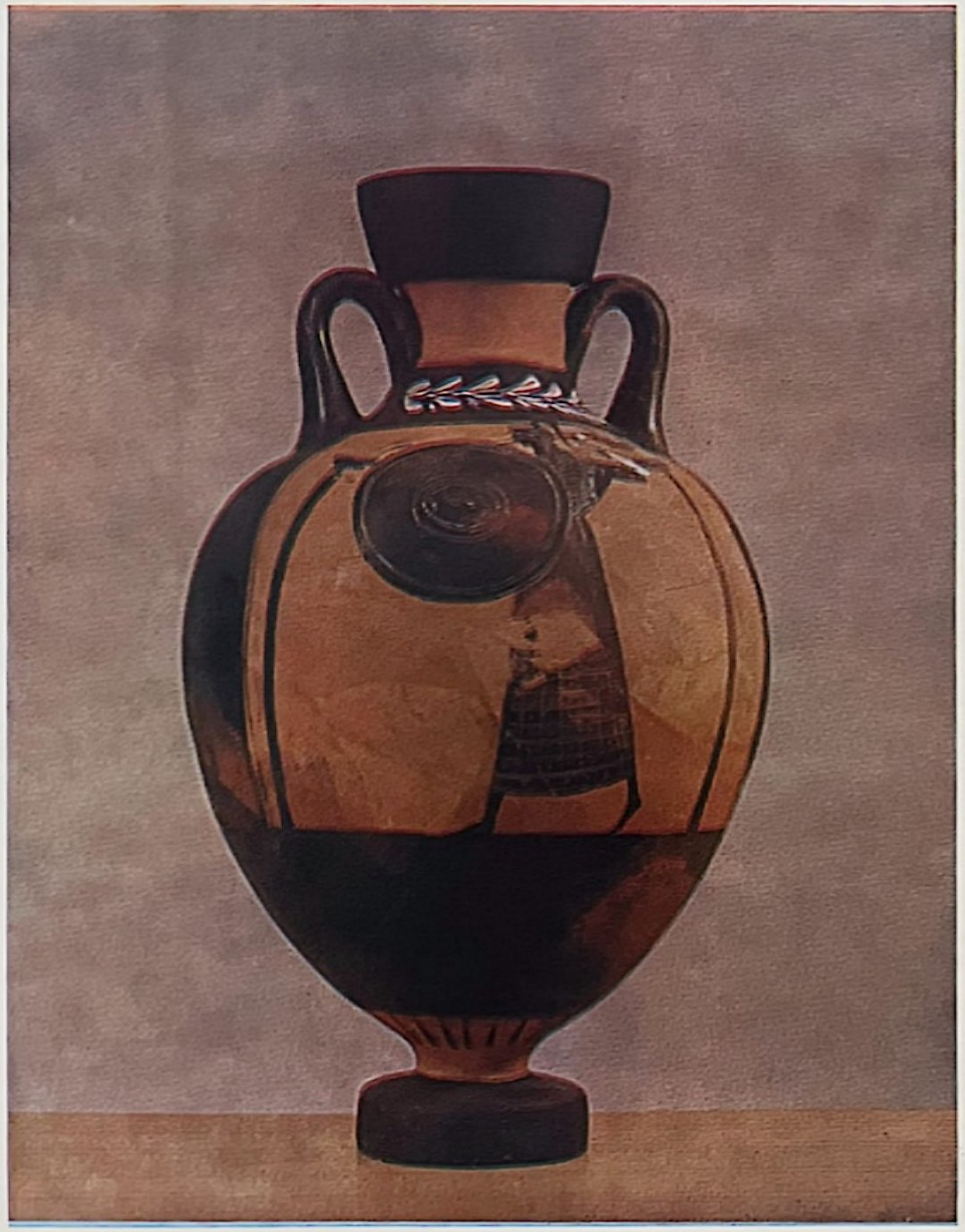
Ritón
Período meoto-escita
(siglo V a.n.e.)

TESOROS DE ADIGUEYA
(Véase el artículo de Tatiana Irínina)



Adornos para telas
Período meoto-escita
(primera mitad del siglo IV a.n.e.)

Amfora de las Panateneas
Período meoto-escita
(segunda mitad del siglo V a.n.e.)



Máscaras (adornos colgantes de un collar)
Período meoto-escita
(primera mitad del siglo V a.n.e.)

Vasijas
Período meoto-escita
(segundo cuarto del siglo V a.n.e.)

Vasija
Período meoto-escita
(primera mitad del siglo V a.n.e.)

Piezas del atavío de una caballería
Período meoto-escita
(siglo IV a.n.e.)

Adorno de cetro
Período meoto-escita
(siglo V a.n.e.)

ger bayas, setas, piñones y resinas y hierbas medicinales. A orillas del Tulim, por el norte, y del Síniaya, que corría hacia el gran río desde el sur y desembocaba en él ruidosamente, se podía ver siempre tiendas de campaña y chozas de veraneantes y de gente que sufría diversas dolencias. Muchas veces habían cantado los poetas la "Tierra verde", llamándola "pulmones" o "corazón" de Sinegorie y comparándola con un mágico arcón lleno de joyas. En su juventud también tocó ese tema Ugriúmov-Viuzhni. Su libro *Maravillas de la "Tierra verde"* se había reeditado cinco veces, por lo menos, con excelentes ilustraciones y reproducciones a todo color de pintores de Sinegorie. Pues bien, sobre la "Tierra verde" se cernía un grave peligro.

Ugriúmov-Viuzhni estuvo en un tris de descargar un puñetazo sobre la mesa y exclamar: "¡Eso no debe ocurrir!". Recabaría la ayuda de todos los escritores, de todos los periodistas, y ellos darían la señal de alarma en todo el país... tocarían a rebato... Pero en el último instante, recordó sus cartas al regional y su última al primer secretario y apretó las mandíbulas. ¡Cuántas palabras mordaces había empleado para pintar al comité regional casi sin sesos! Mientras tanto, el regional había cumplido su deber, pero él...

– Recuerdo, Demián Ermoláevich que tenía usted un libro acerca de la "Tierra verde". Me parece que no lo veo en las librerías. ¿Es que no quieren reeditarlo? –dijo Sóbolev, rompiendo el silencio, que se prolongaba ya mucho.

– Sí, tenía ese libro. Lo reeditaron. Pero luego me olvidé de él. Yo no sugerí la idea de reeditarlo, y aparte de usted nadie se ha acordado –Ugriúmov-Viuzhni, abatido, sintió remordimientos de conciencia por su aspereza en las cartas al regional.

– ¡Es una pena! Ahora vendría que ni pintado. ¿Oyó cómo se plantea la cuestión?

– Sí, Antón Vasílievich. Y le prometo que no me pondré al margen.

Sóbolev pareció no oír aquel ofrecimiento del escritor: tal vez hubiera recordado algo desagradable de sus cartas. Así, por lo menos, se le antojó a Ugriúmov-Viuzhni.

Después de hojear los papeles con las notas hechas durante la lectura del manuscrito, Sóbolev dijo un tanto indeciso, como si venciera ciertas dudas interiores:

– Querría tocar otro tema, Demián Ermoláevich, pero temo que sea una sensación subjetiva... quizás no tenga yo razón... Sí, sí, yo no soy artista... simplifico algo...

– Dígalo, ¿por qué no? A menudo, el autor está cegado, no advierte las cosas, y desde fuera se ven.

Ugriúmov-Viuzhni fingía un poco. Escuchar críticas no era muy grato, y estaba ya cansado de las observaciones de Sóbolev, pero no quería confesarlo. Se irguió, ladeó la cabeza y adoptó una expresión sumamente atenta, como diciendo: "Hable, hable, soy todo oídos".

– Los héroes de la obra... Creo que son lo más caro, lo más afín para el autor –dijo Sóbolev–. Leo a menudo *La guerra y la*

paz, una vez cada tres años sin falta, y siempre me admira el amor de Tolstói a sus personajes. Si ama a alguien, lo ama de verdad, con éxtasis. Pero lo que impresiona es que, amándolo así, se muestre moderado, lleno de tacto, inteligente. No es el suyo un amor empalagoso. En ese sentido, los escritores soviéticos tienen también libros maravillosos. Hace poco releí *El Don apacible*. Axinia, Grigori, Natalia, los cosacos... ¡Qué bien pintados están! Shólojov los ama... los conoce, ve, diría yo, cada fibra de su ser. El medio es sencillo, las costumbres, toscas, el trabajo, duro, pero la gente no pierde su condición humana. En eso Shólojov tiene mucho de común con Tolstói... Uno y otro encuentran algo extraordinario en las personas más corrientes. La princesa María es fea, pero sus ojos, maravillosamente radiantes, la hacen irresistible... Recuerde el corto labio de la pequeña princesa... Y la gordura de Pierre Bezújov... Su timidez... Sus torpes manazas... Se diría que no tiene nada de particular... ¡Pero cómo impresiona!

El escritor posee, creo, una gran ventaja sobre los simples mortales: el derecho de elección... Aquí he subrayado levemente con lápiz algunos pasajes: no me gustaron mucho. Por ejemplo, Kuvshínov: piernas cortas... brazos cortos... cabeza redonda sobre cuello corto... Cara plana con ojos cegatos... No diría yo que eso haga simpático a un personaje que aparece a lo largo de toda la novela... ¿Será posible que no haya en él nada atractivo?

– ¿No fue usted redactor, por un azar? –preguntó Ugriúmov-Viuzhni y miró sorprendido a Sóbolev.

– Nunca.

– Lo digo porque analiza mi manuscrito más a punta de lanza que los redactores de la editorial... ¡Tiene usted aptitudes!

– ¡Qué va!... Lo leí todo atentamente... y procuré imaginarme las cosas, verlas... –explicó Sóbolev, turbado por el elogio del escritor.

– ¡Derecho de elección! ¡Ahí está la madre del cordero! Ese es el secreto del talento. Uno lo consigue, y otro, no... ¿Por qué cree que aparecen desaciertos en las obras? Pues porque no sabemos elegir, porque lo metemos todo en un mismo saco... Los clásicos, sí, ellos sabían.

Ugriúmov-Viuzhni quería decir muchas cosas sobre aquel tema. Durante toda su vida de escritor había prodigado mucho esfuerzo para dominar el enigmático arte de pintar caracteres humanos, pero de nuevo sonaron los timbres de los teléfonos. Tres aparatos a la vez. Sóbolev requirió la ayuda de Vika, que tomó dos auriculares y hablaba por dos teléfonos.

– Espere un minutito. Antón Vasílievich está hablando con Moscú.

Sóbolev mismo había levantado el auricular del teléfono gubernamental. Llamaban del Comité Central del Partido. De acuerdo con el plan de contactos interpartidarios, llegaba al país una delegación de Cuba. Pasaría tres días en la región de Sinegorsk. Tenía por misión estudiar la experiencia del PCUS en la dirección de la economía. Debían recibirla, dispensarle la debida hospitalidad, dar a conocer a los camaradas la vida del personal de la fábrica de construcción de maquinaria y el trabajo del comité del Partido en ella y conversar con la delegación en el regional... de modo que fuera instructivo y útil. Debían evidenciar la mayor simpatía a los amigos extranjeros, que construían el socialismo a dos pasos de los Estados Unidos.

– ¡Lo haremos todo! ¡No se preocupen, lo haremos todo! –dijo Sóbolev y colgó el auricular. Vika le tendió otro. Llamaba de la ciudad universitaria el académico Serguéi Serguéevich Nikándrov, para invitarlo a visitar el laboratorio. Iban a realizar un interesantísimo experimento metalúrgico. Cierto que la hora no era muy cómoda: de la una de la madrugada a las cinco treinta de la mañana...

– ¡Asistiré, Serguéi Serguéevich! La hora, efectivamente, no es la más cómoda, pero el acontecimiento se sale de lo común. ¡Mis saludos! ¡Hasta la vista! –Sóbolev pasó el auricular a Vika y tomó de manos de ella otro.

El profesor Buiánov, rector de la Universidad, recordaba a Sóbolev que se reunía el Consejo de rectores de los centros docentes, y él había prometido hablar allí de algunas tareas impostergables del estudio de las fuerzas productivas de la región, de la elaboración de una concepción científica de su desarrollo y del papel que debían desempeñar en ello los científicos de los centros de enseñanza superior.

– Lo recuerdo, Leonard Emílievich, lo recuerdo. Iré sin falta. Ahora, en cuanto termine de conversar con Demián Ermoláevich Ugriúmov-Viuzhni... Sí, sí... Ha escrito una nueva novela... Sí, sí. Una novela prometedora. Quisiera pedirle, Leonard Emílievich, que se encuentre usted en su despacho un poco antes, querría que cambiásemos previamente unas palabras. –Sóbolev pasó el auricular a Vika y se incorporó a medias–. Siento, Demián Ermoláevich, tener que apresurarme... Querría decirle algo más, pero no es la última vez que nos vemos. Telefonée, escriba, como le sea más cómodo. No se enfade si dije algo que pudiera herir su amor propio. Le profeso los mejores sentimientos y creo con toda el alma que tendrá éxito...

Ugriúmov-Viuzhni se levantó y estrechó fuertemente la mano de Sóbolev. Por unos instantes, se sintió terriblemente turbado. Por la conversación había comprendido que el secretario del regional veía que *Campanas de Sinegorie* no era por el momento una novela, sino un esbozo lejano, no había en el manuscrito ni verdadera coherencia de pensamiento ni plenitud artística en las imágenes. "Calceta. Labores de vieja. Esa es la opinión que le merece mi caligrafía", pensaba, enconado, Ugriúmov-Viuzhni. Pero, al mismo tiempo, los razonamientos de Sóbolev, con su lógica irrebatible, su sincera fe en las fuerzas del escritor y su benevolente severidad –"novela prometedora"–, encendieron en su alma unas chispitas de esperanza, que llamaban, que impulsaban a sentarse cuanto antes a la mesa, a disponer sobre ella el manuscrito, a acribillarlo de enmiendas sin tomarse punto de reposo

ni de día ni de noche, y a buscar, a buscar nuevos giros del pensamiento y nuevas palabras para pintar los personajes.

Sóbolev notaba la turbación del escritor. Veía el vivo fuego que llameaba en los ojos antracita de populista de un grupo de choque, el temblor de la mano herida y el subido arrebol de las hundidas mejillas. Y dijo con unas notas de viva simpatía en la voz:

– ¡Hasta la vista, Demián Ermoláevich! ¡Hasta la vista! ¡Disfrute de buena salud! ¡Le deseo éxitos!

Pero Ugriúmov-Viuzhni parecía tener paralizada la lengua. Callaba, callaba sin poder remediarlo. Y fue ya junto a la puerta, cuando, irritado contra sí mismo, barbotó, repitiendo como un papagayo unas mismas palabras:

– ¡Perdone! ¡Perdone! ¡Cuánto tiempo le he robado! ¡Cuánto tiempo!

Cuando Ugriúmov-Viuzhni hubo salido del despacho, Sóbolev dijo a Vika:

– Ahora, Vika, me quedo solo. Hágase cargo de todos los teléfonos. Dentro de cuarenta minutos debo estar ya en la Universidad. Que el coche me espere ante el portal dentro de media hora. Volveré aquí a las tres y treinta.

– Entendido, Antón Vasílievich –dijo Vika y cerró silenciosamente la puerta.

Sóbolev se acercó a la mesa y sacó de un cajón el borrador del discurso que pensaba pronunciar en el Consejo de rectores. Hojeó cansadamente las cuartillas, escritas a máquina, las dejó a un lado y, como si se hubiera acordado repentinamente de algo, tomó el bloc y se puso a escribir apresuradamente:

"Sévernoye. Expedición geofísica. Kanátchikov. Haga saber a Sofrónnikov en el cuadrado G-320/171 que su noticia acerca del campamento de los prospectores y el curso de las investigaciones ha sido acogida en el comité regional con gran interés y esperanza Stop Rogamos nos informe regularmente de la marcha del estudio de la zona Stop Deseamos al grupo éxitos en su trabajo Stop Sóbolev".

Después de releer el telegrama, Sóbolev se acercó el radiograma con la etiqueta roja que estaba todavía encima de la mesa, y alisó cuidadosamente con la mano todas las dobleces. En las cortas horas del trabajo cotidiano del regional habían pasado por su despacho los asuntos más diversos, pero el radiograma y su desconocido autor, un tal Sofrónnikov, le habían sido particularmente gratos. Se imaginaba a Sofrónnikov. "Seguro que es un geólogo impenitente, un baqueteado viajero, un apasionado soñador, un solterón, que no encontró tiempo para el amor ni para la boda... Y barbudo, a pesar de su juventud."

Sobolev permaneció sentado unos instantes, una sonrisa en los labios, entornados los ojos, en los que lucía una profunda ternura.

Pronto tuvo lugar en Sinegorsk un importante suceso: llegó de Moscú un grupo de especialistas con la misión, bien poco agradable, de reducir los trabajos de prospección geológica en la región de Sinegorsk, disolver algunos de los grupos, suspender determinados trabajos hasta mejores días y enviar a otros lugares las máquinas que estuvieran todavía en condiciones de trabajar. Decían que la causa de tal decisión era la necesidad de precisar el plan de inversiones básicas en la rama, la no utilización crónica de los fondos asignados y el escaso rendimiento de los grupos de prospección geológica en la región de Sinegorsk.

Para Sóbolev fue aquello como una puñalada en el corazón. Precisamente en los últimos tiempos se había logrado hacer mucho en cuanto a la prospección geológica. Por fin se había logrado completar los grupos de prospectores, que salieron por primera vez a estudiar sus itinerarios, se había reforzado con especialistas la propia Dirección de geología y se habían unido los esfuerzos de los científicos gracias a la formación de un Consejo que coordinaba todos los estudios y recomendaciones.

Nada más llegar al comité regional, Sóbolev invitó a los especialistas de Moscú a pasar a su despacho.

– ¡Nos han hecho ustedes polvo! ¿Comprenden lo que hacen? ¡Sin consultar con nosotros, arruinan lo que fue creado con tanto esfuerzo! No, no cederemos. ¡Lucharemos!

Aquello le ocurría rara vez, pero se exasperó, no pudo evitar palabras duras, como si todo dependiera de aquellos especialistas.

– ¡Luchen! Pero ¿qué sacarán con eso, si a la gente se la retira del trabajo y los medios técnicos quedarán en espera de tiempos mejores o serán enviados a otros lugares? –dijo el responsable del grupo, un hombre flemático, entrado en años–. Además, comprenda, camarada Sóbolev, que nosotros no tenemos nada que ver. Nuestra misión es presentar a la dirección propuestas exhaustivas. Y lo que se haga después lo decidirán más arriba...

– En fin– puede que tenga usted razón. ¡Después de mí que venga el diluvio!... La irrebatible lógica de los indiferentes... Pero ¿tal vez podrían enfocar las cosas de modo distinto? Por ejemplo, familiarizarse con el estado de las cosas y, por cuanto no es tan malo, proponer todo lo contrario: ampliar y acelerar los trabajos de prospección en Sinegorie, en vez de reducirlos...

Antes de que Sóbolev hubiera podido terminar, se oyó una risa, y el flemático viejo dijo en el mismo tono impasible de antes:

– Eso ocurre en las novelas, camarada Sóbolev, y tan sólo en las de malos escritores... ¿Cómo llaman a eso? Conflicto... ¡sí, sí, conflicto!...

– En tal caso... En tal caso hasta más ver, señores míos...

Los especialistas se despidieron fríamente y se marcharon, y Sóbolev dispuso reunir en su despacho a todos los miembros del buró del regional. La situación exigía que se meditara inmediatamente y se adoptaran medidas urgentes.

Llevaban ya cuatro horas seguidas deliberando. Tomaron té dos veces y, a pesar de que era norma no fumar en las reuniones, hubo quien encendió un cigarrillo.

– Lo principal es frenar la reducción de los trabajos de prospección geológica – propuso Kárpov, el presidente del comité ejecutivo de la región.

Sóbolev estaba sentado en su sitio, encorvado, y, sin dejarlo

para después, paraba a los oradores y les hacía preguntas claras y concretas.

– ¿Cómo? ¿Con qué pretexto se puede hacer eso?

– Lo importante es encontrar una razón convincente, demostrar que nos hallamos en vísperas de importantes descubrimientos –desarrolló su pensamiento Tomilin, el segundo secretario del regional.

– ¿Cómo lo va a demostrar? ¡No es una broma! ¡En vísperas de importantes descubrimientos!...

– Hay que... Hay que pedirlo simplemente, sin ello palidecen las perspectivas de la región –propuso Chernov, el presidente del consejo regional de los sindicatos.

– ¿Qué quiere decir eso de pedir simplemente? ¿Qué significa "simplemente"? Simplemente pedían otrora los mendigos, que necesitaban mitigar el hambre. Pero en nuestro país no hay ya mendigos.

– Yo creo que se debe presentar un argumento: se han hecho ya determinados gastos. A juzgar por la nota de la Dirección geológica, ascienden a una suma considerable... Eso producirá impresión –sugirió Prozorovski, el director del periódico regional.

– ¡Pero allí también han sacado cuentas! Y lo más probable es que lo hayan hecho muy minuciosamente. ¿Con qué, en tal caso, se puede producir una impresión eficiente? ¿Con qué?

Cada uno de los miembros del buró hizo uso de la palabra tres o cuatro veces, pero las propuestas quedaban colgando en el aire, como si fueran partículas de polvo. Eran irreales y no podrían soportar los contraargumentos.

Antes de que Sóbolev tomara la palabra para hacer el resumen de la discusión, se instauró un largo silencio. Sóbolev se frotaba con su fuerte mano la despejada frente, hasta que se le puso toda roja. Pero los pensamientos... los pensamientos no acudían.

– Creo que podemos considerar poco productivas nuestras deliberaciones –dijo, sin levantar la voz–. No hemos formulado ideas convincentes. Por esa razón, propongo que invitemos al regional a unas cuarenta o cincuenta personas de todas las expediciones, a especialistas de todas las profesiones y también a algunos científicos... Hay que hablar con ellos. Si no objetan, se me puede encomendar a mí abrir la reunión, diciendo unas palabras acerca de la situación real. Podríamos reunirnos... –Sóbolev miró a Tomilin–. ¿Qué, Stepán Stepánovich, nos bastarán unos tres días para convocar a la gente?

– Lo procuraremos, Antón Vasílievich –asintió Tomilin.

Las palabras de apertura pronunciadas por Sóbolev fueron breves. Pintó la situación en cuanto a los trabajos de prospección franca y verazmente. Al terminar, subrayó su idea principal: la reducción del programa de las prospecciones era una circunstancia temporal. Se vivía en una situación internacional alarmante. La dura realidad y las maquinaciones del imperialismo exigían que se maniobrara con los medios y los materiales, haciendo hincapié en la defensa del país y de sus aliados. De momento, Sinegorie no se había destacado por grandes descubrimientos, aunque los yacimientos de petróleo y de gas de Bieloyarsk habían modificado la estructura tradicional de la economía de la región. Desgraciadamente, no se habían hecho aún descubrimientos de gran magnitud. Estaban por venir. En los últimos años se había atesorado una gran experiencia de estudio de los recursos naturales. Era importante que no se perdiera. Y todavía más importante, organizar, pertrechados de esa experiencia, todo el trabajo de modo que, con el mínimo esfuerzo, se obtuvieran resultados óptimos. En el orden del día había un sólo punto: ¿cómo se podría hacer eso? ¿Con qué acciones tácticas se lograría asegurar el cumplimiento de la tarea principal?

Sóbolev invitó a todos los presentes a cambiar impresiones con toda libertad.

El primero en hacer uso de la palabra fue Buiánov, el rector de la Universidad. Habló del trabajo de los científicos de la Universidad; de la fundación de un nuevo laboratorio destinado a estudiar los yacimientos de turba; de la publicación de una compilación de trabajos consagrados a la naturaleza y el clima de Sinegorie.

Mientras escuchaba a Buiánov, Sóbolev escribió al lado del apellido del rector: "Se sale por la tangente".

Después de Buiánov hablaron otros cinco oradores, y junto a cada apellido trazaba Sóbolev una raya. Habríase dicho que intervenían inteligente y seriamente, pero nadie se atrevía a responder sin circunloquios a la pregunta que Sóbolev había hecho en sus palabras de apertura. El número de los que pedían la palabra aumentaba a cada instante. Sobre la mesa iba creciendo el montoncillo de notas de los que ansiaban subir a la tribuna.

De pronto, una de las notas que llegaron de la sala a la mesa impresionó a Sóbolev.

"Estimado camarada Sóbolev: Hasta ahora se está hablando "en líneas generales". ¿No me permitiría hacer propuestas concretas? Sofrónnikov, de la expedición norte."

"¡Sofrónnikov! ¡Pero si es aquel mismo Sofrónnikov que me envió el radiograma!", recordó Sóbolev y se puso a observar atentamente los semblantes desconocidos de la gente sentada en la sala.

"¿Quién será Sofrónnikov? ¡Ah, por lo visto, ése! Con un mechón tan rebelde, la cara alegre, enérgica, y las manos fíjate qué fuertes, no pueden estarse quietas ni un segundo, parecen buscar todo el tiempo algún trabajo", pensaba Sóbolev, la mirada puesta en un joven que había en la tercera fila, enfrente mismo de la mesa. "Procuraré concederle la palabra lo antes posible, puede que, efectivamente, haga propuestas concretas. Prometió comunicar noticias inesperadas acerca de los viejos prospectores", se dijo Sóbolev.

Cuando hubo terminado su intervención el profesor Kalistrátov, rector del Politécnico, Sóbolev pronunció en voz más alta que de costumbre:

– Ahora, permítanme que conceda la palabra al camarada Sofrónnikov, de la expedición norte.

Al punto, estuvo en un tris de soltar una exclamación de asombro. En vez de aquel joven de pelo rebelde, se levantó de la última fila un alto y huesudo hombre entrado en años, con luenga barba. Cruzó la sala sin apresurarse, estirándose la chaqueta y los pantalones, muy arrugados. Creído de que Sofrónnikov era un joven, Sóbolev pensó: "Puede que no haya oído bien el apellido. Ese no es Sofrónnikov". Pero nadie más se levantaba, y todos guardaban silencio, atentos, en espera de las palabras del nuevo orador.

Sofrónnikov subió a la tribuna y, antes de llegar a ella, empezó ya a decir:

– No querría censurar a nadie por la situación creada, aunque hay a quién censurar. Los imperialistas norteamericanos son los culpables de todos, literalmente de todos los cataclismos grandes y pequeños en el mundo entero. Su política está orientada no sólo a agotar los recursos, sino, ante todo, a socavar la tranquilidad de la gente y su fe en las fuerzas propias. Aplicada a nuestro país, resulta ingenua y hasta peligrosa. En los viejos tiempos se decía: "No caves la fosa a otro, no vayas a caer en ella tú mismo". Eso también vale para nuestros tiempos.

Sofrónnikov hablaba con gran convencimiento, acompañando sus palabras de enérgicos ademanes. En la sala no esperaban tal enfoque del tema en discusión y aplaudieron unánimes; se oyó un animado rumor de voces. Sóbolev esperó a ver si el ruido se apagaba e hizo sonar el timbre, exigiendo silencio. Luego se volvió hacia Sofrónnikov, dispuesto a escuchar con la mayor atención.

– Ahora, acerca de nuestros asuntos –continuó ya más tranquilo, Sofrónnikov, apoyándose en la tribuna–. La situación es difícil. Para no salir de ella con las manos vacías, se requiere un plan preciso y bien pensado. Las condiciones objetivas y el nivel de los datos de la prospección permiten trazar ese plan. Someto a examen varias propuestas que yo mismo he pensado y, después, discutido con los compañeros de la expedición, propuestas de las que respondo con toda mi conciencia ante la gente y ante la Patria.

En la sala se hizo un tenso silencio. Los asistentes escuchaban a Sofrónnikov estirando el cuello, dejando en paz los lapiceros y los blocs. ¿De dónde habría salido? ¿Quién sería? A juzgar por sus palabras, pájaro de fuertes alas... Sus ideas eran ambiciosas, pero el puesto que ocupaba no parecía muy importante. Trabajaba en la expedición norte, pero no era el jefe... El jefe era Kanátchikov... En fin, escucharían a ver en qué terminaba... ¿No sería un charlatán? ¡Había tantos!... "En todas partes se encuentra uno con sacamuelas", le pasó por la cabeza a Sóbolev.

– Lo primero y principal. Toda la gente y todos los medios técnicos que correspondan a la región según el nuevo plan, deben concentrarse en un lugar. Ese lugar podría ser la zona de la expedición norte...

"¡Bah!, es un típico pro domu sua. ¡Arrima el ascua a su sardina!", pensó Sóbolev, pero Sofrónnikov pareció oír el reproche.

– ¿Por qué digo que en la expedición norte? Porque, según los últimos datos, es la que ofrece mayores perspectivas. En el cuadrado G-320/171, yo, personalmente, descubrí yacimientos de sal y de carbón de piedra. He de decir que el carbón de piedra se encuentra allí por segunda vez. La primera lo descubrió la expedición del profesor Rúsov, aunque por el momento se trata de una suposición que hay que comprobar. ¿No se hallarán ahí los sedimentos paleozoicos a una profundidad accesible? Parte del territorio donde trabaja mi grupo la he sometido yo mismo a estudio aplicando mi propio método de las radiaciones de la tierra bajo la acción del sol. Las emanaciones liláceas registradas por mí con toda exactitud permiten afirmar que en el territorio hay petróleo.

En la sala se oyeron rumores, un mover de sillas y exclamaciones de desconfianza, y Sóbolev se apresuró a tocar el timbre. "¡No lo creen! Pero ¿quién se atrevería a afirmar que eso no sea posible? Está demostrado que hay gente que ve a través de los metales, que percibe el campo biológico de otros... ¿Por qué no puede nacer una persona capaz de ver las radiaciones de la tierra?... No, todo eso es pura invención... Y tú la crees porque deseas que ocurra algo inesperado, para contar con pruebas que aún no posees...", se decía Sóbolev.

– ¡Oh, oigo las voces de los escépticos! –continuó Sofrónnikov tranquilamente–, y eso no me asombra. Los escépticos, esa gente que vive ateniéndose a los puntos de las instrucciones, me acompañaron a lo largo de toda mi vida. Pero, a despecho de ellos, yo establecía la inevitabilidad de los terremotos y de los tsunami, trasladaba con toda precisión al plano, en tierras que contenían petróleo y gas, los lugares donde debían montarse las torres de extracción, confeccionaba pronósticos del tiempo para largo plazo... Pero volvamos a la idea fundamental: aquí, en la expedición norte, deben concentrarse todos los trabajos de prospección, aquí hay que centrar todos los esfuerzos de los científicos y de los productores de Sinegorie. Y hay que modificar la táctica de la prospección. Propongo que pasemos a la perforación profunda, que lleguemos a los estratos paleozoicos... Allí nos esperan ricos yacimientos de petróleo, y no sólo de petróleo... Las premisas teóricas así lo indican... Su análisis debería ser objeto de una discusión especial... Como prospector de gran experiencia, estoy dispuesto a seguir bregando, sin aspirar a una posición especial en el trabajo. Eso, como suele decirse, lo firmo de mi puño y letra...

Sofrónnikov se alisó la barba, hizo una reverencia a la sala y abandonó la tribuna. Cosa de un minuto, mientras se dirigía a la última fila, en la que estaba sentado antes de hacer uso de la palabra, reinó el silencio. Todos los asistentes lo acompañaban con la mirada. Y, cuando se sentó, sonaron aplausos y se entablaron animadas conversaciones. Era claro para todos que, cualquiera que fuese la actitud hacia las palabras del viejo investigador, por más

que se las pusiera en tela de juicio, había infundido seguridad en el éxito de las búsquedas y hecho una propuesta que, como una semilla, podía dar buen fruto.

– El camarada Sofrónnikov está en lo cierto cuando propone concentrar todos los esfuerzos en un mismo sitio. La dispersión de las prospecciones no reportará nada bueno. Se puede errar otros veinte años por los espacios de Sinegorie y no adelantar ni un sólo paso –dijo Iván Kondrátievich Petrakov, secretario del comité local del Partido de Bieloyarsk.

– La propuesta de Sofrónnikov me parece muy arriesgada, pero toda la geología supone riesgo. Quien no se aventura, no pasa la mar –observó Kanátchikov, el jefe de la expedición–. Los descubrimientos que Sofrónnikov mismo hizo en la taigá del Norte levantan el velo que cubre los secretos del subsuelo en Sinegorie.

Después de Sofrónnikov hicieron uso de la palabra unas diez personas, y nadie rebatió sus conjeturas. Sóbolev prometió que todo el problema sería estudiado muy pronto en el buró del provincial del Partido, dio por terminada la reunión y se apresuró a bajar a la sala. Temía que se le escapara Sofrónnikov. El viejo podía montar sin demora en un helicóptero y marcharse a la taigá.

Sóbolev y Sofrónnikov estuvieron en el provincial hasta muy entrada la noche. Sóbolev sentía un interés insaciable por la vida de Sofrónnikov, por su experiencia y opiniones. El investigador había participado en multitud de expediciones, conocía a muchos próceres de la ciencia y atribuía a sus búsquedas una importancia de primer orden. En fin, tenía de qué hablar al secretario del provincial.

– No pierda de vista, Antón Vasílievich, que ellos no se apresuraban. No los apremiaban tareas prácticas impostergables –decía Sofrónnikov de los viejos científicos–. Sus pensamientos no los limitaban las exigencias utilitarias de la época. Y por ello enfocaban los problemas con amplitud, en todos sus aspectos y facetas. Hasta en sus errores, hoy evidentes, hay importantísimos rasgos de su concepto de las perspectivas de la región. Estoy casi seguro de que mañana se dejará de considerar dichos errores como tales, y las concepciones que hoy se estiman anticuadas resultarán ser la verdad. Ya hemos conocido algo semejante. En este mundo todo fluye, todo cambia. Eso enseñan los sabios de la antigüedad.

– ¿Qué opina, Serguéi Egórovich, de las prospecciones y las investigaciones científicas, si se acepta la variante óptima? –dijo Sóbolev, apelando a la sinceridad de Sofrónnikov.

– La variante óptima es imposible ahora, Antón Vasílievich –contestó Sofrónnikov al secretario, que se había ganado su simpatía por el profundo interés que todo despertaba en él–. De no ser así, no nos habrían reunido con carácter urgente. Pero si, en fin de cuentas, se enfoca la cosa como un sueño, veo una vasta red de expediciones por todo el territorio. Expediciones integrales, pero con grupos para fines concretos. Por el momento, buscamos preferentemente petróleo y gas. Eso lo necesita imperiosamente el

país. Pero habría que desplegar la búsqueda de polimetales, carbón... mineral de hierro... Por el momento dejamos intacta la turba. Muchos ni siquiera tienen idea de la riqueza nacional que hay en Sinegorie. Hay que investigar minuciosamente los recursos hidráulicos. Respecto a ellos he oído decir, en tono de jactancia: en Siberia hay tanta agua, que con ella se podría anegar el mundo. ¿Es cierto? ¿Comparan esos jactanciosos el volumen de las masas de agua con las necesidades potenciales de Siberia? Lo digo porque la industrialización de Siberia se halla todavía en mantillas. Nuestra debilidad general es que no sabemos contar. El cálculo de la producción industrial terminada y el de los recursos naturales se hace a menudo basándose en unos mismos principios y según unos mismos métodos. Y por ello se cometen errores con mayor frecuencia de lo que sería de desear. Y esos errores engendran a su vez otros, que influyen sobre la curva de toda la economía.

– ¿Conoce usted bien, Serguéi Egórovich, la herencia científica del profesor Rúsov? –preguntó Sóbolev.

– Conozco tan sólo las líneas principales de las investigaciones de Rúsov. En cuanto a su herencia, ha sido olvidada. Los archivos de Rúsov no se han estudiado, es más, ni siquiera se han puesto en orden. Tal vez la situación haya cambiado un poco en los últimos años, pero no creo.

– ¿Cómo ha podido ocurrir eso? ¿Quizás Rúsov no sea actual?

– Por sus ideas, es archiactual. Sus asertos guardan relación con los problemas más candentes de la potenciación de Siberia. Y su importancia es tanto mayor para nosotros, por cuanto nacieron y cuajaron sobre la base de su exploración personal de Sinegorie. Rúsov era un pronosticador notable. Ya antes de que lo hiciera Gubkin, afirmó que la llanura de Siberia Occidental era rica en petróleo y gas...

– Por consiguiente, en sus trabajos se podrían encontrar valiosísimas indicaciones que hoy necesitamos.

– No lo dudo. Precisamente me disponía a escribirle a usted sobre el particular, cuando encontré en la taigá del Norte carbón de piedra y sal. Sí, Rúsov no se ha hecho anticuado. La atracción que sentía por la taigá del Norte no era casual. ¡Qué útil, qué utilísimo sería examinar sus papeles, estudiar sus planos, leer sus diarios!...

– ¿Por qué no hicimos eso antes? ¡Me pasmo!

– No lo hicimos por varias razones. Ya sabe eso de que no hay profeta en su tierra. La gente no lo decía por casualidad. Eso es lo primero. En segundo lugar, a Siberia la "cerraron" larga y tenazmente, y, por haberla "cerrado", nadie ponía los ojos en Rúsov, por cuanto él era enemigo acérrimo de tal enfoque. Por último, la vida no se la puede detener, promueve nuevas ideas y nuevos portadores de ellas. En su afán de ser originales, muchos investigadores no miran atrás... se apresuran a olvidar el pasado...

– Y el cordón umbilical de la continuidad de épocas e ideas se parte...

— ¡Sí, sí! Y se derrochan medios enormes para descubrir lo ya descubierto...

Era ya medianoche cuando Sóbolev llamó por teléfono a casa de Kalistrátov, el director del Politécnico.

— Perdone, Iván Ivánovich, que lo moleste tan tarde. Pero el asunto es inaplazable. En los fondos del instituto se hallan los archivos del profesor Rúsov. ¿No podría pedirle hacer algo casi imposible? Se trata de destinar un grupo de científicos, los de mayor cualificación, los más honrados y enérgicos, para que en corto plazo estudien los archivos de la primera línea a la última. El objetivo principal de ese trabajo es extraer de los trabajos del profesor Rúsov todo lo que vierta luz sobre los problemas de Sinegorie... Serguéi Egórovich Sofrónnikov, conocedor de la expedición de Rúsov, está dispuesto a ayudar.

Por lo visto, el rector había tenido que interrumpir su sueño y no pudo de buenas a primeras comprender de qué se trataba. Pero, cuando lo hubo entendido, quiso ofrecer resistencia: ¿quién iba a hacer aquello? ¿De dónde sacaría la gente para tal trabajo? Toda la plantilla de personal estaba ocupada en lo suyo.

Sóbolev no intentó persuadir al rector, y esta circunstancia serenó al hombre.

— Está bien, Iván Ivánovich, encontraremos la gente en otro sitio. La dirección geológica nos proporcionará los especialistas necesarios...

— No, no, Antón Vasílievich, no se preocupe. No podemos consentir que ese trabajo lo hagan otros. Dispondré que se movilice a los jóvenes del grupo de postgraduación.

— Bien, pero el trabajo hay que comenzarlo mañana mismo —dijo firmemente Sóbolev, comprendiendo que el rector retiraba sus objeciones.

— Mañana, mejor dicho, hoy mismo se hará todo, Antón Vasílievich.

— ¡Gracias, Iván Ivánovich!

Sóbolev acompañó hasta la puerta a Sofrónnikov por los pasillos del regional, sumidos en el habitual silencio de las noches, y regresó a su despacho. Excitado por la plática con Sofrónnikov, por sus relatos acerca de las expediciones de Rúsov y de las peripecias de los exploradores y por lo extraordinario de algunos descubrimientos científicos, estuvo largo rato andando y desandando el despacho, las manos a la espalda, olvidado del tiempo.

El agudo timbre del teléfono lo arrancó de sus meditaciones. Sóbolev levantó el auricular. Telefoneaba Lena, inquieta. Le preguntó si se sentía bien, si no había olvidado el hogar. ¿No sería ya hora de tomarse un respiro, para no agotar por completo sus energías?

— Voy, Lena, ahora mismo voy. He estado hablando largo y tendido con Sofrónnikov, y si él tiene razón, aunque sea tan sólo en el cincuenta por ciento, Sinegorie hará ver lo que vale... Acuéstate, ten la bondad, y duerme... ¡Yo mismo me calentaré la cena!

Sóbolev metió en su cartera unos papeles, apagó la luz del despacho y, procurando no molestar a la secretaria de guardia, que, sentada en la antesala, medio dormía, con los ojos cerrados por la fatiga, salió pisando de puntillas y abandonó el provincial.

Durante aquellas semanas, el regional de Sinegorsk estuvo trabajando con suma intensidad. Además de dirigir la vida diaria, preparaba para el centro tres memorias: sobre una mejor utilización de los recursos naturales para elevar su parte en el balance alimenticio de la región, y sobre la ampliación de la producción de artículos de gran consumo; sobre el plan de los trabajos de mejoramiento del suelo en el contexto de las medidas agrotécnicas, para elevar el rendimiento de la agricultura y la ganadería, y sobre la reorganización de la prospección geológica del subsuelo y la elevación de la eficiencia científica y productiva de las investigaciones. El Comité Central había accedido a que las cuestiones se plantearan en las instituciones capitalinas.

El regional formó para cada problema una comisión, integrada por numerosos especialistas y científicos y por los directores de las instituciones y servicios correspondientes. La primera comisión la encabezaba Félix Eduárdovich Kárpov, el presidente del comité ejecutivo de la región, la segunda, Stepán Stepánovich Tomilin, el segundo secretario del comité regional, y la tercera, Sóbolev en persona.

Cuando los documentos estaban ya prácticamente preparados, Sóbolev los sometió a estudio del buró del regional. Fue aquello un examen previo, con el fin, ante todo, de prestar ayuda a las comisiones en la etapa final de su trabajo. Se descubrieron omisiones serias. Las memorias no podían ser presentadas a las instituciones centrales tal como estaban: muchas cuestiones no habían sido suficientemente pormenorizadas, y se hacía sentir una vieja dolencia de los funcionarios a nivel regional, su débil conocimiento de los recursos propios y la proclividad a operar basándose en cálculos hechos "a ojo de buen cubero". Por ejemplo, ni la comisión regional de programación, ni la dirección regional de estadística, ni la unión de cooperativas de consumo podían ofrecer datos de la productividad real de los cedrales. ¿Cuántos piñones se podían recoger en los años de buena cosecha? ¿Y en los años peores? ¿Cuánto aceite se podía obtener? En lo concerniente a los bosques de abedules sucedía lo mismo. El despliegue, mejor dicho, el renacimiento de la artesanía se basaba en la madera de abedul. Pero si los cestillos y los demás objetos de corteza requerían abedules blancos, de tronco liso, los viejos artífices preferían para las tallas el abedul de tronco negro, que crecía en los pantanos, el abedul nudoso, como lo llamaban los habitantes locales. A la pregunta concreta de qué reservas de abedules blancos y negros había en la región, la Dirección forestal del ejecutivo respondió encogiéndose de hombros. Se preguntó a los científicos de la Universidad, y las respuestas fueron de lo más diversas y de dudosa exactitud. En la región había muchos ríos y lagos, pero nadie conocía, aunque fuera aproximadamente, cuáles eran las reservas de peces en ellos. ¿Cuánto se podía pescar en condiciones favorables, sin causar detrimento a la reproducción natural?

Tropezó también con dificultades la comisión que estudiaba los trabajos de mejoramiento del suelo y las posibilidades de elevación del rendimiento de la agricultura y la ganadería. Se carecía de datos elementales acerca de la clasificación de los pastos, las reservas de las turberas que se hallaban cerca de las tierras labrantías y de las cosechas de hierbas en los claros de los bosques. Todos aquellos datos hubieron de buscarlos en viejos papeles o establecerlos de nuevo.

La comisión que encabezaba Sóbolev tropezó con menores dificultades. Las cifras relativas al volumen de los trabajos de exploración y a los resultados de la labor de los grupos prospectores y las expediciones eran nuevas y se hallaban concentradas en un solo lugar: la Dirección geológica. Además, en aquella memoria se hacía hincapié en los pronósticos, que exigían no sólo datos, sino, también, fundamentación teórica.

En este sentido, el examen de los archivos del profesor Rúsov enriquecía los materiales de que disponía la comisión. Rúsov consideraba que la zona de la taigá del Norte ofrecía grandes perspectivas y recomendaba determinado enfoque del estudio del territorio. Naturalmente, las conclusiones más esenciales de las viejas expediciones fueron incluidas sin demora en el proyecto de la memoria.

Aun con todas sus dificultades, el trabajo de las comisiones alegraba a Sóbolev. Se perfilaba con creciente claridad una concepción científica general de la región, cuyas perspectivas eran más concretas, ya que se apoyaban en conocimientos más profundos de las posibilidades y las condiciones.

El trabajo de las comisiones, en las que participaban cientos de hombres pensantes, aglutinó todavía más a éstos en torno al regional y los aproximó unos a otros sobre la base del interés por la vida de la región. Sóbolev se daba perfecta cuenta de ello.

Cuando las memorias estuvieron redactadas definitivamente, invitó a todos los integrantes de las comisiones a una reunión ampliada del buró del regional.

Como siempre, parecía tranquilo, pero nunca había tenido los nervios tan de punta como en aquellos días. Pasaba horas y más horas, sobre todo de noche, cuando nadie podía estorbarle, estudiando las memorias y examinando críticamente cada página, cada párrafo.

– Los documentos que hemos redactado con el esfuerzo conjunto comenzarán pronto una nueva vida –dijo Sóbolev–. Su solidez se comprobará en los ministerios y comisiones de programación del país y de la república. Luego dirá de ellos su ponderada opinión el Comité Central del Partido. Confiemos en que nuestras consideraciones serán demostrativas y necesarias. El buró del regional expresa su agradecimiento a todos los compañeros que participaron en la labor de las comisiones.

Al día siguiente, un numeroso grupo de funcionarios de la región, encabezado por Sóbolev, salió en avión para Moscú. Fueron al aeródromo a despedirles los miembros del buró del regional, los jefes de las direcciones y secciones del ejecutivo, los dirigentes de las organizaciones científicas y de proyecto y los rectores de las escuelas superiores de Sinegorsk. Nadie les había anunciado que Sóbolev se marchaba a tal hora, precisamente, pero un complejo sentimiento de coparticipación en las iniciativas del regional hizo que todos ellos fueran allí sin ningún motivo oficial. Ya uno, ya otro, se acercaba a Sóbolev, le estrechaba la mano y se apartaba en silencio. Sóbolev se hallaba al lado de Lena, la miraba a los ojos, que ocultaban la tristeza de la nueva separación.

Cuando Sóbolev llegó a Moscú, hacía allí un tiempo espléndido. El día era cálido y calmo, pero no podía decirse que hiciera un bochorno fatigante. Cuando estudiaba en la Academia, a Sóbolev le gustaba en tales días levantarse de buena mañana, cuando las calles empezaban a despertar, ir al malecón del Moskova, cerca del Kremlin, apoyarse en el parapeto de granito, mirar el espejo del río y prestar oído al creciente ruido, escuchar las mil voces con que rumoreaba la gran ciudad, adoptando poco a poco su ritmo de vida habitual.

Sóbolev amaba a Moscú, lo amaba sin frases rimbombantes, sin exaltación, lo mismo que amaba a Romáshkino, su aldea natal. Los amaba con toda el alma. Moscú y Romáshkino... A primera vista, eran conceptos incomparables, pero Sóbolev encontraba mucho de común en los sentimientos que despertaban en él y en los pensamientos que hacían nacer en su mente. Allí todo le era caro, familiar, le llegaba al corazón, y el solo sonido de la palabra Romáshkino engendraba una alegría inefable y una dulce tristeza, una lánguida debilidad y dolor... Las propias calles de la aldea, sus casas, sus isbas, fincas y huertas, los caminos y las sendas, los montículos y los vallejos lo emocionaban por su prístina belleza... Por otra parte, Moscú, la inmensa urbe, con sus bulliciosas muchedumbres, los edificios gigantes, de innumerables ventanas, enmarcando las plazas y las avenidas, las sinuosas callejas que velaban por la quietud de los siglos, los hotelitos con lápidas memoriales acerca de acontecimientos pasados y relevantes personalidades... La mezcla de estilos arquitectónicos, la inimaginable unidad de lo antiguo, de lo viejo, y lo nuevo, lo futuro... Sóbolev se sentía en Moscú tan a gusto, tan a sus anchas como en Romáshkino... Abría su alma a Moscú, y Moscú se abría a él. Estaba allí tan en su casa como en la aldea...

Sóbolev se despertó al amanecer. Ya no quería dormir. Se dejaba sentir, por lo visto, la diferencia de hora. En Sinegorsk las fábricas estaban trabajando ya, y las instituciones abrirían pronto sus puertas. Se levantó, se aseó en un dos por tres y resolvió pasear por las calles de la ciudad mientras sus compañeros dormían aún en las cómodas habitaciones del Hotel Moscú. Bajó en el ascensor a la planta baja, salió a la avenida de Marx, cruzó por el paso subterráneo en dirección al Hotel Nacional y se dirigió, sin apresurarse, hacia la Biblioteca Lenin.

La Biblioteca Lenin, la biblioteca de historia, la biblioteca pedagógica, la biblioteca en lenguas extranjeras, la biblioteca filosófica, la biblioteca económica... ¡Cuántas eran! Precisamente en

ellas pasaba casi todo su tiempo cuando estudiaba en la Academia de Ciencias Sociales. Era uno de los más asiduos visitantes, llevaba rigurosa cuenta de los días y las horas de su estancia en la capital. Además, los teatros. Iba a ellos, si no cada semana, sí cada quince días sin falta. Veía con el mismo interés los espectáculos que se representaban en los teatros más célebres, de fama mundial, que recordaba en algo los propios cimientos de los majestuosos edificios, tan imponentes en su inmovilidad, como los que ofrecían teatros menos conocidos, más jóvenes, y a veces otorgaba a estos últimos su preferencia, pues percibía en ellos el latir más potente del pulso del arte y una irradiación más viva del pensamiento.

Tenía en Moscú pocos conocidos y no trataba de multiplicarlos. Los conocidos exigían tiempo y lo apartaban de la principal razón de su estancia en la capital.

A veces, Lena volaba a Moscú por una semana o semana y media, y entonces paseaban juntos, iban ya a la Exposición de Adelantos de la Economía de la URSS, ya a Zamoskvorechie, ya al embalse de Jimki. Eran días felices, que le agradaba recordar siempre y, sobre todo, cuando no tenía al lado a su mujer.

Sóbolev llegó a la Biblioteca Lenin, permaneció unos instantes en la esquina y volvió sobre sus pasos.

En el hotel lo estaban esperando Tomilin, Kárpov, Terebilin y Tochinski, el presidente de la comisión regional de programación. Era ya hora de subir al restorán del séptimo piso, para desayunarse.

– Queríamos ya, Antón Vasílievich, comunicar que había desaparecido –bromeó Tomilin, deslizando como siempre las gafas por el puente de la nariz, de arriba abajo y viceversa.

– Pido perdón, aunque me he retrasado tan sólo cinco minutos. He paseado por las calles, recordando mi vida –dijo un tanto turbado Sóbolev, pues era sumamente puntual.

– ¡Recordando su vida! Podría pensarse que se halla en el ocaso de su existencia... ¿Oyes lo que dice, Xenofont Savélievich? ¿Qué vamos a hacer entonces los viejos? – rió Tomilin, dirigiéndose a Terebilin, que era de su misma edad.

– Me ha agradado mucho pasear por Moscú de buena mañana. Lo confieso. Le tengo cariño a esta ciudad... En fin, vamos a desayunar y, como convinimos, nos dispersaremos, cada uno a lo suyo –dijo Sóbolev, y todos se dirigeron al ascensor por el largo y resonante pasillo.

No es cosa sencilla ir por las instituciones centrales, persuadir, demostrar, obtener decisiones favorables para satisfacer las necesidades de una u otra región. Eso, como todo en la vida, requiere experiencia, tenacidad y, en cierta medida, poseer don de gentes y saber relacionarse con los altos funcionarios. Sóbolev, en esencia, se veía por primera vez en el papel de "solicitante" y quizás por ello pasó al principio no pocos instantes amargos.

– Les ruego que tomen asiento y esperen. Izidor Izidórovich sostiene una importante conversación telefónica –dijo gravemente

la secretaria cuando Sóbolev, acercándose a la ancha escribanía abarrotada de papeles y con varios teléfonos de distintos colores, le hubo explicado que estaban citados para aquella hora. La mujer ni siquiera lo miró. Lo acompañaba Terebilin. Ambos se apartaron hacia un ángulo de la espaciosa antesala en el que había una mesita con periódicos, y se sentaron en unas butacas de breves patas y bajo respaldo. Eran incómodas y recordaban un tanto los muebles para los jardines de la infancia, pero tal era la moda, que se extendía por todas partes como el agua en la época del deshielo, anegando implacablemente lo mismo las orillas de dulce pendiente que las abruptas.

Conversando a media voz sobre esto y lo de más allá, Sóbolev y Terebilin miraban de cuando en cuando a la secretaria, que, ocupada con sus papeles, respondía al mismo tiempo a las sonoras llamadas de los teléfonos:

– Izidor Izidórovich está ocupado... no puede... llame más tarde...

Mientras tanto, la maciza puerta del despacho de Izidor Izidórovich, con una argolla de bronce en vez de manija, se abría a cada instante, y del interior salían apresuradamente hombres con carpetas en las manos y de aspecto serio y preocupado.

Súbitamente se oyó en medio del silencio una voz alta que preguntaba por el intercomunicador:

– ¿Hay alguien de Sinegorsk esperando recibo? Que pase.

La secretaria se levantó rápidamente, tuvo un ademán imperioso, dirigido a Sóbolev y a Terebilin y, levantando la vista, miró por entre sus embadurnadas pestañas a ambos visitantes.

– Izidor Izidórovich pide que pasen. Apresúrense, camaradas –dijo, como si los acuciara levemente.

Izidor Izidórovich era un hombre grueso y carirredondo, con un plumerito de pelo cano y gafas de montura de cuerna. Saludó a los visitantes con un displicente ademán y señaló con su cabeza de rostro sonrosado hacia unas sillas que se hallaban cerca de la mesa, estrecha y larga, que había pegada a la escribanía. Luego, oprimió un botón del intercomunicador y dijo:

– Nikolkin, con los materiales relativos a Sinegorsk.

Mientras Sóbolev y Terebilin tomaban asiento, entró un hombre alto y flaco, con una carpeta en las manos. Se detuvo junto a la escribanía, pero no se atrevió a sentarse sin previa invitación. Era, por lo visto, el tal Nikolkin.

– Deme los materiales, Nikolkin, y no esté ahí plantado como un poste. Siéntese.

Izidor Izidórovich tomó la carpeta de manos de Nikolkin, la abrió y se puso a leer.

Durante unos cinco minutos estuvo leyendo en silencio, pero luego sus hombros se encogieron bruscamente y, tapándose la boca con mano blanca y gordezuela, dejó escapar una apagada risita. Sóbolev y Terebilin se miraron. "¿Qué le habrá dado risa? ¿Qué habrá encontrado ahí de risible?"

Pasaron en silencio otros cinco minutos. Izidor Izidórovich leía sin levantar la cabeza, moviendo sus abultados labios.

– ¡Ja, ja, ja! –sonó de pronto en todo el despacho, y su dueño repantigó el cebado cuerpo en el sillón y levantó la cabeza.

– ¡No son nadie pidiendo! ¡Menudo apetito!... ¡Ay, ay!... Por si fuera poco que han hecho diez millones de escobas, han barrido la capital, ordeñan los cedros, producen aceite y turrón, han hecho barricas y cestos..., por si eso fuera poco, han resuelto transformar en ciudades los campamentos de la taigá... No se han olvidado más que de los caminos asfaltados... Nikolkin, ¿han calculado sus economistas toda esta...?

Izidor Izidórovich quería tildar de memez la propuesta de los camaradas de Sinegorsk de que se fundara un trust para el aprovechamiento de los recursos naturales, pero miró a Sóbolev, que tenía puestos en él los ojos, muy serios, y se mordió a tiempo la lengua.

– Lo han calculado, Izidor Izidórovich... su conclusión es positiva... conceder un crédito por tres años... La rentabilidad mínima será de más del setenta por ciento... Se adjunta la conclusión...

La voz de Nikolkin sonaba insinuante y cautelosa. Pero ¿qué otra cosa podía decir?

– ¿Eres tú, Terebilin, quien enturbia de nuevo el agua? El colegio te lo negó ya.... –estalló Izidor Izidórovich–. Y tú arre que arre... Y te has traído de ayudante al vicepresidente del ejecutivo de la región... ¿hasta cuándo va a durar esto? ¿Es que vuestro ejecutivo no sabe cómo está la situación en cuanto a los créditos? –miró a Sóbolev–. ¿Y si quiebran con sus ideas delirantes de explotación de los recursos en constante renovación de la taigá? ¡Hay que ver el terminajo que han inventado! ¡"Recursos en constante renovación"! Para que resulte más nebuloso y embaucar mejor a los dirigentes.

Izidor Izidórovich se había encolerizado de verdad: apartó de un manotazo la carpeta que le había entregado Nikolkin, sacó del bolsillo de su traje azul marino un pañuelo y se puso a frotar con encono los gruesos cristales de sus antiparras.

Terebilin quiso saltar dos veces, pero Sóbolev lo asió del brazo, para frenarlo, y dijo, mirando de soslayo a Izidor Izidórovich, en voz intencionadamente muy alta:

– No sospechaba que pudiera usted, Izidor Izidórovich, degradarme tan sencillamente, en un santiamén. ¡Perdóneme, sea indulgente, Izidor Izidórovich! Su fallo es pronto, pero injusto.

A cada palabra, Sóbolev añadía a su tono una nueva dosis de burla manifiesta.

– ¿Qué quiere decir con eso? –se puso en guardia Izidor Izidórovich, levantando la cabeza, embargado de súbita zozobra por el barrunto agudo de que había hecho algo vergonzoso, indigno de él.

– Pues quiero decir lo siguiente, Izidor Izidórovich: se ha encumbrado usted tanto, que no desea siquiera saber con quién habla... Soy el primer secretario del comité regional del Partido de Sinegorsk... Afortunadamente, no designado por su persona... La memoria enviada a su institución no es una iniciativa privada de Terebilin... Y no somos mendigos que vengamos aquí con la mano tendida... El Comité Central le dio la indicación de estudiar todos los problemas, y tómese la molestia...

Sóbolev no tuvo tiempo de terminar la frase. Lo interrumpió la voz de ratón de Izidor Izidórovich, reforzada por el micrófono:

– ¡Stella! ¡Stella! ¿Hasta cuándo vas a seguir confundiéndolo todo? ¿Qué lista de visitantes es la que me trajiste?

– ¡Perdone, Izidor Izidórovich! –contestó la asustada voz de la secretaria–. La lista me la pasó su ayudante... Cierto es que ayer...

– ¡Usted y mi ayudante se duermen de pie! ¡Calamidades! ¡Enredadores! ¡Yo les daré un buen jabón, yo los despertaré!...

Izidor Izidórovich se había puesto como un tomate, estaba bañado en sudor, asió un vaso con un líquido amarillo y lo bebió de un solo trago, estirándose con dedos convulsos el cuello de su camisa blanca, impecablemente planchada. No encontraba palabras para reanudar la conversación, parecía que todas se habían evaporado de su mente. Callaba y callaba, con sus ojos claros, surcados de venillas rojas, aumentados por los cristales de las gafas.

– Si no tiene usted nada en contra, Izidor Izidórovich, el camarada Terebilin y yo volveremos mañana a la misma hora. Le rogamos que estudie detalladamente nuestras propuestas. Han sido bien sopesadas, y las direcciones de su institución las apoyan.

Sóbolev se levantó. Terebilin hizo lo mismo. Pero Izidor Izidórovich no podía consentir que las cosas tomaran tal giro. Eso habría sido una ligereza imperdonable. Se levantó, manoteó en el aire, invitando a Sóbolev y a Terebilin a ocupar sus asientos, y gritó, lleno otra vez de brío, como si lo sucedido lo hubiera remozado instantáneamente:

– ¡Stella! ¡Té y café! ¡Y que vengan todos mis vices! ¡Inmediatamente!

A los tres o cuatro minutos, todos los vices de Izidor Izidórovich estaban ya en el despacho. Sirvieron el té y el café.

– Venga, Nikolkin, informe corto y claro, y sin comerse los puntos espinosos –dijo, severo, Izidor Izidórovich.

"¡Vaya, éste es otro cantar! Esto ya es mejor, me gusta más, simpatiquísimo Izidor Izidórovich", pensó, con sonrisa irónica, Sóbolev, mirando de soslayo a Terebilin con ojos en los que se encendían unas chispitas maliciosas.

Rudolf Vladímirovich tanto por su aspecto como por sus maneras era diametralmente opuesto a Izidor Izidórovich. Delgado, alto, ojos grises, mirada cariñosa, voz queda y movimientos lentos y hasta un tanto furtivos, como los de un gato.

En Sinegorsk había dos grandes fábricas que producían artículos muy importantes para la economía nacional y estaban subordinadas a Rudolf Vladímirovich.

Ambas empresas funcionaban con intermitencias, los gráficos de los suministros se vulneraban, las máquinas se habían desgastado mucho, y se daba largas a la modernización de los talleres. Hacía poco, el comité regional del Partido había investigado el es-

tado de cosas en las dos fábricas y lo había discutido en una reunión de su buró. Se descubrió que, además de las infracciones del ciclo de la producción y del atraso técnico, en las empresas cojeaba la labor socioeconómica: se construían insuficientes viviendas, no había establecimientos infantiles, y la policlínica y el profilactorio estaban anticuados y arrastraban una triste existencia. Invocando que la superioridad lo había prohibido, los directores de ambas empresas rechazaban todas las propuestas de los organismos rectores de la ciudad y no deseaban participar ni siquiera en lo que era conveniente para mejorar las condiciones de vida y de trabajo de sus propios obreros y empleados.

Sóbolev fue a ver a Rudolf Vladímirovich acompañado de Kárpov, que en tiempos había sido jefe de un taller de una de las fábricas y conocía bien sus necesidades.

En aquella institución reinaba un orden de cosas distinto. A diferencia de Izidor Izidórovich, a Sóbolev y a Kárpov los recibieron en el portal, los acompañaron al ascensor y los hicieron pasar sin demora alguna al despacho de Rudolf Vladímirovich, que se levantó de detrás de la mesa, se acercó a la puerta y los saludó cortés y respetuosamente.

Sin embargo, la conversación adquirió un tono duro ya en los primeros instantes.

– He leído, camarada Sóbolev, la resolución del buró de su comité regional –dijo Rudolf Vladímirovich, sentándose en su sillón y mirando tan sólo, él sabría por qué, a Sóbolev–. Gracias por la atención, gracias por la ayuda. –En su queda voz habitual sonaban notas firmes, que intrigaron a Sóbolev porque semejaban nacidas de alguna sospecha–. Pero debo decirle que soy yo quien dispone de todos los fondos. Eso me lo ha confiado el Estado... Y ustedes, perdone, se meten en asuntos que no les incumben...

– No le privamos de su derecho –se apresuró a intercalar Sóbolev, exasperado en su fuero interno, pero conteniéndose.

– Espere. –Rudolf Vladímirovich levantó su flaca mano–. Las fábricas no cumplen el plan, se acumulan las pérdidas, y ustedes, en vez de llamar al personal a superar las dificultades surgidas, lo empujan a tomar medidas arriesgadas...

– ¡Extraño! ¿Medidas arriesgadas? ¿Dónde las ve usted, Rudolf Vladímirovich? –dijo Sóbolev, intercambiando una mirada con Kárpov, que no esperaba tal recibimiento y apretaba las mandíbulas, todo encendido.

– ¡Se lo diré! ¡Se lo diré! –Rudolf Vladímirovich empezaba a sulfurarse–. Quieren ustedes echarme a la espalda todas las preocupaciones de la ciudad. Perdone, pero lo mío son las fábricas, y la ciudad es suya. No pienso construirles a ustedes una línea de trolebuses. ¡Constrúyanla ustedes mismos! Mis obreros componen la minoría de los pasajeros del transporte urbano. Y el transporte es de la incumbencia de los soviets local y regional. Ustedes quieren que sus funcionarios entren en el paraíso a lomos de mi persona. ¡Ni hablar! ¡No cargaré con ellos! Lo mismo le digo del viaducto a través de la línea del ferrocarril... ¡No daré ni

cinco! El viaducto estará dentro de los límites de la ciudad. ¡Constrúyanlo ustedes mismos!...

– ¡Pero los cargamentos de sus fábricas quedan sin transportar! ¡Venga y lo verá usted mismo! –saltó Kárpov, incapaz de seguir callado.

– ¡Yo mismo sé a dónde tengo que ir! –le espetó Rudolf Vladímirovich, descargando la mano, de canto, sobre la mesa.

– No comprendo, Rudolf Vladímirovich cómo leyó usted nuestra resolución. Si lo hizo sin saltarse nada, pudo advertir que le pedimos participar en el tendido de la línea de trolebuses tan sólo en el tramo de tres kilómetros que va de la vía de circunvalación a las puertas de sus fábricas. Se trata de la comodidad de los obreros y empleados de sus empresas. ¿Qué tiene que ver con eso la ciudad? ¿Qué tiene que ver el transporte urbano?

Sóbolev procuraba apoyarse en la lógica más elemental al argumentar.

– Plantean también inoportunamente el problema de la hacienda auxiliar –continuó Rudolf Vladímirovich–. Yo produzco máquinas, y de eso es de lo que respondo. No tengo posibilidad de construir porquerizas ni gallineros. Los fondos de víveres que me conceden por vía centralizada bastan para el abastecimiento de las fábricas. Si quieren arreglar las cosas en la ciudad a cuenta de esos fondos, nadie les permitirá que lo hagan. Eso se llama práctica antiestatal.

– ¿De dónde ha sacado usted todo eso? ¡Decir que la ciudad atenta contra los fondos de las fábricas! ¡La acabóse!

– ¿De dónde lo he sacado? Se lo diré, camarada Sóbolev, lo he sacado de la práctica, de la experiencia... Dos veces ya me la dieron con queso en ese punto... El Consejo de Ministros me impuso una amonestación por utilizar fondos para fines impropios. Ya tengo bastante con eso.

– ¿Sabe?, procede usted según el refrán ese de que el gato escaldado del agua fría huye.

– Puede usted pensar lo que le plazca.

– Querría que volviésemos al punto de partida, Rudolf Vladímirovich –dijo Sóbolev blandamente, pero con unas notas metálicas en la voz–. Consiste en lo siguiente: para elevar las fábricas al nivel de la época, además de modernizarlas, repito, además de modernizarlas, hay que mejorar resueltamente todas las condiciones sociales y de vida. Preste atención a una sola cifra: la de la instabilidad de la mano de obra. ¿Por qué es eso? Por una sola razón: en ambas empresas no se observa la menor preocupación por las condiciones de trabajo y de vida de los trabajadores. ¿Tal vez haya que aportar hechos? Muchos se mencionan en nuestra resolución. ¿Acaso puede el comité regional de Partido conformarse con tales circunstancias? Sepa, Rudolf Vladímirovich, que sea cual fuere su actitud hacia nuestras acciones, no logrará detenernos. En otoño, cuando recibamos de usted el plan de modernización, lo estudiaremos en un pleno del regional. Le invito por anticipado a que venga, personalmente. Si es más conveniente, podemos invitarle a través del Comité Central del Partido...

– ¿A qué alude? –Rudolf Vladímirovich levantó, brusco, la cabeza y fijó en Sóbolev la mirada de sus ojos, que brillaban febriles.

– ¡Abandone las sospechas, Rudolf Vladímirovich! Le digo de todo corazón que esperamos que venga, no ha estado allí ni una sola vez, y sin su participación sería difícil resolver algunos problemas.

– Tengo casi cien fábricas. No puede uno ir a todas...

– ¿Quién tiene una vida más fácil? ¿Tal vez crea usted que en nuestra región todo es sencillo?

– No pienso eso.

– Tanto mejor.

– En fin, quedamos de acuerdo, Antón Vasílievich.

Los finos labios de Rudolf Vladímirovich esbozaron por primera vez una leve sonrisa, y las malévolas lucecillas de sus ojos grises se apagaron. Rudolf Vladímirovich se inclinó hacia la mesita de los teléfonos y marcó un número en uno de ellos.

– ¿Qué tal va el plan de modernización de las fábricas de la agrupación de Sinegorsk? – preguntó cuando hubieron respondido a la llamada.

– Se está precisando, Rudolf Vladímirovich, después de las observaciones del consejo tecnocientífico –llegó a oídos de todos los presentes una voz femenina.

– Aceleren el trabajo, Serafima Ivánovna... Quiero presentarlo a la próxima reunión del colegio...

– Todo estará preparado, Rudolf Vladímirovich.

– ¿Han oído? –preguntó Rudolf Vladímirovich, poniendo una mirada de triunfo en Sóbolev y en Kárpov.

– Querríamos pedirle, Rudolf Vladímirovich, que, junto con el plan de reconstrucción de las fábricas, examinen el de desarrollo social y mejoramiento de las condiciones de vida en la agrupación –dijo Sóbolev, corriendo el riesgo de suscitar de nuevo el descontento de Rudolf Vladímirovich–. Las fábricas necesitan casas residenciales y una policlínica, y la Casa de la Cultura se halla en un estado casi ruinoso. La barriada de las fábricas es una de las menos urbanizadas de la ciudad... Se requiere un nuevo enfoque del problema de la hacienda auxiliar. Los fondos que usted recibe no bastan, son insuficientes... Y hay que tomar en consideración las perspectivas de desarrollo... Esperamos que nos ayude a satisfacer las necesidades de la ciudad... Hoy es difícil imaginarse una fábrica que pueda existir normalmente aislada de la ciudad, de la suerte general...

Sóbolev hablaba sin apartar la mirada del semblante de Rudolf Vladímirovich. Este arrugó el entrecejo, ladeó la cabeza, y la mano que mantenía encima de la mesa tembló varias veces; parecía presto a interrumpir a Sóbolev. Pero, cuando Sóbolev terminó de exponer sus consideraciones, lo miró cordialmente y dijo en voz queda y amistosa:

– ¡Ay, amigo, ay, Antón Vasílievich! ¿Acaso yo no lo comprendo? ¡Lo com-pren-do to-do! Haría falta todo eso y mucho más... Pero ¿de dónde sacar fondos? ¿De dónde? Yo, con mil

amores... Pero no cuento con dinero disponible... Pero ¿qué digo disponible? ¡No tengo ningún dinero!... Se han descubierto errores en el plan... Una de las fábricas, en la ciudad de X, debía empezar a producir... Confiaba en ella, creyendo que sería mi vaca lechera, pero está aún sin montar, no se ha recibido aún todo el equipo... Los norteamericanos arremetieron contra nosotros, presionaron a sus aliados, y a ellos se les encogió el ombligo... Nuestros pedidos quedaron colgando en el aire, y los plazos de los suministros se vinieron abajo... Hay quien nos acusa de imprudencia. "¿Qué necesidad había de hacer esos pedidos? ¿Acaso no era de esperar lo ocurrido?" Pensábamos y preveíamos las cosas... Naturalmente, nos las habríamos arreglado con nuestras propias fuerzas, y ni una pizca peor... Pero buscamos la cooperación, queremos vivir en paz... Sí, sí, no es porque seamos débiles... Queremos ser dignos vecinos de las demás naciones... En fin, venceremos eso, aunque hay en Europa gente, incluso entre los que se dicen comunistas, que propagan la idea de que la lucha de clases ha perdido fuerza y los objetivos de los Estados Unidos y de los Soviets son los mismos: dictar al mundo su voluntad. ¡Pero qué insensatos! ¡Pero qué miopes!... En fin, veremos, calcularemos, contaremos todo una vez más...

Sóbolev escuchaba a Rudolf Vladímirovich, y la irritación que al principio despertara en él la intransigencia respecto a las necesidades de la ciudad y la indiferencia por la vida del personal de las empresas se evaporó. "Sí, en realidad, la vida no le es fácil. La responsabilidad es enorme, y los recursos, limitados. Pero es ladino, el amigo. Ese defenderá su institución donde sea, no se quedará a la cuarta pregunta –pensaba Sóbolev–. Hablar con él atacando de frente, no tiene sentido. Hay que entrarle dando un rodeo."

– Lo que hace falta, Rudolf Vladímirovich, es ayudarnos un poquito, que luego levantaremos a la gente, pondremos en pie a las masas, incorporaremos a eso a otras colectividades –dijo Sóbolev, en el mismo tono calmo y pensativo en que hablaba el dueño del despacho.

– Eso es acertado, eso es loable. Me dijo alguien que sus fábricas de aviones son ricas –observó Rudolf Vladímirovich, casi en un susurro.

– ¡Lo son! Pero ellas ayudan de verdad a la ciudad y a la región –terció Kárpov.

– Tienen más dinero que nosotros, les basta para ayudar a otros –replicó Rudolf Vladímirovich, mirando de soslayo a Kárpov, con ojos ladinos.

– Hoy en todas partes se lleva la cuenta del dinero, Rudolf Vladímirovich. Ya sabe que las cooperativas de consumo lo ganan a espuertas, pero, si se les pide para necesidades comunes, no dan ni cinco. ¿Acaso se puede proceder así? El Partido marca otro rumbo: preocupación general por la producción y preocupación general por los trabajadores.

– Sí, así es. Así es –asintió, sacudiendo la cabeza, Rudolf Vla-

dímirovich, y miró de nuevo a Sóbolev, mientras calculaba algo para su capote.

"Ha comprendido que no nos iremos de aquí con las manos vacías", pensó Sóbolev, observando cada movimiento de los músculos de la cara de Rudolf Vladímirovich.

– Bien, en lo que respecta a la reconstrucción de las fábricas, no cabe lugar a dudas. Se ve, por cierto, que han estudiado ustedes eso muy a fondo. ¡Lo haremos! Las demás cuestiones hay que estudiarlas aún. ¡Hay que calcularlo todo! Puede que para el próximo quinquenio.

Rudolf Vladímirovich se irguió en el sillón y tamborileó la mesa con los dedos.

– ¡Todo ha sido ya calculado, Rudolf Vladímirovich! Aquí tiene el cálculo general, estudiado en ambas empresas, en el comité local del Partido de Sinegorsk y en el comité ejecutivo del soviet local. El regional del Partido y el Ejecutivo de la región lo han aprobado. Se lo hemos traído. ¡Mire! ¡Calcule!

Sóbolev abrió su carpeta y extrajo de ella unas hojas de papel, blancas como la nieve, escritas a máquina.

Rudolf Vladímirovich no se apresuró a tomarlas. Las miró con ojos condenatorios, como si encerraran algo que pudiera perjudicarle personalmente.

– Es lo mínimo, Rudolf Vladímirovich, con el resto corremos nosotros. Los de Sinegorsk nunca hemos sido gorrones. ¡Sí, nunca!

Sóbolev seguía sosteniendo tenaz sobre la mesa las hojas de papel.

– Lo estudiaremos. No confíen en que sea mucho –dijo, por fin, Rudolf Vladímirovich y tomó cuidadosamente, con dos dedos, los cálculos por una punta de las hojas, cerca del sujetapapeles. Hojeó las cuartillas, deslizó su aguda mirada por el texto, sacó del bolsillo una estilográfica negra y, apretando, escribió en la primera hoja una resolución. Movía la pluma con lentitud y tesón, trazando meticulosamente cada letra.

– Camarada Karandeev. Estudiar. Hay que ayudar a los de Sinegorsk. Vincúlelo con la reconstrucción de las fábricas. Para preparar las propuestas, tiene un mes.

Rudolf Vladímirovich leyó en voz alta la resolución y, luego, estampó su firma a través de la primera página.

Vlas Platónovich no se parecía en nada ni a Rudolf Vladímirovich ni a Izidor Izidórovich. Era guapo, joven y alegre y más bien recordaba a un guía de komsomoles de una obra nacional patrocinada por la organización juvenil comunista que al dirigente de una importante institución. Por cierto, lo más probable era que así hubiera sido en el pasado. Por algo se dice que el Komsomol es una fragua de cuadros.

Cuando llegaron los de Sinegorsk, el despacho de Vlas Platónovich estaba ya lleno de gente. No le gustaba estudiar los problemas en medio del silencio, a solas con los papeles. Cada vez invitaba a sus vices, a los jefes de las direcciones y a funcionarios

del eslabón inferior: a ejecutores e inspectores, convencido de que, a menudo, sus conocimientos eran los más próximos a la verdad.

Vlas Platónovich recibió a Sóbolev como a un viejo amigo, aunque se conocían tan sólo de haber cambiado unas palabras en los pasillos de alguna conferencia. Sus caminos se habían cruzado en reuniones de carácter no especializado, sino social. En fin, abrazó a Sóbolev y le palmoteó la espalda.

La memoria de Sinegorsk la conocían allí todos, los de arriba y los de abajo. La conversación siguió desde el comienzo mismo un cauce práctico. Se centró la discusión en los problemas del mejoramiento del suelo, que en la memoria estaban débilmente analizados o no se trataban. Los de Sinegorsk –asistían, además de Sóbolev y Kárpov, Tomilin, Kornílov, Terebilin y Tochinski– comprendieron desde el primer instante que en ese punto les apretarían las clavijas.

– Según datos de las organizaciones especializadas, en la zona de Romáshkino hay a orillas de los ríos tierras anegadizas de alta calidad. No se comprende por qué no se les presta ninguna atención en el esquema de los trabajos de mejoramiento. ¿No se debería realizar los trabajos de mejoramiento precisamente y en primer lugar en esas tierras?

Vlas Platónovich hablaba alto, mirando tan sólo de vez en cuando la información que resumía las observaciones y propuestas relativas a la memoria del comité regional del Partido y del ejecutivo del soviet de la región de Sinegorsk.

Habían convenido de antemano que sería Kárpov quien respondiera a las preguntas. Aunque estaba nervioso, contestaba convencidamente, relumbrantes los cristales de las gafas, despertando con su aspecto de profesor y su clara voz, de dicción perfecta, el respeto de los oyentes.

– Las tierras anegadizas de la zona de Romáshkino no figuran, efectivamente, en la primera fase de los trabajos de mejoramiento. Por el momento, quedan lejos de las poblaciones, y las comunicaciones son malas dada la escasez de caminos. Por ello se hace hincapié en la potenciación de las tierras anegadizas entre los ríos en las inmediaciones de Sinegorsk. Según los proyectos de nuestros especialistas, pueden asentarse allí dos haciendas especializadas: una, lechera y horticultora, y la otra, cerealista.

Kárpov miró interrogante a Sóbolev, como preguntándole si había contestado bien y, al mismo tiempo, orgulloso, al parecer, de haber dado una respuesta exhaustiva. Pero Sóbolev meneó la cabeza y muy bajo, aprovechando el ruido en el despacho, le apuntó:

– Hable de la mano de obra, Félix Eduárdovich.

– Sí –añadió Kárpov–. Otra ventaja enorme es que no habrá escasez de mano de obra, en las afueras hay muchas mujeres en edad de trabajar. Acudirán. Las hortalizas y la leche son, principalmente, especialidad de las mujeres...

– ¡Esa consideración es importante! –observó, sacudiendo su joven cabeza, Vlas Platónovich y, sin dar a nadie un respiro, consultó el papel que tenía delante y dijo–: Ustedes piden que se

aumente en diez unidades los cortacepas. ¿Para qué quieren tantos? ¿No los tendrán luego inactivos?

– No, no los tendremos inactivos –respondió Kárpov–. Mire el cuadro de las áreas ocupadas por los terrenos con altibajos. Son miles de hectáreas. A cuenta de su potenciación obtendremos casi todo el incremento de la tierra labrantía y de los pastos.

– ¿Ha calculado eso la dirección de programación? –preguntó Vlas Platónovich a sus colaboradores.

– Sí, Vlas Platónovich. Convendría ayudar, darles los cortacepas –respondió el jefe de la Dirección de programación, tan joven, recio y enérgico, a juzgar por su aspecto, como su superior.

– En fin, se los daremos, ya que de verdad hacen falta –accedió Vlas Platónovich, descargando una palmada sobre la mesa, y pasó al punto siguiente–. En lo que respecta a la nivelación de los campos, nuestros especialistas divergen por completo con los de Sinegorsk. Las pérdidas de la agricultura relacionadas con los bosquetes y los sotos son evidentes. Las confirma la experiencia de muchos años de empleo de los tractores y las cosechadoras-trilladoras. Por otro lado, su provecho para la agricultura es ilusorio. No hay datos. ¿No se tratará de figuraciones sin fundamento? ¿No serán ideas preconcebidas de los camaradas locales? Dejar los bosquetes y los sotos en las grandes áreas de tierra labrantía cambia por completo el carácter de los trabajos de mejoramiento. ¿No es así? Nuestros especialistas se manifiestan claro y concreto: retirar todos esos obstáculos para el empleo de las máquinas.

Los de Sinegorsk y los empleados de la institución se pusieron en movimiento. Era el punto más discutible del esquema. Kárpov se lanzó inmediatamente al combate:

– ¡Supone un riesgo, camaradas! ¡Y no pequeño! La gente vive de antiguo en esos lugares. La propuesta dimana de una experiencia secular...

– ¿No será eso una exageración? –lo interrumpió Vlas Platónovich–. Tal experiencia podría tomarse en consideración si no costara tan caro todo eso. Desgaste de las máquinas, gasto superfluo de combustible, obstáculos para la agrotecnia moderna de siembra masiva de los cereales... Y lo principal: ¡qué pérdidas tan grandes de tierra!... Son unos defectos evidentes, irrebatibles... Su indicación, camaradas de Sinegorsk, de que los sotos son depósitos de agua que nutren los sembrados en los años de sequía es, hablando suavemente, dudosa. Esos embalses son míseros por su volumen. En primer lugar. Lo segundo es que creamos allí nuevos embalses, y en los lugares de mayor concentración de los sembrados dispondrán ustedes de canales. Admito que en las condiciones de las haciendas campesinas individuales, los sotos y los bosquecillos desempeñaran su papel. Pero nosotros vivimos en otros tiempos, medimos con otros raseros y con otras magnitudes la economía y la tecnología de la producción agrícola... ¿No es así?

– La opinión de los trabajadores prácticos de los sovjoses y los koljoses es unánime, Vlas Platónovich, no se puede destruir los

sotos y los bosquetes –repitió Kárpov, mirando interrogante a Sóbolev, como si solicitara su apoyo.

– ¡Los prácticos se equivocan muchas veces! ¡Hablan así por la fuerza de la costumbre! –sentenció Vlas Platónovich.

Dándose cuenta de que Vlas Platónovich iba a dar carpetazo a una importante propuesta de las organizaciones de Sinegorsk, Sóbolev terció:

– No obstante, hacer oídos sordos a la opinión de los trabajadores prácticos, de hombres que viven y vienen afanándose durante años y más años en las tierras de que hablamos, sería una precipitación imperdonable.

– ¡Pruebas, camarada Sóbolev! –requirió Vlas Platónovich, sonriendo irónico.

– Usted tampoco posee pruebas, Vlas Platónovich. Y para cambiar lo viejo por lo nuevo, hay que estar, por lo menos, convencido de que lo nuevo es mejor. ¿No es así? –replicó Sóbolev en el mismo tono en que había hablado Vlas Platónovich y con una sonrisa igualmente irónica.

Vlas Platónovich meneó la cabeza, resopló, adelantando el labio inferior y movió los hombros.

– ¡Esa es la cosa! ¡No es tan sencillo! ¡Sí, no es tan sencillo! –suspiró Vlas Platónovich y puso en Sóbolev una fugaz mirada reprobatoria de sus alegres ojos, como diciéndole: "¡Vaya, camarada Sóbolev, me has dado un golpe bajo! ¡Ha sido una buena puñada!"

Se oyó la voz de uno de los especialistas:

– En efecto, Vlas Platónovich, ninguno de nosotros ha arado ni sembrado esa tierra. Y la gente dice... La experiencia práctica... Yo estoy de acuerdo con las propuestas de los compañeros de Sinegorsk... habría que rumiarlas...

– ¡Pronto ha cambiado usted de opinión, Nikodim Evséevich –rió abiertamente un especialista convencido de que les asistía la razón.

– ¿Considera usted que no dar su brazo a torcer es la mejor cualidad de las personas? ¿Y si no están en lo cierto? ¿Y si echaremos a perder la tierra? ¡No, perdone! ¡Tal porfía maldita la falta que hace! –observó, acaloradamente, Vlas Platónovich–. ¡El especialista debe dudar! ¡Debe! ¡Debe dudar hasta el mismo instante en que las dudas se convierten en convicción! ¿No es como digo?

– ¡En principio, sí! Naturalmente, tiene usted razón, Vlas Platónovich –se batió en retirada el especialista que había reprochado a su colega el haber cambiado apresuradamente de opinión.

– ¡Vengan propuestas! ¡Pro-pues-tas! ¡Espero! ¿Qué hacer? Esa es la cuestión –Vlas Platónovich hablaba en voz más alta que nunca, pero los especialistas de la Dirección callaban, y algunos se habían inclinado sobre los papeles que tenían ante sí en la mesa.

– ¿Y si hacemos lo siguiente, Vlas Platónovich? –dijo Sóbolev, rompiendo el violento silencio.

— ¡Ea, Antón Vasílievich, vengan sus propuestas, ya que mis consejeros parecen haberse tragado la lengua!...

— Un experimento... En este caso hay que realizar un experimento... Los especialistas en mejoramiento se tropezarán en toda Siberia con el problema de la nivelación de los terrenos... Se necesitan enfoques y métodos probados... ¿De dónde sacarlos? Eso no se puede inventar...

— ¡Cierto, cierto! —asintió apresuradamente Vlas Platónovich. —Pero ¿qué experimento sugiere usted? No todo experimento da la clave de una solución...

— A grandes rasgos, sería posible tal variante: en el distrito de Zaovrazhnoe de nuestra región los trabajos de mejoramiento se llevan a cabo según el esquema que ustedes proponen. Mientras tanto, en los demás distritos se realizan con ciertas limitaciones, dictadas por consideraciones concretas... Los cinco años para los que está calculado todo el sistema son un plazo suficiente, y se podrá ver qué es lo mejor, se podrá apreciar en dónde el experimento da resultados positivos y en dónde los da negativos... Son inevitables enmiendas hechas a su debido tiempo. Como decimos los de la taigá, sólo el abeto seco no se dobla al embate del viento...

Con sus palabras, Sóbolev había sacado de su pasmo a los especialistas. Todos se pusieron a hablar a la vez, ruidosamente, a trompicones, y bajo su peso crujieron las viejas sillas, resquebrajadas. Dos o tres se levantaron incluso y se pusieron a manotear.

— ¡Todo se irá a perder! Ese experimento lo pondrá todo patas arriba. ¡El mejoramiento necesita un frente abierto de trabajos! Sólo el tiempo improductivo de las máquinas nos costará millones de rublos.

Vlas Platónovich dejó que cada cual expresara su parecer, no interrumpió a nadie y miraba a todos con interés, como acuciándolos a cruzar palabras hirientes como latigazos. Y de pronto, cuando todos hubieron ya enmudecido, se oyó la voz fina, pero sonora, del especialista que había dudado el primero de la infalibilidad de sus colegas.

— Se diga lo que se diga, esa propuesta es la única sensata.

— ¡Demuéstrelo, Nikodim Evséevich! —casi gritó Vlas Platónovich, y ninguno de los que estaban sentados a la larga mesa pudo comprender si se alegraba o bien se indignaba para sus adentros de la opinión particular del especialista.

— Es una propuesta sensata. Asombra nada más en el primer instante. Y asombra porque estamos habituados a los clichés. ¡Espacio libre para los trabajos de mejoramiento, y nada más! Pero ¿quién ha dicho que no se pueda proceder de otro modo? ¡Se puede! ¡Afirmo que se puede! ¡Y no traten de asustarse a sí mismos y de asustar a otros hablando de pérdidas de millones de rublos! Lo único que hace falta es saber maniobrar... Por cierto, hace ya mucho que debemos aprender más enérgicamente... a maniobrar...

— ¿Se compromete usted, Nikodim Evséevich, a corregir el esquema en esa dirección? —preguntó rigurosamente al especialista Vlas Platónovich, y lo envolvió en el fuego de sus ojos, que no conocían la indiferencia.

— Me comprometo, Vlas Platónovich. Claro que con la ayuda de los compañeros de Sinegorsk.

— Vale. Así quedamos —dijo convencidamente Vlas Platónovich, apretando el puño y blandiéndolo sobre la mesa—. ¿Está claro todo lo demás? —agregó al cabo de unos instantes, y, como nadie contestara a la pregunta, se levantó el primero, dando así a entender que la reunión había terminado.

Antes de regresar a Sinegorsk, Sóbolev debía esforzarse por dar solución a otro problema, el de la creación de una zona especial de prospección geológica acelerada. No esperaba lograrlo fácilmente y en su fuero interno se preparaba para mantener largas y tenaces conversaciones y polémicas.

Por las noches, en el hotel, abría la "carpeta geológica" y releía una y otra vez los materiales. Había allí documentos de la Dirección geológica, cálculos de las expediciones y grupos, una memoria de Sofrónnikov, titulada, con ciertas pretensiones, "Mi opinión de la geología de la cuenca del curso medio del Tulim" —la había escrito a instancias de Sóbolev—, y dos publicaciones del profesor Rúsov, sacadas de sus archivos. En esencia, aquellas publicaciones no guardaban una relación directa con el problema que planteaba el comité regional del Partido de Sinegorsk, pero Sóbolev las tomó consigo. Rúsov aparecía en ellas como geólogo y como filósofo, mejor dicho, como naturalista. En algunos lugares, las publicaciones respiraban una ingenua fe en "Dios nuestro señor, creador de todo lo existente", pero el original enfoque de algunas cuestiones atraía a Sóbolev. En el artículo *Formas de la naturaleza como anticipo de la actividad humana*, Rúsov afirmaba que la naturaleza se adelantaba a la experiencia del hombre, era más inteligente que él, por cuanto el hombre era tan sólo una parte de ella y, como todas las demás, una forma de su expresión. Afirmaba el autor que, por etapas muy considerables, la actividad humana podía predeterminarse en el presente. Dicha actividad parecía estar desvinculada de las formas de la naturaleza, pero en realidad estaba subordinada a ellas, venía dictada por ellas. Luego, Rúsov hacía una detallada enumeración de las formas de la naturaleza (el sol, la luna, las estrellas, el agua, el cielo, el bosque, el subsuelo). Las descripciones de las formas de la naturaleza estaban estructuradas como diálogos con los estudiantes, que hacían a su profesor las preguntas más sofisticadas y pérfidas. El profesor no quedaba en deuda y, a su vez, preguntaba a los estudiantes poniendo en juego todo su ingenio y toda su erudición. Se leía todo aquello como una amena novela fantástica. Las obras de Rúsov habían sido impresas en el año 1900, con una tirada de ciento cincuenta ejemplares, en la "Imprenta de vapor de P. I. Makushin", como se decía en la portadilla.

A decir verdad, cuando leía las obras de Rúsov, Sóbolev descansaba de "la concreción de nuestros encabritados días", según

la atinada expresión de un poeta. Por cierto, se avecinaba el 125 aniversario del nacimiento del científico, y el comité regional del Partido se disponía a plantear ante el centro que se celebrara a escala de todo el país. Rúsov se lo había merecido, y su herencia poseía una gran viabilidad. De ello había podido convencerse Sóbolev al leer la lista de lo que contenían los archivos del sabio.

Un buen día, Sóbolev pidió que lo recibiera el vicepresidente de la Academia de Ciencias de la URSS encargado de las ciencias naturales y de los problemas ecológicos. Quería solicitar consejo en cuanto a los festejos del aniversario de Rúsov y en lo tocante a las investigaciones científicas en la futura zona especial de prospección geológica.

El vicepresidente era conocido como científico y como gran organizador de la economía nacional. En el pasado no sólo había encabezado establecimientos científicos; había sido también ministro. Lo único que le faltaba ya era salud. No tenía aún tantos años, pero parecía agotado, se llevaba con frecuencia la mano al pecho, respiraba con dificultad, y por sus ojos podía verse que sufría.

– ¡Qué joven y qué sano es usted! –dijo, sin ocultar su envidia, al tender su húmeda mano a Sóbolev e invitarlo que tomara asiento en un sillón que había junto a su escribanía–. Usted hará muchas, muchísimas cosas útiles... Tiene en perspectiva aún tantos años... Pero yo... yo me apago.

Sóbolev no esperaba tan adusta franqueza, pero, al estrechar la húmeda mano del vicepresidente, comprendió que estaba de más toda palabra de consuelo. Habría sido cruel.

– No voy a retenerle ni un minuto más de lo que le pedí. Diez minutos... no, siete minutos... –dijo Sóbolev, poniendo la mirada en el reloj.

– Le escucho, no se apresure... Su tierra es maravillosa... Un escritor la llama "tierra de maravillas". Muy atinado.. Exacto...

– Quisiera plantearle dos cuestiones. Si puede, ayude, apóyenos –comenzó, con premura, Sóbolev.

– Hay una tercera cuestión. Empecemos por ella. Acabo de confirmar la conclusión de los expertos en lo que atañe a Tierra Verde. Mañana, el gobierno adoptará una decisión definitiva. El punto de vista que expresan ustedes ha inclinado de su lado la balanza. Le felicito. Es un gran logro, una gran medida de protección de la naturaleza.

El vicepresidente miró a Sóbolev a la cara, y en aquel instante el sufrimiento desapareció de sus ojos, en los que se encendió la luz de la vida. Se encendió para apagarse al instante.

– ¡Cuánto me alegro! –exclamó involuntariamente Sóbolev.

– ¡Yo también me alegro! –dijo quedo el vicepresidente, y su voz, que apenas si se oyó en la quietud del despacho, con librerías y con policromos mapas en las paredes, recordó a Sóbolev que los minutos pasaban irremisiblemente.

Sacó de la cartera la Memoria y expuso todas sus consideraciones acerca de los festejos del aniversario del nacimiento de Rúsov. Meneando la cabeza, por lo visto expresando así que sentía no conocer a fondo los trabajos de Rúsov, el vicepresidente dijo:

– Oí de él. ¡Pero qué nación! ¡Cuántas inteligencias preclaras donó a la Patria! Y aún no sabemos de todos, muchos siguen casi en el anónimo. ¡Muy noble! Empiecen. Festejaremos el aniversario y editaremos sus obras, para que sirva de ejemplo a nuestros descendientes...

– Gracias, Alexandr Vasílievich, gracias... Ahora, el segundo problema, la zona especial de prospección acelerada e integral...

De los cinco minutos que le quedaban, Sóbolev invirtió tres en exponer la esencia del problema.

El pálido semblante del vicepresidente se animó, en sus mejillas aparecieron unas manchas rosadas, y en sus ojos volvió a encenderse la luz de la vida. Hacía el hombre una pregunta tras otra. Cuando Sóbolev miró el reloj, viendo con espanto que llevaba ya veinte minutos en el despacho, el vicepresidente tuvo un leve ademán, que pareció decir: "¡Bah, para tal asunto no duele siquiera una hora!"

– Mi opinión es que enfocan acertadamente el problema. La conjugación de todos los esfuerzos, un vasto frente de investigaciones científicas con las medidas prácticas darán frutos óptimos. Estoy seguro. Esta misma semana apoyaré sus iniciativas, escribiré una nota especial al Consejo de Ministros.

Sóbolev se levantó. Había dicho y oído lo principal. A decir verdad, no esperaba tal apoyo.

– Permítame que le retenga unos minutos más –dijo el vicepresidente–. Usted es joven y ha de trabajar todavía mucho. Preste oído a mis consejos, tal vez no estén de más. Velen por el agua. No hay tanta como nos parece. Ella mantiene hoy el nivel de interacción de las partes de la naturaleza necesario para asegurar la vida. Toda infracción de ese equilibrio es peligrosa. El problema es teórico y práctico a la vez. Y no se olvide de los yacimientos de turba. En tierras de Sinegorie hay un arcón con tesoros importantes para todo el país. Por el momento, sabemos poco de él, pero ya llegará su hora. Tenga en cuenta que los yacimientos de turba están todavía inundados y siguen creciendo. No acepte el riesgo de desecarlos sin necesidad o, lo que es peor, torpe, precipitadamente. Están saturados de sustancias resinosas, pueden inflamarse por sí mismos y convertirse, si se los trata con ligereza, en un polvorín gigantesco. Estoy seguro de que verá usted el día en que sean indispensables a la Patria para cubrir sus grandes necesidades. Bien, ahora quiero estrecharle la mano y desearle suerte.

El vicepresidente se levantó con dificultad, se irguió y, mirando a la cara a Sóbolev, le estrechó la mano cuan fuertemente pudo.

Sóbolev se dirigió, muy emocionado, hacia la puerta del despacho del científico.

– Otra cosa –dijo en pos suyo la voz del vicepresidente–, no cifren sus esperanzas sólo en las sustancias químicas para elevar la fertilidad de los campos, aprovechen la turba...

Sóbolev se volvió y dio las gracias por el consejo.

—¡Sí, sí! ¡Lo tendremos en cuenta! Meditaremos en todo lo que usted ha dicho. ¡Sin falta!

La pesada puerta del despacho se cerró. Sóbolev se detuvo en el rellano de la escalera. "¡Hay encuentros que no se olvidan en toda la vida! Cierto, es muy cierto lo que ha dicho... algo ocurre con el agua... los ríos pequeños los invade la vegetación y desaparecen a ojos vistas, y los grandes decrecen, empobrecen... Tal vez Rúsov tenga razón cuando habla de la interacción de las partes de la naturaleza... Esas partes se hallan en viva conexión, se apoyan unas a otras... La razón humana... Es una parte de la naturaleza, una parte del todo... El hombre fue creado para ver y sentir... Sus manos se necesitan en todo... Su apoyo, su ayuda... Y la turba... ¡cuánta hay en la región! Yace inerte. Esperamos mercedes, y las tenemos al lado, bajo los pies", pensaba Sóbolev, todavía bajo la impresión de la plática con el vicepresidente.

Despacio, pensativo, bajó los peldaños de granito, tomó de la percha el sombrero y la gabardina y salió a la calle. El sol inundaba Moscú. La gran ciudad zumbaba como una colmena fabulosa, contagiando a la gente su irreductible energía.

"¡Ya es hora! ¡Ya es hora!", se decía Sóbolev, aspirando la fragancia de los tilos, cuyas flores ya se marchitaban, en el Jardín Neskuchni, que rodeaba el edificio de la Academia de Ciencias.

Sóbolev llegó a Sinegorsk de buena mañana. Apenas el avión hubo traspuesto la frontera de la región y descendido un tanto, se pegó a la ventanilla. La tierra, apenas velada por raras y dispersas nubes, yacía envuelta en una emanación rosácea, todavía verde ella misma y sumida en una majestuosa tranquilidad. Sóbolev miraba los amarillos trigales, las casas de las aldeas y de los poblados, los humos de las hogueras en las granjas y en los fogarines. Pusieron sus pinceladas de plata en el paisaje los lagos, y los ríos dejaron ver por entre los oscuros bosques de coníferas sus impresionantes recodos. Sinegorie... Sóbolev reconocía algunos lugares, en los que había estado, por los que había caminado y rodado, y de otros pensaba: "¡Debo ir ahí! ¡Ya es hora! ¡Ya es hora!" Sentía una gran impaciencia, una vaga alarma, sin caer en la cuenta de que era lo que se llama amor al terruño.

Súbitamente, los bosques y los ríos parecieron correrse a un lado, bajo el avión apareció, de un horizonte a otro, una llanura cubierta de bosque raquítico, mogotes y agua. Las turberas. "Arcón con tesoros". Sí, precisamente a las turberas les había predicho el científico un gran futuro. "¡Aquí en primer lugar! ¡Ya es hora! ¡Ya es hora!", musitaba Sóbolev, olvidado por un instante de en dónde se hallaba.

El avión inició pronto el descenso, y semejó que abrazaba los claros forestales, las chimeneas y las techumbres del suburbio. Por fin, rozó la tierra y rodó por la pista de hormigón. Aparecieron fugaces las luces, todavía sin apagar, del nuevo edificio del aeropuerto: "Sinegorsk".

Sóbolev se apartó con esfuerzo de la ventanilla, tomó la cartera con los papeles y salió del avión.

En la escalera móvil sintió cuán tibio era el aire, saturado de las fragancias de la naturaleza en sazón, que lo abrazaba, lo acariciaba de pies a cabeza y le deslizaba al oído sus alegrías y sus inquietudes, que nadie conocía.

Trad.: *Juan del Río*

Breves

ESTRENO EN TEATRO MALI

El estreno de la temporada de 1985 en el Teatro Mali fue el espectáculo *Noticias del día*, montado según la novela de Gueorgui Márkov *En aras del futuro*. La pieza fue creada por Márkov en colaboración con el dramaturgo Eduard Shim. Su nuevo espectáculo el Teatro Mali lo dedicó al XXVII Congreso del PCUS.

LIBROS DEDICADOS A MOSCU

Entre el lector soviético gozan de gran popularidad los libros dedicados a Moscú que publica la Editorial Moskovski Rabochi. La Editorial continúa la publicación de populares series como "Moderna novela urbana", "La biografía de las casas moscovitas" y otras. En la serie "Anales literarios de Moscú" aparecerán *Apuntes de un antiguo habitante de Moscú*, de Nikolái Karamzín (1766-1826), que recogerán novelas cortas, cuentos y otros escritos dedicados a Moscú. En la misma serie verá la luz asimismo la trilogía de Alexéi Konstantínovich Tolstói (1817-1875) *La muerte de Iván el Terrible, El zar Fiodor Ioánnovich, El zar Borís*. En la serie "El Parnaso Moscovita" los lectores verán recopilaciones de poetas clásicos y contemporáneos.

RETRATOS DE YURI MOGUILEVSKI

El Teatro Académico Mayakovski, de Moscú, tiene como emblema un retrato del poeta creado en 1959 por el grabador moscovita Yuri Moguilevski. Es un linograbado, género que cultiva hasta hoy día. El Artista Benemérito de la RSFSR Yuri Moguilevski es autor de una gran galería de retratos de escritores: Anna Ajmátova, Larisa Réisner, Alexandr Tvardovski, Róbert Rozhdéstvenski, etc. "Sus retratos —dice el escritor Yuri Bóndarev— parecen estar sonorizados por el pensamiento y la época. El artista no fijó fotográficamente un momento de la verdad, sino que reprodujo la multidiversa esencia humana, lo que nos hizo recordar el destino del retratado."

VERSOS Y CANCIONES DE CHUKOTKA

La Editorial de libros de Magadán publicó en chukchi y ruso dos poemarios de Klavdia Goutval, de Ust-Chaunsk, denominados *Canciones de la tundra* y *Púnochka*. Las canciones que ella misma compone y sus versos se conocen en toda Chukotka, porque están penetrados de amor a la tundra entrañable y a la gente de esa comarca.

Margarita Aliguer

El canto del ruiseñor

SOBRE EL AMOR

En el tomo de Recuerdos *acerca de Konstantín Símonov hay una fotografía de años lejanos: una reunión, la mesa de la presidencia, Símonov con el brazo extendido y a su lado Margarita Aliguer, delgadita (entonces como hoy), joven, seria y pensativa.*

Esta generación de poetas despuntó en los años treinta, todos a una, apasionadamente, con fe sin límites en los ideales de su tiempo. Los unía la juventud, el Instituto Literario.

Pero el camino común en la creatividad es un concepto convencional, incluye también lo que divide y la diferencia no es menos importante que la semejanza. La voz de la poetisa Margarita Aliguer siempre tuvo su propia y viva entonación: en la exaltación lírica de los sentimientos, en el deseo de revelar el alma rebosante de amor, en el ansia de vivir y de comprender la vida.

Y en su vida y su obra se observa la unidad compacta y la integridad características de todo su estilo, lo mismo si escribe versos líricos que poemas henchidos de sentimientos cívicos. En los primeros años de la guerra escribió su célebre poema Zoya, consagrado a la heroicidad de una colegiala guerrillera de Moscú ahorcada por los fascistas. El poema fue distinguido con el Premio Nacional.

Es interesante que el recurso a la prosa no apagó el lirismo de su alma, dióle nuevo impulso. Ante todo porque su libro Una vereda en el centenal *(1980) es un libro de memorias. Desfilan personajes que Margarita Aliguer conoció de cerca a lo largo de su vida: Fadéev, Símonov, Kazakevich, Tvardovski...*

Sus retratos son de una plasticidad asombrosa. Existen en su época y se mueven con ella.

...La abrupta orilla del río Moscova, altos pinos, una vereda hollada en el centenal. Campo a través por esta vereda conocida salieron un día a su encuentro Fadéev y Tvardovski. Y sonaron sus voces, se iluminaron los semblantes.

Estos recuerdos han sido escritos por un prosista y un poeta.

El relato El canto del ruiseñor *se ajusta a los cánones de la prosa pura. Carece incluso de digresiones líricas. Aunque la fecha al final —"1955-1984"— en cierto modo las sustituye, haciendo que el lector se fije en estas cifras y reflexione con sentimiento opresivo en los años pasados y tal vez en el secreto que encierran.*

Es un relato de amor. De un amor desdichado porque su protagonista, el médico militar Serguéi Platónov, sucumbe en el frente al final de la guerra, mucho antes de que fuera iniciado este relato.

Su argumento también está relacionado con los recuerdos. Con los recuerdos de la protagonista Svetlana, con su primer amor juvenil por Platónov, cuando estuvieron juntos en el frente y él expiró en sus brazos, un amor que no se apagó con los años.

El viaje de Svetlana a la ciudad donde pasó casi toda su vida Platónov constituye la trama del relato que se desarrolla con creciente tensión.

La antigua ciudad a donde Svetlana se dirige desde Moscú es descrita con muchos pormenores y contemplada (cosa característica del relato) como por una "doble visión": con los ojos de Svetlana, que por primera vez entra en sus calles, y con los ojos de Platónov, que vive en su memoria y le habló de la ciudad. Ella todo lo ve por primera vez, pero reconoce como si los hubiera recorrido hace tiempo la estación del ferrocarril, la cuesta del río, el arenal y el mercado.

En el relato se transmiten sutilmente las emociones de la heroína, los sentimientos contradictorios que la embargan, mezcla de turbación y alegría. Y la incomprensibilidad de estos sentimientos, la inconsciencia de los impulsos y deseos acredita no sólo la fuerza del amor, sino también la juventud y originalidad de su carácter.

Su amor fue feliz y por eso no la asaltaban las dudas, no la conturbó jamás que Platónov tuviera en esta ciudad otra vida y otra familia con la que vivió muchos años.

Durante cinco años ansía verlo (se prepara para ello, reúne dinero), pero no comprende del todo para qué, no se percata de lo que llevará a este hogar. Sus aspiraciones tal vez, estén teñidas de cierta concentración en sí misma y sus propios impulsos porque a ella le parece que su amor es el principal del mundo.

Todo esto ha sido escrito con mucha sutilidad y delicadeza, sin importunar. Al leer el relato se ve que la autora compadece a su heroína no sólo por lo que sufrió en la guerra, sino también por lo que ha de sufrir en la ciudad con que soñara largos años.

En el relato se muestran trágicos avatares de la vida, su profundo y serio sentido.

Como es natural, el centro del relato es el encuentro de Svetlana y Vera Fiódorovna, esposa de Platónov. En esta escena se revelan claramente ambos caracteres, pues para las dos aquí todo es extraordinariamente dramático, todo es inesperado e imprevisible. Y para el lector también.

Vera Fiódorovna se comporta tranquila y grave, noble y seria. Pero Svet-

lana comprende que tiene otra vida y otro amor. No ha olvidado a Platónov, simplemente le han alcanzado las fuerzas para otro amor.

Los dos caracteres femeninos amorosos se revelan en esta colisión con genuina plenitud artística y fidelidad a la verdad de la vida.

Svetlana comprende que en la vida todo es mucho más humano, más sencillo y natural de lo que ella podía suponer. Comprende que el amor es un don que se da a la persona para toda la vida, que avanza con ella.

Y al lector le queda conjeturar cuál habría sido el derrotero de Svetlana y Vera si Platónov hubiera quedado con vida y regresado de la guerra. Pero el relato ha sido escrito de manera que eso no puede saberse. Un detalle interesante: Svetlana y Vera se abisman en el pasado, mas, por respeto a la memoria de Platónov, se detienen como ante una raya invisible sin admitir el pensamiento de un engaño, con lo que se realza artísticamente también sus derechos a un amor verdadero.

Esta deducción se asocia también a otro personaje del relato: Fedora, la mujer de edad en cuya casa se ha alojado Svetlana.

Al principio no comprendemos muy claramente por qué la escritora se fija tanto en su casa, extravagante con los lampazos y ortigas que la circundan, por qué reproduce sus pintorescas conversaciones. Pero luego de estos expresivos pormenores surge su vida: jamás amó a nadie, ni se dio cuenta cómo llegó a casarse. No se encariñó con el marido ni con los hijos, no sintió que se le murió el marido, que perdió a todos los que la rodeaban. Entregada a una existencia insustancial jamás se compadeció de nadie. Así se fue desmoronando su hogar y envileciendo su alma, así vivió su vida tan incapaz, tan rastrera.

Este personaje entra en la trama literaria del relato sin admonición ni reproche dando al lector la posibilidad de confrontar, reflexionar y evaluar.

ANNA BERZER

1

Pasada Kashira empezó a llover y oscureció en el acto. El tren era de cercanías y no un expreso y, sin que se sepa por qué, en el vagón no encendían la luz. Los pasajeros se apresuraron a tomar el té en la penumbra y se acostaron. Todos se durmieron rápidamente y en buena armonía –empezaron a respirar profundamente, a silbar y resoplar– y el vagón a oscuras se hizo asombrosamente acogedor. También afuera la lluvia susurraba de manera acogedora, lluvia de mayo, de grandes gotas templadas. Pero no tardó en dejarse de oír: el chapoteo del agua se confundió con el martilleo de las ruedas. Y cuando el tren aminoró la marcha y se calló del todo, parando en un lóbrego y sordo apeadero, ya no llovía; en el silencio irrumpió, fue en aumento apoderándose de todo él, un nuevo e inesperado sonido: muy cerca, en la húmeda penumbra de la noche de mayo, cantaba un ruiseñor.

– Canta un jilguero –dijo el mozo de tren pasando por el oscuro pasillo del vagón con un farol en la mano–. Canta un jilguero –repitió saltando del estribo a la arena del andén húmeda de la lluvia.

Trinaba el ruiseñor y era tan fuerte su canto en la oscuridad de la noche que, más que sonar, ardía, iluminaba y calentaba. Cuando el tren arrancó y volvieron a repicar las ruedas, a todos les dio lástima alejarse del ruiseñor.

Svetlana estaba acostada en la litera inferior, hecha un ovillo, arropada con el mantón de pelusa. Este mantón era la única prenda de abrigo que había tomado de casa. No tenía gabán de verano, no había querido viajar con el viejo de paño –era pesado y, además, estaban en mayo, con el verano a la puerta–, y por eso habíase puesto en camino tan sólo con un traje liviano. Solamente para que la dejase en paz la madre –le daba la lata recordándole que el mes de mayo no es de fiar y tiene todos los motivos que quiera para que de pronto haga frío: florece el cerezo aliso o echa hojas el roble– Svetlana en el último momento había metido en la maleta medio vacía este gran mantón gris. ¡Y qué bien le vino! No tomó la ropa de cama que le ofreció el mozo de tren: resolvió que no la necesitaba porque llegaría al lugar a las cinco de la mañana y podía no despertarse a tiempo.

Yacía en la litera inferior, arropada con el caliente mantón, y sentía bienestar y claridad en el alma. No se paraba a pensar por qué era así, en general no pensaba en nada y no tardó en conciliar ese dulce sueño con que se duerme en el tren. Como ocurre siempre que se viaja, se despertaba a menudo y en cuanto abría los ojos la invadía una sensación maravillosa: recordaba a dónde se dirigía y sentía que la esperaba algo sorprendente, algo como ya hacía tiempo que no se daba en su vida. Y no tardaba en volver a dormirse fácilmente, sin darse cuenta.

En la madrugada, como es natural, se durmió profundamente y cuando el mozo de tren gruñó varias veces a su oído: "¡Estamos llegando, ciudadana!", saltó sin comprender nada y permaneció varios segundos sentada, restregándose los ojos, hasta que por fin lo recordó todo. Por la ventana se veía desfilar ya unos edificios, el lavabo estaba cerrado, y Svetlana, enojada consigo misma, apenas tuvo tiempo de guardar en la maleta el mantón, la toalla y la jabonera.

La plataforma del vagón estaba repleta de bultos y maletas: se apeaba ruidosamente una familia numerosa con la abuela y criaturas de distintas edades. A esta familia la recibían los parientes, todos se besaban, alborotaban, remoloneaban e impedían la salida. Y cuando Svetlana saltó por fin al andén, presta a salir corriendo, se aclaró que la ciudad estaba a la derecha del tren y había que aguardar a que éste arrancara. El tren permaneció seria y tranquilamente su plazo debido, diez minutos interminables, y sólo entonces silbó, retembló y reanudó despacio su camino hacia Elets.

Svetlana cruzó los durmientes siguiendo a otros recién llegados y, colándose por debajo de la barrera del paso a nivel, echó a andar por el ancho camino empedrado hacia la ciudad.

2

Resolvió no preguntar cómo ir, estaba segura de no extraviarse: mentalmente había hecho este recorrido muy a menudo, había pensado en él con frecuencia. Y de momento no era necesario.

Hacía mucho fresco, casi frío, pero la mañana temprana era clara y sin viento y se sentía que el día sería templado y tal vez caluroso. Svetlana pensó que quizá desde la guerra, hacía ya cinco años, no veía una mañana tan temprana y clara. No se podía pensar en una mañana más maravillosa: era precisamente tal como soñara cuando se imaginaba su llegada a esta ciudad.

¡Esta ciudad! Si hubieran preguntado a Svetlana cuándo oyó hablar por primera vez de ella seguramente no habría podido recordarlo. Ahora le parecía ya que la había conocido siempre, que la había amado siempre, como había amado siempre, toda su vida, a Serguéi Petróvich Platónov, médico militar de segunda clase. Cuando ella intentaba recordarlo todo seguido —cómo se encontraron y cómo nacieron sus amores— empezaba simplemente a reconstituir en la memoria todo el cuadro de su vida en la guerra, esta vida ahora en su mente era ya inseparable desde el comienzo de su amor. Y su propia vida consciente, bien mirado, comenzó a partir de la guerra. Antes hubo sólo la infancia en la barriada de Rogózhskaya, la escuela de diez grados, la vieja casa de madera donde vivían todavía el abuelo y la abuela, el club de la fábrica "Hoz y martillo" donde ella tomaba parte en el círculo artístico de aficionados, y los viajes a Tsarítsino para veranear en casa de una tía. Eso era todo, quizá.

La vida comenzó a partir de la guerra, con los cursillos de enfermeras, con la salida para el Frente del Noroeste donde inmediatamente encontró a Serguéi Platónov. Por lo tanto, la vida comenzó por su amor a él y por el amor de él a ella, por sus amores.

Recordaba la partida de Moscú, el enmascaramiento de luces en el andén de la estación de ferrocarril Oktiabrski, la madre y el padre, desconcertados y lastimeros, repitiendo palabras sin sentido de que seguramente podría quedarse en Moscú, que también en Moscú hacían falta enfermeras. Recordaba lo divertido que lo pasaron en el vagón a oscuras y bien caliente, lo simpáticos y bondadosos que les parecieron a ella y a sus amiguitas los jóvenes tenientes del compartimiento vecino que obsequiaron de buen grado a las "hermanitas" con agua hirviendo y cacao concentrado, unos cubitos de chocolate riquísimos. Durante todo el viaje fueron hablando de bombardeos y los esperaban, pero no sucedió nada y llegaron sanos y salvos con las muchachas hasta Valdái, donde se hallaba el Estado Mayor del Frente. Y luego hubo un día muy hermoso, de sol y helada, y la carretera de nieve aplanada por las ruedas, con reguladoras del tráfico en pellizas, una carretera por la que tardó un día entero en llegar en autos de paso al lugar de su destino, a su división. Y tardó un día entero porque la división se encontraba en tres aldeas y cada quién le explicaba de un modo distinto en cuál de ellas estaba el batallón de sanidad. ¿Sería posible que aquel resonante día de febrero de 1942 ella no conociera aún a Serguéi, que aún no lo amara? ¡No podía ser! Simplemente, no sabía su nombre ni lo conocía personalmente, pero ya lo amaba. Y por eso precisamente le era fácil y alegre vivir en el mundo, no la fatigaban las búsquedas del batallón de sanidad ni sentía el frío. Y cuando se presentó por primera vez a él y éste, echando un vistazo a sus papeles, dijo cariñosamente con su profunda voz acampanada: "Muy bien, ¡bienvenida, Svetlana Andréevna Záitseva!", ella, sin comprenderlo todavía, ya lo amaba, ¡claro que lo amaba!

La división estaba descansando y nada de aquello se parecía a la guerra tal como se la imaginaba Svetlana. Vivían en casas calientes y limpias, con macetas de ficus y geranios, había mucho tiempo libre y a veces hasta se aburrían de la inactividad. Por otra parte, en su sector del frente la situación parecía tan estable que los artilleros, a cuyo regimiento, que estaba en el campo, mandó una vez Platónov a Svetlana, se habían construido excelentes blindajes y chabolas, y toda su villa parecía tan segura y acomodada que era imposible imaginarse que todo aquello pudiera ser destruido por un solo bombardeo.

Pero luego comenzaron los tenaces combates en el sector de la aldea Sujaya Niva, combates en los que a cada paso se dejaba sentir la escasez de municiones, la escasez de aviación y de tanques, combates en los que la división perdió casi la mitad de su personal y no pudo hacer que el enemigo retrocediera ni un paso.

La división salió de los combates malherida, extenuada, muerta de frío y de hambre. Se encontraban en Gradobit, una aldea perdida en el bosque, lejos de las carreteras, comenzaba el deshielo de primavera y durante largo tiempo no llegaba el suministro de víveres. La gente andaba quemada, negrecida, deprimida, se sentía culpable y abandonada. Humedad, olor a estadizo, frío y ni un rayo de luz en la naturaleza y en el alma. ¿Habría podido Svetlana sobrevivir a todo esto, animando y alentando a sus compañeros y a los heridos, si no hubiera tenido entonces en el corazón la energía maravillosa y ardiente de su amor a Serguéi?

Ella lo amó siempre, siempre, desde el comienzo mismo; no se recordaba ya sin este amor; esperaba solamente a que él por fin se diera cuenta y lo comprendiera, esperaba tranquila y pacientemente con absoluta seguridad de que eso sucedería sin falta y sería una auténtica felicidad. Tenía veinte años, era alegre y linda, no había amado nunca hasta entonces ¿y podía pensar que en la vida suele ocurrir de otra manera? Y cuando por fin sucedió —él reparó en ella, comprendió, aceptó su amor y se enamoró también locamente de ella— fue una verdadera felicidad que no podían, no sabían y no querían ocultar. Se enamoraron y empezaron a hacer vida marital, y eso no sorprendió a nadie, aunque el médico militar Platónov rayaba ya en los cuarenta y tenía familia en la retaguardia.

Svetlana conocía esta familia mejor y con mayores detalles que todos los demás, él se lo había contado todo: le había hablado de su mujer, de su vida, del hijito, de lo gordito y cómico que había

sido hasta los tres años, pero luego enfermó de escarlatina y creció de pronto haciéndose un hombre. Le enseñaba sus fotografías, le leía sus cartas y lo hacía con tanta sencillez y naturalidad que Svetlana, a quien todos los actos de él le parecían los únicos correctos –porque era mucho mayor y mucho más inteligente– terminó por acostumbrarse y creía que no había nada complicado ni extraño en sus relaciones, que todo era muy sencillo y natural: antes, en su otra vida anterior, él había amado a su esposa Vera, pero luego la encontró a ella, a Svetlana, y ahora, por supuesto, la amaba a ella. Y lo mismo de natural era que él pensara en la familia, que se inquietara y preocupara por ella. ¿Es que podía obrar de otra manera siendo como era un hombre bueno y honrado? Involuntariamente ella asumió una parte de estos desvelos: le ayudaba a hacer los paquetes para enviarlos a la familia, cuidaba de que por su mala costumbre no llevara en el bolsillo del capote las cartas cerradas y las entregara inmediatamente al cartero. Era la vida de él, y Svetlana amaba esta vida y participaba en ella con todo su amor. Nunca apalabraban nada del porvenir, pero, lo mismo que al comienzo Svetlana no dudaba de que Serguéi correspondería a su amor, también luego estaba completamente segura de que siempre vivirían juntos, siempre serían igual de felices que ahora, Serguéi siempre la amaría como ella lo amaba a él y jamás podría ya vivir sin ella, lo mismo que ella ya no se imaginaba su vida en el mundo sin él, sin su amor. En el amor de Svetlana no había zozobras ni temores. Jamás se le ocurría que él pudiera ofenderla o engañarla, no le venía a las mientes nada semejante y por eso este amor era integral, sano, no conocía las desgarraduras. Ella sólo tenía una constante inquietud, una amenaza permanente: la guerra. Que la guerra no los tocara con sus balas, morteros y bombas, que él viviera porque si él vivía sus amores serían felices e infinitos.

Y como él siempre decía que, después de la guerra, volvería a su ciudad natal, ella asociaba su porvenir solamente con esta ciudad y le interesaba conocerla lo más que pudiera, imaginársela lo mejor posible. Y él contaba de buena gana a esta moscovita que había vivido sus veinte años en una calle vieja de un bullicioso arrabal fabril de la capital, cómo era la pequeña villa distrital casi fusionada con los koljoses que la rodeaban. Le hablaba del pasado olvidado de su ciudad, de los acaudalados comerciantes, sus antiguos dueños, de todas las celebridades y tipos raros de la ciudad, de los mercados de los domingos con sus ciegos y gitanos, del bandolero Tiapka que viviera antaño en el monte del mismo nombre, de los dos enormes sovjoses situados fuera de la ciudad, especializados en el cultivo de frutas y bayas, donde crecían cuarenta variedades de manzanas y de que la guerra había interrumpido la construcción de la Casa de la Cultura y de un nuevo hospital. Ella sabía que en esta ciudad había estado varias veces Turguénev e incluso había escrito un cuento sobre sus famosas ferias de caballos, que en esta ciudad había nacido y crecido el pianista Igúmnov, que un ex latifundista, el mayor propietario de tierras de la comarca, trabajaba ahora en la sección de finanzas del Comité

ejecutivo distrital y muchísimas cosas más. El le contaba que el río ahora había perdido caudal, pero que en los tiempos de su niñez era muy profundo y peligroso, recordaba las noches que se iban de pesca, la abundante caza en el otoño y soñaba con volver a pescar y cazar después de la guerra. "Para mí no hay mejor descanso en el mundo –confesaba él– y yo no quería marchar durante las vacaciones a ninguna parte. Claro que, si se va a ver, no hacía bien. Habrá que viajar para ver el país. Habrá que viajar sin falta..."

Y empezaba a recordar lo mucho que había viajado en los años estudiantiles, cómo había vivido un verano entero en el Pamir, cómo había recorrido Svanetia y el Cáucaso, había vagado por el Tian-Shan, pero no llegó al Altái. "Habrá que ir al Altái –decidía–. Al Altái y a los Cárpatos. ¡Sin falta!"

Le comunicaba sus planes, sus pensamientos sobre la medicina y la cirugía, las operaciones que podría hacer ahora cuando, ya maduro y enriquecido con la terrible e inestimable experiencia de la guerra, volviera al trabajo normal y tranquilo de la clínica, a su puesto, a su hospital, a su ciudad.

Pero ella va por esta ciudad sola, sin él. Serguéi ya no vendrá nunca aquí, la guerra no se compadeció de él, murió sin recobrar el conocimiento de una herida de metralla en la cabeza, causada el 6 de abril de 1945, en el atroz combate por Koenigsberg. Expiró en sus brazos y ella le dio sepultura, pero de todos modos no comprendió hasta el fin lo sucedido, no comprendió hasta el fin que él la había abandonado para siempre. Le parecía imposible, pues aquel día terrible no había sepultado su amor en la tierra primaveral de Prusia Oriental...

A pesar de ser tan temprano había mucha animación. A cada instante adelantaban a los peatones camiones y carros llenos de gente, mujeres la mayoría. Algunas cantaban, otras algareaban simplemente, como los pájaros por la mañana.

– Van al mercado. Son de Kuman y Dobrin... –dijo alguien de la multitud.

– "¡Natural! Hoy es domingo", recordó Svetlana. Vería en seguida este famoso mercado del que tanto había oído hablar. Había tenido suerte.

La carretera pasaba frente a casas achaparradas de piedra y de madera, frente a ventanitas llenas de exuberantes geranios en flor, frente a compactas vallas con poyos. A trechos, entre las casas, nubes rosadas de manzanos y cerezos en flor, pero –Svetlana lo comprendía– esto no era todavía la parte de los huertos de la ciudad, otrora famosa por sus manzanas. Aquí, por lo visto, vivían ferroviarios y obreros del molino. Olía a frescura de río, la carretera entró en el dique, y Svetlana con su chaquetilla se estremeció involuntariamente al ver a los pescadores empedernidos, parados descalzos en la helada agua matinal.

Tras el dique la carretera se dividía en dos. Una seguía derecho, hacia la montaña, y la otra torcía a la izquierda, bordeaba la orilla del río, hacia las casas medio ocultas en los florecientes huertos. Desde allí también carros y camiones se dirigían a la carretera

principal que llevaba a la montaña, a la ciudad, al mercado del domingo. Svetlana tomó este camino. Andaba sin apresurarse, mirando a su alrededor, deteniéndose de cuando en cuando y cambiando de mano su poco pesada maleta. "¡Ah, sí! –recordó de pronto–. ¡Este es el monte Tiapka!"

Se rió para sus adentros contenta de no haber olvidado esta tonta historia del bandolero Tiapka que vivía en una cueva de la montaña, robaba a los caminantes y una vez mató sin motivo alguno a un buen hombre y éste empezó a aparecérsele por las noches y lo atormentó tanto que el salteador Tiapka dejó de robar y se convirtió en un anacoreta que purgaba sus pecados en la misma cueva. Ella no había olvidado nada.

La carretera repechó el monte y desembocó en la plaza de la iglesia, rodeada de antiguos puestos, tenderetes y abacerías. Aquí paraban autos, carros y carretas, se apagaban los motores, eran desuncidas las bestias y la gente que llegaba al mercado se metía bulliciosamente bajo los cobertizos, acomodándose ante los mostradores de tablas.

3

El mercado se agrandaba convirtiéndose en un hervidero.

Svetlana pasaba de una ringlera a otra, la llamaban, la invitaban, la obsequiaban y ella se apartaba confusa sin saber qué podría comprar y para qué y sin comprender dónde se metería tal abundancia de manjares en una villa tan pequeña.

Mientras tanto el sol empezaba a quemar y Svetlana acabó por sentir que estaba cansada, que había dormido poco, no se había lavado, no había bebido ni comido nada y que la maleta, por liviana que fuera, le tiraba mucho de la mano. "¿Y si voy derecho allá? Es domingo, estarán todos en casa..." –pensó Svetlana, pero en el acto desistió de esta idea. No, no, primero hay que alojarse en algún sitio, lavarse y mudarse de ropa...

– Dígame, por favor, ¿hay en la ciudad algún hotel? –preguntó a una mujer joven que regateaba el precio de la crema de leche con una afable koljosiana carirredonda.

La mujer la miró sorprendida, pero la koljosiana respondió en seguida de buen grado:

– ¡Cómo no! La Casa del Koljosiano. Salga a la plaza y tome a la derecha. Está al lado justito del salón de té. ¿Seguramente viene a alguna reunión nuestra? –se interesó a su vez la campesina.

– No, yo vengo para otras cosas... –respondió vagamente Svetlana.

– ¿Viene a descansar? ¿De vacaciones? –preguntó cariñosamente otra compradora, alta mujer de edad en gabán negro de corte antiguo y mantón de seda blanco con flecos.

– ¡Sí! –se apresuró a corroborar Svetlana. Al fin y al cabo, esta versión era la que más se parecía a la verdad.

– Tiene que hospedarse en casa de alguna familia –decidió al momento la koljosiana–. ¿Para qué quiere el hotel? Tómala en tu

casa, tía Fedora –pidió inesperadamente a la compradora de edad.

Esta frunció los labios, miró de otra manera, inquisitivamente a Svetlana y no respondió en seguida, pensativa e indecisa:

– Es que no tardarán en llegar mis veraneantes... Los del año pasado... Pero puedo llevarla a casa de algún vecino...

– Anda, llévala, llévala –cotorreó la koljosiana–, mira tú, acaba de hacer un viaje y va con la maleta a cuestas por el mercado. Vaya usted con ella, buena mujer, no pase cuidado. En su barrio vive buena gente y no encontrará mejores casas: huertos y el río al lado...

– Pero si yo no estoy en contra, me alegraría –logró intercalar por fin Svetlana.

La tía Fedora volvió a mirarla inquisitivamente y, compadeciéndose, propuso a Svetlana que la aguardara, mientras ella iba por el mercado, o la acompañara. Svetlana se fue con ella temiendo perder esta esperanza de conseguir algún albergue por lo menos.

Este recorrido por el mercado fue toda una ceremonia. La tía Fedora, a quien otros vendedores conocidos –y la conocían, por lo visto, todos– llamaban más respetuosamente Fedora Pávlovna, dio dos vueltas a todos los puestos lecheros. Preguntaba el precio a cada vendedor y probaba algo. Según calculó Svetlana, no tardó en comerse no menos de doscientos gramos de requesón y de tomarse no menos de un vaso de crema. Comprar no compró nada, pero al final aconsejó a Svetlana que mercase mantequilla, y ésta accedió de buena gana confiando que eso aceleraría la vuelta por el mercado. Luego anduvieron buen rato a lo largo de los puestos de la carne donde Fedora Pávlovna escogió un trozo para la sopa de berza y propuso a Svetlana comprarlo. Svetlana lo compró inmediatamente. En los puestos de verduras fue más fácil: adquirieron dos manojos de cebolletas. Luego se acercaron a la panadería, compraron una barra de pan de centeno, pesado y húmedo. Después Fedora Pávlovna dejó a Svetlana en la esquina del mercado y marchó a buscar a una conocida; cuando Svetlana creía ya firmemente que había sido abandonada con toda perfidia y que no tenía a dónde ir, se presentó Fedora Pávlovna como si nada, y por fin echaron a andar juntas.

Desandaron el camino que ya conocía Svetlana, la misma carretera que ella recorriera por la mañana. Luego descendieron por un callejón y tomaron la orilla del río. Después volvieron a subir una cuesta y se encontraron en una callecita tranquila e intransitada, tan enjardinada y esplendente a la luz del sol primaveral que Svetlana volvió a sentirse feliz.

No se decidía a preguntar si llegarían pronto, sentía unas ganas incontenibles de dormir y entendía con dificultad lo que decía Fedora Pávlovna. Esta hablaba sin parar y decía cosas muy importantes. Le contaba detalles de los veraneantes que esperaba, explicó a Svetlana que no llegarían antes de mediados de junio porque Serguéi tenía exámenes, y concluyó con una decisión muy juiciosa: por el momento Svetlana, claro, podía hospedarse en casa de Fedora Pávlovna. Para qué seguir buscando: quien tiene

buen asiento, no haga movimiento. Svetlana compraría los productos, Fedora guisaría, la leche podrían adquirirla a una vecina y vivirían como los propios ángeles.

– Sí, sí –accedía con aire estúpido Svetlana–, bueno, gracias, sí, claro...

Llegaron a una rara construcción. No era una casa, sino sólo una parte, un trozo de la casa, con una puerta de la que pendía un candado de gran tamaño. Svetlana se habría asombrado y tratado de comprender, pero ya no tenía fuerzas.

Fedora Pávlovna sacó una llave enorme, abrió el candado y entraron en una cocina limpia y clara, bastante vacía por cierto; una puerta daba entrada a otra habitación. Allí había un ficus y una cómoda cubierta con un camino de mesa hecho a ganchillo, sobre la cómoda pendía un espejo, pero lo que ocupaba más lugar era una cama inmensa, con una pila de almohadas blancas como la nieve. Sólo al verla Svetlana comprendió las ganas que tenía de dormir. Bebió agua fría de una botija, se lavó las manos y la cara y, sin comprender nada, se derrumbó en el lecho preparado por Fedora.

4

Cuando se despertó el día estaba en su apogeo. Irrumpía por la ventana entreabierta, protegida levemente por los postigos, deslumbrante y ensordecedor, lleno de ruidos de la calle aldeana en el verano: mugidos de vacas, graznidos de gansos, trinos de pájaros, voces de rapazuelos y mujeres. Al otro lado de la puerta trajinaba despacito Fedora, se oyó rascar de fósforos, chapoteo de agua, hervor de algún puchero y chirrido de sartén. Y Svetlana volvió a sentir en su corazón una alegría apacible y tibia.

Saltó del lecho, abrió la ventana de par en par, entornando los ojos para evitar el sol, se miró en el espejo, sacó de la maleta una bata de percal y unas zapatillas y, con la toalla al hombro, salió a la cocina.

– ¿Se ha despertado? ¿Qué tal? ¿Bien? –la saludó Fedora.

– Bien, Fedora Pávlovna –asintió Svetlana–. Voy a lavarme. ¿Se puede en el río? –concluyó insegura. Creyó que Fedora trataría sin falta de disuadirla, le diría que el agua aún estaba fría, que podía resfriarse. Pero no le dijo nada de eso.

– Claro que sí –dijo Fedora–. ¡Muy bien!

Y estas palabras apoyaron la repentina decisión de Svetlana.

– Atraviese la huerta y saldrá derecho al río –le dijo como despedida Fedora.

Al salir de la casa Svetlana recordó de pronto lo rara que le había parecido por la mañana y se detuvo en el umbral mirando en torno. La primera impresión no la había engañado, frente a ella había efectivamente un trozo de la casa, una tercera parte poco más o menos. El resto no existía, sólo quedaban los cimientos donde ya crecían lampazos, ortigas y golondrineras. La huerta que descendía hacia el río también tenía un aspecto raro. Seguramente aquí existió en otros tiempos un huerto, pero ahora no

había árboles adultos y sólo unos cuantos tiernos manzanos crecían entre tocones y matas de frambuesa borde. En dos torcidos caballones crecían cebollas y zanahorias y un poco más allá habían cavado un trozo de tierra, seguramente para las patatas que no llegaron a plantar. Todo daba una impresión de abandono. Svetlana no descubrió ningún bardal que marcase la frontera de las posesiones de Fedora, y la vereda la llevó efectivamente a la orilla del río. Allí estaba atada una cabra blanca, que se volvió muy interesada a mirar a la recién llegada. Svetlana hizo un guiño a la cabra y echó a andar por la ribera, escogiendo un lugar cómodo.

Le gustó el senderuelo que iba a ras del agua: andando por él tenía la sensación de ir junto con el río, con sus fulgores y chapoteos, y sintió grandes deseos de caminar lejos, muy lejos. Pero el sol ya había doblado el cenit y declinaba hacia el ocaso, haciendo recordar que este día interminable también tendría su fin y que Svetlana aún debía hacer muchas cosas.

Pronto encontró un pequeño arenal oculto del camino por matas de mimbre y abedul y se dejó caer al suelo con el sentimiento de haber llegado por fin a la meta. "Ya ves –pensó–, aquí me tienes. Tu ciudad, el río que tanto querías. He venido y aquí estoy, veo todo esto. Y pronto veré también a los tuyos... Como tú querías, como me pediste, Serguéi..."

El nunca se lo había pedido. No había tenido tiempo de pedirle nada. Cuando ella llegó corriendo, Serguéi estaba ya sin conocimiento y murió sin recobrarlo. Pero, sin explicarse por qué, le parecía que, si hubiera podido, él le habría hecho esta petición: visitar su ciudad natal donde él había crecido, a donde había vuelto después del Instituto ya con el título de médico, ver los lugares predilectos de él, su río, a su familia... ¿Para qué? ¿Qué decir? Nunca se hacía estas preguntas, en todas sus meditaciones solía detenerse precisamente en el instante en que debía preguntarse eso. De mejor gana retornaba atrás, recordando una y otra vez, pensando en todos los detalles y pormenores del viaje previsto y sin permitirse instintivamente reflexionar en lo principal: ¿para qué hacía este viaje? El se lo había pedido, trataba ella de convencerse a sí misma; ella le había prometido cumplir esta petición y la había cumplido. ¡Pronto! ¿Qué hacía parada, por qué no se daba prisa? Tenía que lavarse bien, mudarse de ropa e ir a la ciudad, a verlos. Calle Oktiábrskaya, dieciséis...

Svetlana se desnudó y se metió en el río. Al principio el agua le pareció muy fría, pero entró más hondo y se enjabonó los brazos, el pecho y los hombros. Cuando empezó a quitarse el jabón, echándose encima generosamente almorzadas de agua, sintió de pronto calor y, atreviéndose por fin, se zambulló varias veces; salió corriendo a la orilla, sonrosada y refrescada. Cuando se dirigía a la casa, el cuerpo, frotado hasta enrojecer por la felpuda toalla, le ardía y escocía maravillosamente, sentía leve el corazón, despejada y fresca la cabeza y unas ganas terribles de comer.

En la cocina Fedora Pávlovna ya tenía puesta la mesa, olía apetitosamente y a Svetlana le pareció todo muy sabroso: la espesa

sopa de berza, la carne con patatas al horno y la leche fría. Durante la comida Svetlana contó a Fedora Pávlovna que necesitaba ver en la ciudad a unos conocidos, mejor dicho, a los parientes de un conocido. ¿A lo mejor Fedora Pávlovna conocía a Vera Fiódorovna, la esposa del doctor Platónov? Por supuesto, Fedora Pávlovna la conocía, no faltaba más, conocía a toda la ciudad. Entonces ¿tal vez conociera también al marido, el doctor Serguéi Platónov? Antes de la guerra había trabajado varios años en el hospital de la ciudad. Fedora también lo conocía, cómo no. Svetlana le contó que lo había conocido, que habían combatido juntos y ella estaba a sus órdenes. ¡Era un médico magnífico! Para Svetlana era agradable que Fedora Pávlovna lo recordara. Claro que Fedora recordaba también a su padre, el viejo doctor Piotr Petrovich. Había curado a su difunto marido, aquel sí que era un doctor magnífico de verdad, tenía fama en toda la comarca. Fedora lo recordaba muy bien, ¿y quién no lo recordaba? El hijo se destacó como médico principal ya después de morir el padre. Era también una buena persona, pero no tenía ni punto de comparación con el padre, ¡ni hablar!

Svetlana se puso a hacerle preguntas, mas Fedora, por lo visto, no sabía nada concreto de los Platónov y sólo repetía entusiasmada las mismas exclamaciones, por lo que Svetlana dio por terminado el interrogatorio: tenía que arreglarse para ir a la ciudad.

Limpió el traje y los zapatos, vistió una blusa limpia azul celeste que no se había arrugado en la maleta y, después de averiguar a Fedora cómo se iba a la calle Oktiábrskaya, púsose en camino. Fedora salió a despedirla y estuvo un rato en medio de la calle con los brazos cruzados mirando cómo se alejaba la joven.

5

Cuando Svetlana dio la vuelta a la esquina, Fedora Pávlovna entró despacio en la casa y echó el pestillo a la puerta. En la cocina, sobre la mesa, estaban apilados los cacharros sucios y Fedora echó agua caliente en una palangana. Pero no se puso a fregar; pasó de la cocina a la habitación donde poco antes se había arreglado Svetlana. Las huellas de sus preparativos saltaban a la vista: la bata pendía en una silla, en medio de la habitación estaban las zapatillas y la maleta de lado. La colcha de la cama también estaba arrugada. Fedora Pávlovna la alisó, colgó de un clavo la bata y metió las zapatillas debajo de la cama. Iba a esconder la maleta también allí, pero lo pensó y la puso sobre un taburete. La maleta tenía dos cerraduras metálicas y una de ellas estaba abierta. Fedora Pávlovna tiró de la anilla de la otra y la cerradura se abrió con un chasquido. Fedora Pávlovna entreabrió la maleta. Encima de las cosas había dos paquetes, uno grande y otro más pequeño. Fedora miró los paquetes y descubrió en el grande rosquillas y melindres y en el pequeño, caramelos y azucarillos. Debajo de los paquetes había dos vestidillos de colores, una muda interior de punto, medias y calcetines en ovillos, varios pañuelos y un frasco de esencia en elegante estuche. Y en el fondo, un

libro, unos papeles, cartas y fotografías atados y unas agendas encuadernadas en cuero. Fedora no desató nada, pero contó cuidadosamente el dinero que había en el libro: quinientos rublos, tres billetes de cien y ocho de veinticinco. Lo colocó todo cuidadosamente tal como estaba, cerró satisfecha la maleta con una cerradura y salió a fregar la vajilla.

Fedora Pávlovna Túzova era de un natural enigmático. Era enigmático ante todo para qué vivía en el mundo, qué esperaba de la vida y qué quería hacer en ella. Imposible comprenderlc.

No había nada reprobable, por supuesto, en que ella, una aldeana semianalfabeta, nacida todavía en el siglo XIX, no conociera elevadas aspiraciones ni pensara en grandes obras; personas así hay muchas en el mundo, aunque también ellas tienen sus objetivos y esperanzas. Unas viven para su familia, crían y educan a los hijos, sueñan con su porvenir consagrando todas sus energías a cumplir estos sueños y con frecuencia sin comprender ellas mismas lo íntimamente unidas que están sus pequeñas aspiraciones cotidianas con los intereses y proyectos generales del Estado. A estas personas las consideran a veces de cortos alcances, encerradas en el estrecho círculo de los intereses personales de la familia, pero es un juicio quizá injusto y limitado también a su manera, pues tales personas son la mayoría y precisamente estos patriotas inconscientes protagonizan la vida del Estado. Existen otros caracteres que, por falta de allegados y seres queridos o huérfanos de rasgos cívicos como el desvelo por los demás o el deseo abnegado de hacer su vida mejor que la propia, se limitan efectivamente al estrecho círculo de intereses de su propio bienestar y comodidad. Fedora Pávlovna no pertenecía ni a una ni a otra categoría.

Procedía de una familia campesina acomodada. Tenía varios hermanos mayores que se casaron y trajeron a la casa a sus jóvenes esposas, criadas y braceras gratuitas, y por eso la hija de los dueños no estaba recargada de trabajo doméstico. Era corpulenta y tersa, y la madre ahorraba para la dote de la hija soñando en el fondo de su alma casarla con alguien de la ciudad, con un comerciante cualquiera. El pueblo natal de Fedora se encontraba a diez kilómetros nada más de una pequeña villa de ricos comerciantes y su vida regalada, carente, como parecía desde fuera, de las diarias preocupaciones por el pan de cada día, seducía y atraía. Mucha gente se iba cada año del pueblo a la ciudad: se empleaban como obreros o dependientes de los comerciantes, en el molino o en el ferrocarril. Una tía de Fedora, hermana de su madre, estaba casada con un mozo de tren, y no pasaba apuros. El ferroviario tenía su casa con huerto en el arrabal, dos vacas, ovejas y cabras, cerdos y lechones. La tía vendía de vez en cuando en el mercado, con frecuencia llevaba sus productos –mantequilla, requesón, crema, carne de cerdo y, en el otoño, manzanas– al mercado de Moscú. Fedora se imaginaba que la familia de la tía nadaba en la abundancia.

En cierta ocasión los padres de Fedora fueron a pasar las Navidades con la hermana y se llevaron a la hija, que tenía ya die-

cinueve abriles. En casa del ferroviario celebraron las fiestas varios días, corrió el vino a ríos, hubo numerosos convidados y, entre ellos, un empleado de correos y vecino cercano; su casa –de solidos troncos estucados y tejado de plancha metálica– quedaba enfrente, con un gran huerto que descendía hasta el río. El empleado había enviudado hacía ya varios años. Se le había muerto la mujer, dejándole cuatro hijos; la casa la llevaba una sirvienta y el empleado se quejaba mucho de su amarga suerte. Bebiendo mano a mano, el padre de Fedora hizo amistad con él, se fue a casa del empleado a seguir bebiendo y desachisparse, y allí, por lo visto, conversaron de muchas cosas íntimas.

Cuando terminaron las fiestas y los huéspedes volvieron a casa, Pável Fomich durante mucho tiempo no podía olvidar a su nuevo amigo, se hacía lenguas de su inteligencia e instrucción, alababa su hacienda, su espléndida casa en la ciudad y siempre se afligía de que un hombre tan digno viviera viudo. Fedora escuchaba las peroratas del padre con la mayor indiferencia, no le interesaban ni tenían nada que ver con ella. Durante las alegres fiestas en casa de los parientes de la ciudad no había reparado en el empleado viudo, hombre de edad y poco agraciado; allí había muchos mozos y qué le importaban a ella el padre y su compañero de borrachera. Tal vez todo hubiera pasado sin novedad de no haber surgido otras circunstancias.

A Fedora, por lo visto, le llegó la edad. Lánguida e impasible por lo común, de pronto tornóse animada: se arrebolaba toda, le brillaban los ojos, hervía su sangre joven como exigiendo de todo el mundo: ¡mirad, cuánto he crecido, estoy hecha una novia! Y empezaron a fijarse en Fedora los mozos y más que nadie Kiriushka Petunin, el guapo del pueblo, de pelo rizado y blanca dentadura, acordeonista y bailador. Kiriushka era un buen mozo en todos los aspectos y muchas zagalas bebían los vientos por él, pero lo disimulaban por miedo: Kiriushka era un barrabás y un guasón, y las relaciones con él podían costar caro. Había también otro mal: la pobreza de Kiriushka. Su madre era viuda, no tenía ni vaca y, además de Kiril, había otras cinco bocas.

Es difícil decir qué sedujo al fogoso y apuesto mancebo en la formal y calmosa Fedora, pero Kiriushka no era de los tímidos y antes de que la indolente mocita se diera cuenta ya la había mareado y aturdido. Un día de tertulia salió Fedora al anochecer y tardaba bastante en volver. Una de las nueras tuvo que salir de la isba para hacer algo, pero volvió al instante y llamó despacito a la suegra. Salieron al porche y vieron que el desvergonzado Kiriushka había tumbado a Fedora al tronco de un abedul y le daba prolongados besos; la mocita sólo gemía enajenada. Sin despegar los labios, la madre cogió a la hija, callada escupió al mozo a los ojos, callada le sacudió varios guantazos a la chica y se la llevó a la casa. Al amanecer Pável Fomich enganchó el caballo y marchó a la ciudad con el pretexto de llevar algo al mercado. Volvió a los dos días achispado y contento, y dos días después se presentaron en la casa unos casamenteros de la ciudad enviados por Ilyá Kuzmich Túzov, el empleado de correos viudo. Por lo visto, los

viejos de Fedora se habían llevado un susto mayúsculo con el Kiriushka de ardientes ojos y la sangre caliente de la zagala. Bueno, si se va a ver, en lo de la sangre exageraron y se equivocaron. Fedora estaba completamente tranquila y no se podía comprender si se afligía por los besos junto al abedul, si se alegraba de casarse en la ciudad, de que iba a vivir en una casa con tejado de plancha metálica, o se iría de más buena gana a la vieja y desquiciada isba de la madre de Kiriushka. Tal vez ella misma no lo supiera. Estaba tranquila y mansa. Le daba igual.

Ilyá Kuzmich Túzov era un cuarentón, más bajo que Fedora, calvo y feo, pero se enamoró apasionada y ardientemente de su joven esposa, la cubrió de caricias y besos, la mimaba con blandos edredones. Ella estaba tranquila. Le daba todo igual. Resoplaba indiferente entre los brazos del marido y se dormía tranquilamente, dejándole a él que se afanara con su cuerpo joven, fuerte y rollizo. Con los hijos de él se portaba calmosa y tranquila, tenía limpia la casa, observaba orden en todo, como la habían enseñado el padre y la madre, pero no se molestaba ni intranquilizaba, nunca se agotaba, no ponía el alma en nada. Cuando cayó enferma la nena menor, Fedora hizo todo lo que mandó el doctor y cuando, pese a todo, la niña se murió, ella no tuvo que recriminarse nada ni lo sintió mucho.

Ni la guerra ni la revolución introdujeron ningún cambio en la vida de Fedora y por eso ella no comprendía claramente lo que había sucedido y lo que tanto indignaba y conmovía al padre y al marido. Ella estaba tranquila. Le daba igual. Dios no le había dado hijos, los del marido habían ido creciendo sin darse cuenta y abandonaron la casa; disminuyeron los cuidados. Pero poco después de que los Túzov celebraran el décimo aniversario de feliz vida matrimonial Ilyá Kuzmich empezó a sentirse indispuesto. Al principio hacía de tripas corazón, guardaba cama una semana y volvía al trabajo, hasta que enfermó de veras. Vino a verle el principal doctor de la ciudad, Piotr Petróvich Platónov –conocía hacía tiempo a Ilyá Kuzmich, había atendido a su difunta esposa–, le recetó el tratamiento y dieta, llamaba palomita a Fedora, la enseñó a cuidar del marido. Fedora lo cuidaba, no era fácil y ella se hartó; cuando vio que de todos modos sus cuidados servían de poco y el marido no mejoraba, dejó de cuidarlo. Mejor dicho, no es que dejara de cuidarlo, sino que no mostraba tanto interés, hoy hacía una cosa, mañana otra y no todo a la vez porque eso la fatigaba.

En el año veintisiete, a los quince de vivir con Fedora, Ilyá Kuzmich falleció. Fedora lloró lo necesario, enterró al marido como Dios manda, celebró las exequias y quedó sola en la casona con tejado de plancha metálica. Y así habría vivido seguramente toda su vida si no se hubiera aclarado de pronto que era bastante complicado e incómodo vivir sin Ilyá Kuzmich. En primer lugar, no había dinero, la pensión era minúscula y no tenía otras fuentes de ingreso. En segundo lugar, aparecieron muchos desvelos que no había conocido en vida del marido; por ejemplo, había que acopiar leña o carbón para el invierno y eso resultó ser muy difí-

cil, caro y complicado. Tuvo que despedir a la sirvienta y cuidar ella misma de la vaca. Eso ya no le gustó de ninguna manera a Fedora: vendió la vaca y de ese modo obtuvo algún dinerito. Así, trampeando, vivió Fedora el primer invierno de viudez, en el verano alquiló toda la casa a unos veraneantes de Moscú y en el otoño, tras haber recogido las manzanas, cerró la casa con candado, marchó a Moscú a vender las manzanas y allí se quedó.

En Moscú comenzó la segunda vida de Fedora. Sus inquilinos del verano le ayudaron a colocarse de sirvienta y así pasó el invierno. En la primavera pidió la cuenta y se volvió a su casa para alquilarla y esperar la cosecha de manzanas. Al marcharse de Moscú encontró un nuevo empleo para el otoño, en una pequeña familia sin hijos: los primeros dueños tenían una familia numerosa y daban demasiado trabajo a Fedora. Y así transcurrió desde entonces su vida: cada otoño marchaba a Moscú y se colocaba siempre en casa de nuevas personas, las cuales no sabían que en la primavera se iría sin falta. En general, gustaba mucho a los dueños: hacendosa, limpia, honrada, de edad, pero no vieja, y casi todos le tomaban afecto y pensaban que habían encontrado por fin una buena persona para toda la vida. Fedora los escuchaba dulce e impasible, no les respondía nada, pero en la primavera sin el menor motivo pedía la cuenta y, abandonando a los atónitos dueños, se volvía a su casa. Poco a poco fue forjando sus costumbres y exigencias: trataba de colocarse no en un apartamento independiente —eso era agobiador y tedioso para ella—, sino en una gran vivienda moscovita, poblada y superpoblada, donde hubiera muchos dueños y otras varias sirvientas. Pero éstas debían ser jóvenes: Fedora no podía soportar a las viejas. Las dominaba muy rápidamente, las sometía por entero a su voluntad y ellas cumplían la mayor parte de sus obligaciones, la obedecían en todo. Sabía crear astutamente la apariencia de que sin ella estaban perdidas, poco a poco las hacía reñir, después ella misma las reconciliaba, quedando como un dechado de piedad y mansedumbre. En la casa se creaba una situación sumamente tensa y Fedora era la única que, al parecer, podía arreglarlo todo y reconciliarlas a todas. Esta vida le parecía su propio elemento, le seducía este juego sutil de armoniosa composición, pero invariable por su desenlace: Fedora pedía la cuenta y se volvía a su casa. Así vivió más de diez años, más de diez difíciles años de creación —colectivización e industrialización—, tres quinquenios, hasta el comienzo de la guerra contra el fascismo.

El año cuarenta y uno, Fedora cometió una torpeza. En el invierno, contra su costumbre, anunció a la dueña que en mayo la dejaría, y ésta, que se estaba preparando para marchar a un balneario, hizo rápidamente sus cálculos, pensó que no tenía sentido dejar a Fedora durante su ausencia, le pagó la cuenta y la despidió. Ofendida, Fedora siguió viviendo aún bastante tiempo en la cocina donde tenía su baúl, comiendo a costa de las jóvenes sirvientas y poniendo como chupa de dómine a la desagradecida dueña. Así tiró hasta mediados de abril, en que se volvió a su arrabal, donde la sorprendió la guerra.

Y comenzó para Fedora una vida difícil. Aquel año no hubo veraneantes, el dinero se evaporaba y no se preveía nuevo; resultó imposible marchar en el otoño a Moscú porque no tenía permiso de residencia.

Empezó el primer invierno de la guerra, riguroso y abundante en nieves, y Fedora tuvo que hacer frente a las dificultades. No tenía leña y para no helarse comenzó a talar el huerto. Lo hacía sin compasión, sin experimentar remordimientos de conciencia. Le daba igual con tal de estar caliente en la cocina donde se había instalado. Y cuando quemó el huerto, le metió mano a la casa: arrancó el estuco y empezó a desmontar las paredes de viejos y resistentes troncos. Una parte de los troncos los quemó como leña, otra parte la cambió por harina y patatas, y así se fue manteniendo. No le daba lástima de la casa, lo único que necesitaba era calentarse si hacía frío y comer si estaba hambrienta; no sabía pensar en el porvenir.

La guerra se acercó a cuarenta kilómetros, en Elets se libraron enconados combates. Luego el frente se alejó y, mediado el tercer invierno de guerra, cuando de la casa de los Túzov quedaba aproximadamente una tercera parte —una habitación y la cocina—, Fedora cerró la puerta con el candado grande y sin ningún salvoconducto, con ayuda de un pariente que era mozo de tren, se marchó a Moscú. Había logrado su objetivo: Fedora había sobrevivido, había ido tirando a costa del huerto y de la casa, y la vida entró de nuevo en su cauce corriente.

El día de la Victoria Fedora pidió la cuenta y se volvió otra vez a su casa. Ya no tenía manzanos, pero de todos modos vivió por inercia hasta el otoño y cuando los vecinos le pidieron que se llevara consigo manzanas para venderlas en Moscú se negó categóricamente. Quisieron hacerla entrar en razón: podía ganarse algún dinero vendiendo las manzanas, pero eso a Fedora le tenía sin cuidado. "A lo mejor salgo adelante sin eso", respondía. No tenía absolutamente ningunas inclinaciones, ni codicia siquiera. Hacía exactamente lo necesario para matar el hambre. Y nada más. Le parecía insensato y le daba pereza hacer algo por encima de eso. La pereza era, por lo visto, la base de la existencia de esta naturaleza enigmática, que vivía en el mundo solamente para vivir y que no sospechaba siquiera que se puede vivir también en aras de algo relevante. La pereza y quizá también una curiosidad ociosa del todo, y por ello también insensata. Como la que le hizo abrir una maleta ajena y registrar su contenido sin ninguna mala intención.

...Satisfecha su curiosidad, Fedora Pávlovna cerró la maleta y se fue a la cocina a lavar los cacharros que habían quedado de la comida.

6

Svetlana caminaba por la ciudad donde había creído que sería siempre feliz, se dirigía a una casa desconocida, a ver a una gente desconocida, con un raro sentimiento de espera de algo muy bue-

no. ¿Cómo eran, cómo vivían Vera y Seriozha, la esposa y el hijo de él? Se había acostumbrado tanto con él a preocuparse juntos por ellos que luego pensó y se inquietó largo tiempo sin encontrar el modo de enterarse de su suerte y de ayudarles. No con dinero, claro está –ella no tenía, trabajaba de enfermera en una policlínica y su sueldo era tan pequeño que tenía que privarse de muchas cosas–, sino con palabras de apoyo y simpatía que tan necesarias suelen ser. Pero ¿conocía ella estas palabras?

Después de la muerte de Serguéi vivía como una autómata cumpliendo mecánicamente todo lo que le pedían. Cuando la licenciaron del ejército volvió a Moscú, que celebraba la victoria, a Zastava Ilichá, su barriada natal, a casa de sus padres, y se desplomó privada de la necesidad de sostenerse en pie. Los padres sabían lo de Serguéi –les había escrito Svetlana–, sabían también que había perecido. La hija les daba mucha pena, la consolaban como podían y una vez la madre, cuando estaban las dos solas y Svetlana se puso de nuevo a contarle algo de él, dijo inesperadamente: "No te aflijas, hija mía, eres joven y guapa, encontrarás tu felicidad. Gracias a Dios, no te ha quedado una criatura. Entonces sí que sería malo".

Svetlana tuvo la sensación de que la habían empujado con fuerza terrible y de este empellón todo se volcó en su interior; a partir de aquel momento pensaba continuamente por qué no le habría quedado una criatura de Serguéi. Le parecía que entonces todo sería más fácil y justo, pensaba largamente cómo habría sido esta criatura, y estas cavilaciones ocupaban en su vida casi el mismo lugar que el pensamiento de cómo habría sido todo si no hubieran matado a Serguéi. Que lo hubieran herido, aunque grave, pero que no lo hubieran matado. Ella lo habría curado y luego habrían venido aquí, a su ciudad, a su casa.

Pero ahora se dirigía allá sola. No había conseguido salvarlo y ellos no tendrían que agradecérselo. Entonces ¿para qué iba a verlos? Pero no se hacía nunca esta pregunta. Tampoco pensaba en eso. Pensaba que trataría de hablarles lo mejor y más detalladamente posible de él, les contaría cómo había vivido todos estos años y sería como si ellos mismos volvieran a verlo.

Había traído consigo los documentos, papeles y agendas de él. Les entregaría todo esto, que lo cuidasen, sería agradable para ellos. A ella le bastaban las fotos en que aparecía con él y otros recordatorios. Claro, estos papeles también tenían un gran valor para ella, mas no sería avariciosa, los repartiría con ellos. Pero hoy no había tomado nada consigo. Lo llevaría todo la próxima vez.

Subió a la ciudad, atravesó el mercado y salió a la plaza central, la misma donde al lado del salón de té estaba la Casa del Koljosiano. En la esquina de enfrente había una gran casa con columnas –el Comité ejecutivo del distrito– y de ella arrancaba la calle principal. Junto al Comité ejecutivo del distrito había un pizarrón en el que figuraban todos los koljoses de la comarca, y en las correspondientes columnas y casillas estaban escritos con

tiza los exponentes laborales de cada uno. La mayoría de las haciendas no tenían éxitos considerables.

Dos ringleras de viejos y rizosos tilos bordeaban la ancha calle principal. Svetlana pasó por la calle frente al Comité distrital del Partido, frente a la oficina de acopio de cereales y, cuando vio en la esquina un cine, dobló de la calle principal a la izquierda, como la enseñara Fedora. En el cine proyectaban la película extranjera *La catedral de Nuestra Señora de París.*

La callecita a la que había torcido estaba completamente silenciosa y desierta. En el extremo de la manzana levantaban una casa nueva, y olía maravillosamente a madera fresca. La casa estaba ya completamente terminada y ahora segurmente la remataban. En la calle junto a una ventana había dos personas: un carpintero de edad, con mandil y el lápiz tras la oreja, y una mujer de vestido azul marino con lunares. Su rostro era terso, lozano y sonrosado y llevaba recogidos en un moño los abundantes y oscuros cabellos. Varios mechones canosos contrastaban vivamente con el rostro todavía joven. La mujer, preocupada, explicaba algo encarecidamente al carpintero, pero Svetlana no oyó más que la palabra "chambranas". El carpintero respondía breve e impasible:

– Vaya lo uno por lo otro, buen ama...

– ¡Grisha! –gritó turbada la mujer al fondo de la ventana cuando Svetlana pasaba a su lado.

Por la acera se paseaba una mujer de edad con una niña pequeña en brazos. La niña tendría seguramente año y medio, era de cabellos oscuros, rolliza, de gruesas piernecitas calzadas con abigarrados botines de punto casero. La niñera o la abuela canturreaba o balbuceaba algo sin sentido, y la niña miró curiosa con sus redondos ojitos brillantes a Svetlana cuando pasaba.

Atravesando otras dos manzanas de casas, Svetlana leyó en la tablilla de una calle perpendicular el deseado nombre: "Calle Oktiábrskaya" y, cruzando al otro lado, dio con la casa número dieciséis. Por la cancela entreabierta se asomó al patio. Era ancho, crecía hierba baja, y en el fondo una mujer de edad descolgaba la ropa de una soga.

– ¿Vive aquí Platónova? ¿Vera Fiódorovna? –gritó Svetlana.

– Aquí vive –respondió de buena gana la mujer, y se volvió hacia Svetlana, que se había detenido expectante en la cancela–. Aquí, aquí, pase usted. ¡Shárik, demonio, así te parta un rayo! –le gritó a un pardo perro de corral que se había lanzado ladrando a Svetlana–. Pase usted, no le hará nada. Ladra por ladrar.

Svetlana entró en el verde patio. La mujer iba a su encuentro estrechando contra su pecho una brazada de ropa limpia.

– Siéntese un momentito –dijo señalando con la cabeza un poyo junto al porche–. Vuelvo en seguida. –Y entró en la casa.

Volvió muy pronto y explicó afablemente a Svetlana que no había nadie, que todos se habían ido, pero que seguramente no tardarían en volver, que Svetlana esperase un poco sentada.

– Vendrán pronto a tomar el té –explicó locuaz la mujer–. Ahora siempre, al volver del trabajo, se acercan a la obra, intere-

sándose cómo marcha la cosa. Y el domingo se lo pasan allí. Claro, se comprende, va a ser su casa –continuó.

La palabra "obra" la hizo recordar a Svetlana la casa nueva, el olor a madera y la mujer de mejillas sonrosadas que se inquietaba por las chambranas.

Pero la mujer que estaba a su lado ya le preguntaba si venía de lejos y, al oír que del arrabal, meneó dubitativa la cabeza:

– No sé si irán. Lo más seguro es que lo dejen para mañana. Claro, si no es nada peligroso. ¿Quién es el enfermo?

– No me ha entendido, yo no vengo de parte de ningún enfermo. Quiero ver a Vera Fiódorovna... –explicó comprendiendo Svetlana, y de pronto cayó en la cuenta que todavía no había dicho la verdad a nadie, a nadie había contado quién era, de dónde venía y para qué. Y seguramente no sería tan fácil decirlo cuando hiciera falta.

– ¡Aquí está Seriozha! –exclamó su interlocutora, y Svetlana, estremeciéndose, se volvió.

Franqueó la cancela un muchachito serio y formal, con camisa blanca y pañuelo rojo al cuello, con un espeso copete de cabellos rubios, quemados por el sol, que le caía de lado en la frente. Llevaba bajo el brazo varios gruesos libros. A Svetlana se le cortó la respiración.

– Tenéis visita, Seriozha, viene a ver a tu mamá –explicó jovialmente la mujer.

El chiquillo se detuvo desconcertado.

– Mamá no tardará en venir... –dijo inseguro y, pensándolo un poco, añadió–: ¿Por qué no pasa usted?

– No, no –se soliviantó Svetlana–, la esperaré aquí... Vengo para un asunto... No la entretendré mucho...

El chiquillo titubeó y entró en la casa.

"Ahora podíamos habernos conocido y hablar, yo se lo podía haber contado todo... –cayó en la cuenta de pronto Svetlana–. Pero ¿qué le voy a contar?" –se interrumpió inesperadamente ella misma. ¿Qué diría al chico, y cómo se lo diría, y para qué? Y, mirándolo bien, ¿para qué había venido? ¿Cómo iba a explicárselo todo a estas personas? Todas las preguntas de las que tantos años se había inhibido surgieron de repente ante ella con toda su franqueza y necesidad, surgieron como una barrera inesperada que ella había olvidado, pero que, no obstante, existía. La acometió de pronto una inquietud terrible, una confusión imposible de dominar. Se levantó de súbito y dijo precipitadamente: "Bueno, no voy a esperar, será mejor que vuelva más tarde", y se encaminó con paso rápido hacia la cancela.

En aquel momento oyó voces animadas, la cancela chirrió a su encuentro y se abrió de par en par. Entró en el patio la misma mujer de mejillas sonrosadas y vestido azul marino con lunares y detrás un hombre rechoncho de mediana edad, de la misma estatura que ella, en camisa bordada y abrochada a un lado. Conversaban animadamente, y Svetlana, que se había parado, volvió a oír la palabra "chambranas". Mientras tanto, apareció en la cancela

la niñera con la nena que tan interesada e inteligentemente había mirado a Svetlana.

– Ha hecho bien en esperar. ¡Aquí están los nuestros! –exclamó la mujer sentada en el poyo–. La están esperando, Vera Fiódorovna –explicó a la recién llegada, que se había detenido recelosa.

– Hola –dijo ésta en tono bien distinto, seco y quedo, y añadió suavemente por encima del hombro dirigiéndose al hombre que se había detenido a su lado–: Tú entra, Grisha, y pon la tetera a hervir, voy en seguida...

– No te detengas, Vera –dijo él brevemente entrando en la casa tras haber lanzado una mirada desaprobatoria a Svetlana, desconcertada del todo.

– Bien, ¿qué desea usted? –dijo diligente la mujer en cuanto se quedaron solas mirando expectante a Svetlana con sus atentos ojos claros. No, no sólo tenía algunos mechones canosos, tenía muchas canas, pero el rostro era efectivamente joven y lozano, aunque ya no tan soliviantado y animado como allá, en la otra casa... Pero la mujer aguardaba. Había que decir algo.

– ¿Es usted Vera Fiódorovna Platónova? –balbució Svetlana.

– Sí, soy yo –respondió la mujer con mayor desapego aún–. Y usted, perdone, ¿quién es?

– Yo... –Svetlana se sonrió desvalida–. Usted seguramente no me conoce... Mejor dicho, seguramente no se acuerda... Aunque puede ser...

– ¿Cómo se llama? –preguntó adusta la mujer que, por lo visto, empezaba a perder la paciencia.

– Pues yo... A usted seguramente le escribieron... Me llamo Svetlana Záitseva –se decidió por fin cobrando aliento.

La mujer la miró sin salir de su estupefacción. El nombre pronunciado con tanto esfuerzo no le decía nada.

– A mí nadie me escribió nada –dijo con aplomo–. ¿Quién debía escribirme de usted? ¿Con qué motivo?

– No es eso... Yo pensé que tal vez le había escrito... –A Svetlana se le cortó la respiración– Serguéi Petróvich...

– ¿Serguéi Petróvich? –inquirió la mujer con igual rudeza, pero al instante algo tembló en su voz y en su rostro, y una sombra pasó por sus ojos claros. Y como animada por esta confusión apenas perceptible de una mujer tan diligente y segura de sí misma, Svetlana, tragando aire, habló resuelta y apresuradamente:

– Serguéi Petróvich Platónov, médico militar de segunda clase. Yo soy la enfermera Svetlana Záitseva, hice toda la guerra a sus órdenes, en su batallón de sanidad. –Vio que la mujer palidecía, que le temblaban los labios, que en sus ojos había aparecido una expresión de miedo y eso, sin saber por qué, le daba decisión–. Estuve toda la guerra con Serguéi Petróvich. Pero lo hirieron sin mí, yo entonces estaba vendando a los heridos. Corrí inmediatamente. Estaba vivo todavía, pero sin conocimiento. Y murió en mis brazos... en mis brazos... –Alzó y extendió los brazos–. Y ya ve, he venido, he venido... Pensé que a usted le interesaría... Porque estuve toda la guerra...

– ¡Sí, sí, claro, no faltaba más! –la mujer se ahogaba de la

emoción–. No la comprendí al pronto, perdone. Vamos a la casa. Vamos, vamos –dijo resueltamente, dominándose, y tiró de Svetlana hacia el porche.

La entró en una habitación un poco oscura del empapelado de las paredes y de los pesados cortinones de las ventanas, guarnecida con muebles antiguos, la sentó agitándose demasiado y, pidiendo excusas, salió corriendo. Estuvo ausente un par de minutos, pero si en este corto tiempo logró rehacerse y dominar su emoción, Svetlana, por el contrario, volvió a desconcertarse. La conturbaba este mobiliario que seguramente se había conservado desde los tiempos de la niñez de él, los numerosos retratos y fotografías de las paredes... Aquí, entre las niñas con grandes sombreros de paja y los niños con blusitas de marinero, se hallaba el pequeño Serguéi, y Vera Fiódorovna, naturalmente, sabía donde estaba, pero Svetlana no lo sabía, y eso la turbaba y desazonaba.

Vera Fiódorovna le preguntaba ya con toda tranquilidad dónde y cuándo había conocido a su marido y asentía reposadamente al escuchar sus breves contestaciones: "En Valdái... A comienzos del cuarenta y dos..." Estaba claro que ella no había sabido nunca nada de Svetlana y no había pensado ni imaginado por un instante que las relaciones de ella con Platónov pudieran ser algo distinto a tres años de servicio en una misma unidad, en un mismo batallón.

– ¿Cómo ha venido usted a parar a nuestra ciudad? –preguntó por fin Vera Fiódorovna al enterarse de que Svetlana era moscovita.

Svetlana repitió algo de lo que había dicho a los compañeros de viaje, a la koljosiana del mercado y a Fedora. Algo vago acerca de unos conocidos y de sus vacaciones. Nunca habría creído que diría estas mismas palabras inexactas a esta mujer; cinco años se había estado preparando y juntando dinero para venir a verla y por fin había venido. Ya después de esta pregunta y de esta contestación quedó claro que no tenía nada más de qué hablar. Las dos callaron.

– Ha hecho muy bien en venir a vernos –dijo Vera Fiódorovna–. Ahora tomaremos té.

– No, gracias, no se moleste... –balbució Svetlana, pero en este momento entró Seriozha.

– Seriozha –dijo cariñosamente la madre–, aquí tienes a Svetlana Andréevna, estuvo en el frente con papá.

Seriozha extendió la mano abarquillada, miró de reojo y su rostro se tiñó de rubor moreno. Entonces Svetlana vio lo parecido que era al padre.

– ¿Verdad que se parece? –dijo Vera Fiódorovna como si repitiera su pensamiento–. También en el carácter se le parece mucho. Pero el padre era más risueño. ¿A que en el frente no se aburría y seguramente no dejaba que se aburrieran otros?

Hablaba en ese tono animoso que no compromete a nada y tras el cual es fácil ocultar cualquier sentimiento, pero Svetlana observaba con inquietud al chiquillo. Le pareció de pronto que era él quien le hacía falta, que a él podría hablarle sin cansancio del padre y de la guerra, y él la escucharía ansiosamente y le haría infinidad de preguntas. La preocupó mucho que Seriozha se fuera de pronto y, para evitarlo a toda costa, apresuróse a decir:

– Tengo allí algunas cosas... Diversas fotografías del frente... Papeles de Serguéi Petróvich... Puedo traértelo todo a ti, Seriozha. Te lo puedo enseñar o dártelo para siempre, si quieres.

El muchacho volvió a ruborizarse y, mirando a otro lado, barbotó algo ininteligible.

– ¿Qué dices, chico? Contesta claro –le animó su madre–. Seguro que será muy interesante para él y para mí también... –Pero no concluyó, atrajo su atención un balbuceo infantil al otro lado de la puerta, y en seguida entró en la habitación el hombre rechoncho de camisa bordada y abrochada a un lado, con la nena en brazos. Con los achares Svetlana los había olvidado.

– Svetlana Andréevna –dijo mientras tanto Vera Fiódorovna levantándose y tomando en brazos a la criatura–, aquí le presento a mi marido, Grigori Ivánovich, y esta es Nádenka, nuestra hijita. ¡Nádenka, nuestra hijita! –repitió con voz cantarina tirando en alto a la niña–. ¿Qué tal vuestra tetera? ¡Tengo muchísimas ganas de tomar té! ¡Vamos, pronto! Aya, ponga la mesa.

Exageraba su animación disimulando tal vez su sonrojo o quizá para distraer al hijo. O tal vez fuera siempre así.

Mientras tanto Seriozha, aprovechando el bullicio y ajetreo, salió sin ser advertido de la habitación. Svetlana sintióse de pronto muy molesta y contrariada; de súbito toda su llegada y todo lo que había dicho le pareció falso e innecesario a más no poder. Pero al mismo tiempo, sin saber por qué, la atormentaba levantarse, apartarse de todo aquello y hubo de hacer casi un esfuerzo para incorporarse de la silla.

– ¿Le pasa algo? ¿Adónde va usted? –se inquietó la dueña.

Pero Svetlana había tomado ya una decisión.

– No puedo quedarme, Vera Fiódorovna –dijo con firmeza–, me están esperando y no he avisado. Además, tengo que ir lejos.

– Lo siento mucho, de veras –dijo la otra con tanta sencillez y afecto que Svetlana creyó de pronto en su absoluta sinceridad y, como para agradecerlo, dijo sin pararse a pensar, con igual franqueza y sencillez:

– Será mejor que venga mañana, si ustedes quieren.

– ¡No faltaba más, claro que queremos! –respondió Vera Fiódorovna como hablando en nombre de toda su familia–. Venga sin falta. Yo vuelvo del hospital a las cuatro, y comemos con los chicos. El en los días de entresemana viene tarde –añadió señalando al marido–. Venga a comer con nosotros. Luego daremos un paseo. Le enseñaré nuestra ciudad, lo que ya nadie le enseñará. Lo que tanto nos gustaba a Seriozha y a mí.

Svetlana comprendió que se refería a Serguéi, a su Seriozha. La otra también lo llamaba y lo sigue llamando Seriozha, en cambio Svetlana no podía llamarlo así, tenía que decir siempre Serguéi Petróvich.

– Gracias, vendré. Me esforzaré –respondió.

Vera Fiódorovna salió a despedirla. En la calle iba oscureciendo poco a poco: aún había claridad, pero iba disminuyendo la brillantez y todo palidecía, se amortiguaba.

– Hizo bien en venir. Hizo muy bien –dijo Vera Fiódorovna cual excusando y justificando a Svetlana, y ella sintió la intensa necesidad de justificar y explicar con más firmeza su llegada.

– Si he venido ha sido por eso –dijo con intencionada displicencia–. Me han quedado esos papeles... Cartas, diversas fotografías... Pensé que les agradaría a ustedes...

– Desde luego –accedió Vera Fiódorovna.

– No las traje hoy –prosiguió Svetlana– porque no sabía si les encontraría en casa. Vine así, al azar, por eso no las tomé.

– Está claro –asintió Vera Fiódorovna.

– Mañana lo traeré todo sin falta.

– Gracias –aceptó Vera Fiódorovna.

– No me he despedido de Seriozha –recordó de pronto Svetlana.

– ¡No importa! –la tranquilizó Vera Fiódorova–. Sabe usted, está en la edad difícil. Huye de todo el mundo, yo trato de no darle importancia y no reñirle por eso. Así se le pasará más pronto. Y hago lo mismo con respecto al padre. A su padre, Serguéi Petróvich –puntualizó al comprender la mirada interrogante de Svetlana–. No quiere que se hable de él. Debe ser la susceptibilidad de sus pocos años. Y yo lo compadezco, no insisto. Cuando sea mayor él mismo se hará cargo, él mismo hablará. ¿No es verdad?

A Svetlana le pareció que la madre también le pedía a ella que se comportase igual con el chico y, sin encontrar fuerzas para responderle, le estrechó callada la mano y empujó la cancela.

– ¡Pero venga mañana! ¡La esperamos! –le gritó amistosamente en pos Vera Fiódorovna.

7

Cada cual experimenta las conmociones de la vida a su modo, y el instinto innato de autodefensa le dicta cómo hay que conducirse en la desgracia. Para Svetlana estaba clara sólo una cosa: no tenía que pensar en lo sucedido. Debía recorrer lo más pronto posible el trayecto ya conocido hasta el arrabal donde vivía Fedora Pávlovna.

Anochecía ya cuando se acercaba a la casa. La puerta de la cocina estaba abierta, Fedora se hallaba en el umbral con los brazos cruzados y sobre el tierno césped hervía un viejo y abollado samovar de cobre. El samovar le prestó un gran servicio a Svetlana: en seguida se alegró de que iban a tomar té del samovar, se puso a contar exaltada que durante el trayecto le habían entrado unas ganas terribles de té, a alabar y dar las gracias a Fedora Pávlovna y sólo de pasada, displicente y sin detalles, como si se tratara de algo poco interesante, respondió a las preguntas de Fedora de si había encontrado a quien buscaba, si estaba en casa y había cumplido todo lo que se proponía.

Estuvieron tomando té con melindres y rosquillas moscovitas hasta la medianoche, charlando por los codos. Svetlana hacía preguntas, y Fedora contestaba de muy buen grado. Contó a la huésped toda su vida: lo bien que vivía la familia del padre, la casa

tan bien puesta que tenían en la que no faltaba de nada; cómo la casaron y lo bueno y serio que era su marido, empleado de correos; dónde había vivido en Moscú. Se quejó de lo injustamente que habían procedido con su padre y sus hermanos, expropiándolos, según ella, sin ningún motivo. El promotor de todo eso –¡Fedora estaba bien enterada! –había sido un sinvergüenza, un desarrapado, Kiril Petunin. Resultó que no estaba tan sola, que tenía muchos parientes en las aldeas de la comarca, pero que no se llevaba muy bien con ellos porque ya se sabe cómo son los lugareños, siempre dispuestos a vivir a costa de otros y a aprovecharse de lo ajeno.

A las preguntas sobre la vida koljosiana respondía desdeñosamente: no existe ningún orden, no hay ningún bienestar, la hacienda es para morirse de risa, tomemos, por ejemplo, el koljós de aquí. El arrabal se encontraba ya fuera del casco de la ciudad, y parte de su población trabajaba en un pequeño koljós en el que, según Fedora, desde hacía muchos años, incluyendo los años de la guerra, las cosas iban de mal en peor.

– Desde que acabó la guerra han tenido ya cinco presidentes, ¿qué se les va a pedir? –concluyó Fedora con aviesa desesperanza.

– Pero ¿a que no es igual en todas partes? –inquirió Svetlana. Porque hay también buenos koljoses, ¿verdad que sí?

– ¡No faltaba más! –asintió Fedora. Un ejemplo era su aldea natal, no se le podía reprochar nada, allí había un buen koljós, la gente no estaba disgustada. Pero ¿por qué era? Porque tenían un presidente inteligente. Llevaba trabajando ya tantos años, puede decirse que desde el día de la fundación. Kiril Petunin era un hombre hacendoso y de carácter independiente. Cuando se fue a la guerra todo fue a maltraer, pero cuando regresó del frente, aunque le faltaba una pierna, volvió a enderezar las cosas, la gente empezó a vivir bien...

Era, por lo visto, el mismo que había expropiado al padre de Fedora, conjeturó Svetlana. Estaba claro que Fedora tenía sentimientos muy contradictorios por este hombre.

Svetlana permitió a la dueña hablar por los codos hasta que sintió que tenía unas ganas terribles de dormir y se dormiría en seguida sin pensar en nada. Habitualmente le gustaba estar tendida en el lecho antes de dormir, recordar, reflexionar en todo lo que se había acumulado en el alma durante el día, pero hoy tenía que abandonar esta costumbre, evitándola por un sentimiento de autodefensa.

8

Por la mañana Svetlana se encaminó al río y echó por la misma vereda que tanto la había atraído la víspera. Dobló a la derecha bajando al compás de las aguas y cuando en algunos lugares el río aceleraba la corriente Svetlana involuntariamente también apretaba el paso.

El arrabal terminó pronto, y la vereda seguía delante, pero ahora, a la derecha, en vez de casas y huertos, se extendía hasta el horizonte el campo inmenso: en la barbechera recientemente culti-

vada eran ya espesos los tiernos y verdes brotes de la sementera de otoño, brillantes y respirando ansiosamente, aún sin cortezuela y sin maleza crecida. El movimiento incesante del río, el susurro acariciador del agua, la algarabía del canto y gorjeo de los pájaros de mayo, el vivo zumbido, mosconeo y estridor de innumerables insectos invisibles, todo se fundía formando ese estado de la Naturaleza pleno de incesantes rumores que no se sabe por qué se llama silencio. Se diría que este silencio acunaba a Svetlana distrayéndola de todo pensamiento, y ella se entregaba de buena gana a él, sometiéndose a su formidable poder hasta que empezó a sentir que la confusión en que se encontraba desde la tarde anterior se iba calmando. No creyó en ello en seguida, se comprobó poco a poco con intermitentes roces como se comprueba con la lengua la muela que ha dolido largo rato y por fin se ha calmado, pero cuando creyó firmemente se libró con resuelto ademán del poder del silencio que acunaba el pensamiento y se internó sin vacilar en el mundo de sus meditaciones, de sus decisiones.

Era una joven sana, de síquica equilibrada y serena y sentía a ciencia cierta una cosa: para sobrevivir a lo sucedido tenía ante todo que aclarar qué había ocurrido, qué era lo que tanto la había conmovido. Y cuando esto estuviera claro para ella podría mirar adelante y ver las consecuencias que se deducían de todo lo ocurrido y la importancia que tendrían para su vida posterior; entonces, en dependencia de ello, tomaría la decisión necesaria para seguir viviendo.

Así pues, hablando en rigor, ¿qué había sucedido? Había llegado a la ciudad de Serguéi y se había presentado en su casa, en su familia, pero allí nadie la esperaba, nadie conocía su existencia... Bien, se comprendía que no la esperasen, pero que no conocieran su existencia... Esto era tal vez amargo y doloroso por lo inesperado. Nunca le había preguntado a Serguéi si le había escrito a su esposa de ella, de sus amores. ¿Para qué preguntarle? El era mucho mayor y más inteligente y sabía cómo debía comportarse: ella tenía ilimitada fe en él. No le preguntaba, pero en el fondo de su alma estaba segura de que lo había escrito todo, toda la verdad, que él no engañaría, no podría y, en general, no sabía engañar. Se había equivocado, resulta que sabía engañar. Resulta que había engañado a su mujer. Por un instante a Svetlana le costó trabajo respirar, y esto interrumpió el curso de su pensamiento. Pero, tomando aliento y aspirando profundamente el tibio y fragante aire del campo, siguió adelante con sus pensamientos.

¿Por qué él, tan recto y tan honrado siempre y con todo el mundo, en este caso, el más profundo e íntimo que requería la mayor pureza y verdad, había hecho traición y había podido mentir, largo tiempo, varios años, tres años? ¿Tal vez porque para él no fuera un asunto tan grande e importante? ¿Tal vez para él no fuera lo que para ella? ¿Tal vez para él no fuera un gran amor, sino un desliz del frente, un amorío, un devaneo? ¡No era cierto! Svetlana se interrumpió airada. ¡Cómo había podido ella pensar ni por un instante tal cosa? ¡Cómo se había atrevido? ¡Cómo no le daba vergüenza?

Un desliz corriente en el frente... Relaciones corrientes en el frente... Al volver de la guerra ella había oído estas palabras con harta frecuencia. Las utilizaban fácilmente en la conversación sus compañeras de trabajo en la policlínica, enfermeras que en su mayoría habían estado toda la guerra en el frente. Las utilizaban sus conocidos, familiares y vecinos, discutiendo las infidelidades conyugales de los años de la guerra que no siempre terminaban abandonando la familia por el nuevo amor. Svetlana escuchaba estas palabras, ofensivas en el fondo, pero que, sin explicarse por qué, nunca la ofendían ni la molestaban. Simplemente no la afectaban, simplemente no tenían nada que ver con ella ni con Serguéi. Estas palabras habituales no la indignaban, y no pronunciaba iracundas incriminaciones que negasen la misma posibilidad de la existencia de tales relaciones. Deslices, relaciones inevitables en el frente... ¿Acaso no los hubo? ¡Claro que los hubo! Pero lo que hubo entre ellos, lo que se convirtió en lo esencial de toda la vida de Svetlana estaba tan lejos y tan alto de eso que no podían ofenderla las menciones desdeñosas de estos otros destinos insustanciales y no interesantes. Entonces, ¡cómo se había atrevido ella misma a poner de pronto en duda su propio destino, su amor, el amor de él que tanta dicha y energías le había dado?

No era cierto, él la amaba honesta y apasionadamente, con toda su alma fuerte y noble, y si su esposa no conocía este amor, ¿por qué había que calificarlo de mentira? ¿Acaso él había mentido? ¡Nada de eso! Nunca había mentido a nadie, simplemente no se lo había dicho, más exacto, no se lo había escrito a su esposa. ¿Por qué? No podía, no quería, no lo estimó necesario. El estaba en la guerra, podían matarlo cada día, y su esposa vivía en constante zozobra por él, por su vida. Lo pensó y no encontró posible echarle encima además la noticia de su nuevo amor, de su traición. Sí, sí, sí, era una traición lo que se convirtió en la vida de Svetlana, en la felicidad de Svetlana, era una traición a algo y a alguien, a una gran parte de su vida. Era una pena terrible y un tormento para alguien. ¡Santo Dios, qué espantoso! Solamente ella, una jovencita boba, deslumbrada por la felicidad que tan inesperada y generosamente le había tocado, podía pensar que todo esto era muy sencillo y natural: había amado a su esposa, pero ahora la amaba a ella. ¿Qué tenía eso de particular? A ella no la atormentaba nada, ni se paraba a pensar que su gran felicidad era una gran pena para otra persona, para otra vida. Ciega, torpe, de cortos alcances, nunca se había parado a pensar en eso. Pero él sí pensaba, recordaba, se inquietaba, se atormentaba incluso seguramente... Se atormentaba y ella ni lo sospechaba. ¡Oh, Dios mío! Otra vez le faltaba el aliento... Y él había decidido, mientras fuera posible, por el momento no permitir que sus amores, la felicidad de ellos dos, se convirtiera en pena y tormento para otra persona. Lo decidió así y no lo permitió. Le alcanzó para ello su gran y honrado corazón, energía espiritual, nobleza e inteligencia, aunque le era muy difícil. ¡Y eso mostraba qué clase de hombre era!...

Sintió deseos de sollozar, de librarse del nudo que se le había

atravesado en la garganta, pero no lo consiguió. Se le escapó sólo un gemido breve, seco, que se quebró inmediatamente. Tragó saliva, y el nudo, al parecer, disminuyó.

Por consiguiente, no debía atormentarla ni ofenderla la circunstancia de que la esposa de Serguéi no supiera nada de Svetlana. El lo había decidido así y había obrado correcta, noble y humanitariamente. También en este caso había sido más inteligente, fuerte y elevado que ella. Por eso se le podía sólo amar aún más fuertemente, si cabía, y no tenía que sufrir ni atormentarse. Asunto concluido. ¡Está claro! Sigamos adelante.

Si era completamente natural que no la esperasen y que no supieran nada de ella, ¿qué tenía de sorprendente que al principio la recibieran con cierta perplejidad, que se desconcertaran ante ella sin comprender del todo para qué había venido, y que no hubieran sabido disimularlo? Eso no tenía nada de particular, no había nada ofensivo y malo y eso tampoco debía apenarla en absoluto. Ella misma, seguramente, en lugar de Vera Fiódorovna se habría portado igual. En todas las circunstancias. Porque ella no las había recordado todas. Había, además, aquel hombre de la camisa bordada y aquella nena. Grigori Ivánovich y Nadia. Una nueva familia, una nueva vida... Aún no había pensado en esto. Resulta que es posible, al perder al ser amado, al perder la felicidad, enamorarse de otro y seguir viviendo con otro. Y ser feliz... ¿Acaso es eso posible? Esta mujer, que era unos quince años mayor que ella, lo había conseguido y seguramente era feliz. Qué aspecto tan animado y conmovido tenía junto a la casa nueva, al pie de la ventana, cuando se preocupaba por las chambranas. ¿Cómo hay que ver esta circunstancia? ¿Qué importancia tiene? ¿Hay que censurar a esta mujer? ¿Por qué? ¿Porque, después de perder al marido no se había muerto de pena y no había renunciado a otra vida, a otro amor? Pero también Serguéi se había enamorado de Svetlana y habría abandonado a esta mujer si hubiera quedado vivo. Cierto, ella no lo sabe, pero Svetlana sí lo sabe, por lo tanto no se atreverá a censurarla. También Serguéi, seguramente, se habría alegrado de que su mujer hubiera arreglado su vida, de que su hijo Seriozha tuviera padre... ¡Seriozha!... No había pensado todavía en él. Pensará luego. Ahora, adelante.

Por consiguiente, las nuevas circunstancias de la vida de Vera Fiódorovna tampoco debían apenar u ofender a Svetlana. A Vera Fiódorovna, por lo visto, la conturbó ayer tener que presentar a Svetlana a su nuevo marido. Seguramente fue molesto para ella, y ésa era otra explicación de por qué no había sido en seguida natural y afable. Svetlana no tenía en absoluto por qué apenarse y sufrir. No tenía absolutamente ningún motivo. Entonces, ¿por qué se atormentaba de aquella manera? ¿Por qué se le hacía tan cuesta arriba, tan torturante, todo lo sucedido?

Evidentemente sólo porque nada había salido como ella se lo imaginara, como ella lo inventara durante varios años. Porque ella lo había inventado todo partiendo de premisas erróneas, de nociones erróneas e irreales. Porque en la vida no hay que inventar nada y no se puede inventar nada: hay que abarcar, tener en cuenta y

comprender demasiadas cosas, y eso era lo que ella no había sabido hacer. Había pensado sólo en sí misma olvidando por completo la vida, el destino y las circunstancias de la vida de otras personas, sus caracteres y aspiraciones. Y nadie más que ella tenía la culpa. Todo era bien sencillo: se había equivocado imaginándolo y calculándolo todo erróneamente, y nadie tenía la culpa de que hubiera edificado sus castillos sobre estos cálculos erróneos.

Así pues, ¿con qué contaba ella, qué esperaba? Y de pronto a Svetlana le pareció que esperaba simplemente encontrarse de nuevo con Serguéi aquí, en su ciudad, en su casa. Esta suposición brotó de repente como una chispa en sus pensamientos y como una chispa desapareció, se apagó, y Svetlana simuló no haberla advertido. No, no, había pensado simplemente que iba a ver a unas personas que, lo mismo que ella, vivían pensando en él y con amor a él, que unirían estos pensamientos y amor, y a todos ellos les sería más fácil vivir. ¿Era así como pensaba ella? Probablemente. Y cayó en la cuenta de que ya no podría reconstituir todo el cuadro que ella se había imaginado, ya no podría percatarse hasta el fin de lo qué ella esperaba de su llegada aquí, de lo qué había hecho tan seductora y deseada para ella esta llegada. En todo caso, no había sucedido nada de lo que esperaba. Entonces, ¿que había sucedido?

Había sucedido que en la vida todo era más sencillo, humano y corriente de lo que se figuraba. La vida de estas personas, que, naturalmente, amaban y recordaban a Serguéi, había avanzado ya mucho, tenían ya mucho de nuevo que había que cuidar y amar, y ella era la única que no tenía nada de nuevo. Pero tampoco quería ni necesitaba nada nuevo; seguramente no habría podido dar entrada en su alma, en su vida a un nuevo amor, a otro hombre. Su alma estaba tan llena que tal vez no habría tenido cabida ni le habrían alcanzado las fuerzas. Ella no tenía otra cosa en la vida, entonces ¿por qué atormentarse y sufrir? ¿O quizá fuera precisamente por eso, porque a ella le había alcanzado solamente para un amor y para un hombre, y había resultado más débil que esta mujer, su esposa, a la que le habían alcanzado las fuerzas para una nueva vida, para un nuevo amor? ¿No era más fuerte que Svetlana porque había sido su mujer largo tiempo, muchos años, toda la vida y había sabido aprender más de él, tomar más de él que Svetlana en los tres años que estuvieron juntos? ¡Estuvieron juntos! Ella misma empleaba esta rara expresión sin atreverse siquiera en sus pensamientos a decir que era su esposa. Y desde luego Serguéi seguramente le habría dicho al ver cómo vivía sin él: "Pero, ¿qué haces, chica? No te sale nada a derechas. Vivir así es un aburrimiento. El amor no concluye, no se detiene, no muere. Vive siempre en la persona, avanza siempre con ella y la impulsa siempre mientras viva con la gente porque el amor es vida". ¿Qué le respondería si le dijera eso? Le respondería que en ella nada había concluido ni muerto, porque lo ama, lo ama. El no puede, no debe, no se atreverá a reprocharle, no hay por qué reprocharle, no ha hecho nada malo ni tiene la culpa de nada. Se había equivocado imaginándose que este viaje le depararía cierta alegría, pero nada había que-

brantado su amor; al contrario, será más fuerte por lo que ha conocido de su amado, de su cuidado por no hacer sufrir más a su esposa, a esta mujer buena, fuerte y seductora. Y todo había quedado tal como él quería, como estimaba necesario. Su esposa no se había enterado de nada ni había comprendido nada. Bien, había venido a la ciudad una compañera del regimiento del doctor Platónov, había visitado a su familia, ¿qué tenía de particular? Nada en absoluto. La esposa se había sorprendido y turbado y, naturalmente, se había emocionado, pero eso tampoco tenía nada de particular. Por consiguiente, no había que atormentarse, no era un error terrible ni fatal. Pero estaba claro que no había que volver allí. Y Svetlana se sintió de pronto muy sosegada y tranquila de esta claridad repentinamente adquirida.

Por lo visto, se había alejado ya mucho del arrabal. A su alrededor todo era dorado, verde y azul. El río destellaba y rumoreaba acariciador. Svetlana se acercó al agua y se sentó en la arena limpia y caliente, acariciando con los dedos la onda apenas perceptible del río.

Se había equivocado, y menos mal que esta equivocación se había descubierto pronto. No volvería a repetirla, no volvería allá, no tendría sentido, resultaría falso y forzado sin remedio. Porque no iba a contarle a Vera Fiódorovna toda la verdad, y sin la verdad de qué podían hablar. No volvería a ir por allí. Pero entonces, ¿qué iba a hacer en esta ciudad? La había visto y ahora quizá no tuviera nada que hacer aquí y simplemente se marcharía. Era todo. No, al parecer aún no era todo, parece que había aún algo en lo que no había pensado. ¡Ah, sí, Seriozha!

¿Qué pasaba con Seriozha? Tenía una buena madre, su familia, el pañuelo de pionero y gruesos libros. Seguramente pensaba a menudo en el padre muerto, y sus pensamientos tal vez fueran mayores y mejores de lo que ella podía contarle. No volvería nunca allá. Se iría de esta ciudad. Se iría hoy mismo. El tren pasaba por la tarde, le daría tiempo, podía incluso no apresurarse. ¡Qué espléndido día de mayo! ¡Y qué río más maravilloso!

9

Ni se tomó la molestia de inventar para Fedora una explicación más o menos verosímil de tan inesperada partida. Simplemente pasó todo el día en el río y cuando volvió le quedaba el tiempo justito y armó la de Dios es Cristo sin dar lugar ya a explicaciones. Pero Fedora no se desconcertó y ni siquiera se sorprendió mucho: no le gustaba derrochar tales sentimientos. Pese a todo tuvo tiempo de servir la comida a Svetlana y se negó categóricamente a hacer cuentas: había vivido dos días, aquello no era dinero. Pero no se opuso a que Svetlana le dejase sus provisiones: los melindres, las rosquillas, el azúcar y los caramelos, apuntó la dirección de Svetlana en Moscú y prometió visitarla en el otoño y llevarle manzanas. En el último momento se puso inesperadamente su gabán pasado de moda con forro color lila y dijo que iba a despedirla. Podía ocurrir cualquier cosa, que no le vendieran

billete, por ejemplo; Fedora tenía conocidos en la estación y lo arreglarían. Es cierto que ahora no debía haber dificultades con los billetes, todavía no era la temporada, pero en el otoño, cuando marchan los estudiantes y los veraneantes de Elets, Zadonsk y Rozhdestvó hay que ver la que se arma en la estación.

Svetlana casi no atendía su cháchara, se despedía de la ciudad, se despedía del río, que seguía discurriendo tan apacible y rumoroso, se despedía del aire de campo, tranquilo y tibio, de esta ciudad, y le parecía que había vivido aquí mucho tiempo, una vida entera, o en todo caso, varios años muy importantes durante los cuales su alma se había hecho mucho mayor.

Fedora tenía razón, en la estación todo estaba tranquilo, había poca gente junto a la taquilla, y el jefe de estación dijo que no tenían que preocuparse, que se iría. El único inconveniente es que podía no haber literas, pero para una sola noche no hacía falta.

Svetlana dejó a Fedora con la maleta en la cola de la taquilla, se acercó a la ventanilla de la estafeta de correos, compró una postal y se sentó ante una mesa de tablas, renegrida por el tiempo, llena de manchas de tinta y goterones de cola. Mirando ora la pluma, ora el pote de la cola, ora el pisapapeles de madera sin el secante, Svetlana cavilaba cómo dirigirse a Vera Fiódorovna: "querida", "estimada" o "amable". Mojó varias veces la pluma en la tinta viscosa hasta que por fin escribió en la postal con su trazo claro y redondeado: "Querida Vera Fiódorovna". Así es más cariñoso, resolvió Svetlana, para que no crea que me he ofendido y, en general, para que no crea nada.

"Querida Vera Fiódorovna –escribió–. Mi situación ha cambiado de repente, y debo volver hoy a Moscú. Siento mucho no haber podido ir a visitarla otra vez y pasear con usted por su encantadora ciudad. Me alegro de haberla conocido, Serguéi Petróvich me habló mucho de usted, y todos nosotros lo queríamos y respetábamos mucho. Transmita mis saludos a Seriozha, Nadia y Grigori Ivánovich. Le deseo todo lo mejor. *Svetlana Záitseva.*"

Agitó la postal en el aire para que se secara más pronto la tinta, escribió después la conocida dirección: "Calle Oktiábrskaya, 16" y bajo la línea "Dirección del remitente" puso claramente sus señas de Moscú. Ahora, si querían, la encontrarían.

No escribió nada de los papeles de Serguéi: por lo visto, no les interesaban y le daba pena desprenderse de ellos. Eran ya su patrimonio exclusivo. Echó la postal al buzón de correos y volvió a donde Fedora en el momento oportuno cuando ya abrían la taquilla.

10

Vera Fiódorovna Platónova durmió mal la noche pasada. La inesperada visita, la desconocida joven ex combatiente la había sobresaltado. Había algo impreciso y oculto en su repentina visita. A Vera Fiódorovna la inquietaba también el no haberse dominado en seguida, no había sabido disimular su estupor y –con su máxima franqueza, no sabiendo falsear ni fingir– se había sentido su-

mamente molesta y conturbada, lo que le había impedido recibir a la joven afablemente, atenderla y acariciarla. A aquella joven la había llevado hasta allí un único sentimiento muy natural y bondadoso, eso lo comprendía Vera Fiódorovna repasando una y otra vez en la memoria todo su encuentro.

Yacía largo rato sin conciliar el sueño y, como suele ocurrir en tales casos, recordó y repensó mucho tornando cada vez a la visita de hoy. ¿Quién era aquella joven y qué la unía a su difunto marido Serguéi? Una enfermera que había hecho toda la guerra a las órdenes de él. A Vera Fiódorovna le gustaba creer a la gente y por qué razón, a decir verdad, había que dudar de las palabras de la joven. Era tan natural que al llegar a esta ciudad que Serguéi –¡cómo no, con lo enamorado que estaba de la villa!– recordaba y de la que hablaba a menudo, la joven hubiera decidido visitar a la familia de su jefe caído. Eso conmovía y no tenía nada de extraño que una muchacha tan joven no se hubiera parado a pensar si valía la pena hacerlo, no hubiera temido soliviantar y sobresaltar a la gente. Cómo iba a saber esta jovencita la tempestad que levantaba en el alma de la esposa cualquier mención del pasado, lo mucho que hubo de esforzarse y vencer para sobreponerse a su pena y adaptarse a la vida sin el marido. ¡Sin un marido como aquél!

Qué raro que esta vez se lo recordara esta diminuta enfermera rubia. Seguramente allá, en la guerra, estuviera entusiasmada con Serguéi, como, por cierto, todos y en todas partes; tal vez incluso estuviera un poquitín enamorada de él, como muchas enfermeras que trabajaban a su lado, ¿y qué? ¿Por qué sospechar de ella algo más serio? Era una jovencita simpática corriente y entonces, cinco años atrás, sería casi una niña, una de tantas. No, una chica así no podía gustarle a Serguéi con su inteligencia, su prestancia, su traza y, por último, sus demandas espirituales.

Ahuyentó los pensamientos celosos molesta de que, a pesar de todo, estuvieran presentes en sus reflexiones, mezclándose involuntariamente con la sensación casi física de dolor que la invadía cada vez que algo la hacía tornar a su pena sufrida. Le parecía indigno y vergonzoso que se avecindase sin contemplaciones con este dolor permanente suyo, con esta inmensa pena suya algo mezquino y oprobioso, los celos, por otra parte inmotivados, si se exceptúa la suspicacia habitual en la mujer. ¿Cómo podía rebajarse tanto y qué derecho tenía a estos celos tardíos, a posteriori, ella, la esposa de Grigori Ivánovich, quien dormía ahora tranquilamente en esta misma alcoba?

A Grigori Ivánovich lo conoció en el hospital –en los años de la guerra el hospital donde ella trabajaba fue convertido en hospital de sangre–, en el verano del año cuarenta y cuatro. Tenía una herida grave, no peligrosa, pero que tardaba mucho en cicatrizar y requería cuidados y un prolongado tratamiento. Vivió en el hospital medio año. En este tiempo se amistaron mucho, él la visitaba en casa, se ocupaba de Seriozha, estaba al corriente de la constante inquietud de Vera por su marido, y ella se acostumbró a su compasiva atención y al deseo natural de ayudarla, de aliviar

su difícil vida de mujer que trabajaba mucho. El vivía solo, la esposa lo había dejado poco antes de la guerra llevándose a su hijita de dos años y dejándolo presa de tales sentimientos, sumido en tal desconcierto que, como él mismo confesaba con amarga sonrisa, la guerra vino para él muy a propósito. Pero, no obstante, pensaba en su familia y confiaba por lo visto en que la vida no los hubiera separado del todo, que aún podrían encontrarse y arreglarlo todo. Después de reponerse, le dieron un corto permiso y marchó a su tierra natal, el Cáucaso del Norte, donde antes de la guerra había trabajado de agrónomo en una hacienda del Estado, y pronto envió a Vera Fiódorovna una amarga carta en la que decía que había encontrado bien a los suyos, pero que su hija llamaba padre a otro hombre, de modo que, por lo visto, no tenía nada que hacer en su tierra. Terminó la guerra en la retaguardia del ejército, trabajando en un Estado Mayor. Se escribían de tarde en tarde, y Vera Fiódorovna le refirió su pena que coincidió con la victoria, eclipsándole para siempre aquellos días inolvidables. No se sabe por qué durante mucho tiempo no respondió a la carta, pero en el otoño se presentó de pronto en la ciudad y se colocó en una hacienda del Estado. Renunció a la habitación que le correspondía en el lugar de trabajo y vivía en la ciudad, no lejos de ella, pasaba cada tarde y cada domingo en casa de Vera Fiódorovna. La fue habituando a su persona, a su proximidad, a sus ternezas y atenciones tan seguro, con tanta tranquilidad y buen juicio que ella no tardó en someterse y se sentía a su lado más joven, más débil y desvalida, y a él lo consideraba como firme puntal y amparo en la vida. Y esa es la mejor base para las relaciones entre un hombre y una mujer.

Ella nunca lo comparaba con su difunto marido; aquél era único en el mundo, y nadie podía compararse con él, pero ya no existía para nadie en la Tierra. Y Grigori Ivánovich era una buena persona, un agrónomo capaz, bastante inteligente... La vida de Vera Fiódorovna transcurría sin contratiempos y favorablemente, no había en ella vacíos ni soledad, tenía una profesión que amaba, tenía una familia. ¿Para qué había irrumpido esta joven extraña en su vida y despertado lo que la propia vida había conseguido adormecer y amortiguar? Qué crueles son a veces las personas extrañas e indiferentes con sus manifestaciones exteriores de atención. Y además estaba Seriozha. Se encontraba ahora en un difícil período de crecimiento, se había hecho huraño e irritable y a veces dejaba perplejo incluso a Grigori Ivánovich, que sabía llevarlo de la rienda. Pero esta joven tenía unas cartas y fotos... Todo eso podía sobresaltarlo y conmoverlo. ¿Y para qué?

De todos modos, ella era una mujer terriblemente torpe, desmañada y aturdida. ¿Por qué no había podido dominarse en seguida y recibir a esta joven más sencilla y cariñosamente? Al final empezó a conseguirlo, pero la joven se apresuró de pronto y ella no supo retenerla. Y, a decir verdad, se alegró de que se marchara, tenía que poner en orden sus sobresaltados pensamientos y sentimientos. En cambio hoy estará en forma y arreglará la situación. Pero no hay que permitir que se llegue a los relatos y recuerdos,

eso puede volver a sacarla de sus casillas. Hay que llevarla a pasear, tomar consigo a los hijos para que distraigan, hay que hablar más de cosas intrascendentes. Posiblemente valga la pena incluso ir con ella al cine. Es una lástima, Grigori no estará, tiene una reunión después del trabajo. Por otra parte, quizá sea mejor: en esta situación seguramente la cohibiría.

Pasó mal la noche, casi no durmió, pero el trabajo la concentró y tranquilizó. La jornada no fue difícil, no hubo operaciones y volvió a casa lista para el encuentro.

Estuvo esperando largo tiempo con los chicos a Svetlana para comer, pero ésta no llegaba, y Vera Fiódorovna acabó por inquietarse. A las seis de la tarde se presentó inesperadamente Grigori Ivánovich –el director había sido llamado al centro regional, y hubo que aplazar la reunión– y propuso aprovechar la tarde yendo al cine. Procuraba no perder sus tardes libres, que no eran frecuentes. Vera Fiódorovna aceptó, pero a condición de que fuera a la última sesión porque la joven de ayer había prometido acercarse. Grigori Ivánovich tomó té y se fue por una hora a la obra, pero ella, sobre ascuas, sin poder hacer nada, vagaba por la casa, miraba por la ventana y hasta salió a la calle. Su zozobra iba en aumento y ya esperaba la llegada de Svetlana como un alivio. Por un instante se le ocurrió una idea: ¿por qué no iba al arrabal y buscaba allí a Svetlana? No sería difícil –Vera Fiódorovna tenía allí muchos conocidos y seguramente todos habrían reparado en la joven forastera–, pero algo la retuvo.

Grigori Ivánovich no tardó en volver, dijo que en la obra todo estaba en orden y al notar su inquietud se encogió de hombros: ¡Sí que son ganas de preocuparse! ¡Vaya una cosa, que no ha venido! La ha retenido algo más divertido. Si no ha venido hoy, vendrá mañana. ¿Sabes al menos cómo se llama?

– Svetlana Záitseva –respondió Vera Fiódorovna, tranquilizándose como siempre por el tono firme y seguro de él.

– ¡Una enfermerita típica del frente! –se sonrió Grigori Ivánovich–. Olió en seguida a batallón de sanidad. Y seguro que estaba enamorada del médico militar.

– Todo es posible –contestó con intencionada displicencia Vera Fiódorovna–, todo es posible. Puede ser que incluso él se fijara. Un caso corriente del frente... –Le pareció que su voz sonaba con terrible falsía. ¡Dios mío, para qué diría todo eso! ¡Qué estupidez!

– ¡Qué cosas dices! Entonces no habría venido a verte por nada del mundo –repuso con aplomo Grigori Ivánovich.

Vera Fiódorovna sintió grandes deseos, como siempre, de creerlo sin vacilar y librarse del peso y la zozobra que la oprimían, pero no podía sin saber por qué. Se sentía aplanada y casi enferma, la atraía el lecho, hundir la cabeza en las almohadas y estar tendida sin ver ni oír nada, sin pensar en nada más que en su dolor, como entonces, en los primeros tiempos, cuando llegó la terrible noticia, pero no se dejó dominar por este deseo. Había que vivir y no perder el equilibrio conseguido con tanto esfuerzo.

A las nueve se fueron al cine.

11

... Mientras tanto Svetlana estaba en el vagón junto a la ventanilla, en un asiento lateral, miraba el paisaje, iba anocheciendo, y para no volver a lo de la víspera captaba retazos de conversaciones ajenas, pensaba en distintas cosas. Mañana mismo irá a ver a su tía de Tsarítsino y se enterará si puede pasar allí las vacaciones. La tía, por supuesto, se alegrará –la aburre vivir sola– y Svetlana descansará estupendamente, irá cada día a los estanques, visitará el museo de Kuskovo en el que no estuvo desde la infancia. Además, la tía tiene una excelente máquina de coser, y se podrá coser algo. A propósito, habrá que ir pensando en un nuevo abrigo de pieles, el viejo está ya muy gastado. Tal vez mañana se acerque a su policlínica y, si es necesario, dentro de un par de días se reincorporará al trabajo, y el dinero de las vacaciones lo guardará para el abrigo de pieles.

– No, no me digas –llegó hasta ella una voz calmosa y sorda del compartimiento vecino–, no me digas, te lo digo yo. ¿Por qué ocurre eso, que, siendo la tierra igual y las condiciones iguales, la cosecha es diferente? ¿Unos viven como Dios manda, reciben hasta tres kilos por jornada de trabajo y otros, al lado, en la misma tierra, bajo el mismo cielo, no salen de apuros? Aquí, hermano, hay que buscar las causas por dentro porque por fuera no se ven. Por fuera las condiciones son iguales para todos...

"En efecto, ¿por qué será así?" –pensó Svetlana.

En otra parte una voz joven de mujer salmodiaba:

– Mi madre me dijo: "Toma la ternera, es una buena ternera y te la daré barata". Pero yo le dije: "Ni regalada". Demasiada pejiguera... ¡Porque vivo en la ciudad! Voy a la tienda, compro dos litros de leche, y asunto concluido. Pero mi madre dice...

Oscurecía despacio y de mala gana, y también despacio y de mala gana iba callándose y durmiéndose la gente. Sin embargo, pronto se hizo el silencio. Svetlana seguía sumida en un duermevela, recostada en el marco de la ventanilla. En su corazón había de nuevo sosiego y claridad, otra vez se sentía como diluida en un fuerte y tibio torrente en el que se podía confiar sin vacilaciones y saber que la llevaría en la dirección necesaria. Sus pensamientos carecían de determinación y claridad, mas al mismo tiempo no perdían ni un instante el contacto con la realidad, con la vida que la rodeaba.

"No, no –pensaba– no ha sucedido nada malo ni ha terminado nada con este viaje absurdo. No ha ocurrido nada que me alivie vivir en el mundo, pero mi amor no ha vacilado, no ha terminado, no se ha hecho menor o peor, está conmigo y en mí, y yo estoy en él para siempre... Para siempre... No temas, me oyes, no temas, no te abandonaré ni dejaré de quererte mientras viva porque mi vida y mi amor son inseparables, son una misma cosa, y lo uno sin lo otro no vale nada, ¿comprendes? Y como es así, no puede haber tal injusticia que tú no estés en ninguna parte del mundo. Tú, a quien yo amo. Es imposible, no lo creo, sé que tú estás en alguna parte. Yo creía que sabía donde estabas –¡recordaba con

tanto cuidado tu dirección!–, pero aquí ya no estás y no conozco todavía otra dirección. Será más difícil buscarte sin la dirección, pero no retrocederé ni me azoraré, me alcanzarán las fuerzas y el amor... Tal vez ahora te llames de otra manera, y yo todavía no sepa cómo, pero lo adivinaré en cuanto te encuentre, adivinaré que eres tú y que sigo amándote como antes. Y no habrá ya otro amor, es único, es así, es éste... Unico... Para siempre..."

Y se durmió, y soñó algo bueno y esplendente, largo tiempo esperado y cumplido por fin, y algo luminoso laceraba el corazón y reconfortaba las pestañas.

Se despertó de una inesperada sacudida. El vagón estaba completamente a oscuras y la calle también, mas, aunque lo comprendía, entornó los ojos como si la deslumbrara una viva luz. El tren estaba parado en un apeadero apacible y retirado; muy cerca, en la húmeda penumbra de la noche de mayo, cantaba un ruiseñor, y sus trinos eran tan fuertes que parecían arder. No se compadecía ni cuidaba de sí mismo, se entregaba por entero a su canto. Era el canto de su amor, lo mejor que había en su corta y pobre vida de pajarillo, alegrando y enterneciendo a todos los que lo oían.

Trad.: *Angel Pozo Sandoval*

Breves

"EN VISPERAS"

La TV Central proyectó la película de dos partes *En vísperas,* rodada según la novela homónima de Iván Turguénev por el director Nikolái Mischenko en cooperación con cineastas de Bulgaria. Anteriormente, Mischenko llevó a la pantalla dos novelas: *Así se forjó el acero,* de Nikolái Ostrovski, y *El tábano,* de Voynich, en las que mostró los caracteres heroicos de los revolucionarios de dos épocas distintas. En el nuevo filme el director continúa este tema basándose en la prosa clásica rusa.

El cineasta hizo el intento de plasmar la idea del escritor "acerca de la necesidad que se tiene de las naturalezas conscientemente heroicas". En la pantalla vemos las brillantes imágenes de la muchacha rusa Elena Stájova (papel que desempeña la joven actriz Svetlana Amánova) y del búlgaro Dmitri Insárov (protagonizado por el actor búlgaro Guénov). El filme se rodó en la Unión Soviética y la República Popular de Bulgaria.

ALBUM DEDICADO A ESENIN

El camino lleva a Konstantinovo, así se titula el álbum que con motivo del 90 natalicio de Serguéi Esenin lanzó la Editorial Moskovski Rabochi (recopilador Serguéi Kóshechkin). Las vistas de la aldea de Konstantinovo, donde nació el poeta, y de sus alrededores van acompañadas de estrofas eseninianas. El álbum contiene numerosas fotografías del poeta, de sus amigos y allegados que se comentan con fragmentos de los recuerdos sobre el poeta.

Shotá Nishnianidze

RAICES Y RAMAS

Shotá Nishnianidze es la encarnación de la tierra georgiana, su historia y poesía. Sólo un georgiano fue capaz de decir: "¡Gloria a las huestes de Georgia, // a las huestes de las viñas!", o "El hidalgo usa // caperuza de Imeretia", o "¡Ay qué suspira el fuelle velludo, // como el pecho de un *devi** chispeado!"

Shotá Nishnianidze es francamente internacional tanto en forma como en contenido, el fundamento de sus poesías resulta potente e indeleble ante todo porque está cimentado por lo experiencia aleccionadora que asimilara en otras culturas. La poesía puede ser patrimonio de otros pueblos siempre y cuando sus raíces vivan en las profundidades del suelo nacional y las ramas abracen el aire de todos los idiomas.

El gran poeta es imposible sin espíritu combatiente. Y Nishnianidze posee ese espíritu. "Las alas en lucha crecen // y cobran fuerza, lo creo, // y el sol alarga su cuello, // parece un gallo de pelea". Nishnianidze es muy cariñoso con la naturaleza y el hombre, hasta a una araña, parte inseparable de aquélla, le puede decir: "Gloria a tu trabajo lento // y a tu senda frágil como un pelo. // Será difícil a través del tiempo // ir por la senda que es tu propio cuerpo". Con todo, Nishnianidze es un poeta de alta conciencia social, que siente con agudeza las alteraciones de la armonía en la vida. No puede resignarse a ver que determinadas personas ocupan un lugar ajeno en el mundo: "Quien no se encontrara a sí mismo, // ocupa un lugar ajeno. // Lo miro, me apena su sino, // protesto y lástima siento. // Juega el papel de otro, // lo falso ya no le da vergüenza..."

Nishnianidze no se hermetiza en su ironía epigramática. La conciencia social es estrecha si se limita sólo a acusar, aunque alcance un nivel de autoacusación (vea, por ejemplo, los versos mor-

* Gigante del folklore georgiano.

daces sobre la conmemoración de un aniversario personal: "Competían en elocuencia. // Se encogía "el culpable" de la fiesta. // Lo fusilaba a conciencia // el público, a aplausos frenéticos...// Oía el palabrerío, // trataba de comprenderlo, // y ya se imaginaba el frío // de los lauros de hierro"). La conciencia social, además, no rechaza las formas de estilo elevado, como la oda. Precisamente así son las poesías de Nishnianidze *Leyenda de Yanus Korczak, Balada del capitán, Epitafio heroico*. En estas poesías se evidencia la sagrada retórica de la confesión que se transforma en un mensaje, sin el cual el gran poeta es imposible.

Una de sus obras más trágicas es la *Balada sobre la hazaña del profesor Zhordania*. El sentido trágico del poeta es una parte indivisible de su ferviente amor a la vida. Considero que las obras de ese género son también *La guerra y la tumba desconocida de mi padre, Ritmos, Balada sobre la ley del lobo, Roma* y el breve poema o collage estrambótico *Lo que su alma desea o Sesiones espiritistas*.

Además, en la obra de Nishnianidze se nota una diversidad de temas y formas, muy singular para la poesía contemporánea, desde los versos revolucionarios en son de marcha hasta el susurro íntimo, desde las tradiciones folklóricas hasta las clásicas y el verso libre de carácter experimental. Nishnianidze busca continuamente nuevas formas de expresión. Su poesía no calma la sed, porque es la sed propia. La sed envidiable de la vida. Es un derrame de generosidad del poeta, que ama infinitamente la poesía, pero más aún, la vida y la gente.

Tal vez al lector le resultará interesante saber, que Shotá Nishnianidze nació en 1929 en Tbilisi, se graduó de filólogo en la Universidad de Tbilisi en 1953. Muy temprano, siendo aún estudiante, comenzó a publicar poesía en las ediciones periódicas. Su primer poemario apareció en 1956, al cabo de un año el poeta recibió el Diploma de Primer Grado y la Medalla de Oro en el Festival Mundial de la Juventud. En 1960 se graduó en los Cursos Superiores Literarios anexos al Instituto de Literatura Máximo Gorki de Moscú. En 1975 fue acreedor del Premio Shotá Rustaveli, en 1977, del Premio Galaktión Tabidze, y ya en 1984, el Premio Nacional en Literatura de la URSS. Es Presidente de la Unión de Escritores de Georgia y Diputado al Soviet Supremo de la Unión Soviética.

EVGUENI EVTUSHENKO

* * *

Nuestros ríos son pequeños,
de agua clara y cantarina,
van cantando, se despeñan
y prosiguen el camino,
pasan el desfiladero
y los campos del lugar,
como alegres hijos buenos
van al valle del Kurá.
Nuestros ríos bellos tienen
frágiles puentes colgantes.
Dondequiera que me encuentre,
los tendré siempre en el alma.
Como un humo de hogares
o la nieve de mis cumbres...
Caeré yo al instante
de olvidarme de alguno.
Oh, mi tierra sacrosanta
bajo el alba o el ocaso,
mi puñado de esperanza,
Georgia, estás siempre en mis manos.
Nuestros ríos son pequeños,
de agua clara y cantarina,
van cantando, se despeñan
y prosiguen el camino,
pasan el desfiladero
y los campos del lugar,
como alegres hijos buenos,
van al valle del Kurá.

EL BUEY

Amo tu cuello fuerte, infatigable,
y la hermosura de tus cuernos grandes,
me hiere la tristeza inconsolable
que ocultas en los ojos fascinantes.
Y hace siglos, falto de coraje,
quise creer en lo que me rodeaba,
grabé en las rocas negras tu imagen,
mientras al fuego te sacrificaba,
rogándote, sumido en las sombras,
sumiso y fiel, frenético y constante,
que salves de la muerte a los hombres,
y tú luchaste con el fiero hambre,
con la miseria que el dolor ahonda,
¡oh, Nisha poderoso, oh, Guishera,
oh, Laba mío, indómito Nicora!*
Y sin los bueyes, pues una caverna
sería este mundo hasta ahora.
Nuestros abuelos siempre entonaron
*el canto del arbá** y el arado,*
sus hijos aprendieron la tonada,
y en la vida amarga del pasado,
delante de ellos, como un vivo ejemplo,
tiraste el yugo a honrada entereza,
*y en Kartli*** aparecieron grandes templos,*
igual que nidos, altas fortalezas.
Oh, para que el intrépido georgiano
pudiera defenderse en la guerra,
abría surcos, impetuoso, el arado,
caía el sudor sobre la tierra.
La espada y el arado eran los ejes,
de ellos dependía nuestra vida.
¡Gvinia, siempre fui tu amigo hereje!
¡Oh, Tsikara, mi alma no te olvida!
Un día fui a buscar sal a Agzevani,
mas tropecé, caí al desfiladero,
y un lagrimón de buey sentí en la mano:
sufrías como padre y compañero.

* Nombre de bueyes en Georgia.
** Carro caucasiano.
*** Nombre antiguo de Georgia.

Siempre ayudaste en esfuerzo eterno
con tu paciencia y tu fatal destino.
En el sudor, en un violento infierno,
luchando, nos curtíamos contigo.
Me diste abrigo para el crudo invierno,
y para el vino alegre, un bello cuerno...
Mas olvidamos, ávidos y hambrientos,
que fuiste un Dios, ¡y prosiguió el tormento!
Y por vestirnos y comer, el sacrificio
de inmolar a un Dios fue un oficio.
Nacía un hijo, una esperanza,
y el campesino ya con ti contaba.
Llegaba la desgracia y –¡Oh, pena!–
tú nos salvabas con tu propia carne,
y para el casamiento –¡Oh, condena!–
también te inmolaban nuestros padres.
Cuando moría el dueño, te restaba
servirle un servicio aún, postrero,
y recibías una puñalada,
caías, buey enorme, amigo bueno...
¡Oh, que en mi Georgia el hombre siempre sea
hijo del sol, la tierra y sus leyes!-
¡Que en el trabajo y las fiestas sea
incansable, como los antiguos bueyes!
¡Y quiera el cielo que su fuerza humilde
fermente sin cesar en mi poesía
y no deje de flaquezas ni una tilde,
y soporte los reveses de la vida!
¡Que sea fuerte, pase lo que pase,
paciente como el buey, de cuerpo y alma!,
¡que haga tanto bien para mi patria,
cuanto hizo antaño el buey, pero hoy, mañana!

SOBRE LO PRIMERO Y LO ULTIMO

I

El veintidós de junio se encendieron
los pinos primeros,
la primera aldea sufría su mortal agonía.
El olor de la pólvora sofocaba aquel día.
Se iba hacia el Oeste, cansado,
el verano prisionero...

II

Mas llegó la hora severa que hoy recuerdo.
Ya en Berlín, hicimos fogatas, y bajo sus luces,
vi los cascos, como negros cuervos.
que plegaran sus alas, sobre las cruces.

III

¿Alguna vez han meditado sobre la historia?
¿Qué es la vergüenza y qué, la memoria?
¿Será sólo un Libro de siglos pasados?
¿O guarda aquel Libro mortales pecados?

Vea, ¡qué lleno está de bélicos menesteres!
¡Humanidad, cómo fue que quedaste en vida?
Sean guerreros o niños, mujeres,
la guerra igual sin cesar los mutila.

La guerra es la guerra,
y no creo en el sino, a la larga
el presagio mejor se esfuma, feliz o maligno.
El día primero caen soldados, ¿acaso se amarga?,
el último día también, y le importa un comino.

Viña eterna, mi generación es la única
que no sólo envejece mirando la vida y soñando,
pues vivimos tal vez para que sea última
la gran guerra pasada que nunca olvidamos.

IV

Se da vuelta la hoja
de la noche y el día que viví.
Llegó volando un ave hermosa
y no pudo alejarse de mí.

Así nos encontramos, dirás,
como dos naves entre aguas inquietas.
Y yo susurraré que hay un amor más
en nuestro angustiado planeta.

Luego brotó una hojita,
muy tierna y pequeña era.
Tres años ya tiene mi hijita,
y ve pasar las nubes serenas.

Y no sabe, qué es la guerra,
y no extraña aún a los muertos,
con una pelota celeste juega,
come una sandía madura del huerto,
se ríe mi hijita guapa,
asombrada de sí misma. . .

¿No habrá señalado en el mapa
mi quieta ciudad, el enemigo?

V

¡La primera palabra!
¡La primera poesía!
¡La primera nieve!
¡La primera hojita!

El primer baile de la primera espiga. . .
La primera carta buena, pacífica.
Todo es lo primero en irresistible derroche,
parece una requetesufrida herencia.
La primera cita. La primera noche. . .
Pero existe la última, lo último sin indulgencia.
Muchos por última vez juraron,
conocieron el precio de la última bala,
por última vez la tierra abrazaron,
fumaron al fin el último tabaco.

El último combate. . .
La última gracia. . .

El último grito. . .
La última noche ya arde. . .
La última cita precede desgracias. . .
La última carta, que llegó tarde. . .

VI

Me siento intermediario
entre la guerra y la mansedumbre,
aunque estemos en guardia, siempre alerta.
La vida, repito, es la primera y la última. . .
Cuidémosla. Cuidémosla. Cuidémosla.

* * *

¡Qué cálido y suave está el guijo!
Apoya la mejilla, oye, atento,
y todos los cantares de tu río,
devuélvelos, intactos, a la gente.

El agua canta, poderosa y leve,
la espuma eterna trata de alcanzarte. . .
Tú sólo un refrán, modesto y breve,
agrega
luego
de tu parte.

EL AGUACERO Y MI VECINITA

El aguacero llama a las ventanas,
de los balcones caen cataratas,
mi vecinita abre su paraguas
y sale, se zambulle, nada y nada
temblando de alegría, por el patio,
quiere llenar un balde de agua ella:
mejor que hoy, mañana, en el espacio,
han de brillar sus límpidos cabellos,

y, bueno, mejor que hoy, hasta el lucero,
yo no podré con mi insomnio frío.
Los pajaritos huyen. ¡Qué aguacero!
Por la ventana miro y me sonrío:
mi vecinita, empapada de hecho,
guardó bajo la blusa dos pichones
gemelos, que palpitan en su pecho.
Ya por el patio limpio aparecen
barquitos de papel que el agua mece,
de un cable caen, pura claridad,
gotas de luz y agua, luz y agüita,
y por el aire, por la eternidad,
le envío un beso a mi vecinita.

Versión de *Carlos Sherman*

NOTAS PERIODISTICAS

Mijaíl Alexéev

PARA EL BIEN DEL HOMBRE

En mi aldea de Monastírskoe, cerca de Sarátov, hay una casa que me asombra con su continua renovación. La construyeron hace cosa de tres decenios. Como su dueño era un viejo amigo mío, no debe extrañar que yo asistiera al estreno de su nuevo domicilio con tallas afiligranadas, la chimenea ornada con una corona, las paredes exteriores revestidas de madera pulida. No había ningún jardincillo, después apareció. Los establos no quisieron ser menos, se sacudieron de encima el tejado de paja y lo sustituyeron con pizarra, más duradera. Cuando el amigo advertía mi mirada asombrada, siempre decía lo mismo:

– La estamos haciendo más cómoda.

– ¿Hasta cuándo!

– Mientras vivamos en ella –respondía el amigo.

No sé por qué recordé esta conversación con mi amigo cuando fueron publicados unos documentos de enorme importancia, incluido el nuevo Programa del PCUS. El prefacio dice: "El socialismo ha llegado a ser una realidad en nuestro país". Quiere decir que ha sido construida una casa nueva, nunca vista. La estuvimos construyendo largo tiempo, entre martirios y sangre, superando la encarnizada resistencia de los enemigos interiores y exteriores. Sea como fuere, pero la casa, nuestra maravillosa casa ha sido construida y es para millones de soviéticos su vivienda común. Y después, ¿qué? Después seguirá un perfeccionamiento planificado y multifacético del socialismo. Dicho con otros términos, seguiremos embelleciendo y haciendo más cómoda nuestra casa.

Asomémonos nuevamente a la ya conocida casa de mi paisano koljosiano. Resulta que a las palabras "hacerla más cómoda" le pone un sentido mayor y más profundo de lo que puede parecer. Bajo el techo de esta casa nacieron sus seis hijos: tres varones y tres hembras. Una mitad quedó con los padres, la otra, la de mayor

edad, se trasladó a la ciudad. Refiriéndose a los unos y a los otros, el padre diría también con brevedad: "Son laboriosos". A veces añadiría: "Todos trabajan". En ocasiones añadiría con orgullo: "Son unidos". Conozco a todos esos muchachos y chicas de cuando eran pequeños. Es natural que tengan caracteres distintos. La naturaleza es el más destacado pintor. No se repitió en ninguno de los miles de millones de seres humanos. Hablaré de los hijos. Nikolái, el mayor, es iracundo; Vasili, el mediano, es taciturno, concentrado; Vladímir, el menor, tiene un carácter extraordinariamente alegre. Trabaja en una de las fábricas de Sarátov "como si cantara una bella canción" (eso dijo de Vladímir el jefe de su taller).

¿No debe ser así el trabajo en la sociedad que construimos? Crear un medio ambiente puro, sano, alegre, vivificante y activo, el único que puede acelerar el desarrollo técnico-social del socialismo: a eso nos orienta a todos nosotros el Partido.

Es un objetivo grande y digno de un gran Estado. Está al alcance de nuestra fuerza económica y moral.

Hoy en día, la ciencia y la técnica permiten asegurar en la Tierra la abundancia de bienes, crear las condiciones materiales necesarias para el desarrollo multifacético del individuo. Pero, debido al egoísmo clasista, en aras del enriquecimiento de la élite que domina en el mundo capitalista, la ciencia y la técnica, esas creaciones de la inteligencia y de las manos del hombre se vuelven contra él mismo. Así es la clamante e inadmisible contradicción con que llega la humanidad al umbral del siglo XXI.

No ha sido nunca tan temible la amenaza que se cierne sobre la humanidad.

Varios años atrás celebramos en Kíev una mesa redonda, a la que asistió un grupo de escritores norteamericanos. Nuestros invitados eran en su mayoría escritores de corte burgués. La charla, más exactamente, la discusión, duró casi una semana. Primero durante la mesa redonda y, después, mientras viajaban por la república. Al segundo día, los estadounidenses comenzaron a manifestar descontento. Uno de ellos se quejó francamente, diciendo que habían llegado desde el otro extremo de la Tierra para hablar, discutir con los colegas soviéticos sobre problemas puramente literarios, sobre el papel de la literatura en la reconstitución de la historia de los pueblos, sobre las búsquedas actuales de nuevas formas literarias, sobre las innovaciones, etcétera, mientras que nosotros hablábamos de la guerra y la paz, de la paz y la guerra; y que cuando hablábamos de la literatura, nos referíamos preferentemente a la militar (observaré que el encuentro tuvo lugar en vísperas del 40 aniversario de la Victoria sobre la Alemania hitleriana).

¿Qué respondimos a nuestros opositores? Dijimos lo que debíamos decir. Dijimos aproximadamente esto: si todos nosotros, que estamos sentados a esta mesa, y todos los habitantes del planeta nos resignamos a la idea de que la guerra termonuclear es inevitable, perderá todo sentido hablar de la literatura, porque después de esa guerra no habrá escritores ni lectores. Esta no es una

exageración, ni el deseo de amedrentarnos y amedrentar a otros, sino una opinión absolutamente sensata sobre la esencia de nuestra temible época. Lamentablemente, es verdad. Sólo las personas tímidas y débiles de espíritu tienen miedo a mirar de frente a esa verdad.

Además, dijimos a los huéspedes, mejor dicho, les recordamos, que las cuatrocientas mil personas que EE.UU. perdió durante la segunda guerra mundial es una cifra grande y amarga (¡cuatrocientas mil familias desgraciadas no es poco!), pero veinte millones de personas caídas en la lucha contra el mismo enemigo son más, y la contribución a la victoria común sobre el sanguinario fascismo es a todas luces muy distinta. Así que, advertimos a nuestros colegas, los escritores soviéticos hablamos y escribimos y hablaremos y escribiremos sobre la guerra y la paz y sobre la paz y la guerra: así que, les guste o no, seguiremos trabajando en el mismo sentido. Lo haremos como homenaje a la sagrada memoria de los caídos, para defender a los que viven, para prevenir a cuantos no han conocido las penalidades de las devastadoras guerras, pero no están asegurados contra las guerras futuras, todavía más devastadoras.

En aquella ocasión, entre los escritores soviéticos algunos habían participado en la guerra: Olés Gonchar, Pável Zagrebelni, Nikolái Fedorenko, David Kugultínov y el autor de estas líneas... Otros, durante la guerra eran niños: Chinguiz Aitmátov, Guénrij Borovik y Vitali Korótich.

No sé por qué, quise citar varios momentos, no de la batalla de Stalingrado, en la que participé desde el principio hasta el fin, sino de su eco actual, lo que suelen llamar "el eco de la guerra". Conté como, hace poco, en Volgogrado, unos escolares, ayudados por una persona adulta, trajeron a mi cuarto del hotel un cajón lleno de herrumbrosos fragmentos de minas, cascos de metralla, bombas de aviación, estabilizadores aplastados y demás atributos de la guerra acallada hace más de cuarenta años. Pregunté a los chiquillos dónde habían hallado todo eso cuarenta años después de la guerra, ¿tal vez en el museo de defensa de la ciudad? Dijeron que no, que los habían recogido ese verano sequizo en los alrededores de la ciudad. Explicaron que fuertes tempestades se habían llevado la capa superior del suelo dejando al descubierto esa terrible huella de la guerra. Pensé: cómo había que mechar la tierra stalingradense con metal, cubrirla de esas mortíferas semillas, si a lo largo de los cuatro decenios la gente sigue recogiendo esa inagotable "cosecha".

Bueno, dije a los chicos. Esto es metal. Pero vosotros seguís recogiendo hasta ahora y lleváis a la fosa común los restos de los combatientes caídos. ¿Dónde los encontráis? Como se sabe, los niños son gente inteligente y, además, estudiaron ya en la escuela botánica y zoología y algunos también agrología. Eso, respondieron, es todavía más sencillo. Recorremos el campo y la estepa, nos fijamos dónde la hierba crece más tupida, cavamos allí, y hallamos huesos... (en este momento, una invitada nuestra, escritora norteamericana, lanzó un grito y se llevó el pañuelo a los ojos)...

Sí, sí, el fósforo... Los niños lo saben. Hay quien puede no comprender por qué algunos combatientes caídos en el campo de batalla fueron enterrados en cualquier lugar. Expliqué: los alzados al ataque no siempre teníamos tiempo de recoger a los compañeros muertos y de enterrarlos con los honores debidos. Les dábamos sepultura donde caían. Los llevábamos a alguna trinchera derruida, a un blindaje, a un embudo abierto por una bomba o proyectil. Menos mal si los amigos tenían tiempo de sacar del pequeño bolsillo de los pantalones del soldado muerto un minúsculo medalloncito parecido a una bellota en el que, como regla, figuraba la dirección de los familiares, porque a veces no tenían tiempo ni para eso. Así estaban las cosas. Tal era la guerra...

Uno de nuestros interlocutores, novelista histórico, autor de más de 20 volúmenes histórico-documentales, entró al anochecer en mi cuarto y, emocionado, colocó en la mesa el mapa de la Unión Soviética, rogándome que le mostrara la ciudad del Volga en que había tenido lugar la guerra de Stalingrado. Era historiógrafo, pero lo ignoraba. ¿Qué decir entonces de los norteamericanos corrientes? El hecho de que los estadounidenses en su inmensa mayoría ni siquiera han oído hablar de la ciudad en que se decidieron los destinos de la segunda guerra mundial y, por ende, los de toda la humanidad, ¿no es también una amenaza a la paz? ¿No es el suelo en que se siembran fácilmente y dan brotes las ponzoñosas semillas del odio al país al que el mundo entero debe rendir homenaje como a su liberador y salvador?

El individuo privado de memoria deja de ser persona, es decir, deja de ser Hombre. Toda una generación desprovista de memoria es materia prima con la que el furioso escultor imperialista puede moldear un robot irreflexivo que dispara, al que es fácil equipar para cualesquiera guerras injustas, inclusive las de las "galaxias".

Hicimos recordar a nuestros opositores que el país nacido con el Decreto leninista de la Paz no puede desear guerras. El país que perdió en la guerra que le fue impuesta veinte millones de compatriotas sabe lo que valen la paz y la guerra. Ahora, en la nueva redacción del Programa, nuestro partido proclama solemnemente, desde lo alto de su prestigio y apoyado en la experiencia de los sesenta y ocho años de existencia del Estado soviético: "UN MUNDO SIN GUERRAS, SIN ARMAS, ES EL IDEAL DEL SOCIALISMO".

Con el esfuerzo mancomunado podemos, debemos, estamos obligados a hacer todo para que nuestros nietos y biznietos no tengan que hacer dolorosas excavaciones como las que realizan los pioneros, nuestros jóvenes exploradores.

Trabajemos, pues, tranquilamente, trabajemos en nombre del hombre y para su bien.

Trabajemos como si cantáramos una bella canción.

EL HOMBRE Y LA EPOCA

"EN NOMBRE DE LAS MONTAÑESAS..."

Antes de publicar en 1958 su primer poemario en lengua chechena, RAISA AJMATOVA laboró en el campo, luego fue maestra de escuela y varios años trabajó de periodista. Fue viceministro de la Cultura de la República Autónoma de Checheno-Ingushia; más tarde, durante largo tiempo, encabezó la Unión de Escritores de su República. Hoy día la Poetisa del Pueblo Raísa Ajmátova es Presidenta del Soviet Supremo de Checheno-Ingushia, autora de más de veinte recopilaciones de poemas traducidos al español, inglés, francés, alemán, portugués y otros idiomas.

Nuestra plática comienza por la pregunta concerniente al destino de la montañesa en el pasado y el presente.

– Imagínese un *aúl* con casas pegadas cual nidos de golondrinas a la vertiente abrupta de una montaña. Un *aúl* en que nadie sabe leer ni escribir. Pobreza, hambre, desesperación. No obstante, lo más penoso en aquella época era el destino de la mujer. Por algo entre los numerosos rezos antiguos masculinos el más popular era: "Alá, te agradezco que no me hayas hecho mujer". La mujer no osaba levantar los ojos ni tener su opinión, ni siquiera podía sentarse a la mesa al lado de un hombre. No digo ya del derecho al amor. Por un rescate la vendían a un desconocido y las más de las veces, al hombre no amado. Los celosos guardianes de la religión velaban estrictamente que las crueles leyes del Islam se observaran incondicionalmente.

La Revolución de Octubre abrió de par en par ante las montañesas un mundo de vastas posibilidades. Pero, como es sabido, no basta con abolir las leyes injustas, hay que hacer realidad las nuevas, transformar la sicología de la gente, y eso es mucho más complicado. Difícil es imaginarlo, pero fue un hecho real: las mujeres abrían temerosas su primer libro a la edad de cincuenta años, mi-

raban una máquina como a un milagro y, superando la resistencia y el descontento de los mollahs, se daban prisa por asistir a la primera reunión. Lo que para los demás no son sino páginas de la historia, para las montañesas son las páginas de su propia biografía. "¡Oh, mujer montañesa! ¿Dónde sacaste fuerzas para alcanzar la cima misma!..." Esas fuerzas le ha dado el Poder soviético. Y hoy no hay esfera de la vida donde no se haya revelado el talento y la energía de la montañesa.

La poetisa y la mujer, antes dos nociones incompatibles, se fundieron actualmente en una sola, habiendo desmentido la popular creencia antigua: la que usa pañuelo jamás podrá comprender el misterio de la creación. El derecho igual a la palabra, que la montañesa recibió junto con otros derechos, es una gran conquista que me permite reflexionar en voz alta en mi propia vida a la vez que hablar a plena voz en nombre de las antes carentes de tal derecho chechenas convertidas hoy en dueñas no sólo de su propio destino, sino de el de su patria.

Me cupo un honor
muy difícil:
Hablar en nombre
de las montañesas...
Me apresuro a sentarme
al escritorio,
Como el agricultor, levantándome
al alba.

Es difícil el honor de hablar en nombre de las montañesas. Siempre lo tengo presente. Intervenga donde intervenga, me siento antes que nada representante de las mujeres de mi natal Checheno-Ingushia y por eso percibo bajo mis pies el firme camino de montaña.

Creía yo que la chechena jamás
como cantar podría amar.
Por sendas peligrosas, junto a mi amado,
anhelaba tanto ir de la mano.
De las crueles leyes las señales,
cual heridas penosas, cicatrizaron.
Y vi cuánto me necesitabas.
Tú me tendiste la mano
como a un igual
dándome el gran nombre de
esposa.

No quisiera que alguien tuviera la errónea impresión de que ya hemos logrado desembarazarnos por completo del triste fardo del pasado. Las costumbres y los usos nocivos perduran largo tiempo. No son estera que se puede lavar y secar al sol. No hay que ocultar que todavía se dan casos del trato incorrecto para con la mujer. De vez en cuando nos topamos con los vestigios del pasado como el secuestro y el acidaque. Afortunadamente no son los que determinan el carácter de nuestra vida, se van extinguien-

do ya. En un breve plazo histórico, más bien en un instante, en la conciencia y la mentalidad de la montañesa se produjo una revolución social. Y ahora, olvidadas la timidez y la pasividad, la montañesa entra en liza contra las reminiscencias del pasado.

— *¿Podría hablarnos de las mujeres cuyos brillantes destinos le incitaron a empuñar la pluma?*

— Son muchas. Cada poema mío nació del contacto de mi corazón con vidas humanas, con la bondad, la razón y los hechos humanos. Cierta vez un poeta dijo que si el mundo se rajara, la fisura atravesaría el corazón del poeta. Para mí significa que en la poesía es poco pensar metafóricamente y hablar en verso. Quien escribe debe compenetrarse con el dolor y la alegría de los contemporáneos, con el deseo de ayudarles. Yo escribo únicamente de lo que me inquieta. Por eso la mayoría de mis versos los inspiraron situaciones concretas, hechos y caracteres de personas reales. He aquí dos biografías.

Yasimat Ushurmáeva fue una de las iniciadoras de la formación de koljoses en nuestra comarca. Una noche los kulaks rodearon su casa y empezaron a disparar. Mataron a su hermano. Murió en sus manos su primogénito. No obstante, los enemigos no pudieron con la fe que Yasimat tenía en el Poder soviético. Pronto se hizo comunista. Una de las primeras entre las montañesas. Propagandista intrépida, activa secretaria de la organización del Partido del koljós, miembro del buró del Comité distrital del Partido

y Presidenta del Comité ejecutivo del Soviet rural, delegada a las conferencias de partido distritales y regionales. Magnífica vida la de esta destacada mujer.

O el destino de Kametá Dudurkáeva, primera motocultora de la república... El dicho popular reza: para el camino de la vida el hombre lo toma todo de su casa paterna. Kametá, de padres campesinos, desde temprana edad comprendió que del trabajo del labrador nace el sentimiento de la ligazón carnal con la tierra, la responsabilidad por ella. Tal vez por eso se ufana de la profesión que escogió por dictado del corazón. Y el inicio fue nada sencillo. Tuvo que soportar muchas penalidades mostrando tenacidad femenina, paciencia y aguante. A los celosos adeptos de las antiguas costumbres no les gustaron tal tenacidad, su carácter orgulloso e independiente. Pero ella no se rindió y superó todas las dificultades. Entre las numerosas condecoraciones que mereció Kametá las más preciadas por ella son la Orden de Lenin* y la Medalla a la Maternidad de I grado**.

Los destinos de estas dos montañesas son típicos para la Checheno-Ingushia de hoy. En ellos veo asimismo el reflejo de mi propia vida. Por eso al hablar al lector de mí misma y de mis interrelaciones con el mundo, hablo sin querer de Yasimat, Kametá y otras contemporáneas mías... Porque la poesía no es una bella flor que crece en los prados alpinos de difícil acceso. Las flores deben crecer cerca de nuestras casas para que descubran su belleza a la gente. Hace poco recibí una carta de una muchacha que vive en un *aúl* lejano. Escribió que mis versos le habían ayudado en un momento muy difícil: no se subyugó a las costumbres obsoletas, no abandonó los estudios y se negó a casarse con un hombre que no quería... ¿Acaso hay una alegría mayor para el poeta que un reconocimiento así?...

– *A los lectores les gustan mucho sus versos sobre la Patria, sobre la paz, que son una orgánica aleación de alto civismo y confiada cordialidad. ¿Qué es lo que la inspira en este tema tan responsable?*

– El tema de la Patria es sempiterno para la poesía. Las mentes claras de todas las épocas y pueblos reflexionaban en el tema de la Patria, luchaban por su felicidad. Yo quisiera aportar aunque sea una línea a este libro de la sabiduría.

Desde tiempos inmemoriales los montañeses consideraban: "La Patria empieza desde el umbral de tu propia casa". Ahora dicen: "La Patria empieza desde el umbral de tu casa, pero no termina allí". A medida que iba acumulando experiencia, yo iba calando más y más en el meollo de esta verdad. Cada una de nuestras repúblicas me abría las riquezas espirituales de su pueblo, su historia, su belleza. Y con el corazón comprendí otra verdad: cada miembro de una nacionalidad pequeña no es un hombre pequeño, porque es partícula de una nueva comunidad histórica, el pueblo soviético. Es lo que me inspira a escribir versos sobre nuestro admirable país y su pueblo.

La paz... Hoy, creo, no hay persona en la Tierra que no esté preocupada por conservarla. Guardo con veneración en mi recuerdo el encuentro con la norteamericana Ruth Gage Colby que me contó cómo cierta vez su nieto Christopher le dijo alarmado, estrechándose contra su pecho: "¡Abuela, protégeme contra la bomba atómica!" Después de eso sentí un irresistible deseo de calmar al niño norteamericano.

¡No temas, Christopher! Mientras luzca
el sol
La Tierra será nuestra casa
segura,
Todos defenderemos tu
vida,
Que tan preciada es para nosotros,
gente para ti desconocida.

Es difícil, imposible imaginar que el hilo de la vida en la Tierra pueda interrumpirse en algún momento. Es a lo que empujan a la humanidad los círculos imperialistas de Occidente. Pero declaramos decididos: el pueblo soviético tiene altas aspiraciones humanas. Tendemos la mano amistosa a todos los hombres honrados del planeta.

Considero mi deber defender la causa de la paz con mi verbo.

Yo respondo por todo,
Porque tengo a mi amado.
Yo respondo por todo
Porque tengo a mi hijo.
Yo respondo por todo
Porque tengo a mi Patria,
Yo respondo por todo
Porque entrego a la Patria
A mi amado, a mis hijos
¡Soy mujer!

Realizó la plática ALEXANDR GORNOV

* La Orden de Lenin es una de las condecoraciones supremas con que el Estado premia los destacados méritos en la construcción comunista.
** Con "La Medalla a la Maternidad" se premia a las madres de prole numerosa.

Breves

"EL UNICO HEREDERO"

El nombre de Jean-François Regnard –uno de los más dotad discípulos y continuadores de Molière– se hizo famoso en Rusia en 1764 cuando su comedia *El jugador* fue puesta en la escena de Petersburgo. Las piezas de Regnard figuraban largo tiempo en las carteleras rusas, pero luego fueron olvidadas por cierto tiempo. Ahora el Nuevo Teatro Dramático de Moscú escenificó la comedia de Regnard *El único heredero,* en la versión de Mark Donskói.

CRITICA LITERARIA

Igor Motiashov

RESPONSABILIDAD POR EL MAÑANA

Gueorgui Márkov es el autor de las célebres novelas *Los Stróγov, La sal de la tierra, Padre e hijo* y *Siberia*, de los relatos *Aguilas sobre Jingán, La tierra paterna, Legado, Caña al viento* y *Mi tiempo de guerra*, así como de cuentos, reportajes, ensayos, piezas de teatro y guiones cinematográficos y televisivos.

Es dos veces Héroe de la Unión Soviética, diputado al Soviet Supremo de la URSS, primer secretario de la directiva de la Unión de Escritores de la URSS, Premio Lenin y laureado de muchos otros premios literarios soviéticos y extranjeros.

Gueorgui Márkov nació en 1911 en una aldea siberiana, en la familia de un cazador de la taigá, y todo lo escrito por él está vinculado, por su argumento, temas y problemas, con Siberia, con su naturaleza, vida, historia y presente, así como con las relaciones humanas y los destinos que cristalizan en el proceso de la "población" socialista de Siberia, del desarrollo de su industria, agricultura y cultura y de la potenciación de sus riquezas naturales.

En su nueva novela *En aras del futuro* el escritor continúa el tema siberiano. Es una obra sumamente contemporánea, tanto por su contenido, como por su forma. En ella no hay argumento en el sentido tradicional. La acción –en nuestros días– está condensada en el tiempo, no se cuenta aquí ni por años ni por generaciones, sino por horas, días y semanas. El pensamiento sociopolítico, cívico, cementa en un todo cuadros y vidas que se diría dispersos. La coherencia de la novela viene determinada por la coherencia del corte, diríamos, instantáneo, de la realidad enfocada por la conciencia del autor, en cuyo centro figura la extraordinaria y encantadora personalidad de Antón Sóbolev, hombre de treinta y dos años, que ha sustituido en el puesto de primer secretario del

comité del Partido de la región de Sinegorsk (este nombre es imaginado) a Pável Polosujin, muerto de repente.

La primera parte de la novela vio la luz en 1981. En ella, el lector pudo conocer* la biografía de Antón Sóbolev, natural de la región de Sinegorsk de Siberia Occidental, hijo de koljosianos de filas, y seguir sus primeros pasos en el nuevo y sumamente responsable papel de líder político de la región, que por su área no cede a algunos países europeos.

La segunda parte de la novela, publicada en 1982, y que hoy ofrecemos al lector extranjero, pinta el segundo mes de permanencia de Sóbolev en el cargo de primer secretario del comité regional del Partido. El período de familiarización con el estado de las cosas en la región ha terminado; prácticamente, llega la hora de adoptar decisiones, la hora de acciones reales orientadas a acelerar el progreso tecnocientífico, económico y cultural de la región de Sinegorsk.

En cierto sentido, puede decirse que la novela *En aras del futuro* es una investigación artística del estilo de dirección partidista en la etapa actual, una investigación que tiene para el lector soviético no sólo importancia estética, cognoscitiva e ideológica, sino también importancia práctica directa. Al lector extranjero, la novela le ayudará a hacerse una idea más cierta y concreta del mecanismo del poder en la sociedad soviética, del carácter de la democracia socialista, del lugar y el papel del Partido Comunista en la dirección del país.

Antón Sóbolev se formó como personalidad en la situación pacífica del desarrollo postbélico, bajo la poderosa influencia de los nobles impulsos que imprimió a la vida de la sociedad soviética el XX Congreso del PCUS, celebrado en 1956. Nada impidió a Sóbolev, a diferencia de los jóvenes de tiempos anteriores recibir una brillante instrucción, verdaderamente enciclopédica. Es un científico economista, se maneja a las mil maravillas en el mundo de la técnica moderna, se orienta en política y comercio internacionales, domina varias lenguas extranjeras, ha estudiado a fondo la historia, la geografía, los recursos y la economía de su región y ha leído muchísimo. No obstante, lo principal en él es su condición de comunista en el sentido verdadero, leninista, de la palabra.

En una entrevista que concedió hace poco, Márkov dijo: "El comunismo se basa en el sueño en la justicia social. Eso significa que el concepto 'comunista' es ante todo moral, y ya después, político. No todas las buenas personas son comunistas. Pero una mala persona no puede ser un buen comunista. Toda acción amoral, indecorosa, sea cual fuere el fin que persiga por más elevadas que sean las consideraciones con que se encubra, es en esencia siempre una acción contra el comunismo, en su detrimento".

Sóbolev se nos revela en la obra como un hombre consciente, sensible, modesto, fiel en el amor y en la amistad. Y, al mismo tiempo, como un talentoso organizador, como un estadista de gran talla.

* Véase núm. 4 de *L.S.* de 1982.

La novedad del carácter que Márkov pinta consiste en su armonía. Como político, Antón Sóbolev no conoce divergencia alguna entre el deber y la conciencia. Precisamente porque su conciencia no está endurecida por falta de cultura y sus sentimientos no los deforman el temor, el servilismo, el ansia de poder, la envidia y demás rudimentos de la vieja psicología, las deducciones de su mente nunca entran en conflicto irreconciliable con los imperativos de su corazón.

Polosujin y Sóbolev son iguales por su honradez subjetiva y por su fidelidad al Poder soviético. Mas, para Polosujin, los intereses del pueblo los encarnan en plena medida tan sólo los superiores en el escalafón. Por otra parte, él mismo –está inconmoviblemente convencido de ello– puede determinar los intereses de las personas sobre las que se extiende su poder.

"A Polosujin no le agradaba que los huevos enseñaran a la gallina", observa en la primera parte del libro Zababurin, el jefe de la Dirección de la industria local de la región de Sinegorsk. Era la posición de un hombre que no admitía consejos y crítica "desde abajo".

Así Polosujin no abriga la menor duda en la conveniencia de la decisión de construir un complejo gigante en "Tierra verde", aunque esa área forestal no sólo es el lugar de descanso preferido de los habitantes de la capital de la provincia, sino, además, los "pulmones" de ésta.

No se pone a pensar que se puede construir el complejo y, al mismo tiempo, preservar la naturaleza en el casco de la ciudad industrial. Al entregar todas las energías al cumplimiento de tareas de suma necesidad para el Estado, Polosujin se desentiende al mismo tiempo de la iniciativa "no programada" del artífice hornero Ptashkin, que propone la receta de un pan que no endurece; de las preocupaciones vinculadas con la construcción de una fábrica de cerámica a base del yacimiento de arcilla local; del asentamiento en Sinegorsk de una filial del Centro Cardiológico o de otros proyectos a escala local si no estaban aprobados por las alturas.

Tarde o temprano hay que resolver de un modo u otro todos los problemas que plantea la vida. Y cuanto antes se pare en ellos la atención, tanto más sencilla, barata y conveniente para la sociedad será su solución. Precisamente de tal planteamiento parte Antón Sóbolev.

En la segunda parte de la novela vemos a Sóbolev en sus relaciones con distintas personas –desde sencillos koljosianos hasta ministros– que participan en mayor medida que otros en el viraje de la economía de la región de Sinegorsk hacia la vía de la intensificación, imperativo de la época.

Las personas con las que trata le interesan en primer lugar no como intérpretes de determinados papeles sociales, sino como personalidades únicas.

El hombre como tal, en todas sus hipóstasis: en el trabajo, en la vida cotidiana y a solas con sus pensamientos, deseos y emociones, es lo que interesa a Sóbolev en primer lugar. Y por eso no le parecen baladíes, sino muy esenciales, todas las incomodidades de la vida, hasta las colas ante las tiendas y la carencia de determinados productos y mercancías, pues no se puede proclamar consignas comunistas sin luchar al mismo tiempo contra todo lo que pone de mal humor a la gente, la disgusta y le impide trabajar.

El título de la novela, como siempre en Márkov, está vinculado con la idea central. *En aras del futuro...* Este pensamiento acerca de la conexión causal del futuro y el presente, de la responsabilidad del presente por la continuidad de la civilización, no sólo informa y orienta toda la actividad de Antón Sóbolev y de sus coopinantes, como Sorokin, presidente de un koljós, Sofrónnikov, geólogo, Pajómov, secretario del comité del Partido del distrito de Listviánski, Varjátov, jefe de la sección regional de sanidad pública, Zababurin, jefe de la Dirección de la industria local de la región; Ugriúmov-Viuzhni, el escritor, Lena, agrónomo, esposa de Sóbolev, y muchos otros. La preocupación del escritor ante el peligro global de conflicto termonuclear se funde con su preocupación cívica por las posibles duras consecuencias de la subestimación de los logros culturales y éticos y las enseñanzas políticas del pasado; por las consecuencias del pragmatismo estrecho, del enfoque utilitarista y mercantilista de los problemas de la economía nacional.

También aquí continúa la discusión interna del personaje principal con Pável Polosujin, su predecesor. Reconociendo a todos su mismo derecho a la dignidad humana, dialogando con cualquiera como con un igual y esforzándose por llegar a la comprensión recíproca en cada caso dado, Sóbolev mira con la misma simpatía y sentido de la responsabilidad a las personas desconocidas que todavía no han nacido, a nuestros lejanos descendientes. Pensando en los que vivirán después de nosotros, aprende a prever los resultados próximos y lejanos de la presente actividad. Comprende que, con el incremento del poderío tecnocientífico, aumentará en muchas veces la eficiencia de cada decisión adoptada y, por consiguiente, el precio que han de pagar los pueblos, los países y, a veces, la humanidad entera por todo ejercicio impensado, incompetente y amoral del poder.

En el verano de 1985, la televisión soviética mostró el serial *En aras del futuro*, basado en la primera parte de la novela.

Los lectores y los televidentes ven con satisfacción en los personajes de la novela y del serial rasgos que en nuestros días son sumamente necesarios al dirigente de cualquier rango: el realismo en las apreciaciones, la disposición a aprender de la vida y del pueblo. La democracia, la publicidad y el carácter abierto de la dirección ganan la confianza de las masas, fomentan la energía creativa y la iniciativa de trabajadores y hacen del sentido de la responsabilidad por el hoy y el mañana de la Tierra sentimiento verdaderamente general.

La novela, nacida en la entraña de la vida contemporánea, –está todavía sin terminar– irrumpe eficientemente en la vida, ayuda a afianzar lo nuevo y critica lo caduco, lo nocivo, lo que es un freno para el progreso. Es una novela-investigación y, al mismo tiempo, una novela-advertencia y una novela-previsión.

Monasterio de la Santísima Trinidad de San Sergio
1919. (xilografía)

VLADIMIR FAVORSKI

(Véase el artículo de Yuri Guerchuk)

Ilustración para *Teatro de Clara Gazul,*
de Próspero Mérimée. 1927 (xilografía)

Una de las iniciales para
Las opiniones de Jerónimo Coignard,
de Anatole France.
1918 (xilografía)

FECHAS MEMORABLES

PARA EL 75 ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO

RECORDANDO A GALINA NIKOLAEVA

La escritora soviética Galina Nikoláeva (su auténtico apellido es Voliánskaya) nació en 1911 en la aldea de Usmanka de la provincia de Kémerovo. Su padre fue maestro de escuela. En 1935 Galina se diplomó en el Instituto de Medicina de la ciudad de Gorki. En los años de la Gran Guerra Patria trabajó en un hospital de sangre. Entró en la literatura como poetisa. Las poesías que en 1945 envió a la revista Znamia *llamaron la atención de los redactores por su cautivadora sencillez a la par que su espíritu maduro. Al cabo de un año vio la luz su primer poemario* A través del fuego. *Mientras tanto, Galina Nikoláeva empezó a practicar, y con buen éxito, la prosa. Su primer relato* La muerte del comandante de ejército *(1945) obtuvo un alto aprecio de los lectores y la crítica.*

Sin embargo, obtuvo reconocimiento auténticamente universal su primera novela La cosecha *(1950) que trata del restablecimiento de la economía koljosiana después de la guerra, de los duros destinos de quienes sobrevivieron la contienda. Por esta obra a Nikoláeva se le otorgó el Premio Nacional de la URSS.*

No es menos conocida otra novela suya, El combate en el camino *(1957), que narra la vida de una fábrica de tractores, las relaciones entre los individuos y la colectividad en la sociedad socialista. Según testimonia Maxim Sagalóvich, esposo de la escritora, François Mauriac, al haber encontrado en 1960 a Nikoláeva en París, le dijo: "Madame, admiro su talento. Su novela sobre una fábrica se lee como una sobrecogedora historia de amor..."*

A la par que obras de género grande, Nikoláeva escribe novelas cortas y relatos. Se conoce asimismo como una ensayista reflexiva, de pluma aguda.

En 1963 una grave enfermedad cardíaca cortó prematuramente la vida de Galina Nikoláeva. Quedó inconclusa su novela Una potente interacción, *dedicada a los físicos soviéticos, que, junto con las novelas precedentes, concluiría una trilogía sui generis sobre las principales esferas de nuestra realidad, sobre los vanguardistas de la agricultura, la industria y la ciencia.*

El año en curso se cumple el 75 aniversario natalicio de la escritora. Para esta efemérides, la Editorial Sovetski Pisátel, de Moscú, ha preparado la recopilación Recuerdos sobre Galina Nikoláeva. *Entre los autores del libro figuran el crítico Alexandr Makárov, las poetisas Margarita Aliguer y Agnia Bartó, el escritor Alfred Kurella (RDA), el guionista Maxim Sagalóvich.*

En este número ofrecemos a la atención de nuestro lector los recuerdos de Konstantín Símonov y Serguéi Antónov publicados en la mencionada recopilación.

Konstantín Símonov

UNA ESCRITORA DE TALENTO...

Recuerdo muy bien las primeras poesías, escritas durante la guerra, de Galina Nikoláeva, autora de grandes dotes literarias y gran valor personal.

Recuerdo también cómo, a comienzos de 1945, vine a la redacción de la revista *Znamia*, y Vsévolod Vishnevski, Nikolái Tijonov y Anatoli Tarasénkov me contaron con júbilo y emoción sobre una nueva poetisa, médico castrense, que envió a la redacción todo un cuaderno de poemas de talento. Y, como se acostumbraba en *Znamia* de aquel período, los versos eran en el acto leídos, quizás por quinta o décima vez, a cada nuevo oyente.

En el número de febrero de 1945 de *Znamia*, en el mismo donde comenzó a publicarse *La Joven Guardia*, de Alexandr Fadéev, aparecieron los primeros diecinueve versos de Nikoláeva, dedicados a la vida en la guerra.

A propósito sea dicho, Fadéev siempre apreció altamente las dotes literarias de Nikoláeva, considerándolas unas de las más prometedoras en nuestra literatura.

Galina Nikoláeva llegó a la literatura portando una rica y amar-

ga experiencia de vida, y la entereza propia de todos sus libros distinguió también sus primeros versos, escritos en 1945:

Aquí, como la separación, es habitual la muerte
En el trajín de cada día casi no se siente.
Sí, todos saben lo que encierra
El breve vocablo: la guerra.

En el verso *El testamento* habla de que el mejor recuerdo que dejó el sucumbido es la lucha por la causa a que entregó su vida.

Galina Nikoláeva fue una persona y una escritora muy necesaria a la gente. Con su obra, y en especial con su novela *El combate en el camino*, hizo mucho bien a la gente. El título de esta novela resultó ser autobiográfico ya que la vida de la escritora fue un verdadero combate en el camino contra la enfermedad.

Galina Nikoláeva luchó toda su existencia por nuestra gran causa soviética en la que creía profunda y apasionadamente.

Nikoláeva poseía una firme mano y voluntad de literato y nunca se arredró ante la necesidad de hablar a plena voz sobre su amor al bien y su odio al mal no abstracto sino concreto que aún subsistía en nuestra vida. Para ella tanto el bien como el mal tenían sus señas concretas y, por eso, en torno a sus libros siempre se libraban disputas, y a ella se la respetaba por la entereza del carácter.

Galina Nikoláeva falleció en la plenitud de sus fuerzas. Sí, así es, a pesar de su larga y extenuadora enfermedad. En 1962 la encontré por casualidad en el Sur de Italia, donde pasaba un tratamiento. Ya entonces estaba gravemente enferma, pero bastaba con escuchar con qué pasión hablaba de los problemas de la física moderna, de los científicos, viejos y jóvenes, con los que trataba al trabajar en su nueva novela, de las relaciones recíprocas entre la ciencia y la producción y de los conflictos que surgen dentro de estas relaciones, para comprender que rebosaba fuerzas espirituales y un vivo interés por la vida y la gente, aunque ella misma sabía que estaba gravemente enferma y que su vida podía cortarse en cualquier momento.

Galina Nikoláeva fue una persona de duro destino, de gran talento y estoicismo.

Serguéi Antónov

UNA PALABRA SOBRE UNA VERDADERA PERSONA

A mí me parecen sobre todo atractivas dos particularidades del carácter de esa mujer sorprendentemente talentosa.

Si una persona es creadora –no obligatoriamente en la esfera de la literatura o la pintura–, si se distingue por su actitud no formal sino creadora para con el trabajo en que se ocupa, los rasgos de

su carácter no desaparecen junto con ella. Continúan viviendo inmortalizados en sus obras, influyendo en la gente, educando a las nuevas generaciones.

Galina Nikoláeva vive en sus obras porque en ellas son perdurables los mejores rasgos de su carácter.

¿Cuáles son?

Al leer la sufrida *La cosecha* o el abiertamente ingenuo *Relato sobre el director de la estación de máquinas y tractores y el agrónomo*, o la profunda y casi científica novela *El combate en el camino*, uno se da cuenta de que a los protagonistas de estas obras los distingue una misma cualidad: su carácter monolítico. Cada uno de ellos posee una única concepción de vida y una única moral. No desunen su conducta en la vida cotidiana de la conducta en el trabajo. Poseen una semblanza común, las mismas normas de medición del bien y el mal, de la verdad y la falsía, de la justicia y la injusticia.

En este sentido su protagonista Bájirev es un gran logro de nuestra prosa moderna.

¿Por qué estos personajes constituyen un logro de la escritora? Porque todos ellos, pese a ser caracteres distintos, en una u otra medida son la propia Galina Nikoláeva. Ella siempre se atuvo a sus principios, tanto en la vida cotidiana como encontrándose en la presidencia de un congreso de escritores o en un festín, entre los amigos.

Esta inapreciable cualidad de la verdadera persona pervive en los libros de Galina Nikoláeva.

La épica prosística se la puede dividir en tres categorías muy distintas en dependencia de la correlación entre el protagonista y el medio que lo circunda.

Yo colocaría en el primer grupo las novelas que ponen a su protagonista en primer plano, y todo lo demás: personajes secundarios, el ambiente, el paisaje, el trabajo, etc., no son más que el fondo, la decoración, necesarios para revelar el carácter del protagonista.

Ocurre también lo contrario. Los personajes secundarios, casuales, los debates en las reuniones, los campos, los ríos, los trajes y los peinados están descritos con mucho esmero, con todos los detalles, casi fotográficamente, mientras que el protagonista a quien le incumbe expresar el mensaje de la obra se hunde en estos circunstanciados pormenores y se rebaja hasta el papel de un comparsa inexpresivo.

En los libros de Galina Nikoláeva no hay nada de eso.

Tanto *La cosecha* como *El combate en el camino* se distinguen por una neta y armónica correspondencia artística entre el héroe principal y el medio en que actúa. De sacarlo del ambiente en que lo colocó el autor, se derrumbará toda la construcción de la obra. El protagonista de Nikoláeva es una parte indispensable de la vida que describe, una parte indispensable y el creador de esa vida.

También en este respecto la escritora se parece a sus personajes. Ella no necesitó de los llamamientos como: "¡Aproximaos a la vida!", porque se percibía a sí misma como parte de la vida

que describía, como parte del mundo creador que bullía en torno suyo. Sentía agudamente su responsabilidad personal por todo lo que sucedía en el país. Nunca se preocupó del bienestar propio, sino siempre del bienestar del pueblo.

Esta inapreciable cualidad de Galina Nikoláeva se transmite a los actuales lectores de sus libros.

Nikoláeva no consideraba la literatura su oficio. Era para ella un quehacer cotidiano tan natural como respirar, una noble y audaz superación de enormes dificultades, la razón de su vida, a la que se podría calificar también como el combate en el camino.

Breves

MUSEO LITERARIO

La colección del Museo Nacional Literario abarca varios centenarios de la cultura librera rusa. En sus fondos se conservan tomos manuscritos e incunables, en total, más de 42 mil libros raros. Entre ellos *El viaje de Petersburgo a Moscú*, de Alexandr Radíschev (de la tirada impresa por el autor mismo en 1790 y liquidada por disposición de Catalina II quedan tan sólo 14 ejemplares), la edición príncipe del *Cantar de las huestes de Igor*, preparada por el conde Alexéi Musin-Pushkin. En la exposición, abierta en el edificio principal del museo, las Cámaras de Narishkin del antiguo monasterio Visoko-Petrovski, se exhiben numerosos libros autografiados por los escritores. Los libros que pertenecían a los decembristas exiliados, la primera edición de la comedia *La desgracia de tener talento*, de Alexandr Griboyédov, con las hojas del texto prohibido por la censura añadidas a ella, el primer tomo de la primera edición, de *Obras*, de Alexandr Pushkin, con firmas, en la primera página, de Iván Turguénev, Nikolái Nekrásov, Iván Panáev, Alexéi Písemski, así como volúmenes con autógrafos de Antón Chéjov, Alexandr Blok, Iván Bunin. Una parte notable de los fondos artísticos del museo la constituyen dibujos hechos por los literatos. La exposición presenta autorretratos de Bátiushkov, Turguénev, Grigoróvich, paisajes de Zhukovski y Polonski, acuarelas de Voloshin, ilustraciones hechas por Andréi Beli para sus libros.

NUEVA TEMPORADA DEL BOLSHOI

Según la tradición, el Teatro Bolshói inauguró la temporada de 1985 con la ópera de Glinka *Iván Susanin*. Con motivo del XXVII Congreso del PCUS, la compañía preparó la ópera-oratorio *Doscientos diez pasos*, del compositor Viacheslav Agafónnikov, según el poema de Róbert Rozhdéstvenski, y el ballet *Timur y su pandilla*, música de Andréi Podelski, basado en el relato de Arkadi Gaidar. El Teatro dedicó asimismo al Congreso los conciertos que se celebraron en su escena y en las de otras ciudades (anualmente el Teatro ofrece más de mil conciertos y espectáculos en distintas escenas del país).

Recientemente la compañía estrenó el ballet en un acto *La dama del perrito*, según el relato de Chéjov, con música del compositor Rodión Schedrín. El papel principal lo interpreta Maya Plisétskaya, Héroe del Trabajo Socialista.

El Bolshói continúa su labor en el repertorio clásico. En mayo se estrenará la ópera *Werther*, de Massenet, en la que como directora de escena debuta la cantante del Teatro Elena Obraztsova. Los jóvenes artistas del Teatro preparan la ópera *La bella molinera*, de Paisiello.

CONOCERSE MEJOR UNOS A OTROS

Borís Nikolski

UN HUESPED DE GEORGIA, O HABLANDO UN POCO DE LA LIBERTAD DE CREACION

¿Por qué he decidido escribir precisamente de este encuentro? ¿Por qué entre las innumerables charlas con mis colegas extranjeros precisamente ésta se ha grabado en mi conciencia con una precisión, diría, taquigráfica? ¿No será porque traslucía algo más que el simple intercambio de pareceres entre dos interlocutores? En ella parecían haber chocado dos posiciones, dos modos de ver las cosas, dos mundividencias y, a la vez, parecía haberse reflejado el anhelo a contactar, el deseo de comprenderse mutuamente, tan característicos hoy en día para muchísima gente que reside a ambos lados del océano. Sea como fuere, mientras ese encuentro perdura en mi memoria, quisiera hablar de él.

..Un rostro abierto, jovial, simpático. Diría que toda su figura respiraba amor a la vida, una energía optimista y un carácter comunicativo. Y su corbatín parecía subrayar sobradamente la desenvoltura del artista, su naturaleza espontánea.

No bien la intérprete me hubo presentado al huésped (el escritor norteamericano de Georgia) y nos hubimos dado un apretón de manos, el hombre, indicando la insignia de diputado al Soviet de Leningrado que yo llevaba en la solapa, me preguntó qué era y qué significaba.

Yo le expliqué y añadí que muchos escritores soviéticos se eligen no sólo a los Soviets de diputados locales, sino también al Soviet Supremo de la URSS o a los Soviets Supremos de las repúblicas federadas.

– ¡Oh! –exclamó sonriendo el norteamericano–. En Estados Unidos no se confía tanto en los escritores–. Seguidamente, agregó, no sin cierta segunda intención–: Aunque, el verdadero artista siempre debe mantenerse en oposición al poder, al gobierno, ¿no es así?

Mientras la intérprete me traducía la frase, él, siempre sonriente, seguía mirándome abierta y jovialmente.

– El quid reside respecto a qué poder y a qué gobierno, –repliqué–. Si el gobierno trabaja en nombre del pueblo y por el bien del pueblo, si precisamente en esto ve su meta suprema, ¿puede el artista genuino que sirve a su pueblo no apoyar ese gobierno con toda el alma?

Mi interlocutor en respuesta afirmó apresuradamente con un gesto. No sé si sería porque realmente estaba de acuerdo conmigo o porque yo debía comprender: sí, sí, todo eso no es nuevo para mí y yo no esperaba oír de usted otra cosa. Por lo general, así afirma la persona concentrada en una idea fija y que se apresura en formular la siguiente pregunta. En efecto, apenas el norteamericano escuchó la traducción, espetó:

– De todos modos... De todos modos yo quisiera que usted me dijera qué actitud mantienen ustedes, los de la Unión de Escritores, hacia el partido y el gobierno, ¿de qué tipo son las relaciones que sostienen?

– Creo haber contestado a esta pregunta –dije.

– Bien, voy a aclarar mi idea –dijo el huésped–. Digámoslo de otra manera: el partido, como he comprendido, exhorta a que los escritores sean fieles a las ideas del socialismo. ¿Es así?

– Sí, correcto –afirmé.

– Entonces, si el escritor debe seguir ciertas ideas, ya no puede ser libre en su creación. Porque exigir que el artista sea fiel a tal o cual idea, ¿no significa emplear la fuerza respecto a su creación? Y ese constreñimiento ¿no debe a la vez despertar la protesta del verdadero artista?

Todo esto fue pronunciado con franco énfasis y tenaz aplomo. El escritor esperaba con interés mi respuesta.

Pareciera que a preguntas semejantes nuestra literatura multinacional contestó ya con sus mejores logros, que devinieron la gloria y el orgullo de la cultura mundial. No obstante, de vez en cuando uno tiene que oír nuevamente razonamientos de este tipo. Con la particularidad de que los formulan con frecuencia quienes conocen la literatura soviética no porque la hubieran leído ni por el trabajo real de los escritores soviéticos, sino que juzgan de ella lo que se dice de oídas, por las obras de distinto tipo de "sovietólogos" y demás especialistas de la misma calaña.

– Usted está equivocado –objeté–. Y vea por qué. Partiendo de que la base de la literatura auténtica, de la literatura clásica rusa en particular, de la cual tratamos de ser sus herederos y seguidores, siempre descansaba en la aspiración a la justicia, en la fe en el bien, en la esperanza en el triunfo del humanitarismo sobre las fuerzas del mal y la violencia, ¿cómo nosotros, los escritores soviéticos, podemos no ser fieles a las ideas del socialismo? Porque éstas conducen a la realización práctica de los sublimes ideales de que se nutría la literatura clásica rusa y de los que se nutre hoy la literatura soviética. Así que la fidelidad a las ideas del socialismo es para nosotros una necesidad natural del corazón. Y las

tareas que nos plantea el partido, y las que nos planteamos a nosotros mismos, corren parejas.

– Pues bien –dijo mi interlocutor–. Entonces plantearé la cuestión más concretamente: ¿Tiene el escritor soviético el derecho y la posibilidad de expresar su disconformidad con algunos aspectos de la vida de la sociedad en que vive? ¿Puede afrontarlos de modo crítico?

– Naturalmente –respondí y para mis adentros pensé: si este hombre conociera un poco mejor nuestra literatura, si hubiera leído aunque sólo sea varias obras importantes de los escritores soviéticos contemporáneos, seguramente no habría preguntado semejantes cosas y yo no habría tenido que explicarle verdades elementales–. Naturalmente –repetí–, y, hablando con fundamento, citaré tan sólo un ejemplo. En tiempos nuestros partido y pueblo estaban muy preocupados por la situación de nuestro agro. Y precisamente nuestra literatura hizo bastante para atraer la atención de la opinión pública hacia las cuestiones no resueltas del campo, hacia los problemas, con frecuencia agudos, espinosos, en torno a los cuales se discutía vivamente. Es claro, no siempre resulta sencillo declarar una opinión propia, un punto de vista propio, manifestarse en contra de las nociones ya caducas que se han hecho ley. Para eso se necesita tener talento y valor cívico. Nuestra literatura, nuestros mejores escritores poseen estas cualidades. Basta recordar a Valentín Ovechkin, Fiódor Abrámov, Víctor Astáfiev, Valentín Rasputin, Vasil Bíkov...

Esta vez mi interlocutor me escuchó con mucha atención, ya no afirmaba con prisa y sólo dijo:

– Muy a pesar mío no he leído a estos escritores. En nuestro país editan y traducen muy poco la literatura soviética contemporánea. Naturalmente, es de lamentar. Nosotros deberíamos conocernos mejor...

No pude contenerme y observé que la literatura norteamericana, la contemporánea inclusive, en nuestro país se traduce y edita ampliamente; en todo caso, las obras de los escritores norteamericanos se editan en la Unión Soviética con mucha mayor frecuencia que las de los escritores soviéticos en los Estados Unidos.

– Sí, eso es cierto... –dijo compungido el huésped–. Pero hay que esperar que la situación cambiará en sentido favorable.

– Confiemos en ello –dije.

No era la primera vez que en las pláticas con los escritores extranjeros yo, como también mis compañeros de pluma, tuvimos que tratar este tema. Recuerdo que unos diez años atrás, cuando con un grupo de escritores soviéticos visité EE.UU., una traductora de literatura rusa, refiriéndose a las dificultades surgidas ante la publicación de obras soviéticas las explicó así: "Mire –decía ella–, al lector norteamericano le será simplemente difícil comprender algunos aspectos específicos de la vida y la historia de su país. Por ejemplo, a nuestro lector le son poco comprensibles y ajenas las penalidades que tuvieron que supervivir los soviéticos durante la guerra. Esto espanta a los editores". No puedo afirmar que

dicha explicación me hubiera parecido entonces convincente en mínimo grado. Porque de razonar de tal manera, muchos aspectos de la realidad estadounidense, digamos, la vida del Sur norteamericano, también son bastante ajenos para el lector soviético. Sin embargo, en nuestro corazón encuentran eco Faulkner, Baldwin y Updike y otros muchos escritores norteamericanos. Aunque, también hubo otra explicación: "En Norteamérica –me decían–, al lector medio le interesa poco el libro como obra artística. Más le interesa todo cuanto sucede en torno a ese libro. Dígale a ese lector: 'De tal libro nunca se separa el famoso deportista Fulano' o 'Esta novela indignó al hombre político Mengano', o 'Este libro lo hallaron en el apartamento de una actriz asesinada', y ese libro tendrá asegurado el interés del público. Dicho de otro modo, el papel esencial lo desempeña la publicidad. Y la publicidad es, si quiere, también política".

Sea como fuere, éste es un problema que hoy inquieta al literato norteamericano.

Mi interlocutor no sin cierta tristeza confesó que desconocía los libros de los escritores soviéticos contemporáneos. Si bien trató en el acto de volver la conversación al cauce anterior, al tema que, por lo visto, le preocupaba sobre todo.

– Yo quisiera saber –dijo–, si su Unión de Escritores está en condiciones de defender a tal o cual literato de haber sido violados sus derechos. Para que usted comprenda mejor qué es lo que tengo en cuenta, me permitiré contarle una historia sucedida en mi país, en el Estado de Georgia. En éste fue preparado un proyecto de ley que prohibía la venta libre de obras que pudieran contener en el texto o en las ilustraciones elementos eróticos o pornográficos. Según la idea de los autores del proyecto, la ley debía preservar, defender del influjo pernicioso la moralidad de los niños y adolescentes. El gobernador del Estado, que debía firmar este proyecto antes de que tuviera fuerza de ley, se vio, hay que reconocerlo, en una situación penosa, porque si se negaba a firmarlo, le culparían de que él promulgaba la depravación de los menores de edad, pero en caso de que lo firmara, de que atentaba contra la libertad de prensa, la libertad de palabra, la libertad de creación. ¿Cómo proceder? El gobernador al fin y al cabo firmó el proyecto. Por de pronto, nosotros, los escritores, ni dudábamos de que así sería. Pero por el momento callábamos, aguardábamos cuando se consumaría. Pero no bien puso su firma bajo el proyecto, apelamos al juzgado federal con la protesta, alegando de que esa ley infringía el artículo de la constitución que garantiza la libertad de prensa. Y el juzgado nos dio la razón, reconociendo que aquella ley contradecía a la constitución. Nosotros ganamos. Y no se trata de que nosotros supimos defender, salvar de tal manera nuestros libros, en los que hay elementos eróticos y pornográficos, sino del principio en sí. ¿Está usted de acuerdo?

– No –emití–, no estoy de acuerdo. En cuanto a la libertad de creación nosotros tenemos otro parecer. No puede haber una libertad abstracta, una libertad en general. De esto partimos nosotros. Yo, por ejemplo, no puedo comprender ni aceptar la situación cuando, digamos, el criminal que comete un asesinato atroz y es condenado por ello, escribe sus memorias, y las casas editoras rivalizan por el derecho de publicarlas. ¿Qué, también eso es "libertad"? Si bajo el emblema de libertad de prensa y libertad de creación se predica la violencia, la crueldad, la pornografía y la misantropía, perdone usted, pero no, no necesitamos "libertad" de esa clase. Tal "libertad" no hace sino pisotear la dignidad humana.

– Yo también estoy en contra de la crueldad y la violencia –dijo mi interlocutor–. Sin embargo, a eso no hay que darle mucha importancia.

– ¿No? ¿Y por qué? Tomemos, por ejemplo, la propaganda de la guerra. Si en la Unión Soviética de pronto a alguien se le ocurriera escribir un libro que tratara de una futura guerra con EE.UU. y que glorificara, digámoslo así, esa guerra, semejante libro no lo publicaría ni una editorial. Aunque también nosotros tenemos una constitución que garantiza la libertad de palabra. Pero tenemos asimismo una ley que prohíbe la propaganda de la guerra. Mientras que en Norteamérica, yo sé que salen libros y se proyectan filmes de ese tema. Y eso también se explica por la necesidad de observar la libertad de prensa y la libertad de creación ¿no es así? Nosotros, le diré francamente, estamos en contra de semejante "libertad".

– No hay que tomarlo tan en serio –repitió mi interlocutor–. Esos libros y esas películas no tienen un valor decisivo. Le aseguro que en nuestro país nadie quiere la guerra contra ustedes. Los norteamericanos queremos la paz.

– Pues si las cosas son realmente así, eso es bueno. Sin embargo, como usted sabrá, las relaciones soviético-norteamericanas han empeorado no por culpa nuestra...

– Sí, es cierto –dijo el huésped–. Hay que mejorarlas. ¿Y sabe qué habría podido influir sustancialmente para que mejoraran?

– ¿Qué? –pregunté.

– Si su país... Es que para nosotros, los norteamericanos, hay muchas cosas incomprensibles en su país, en su sistema. Estoy seguro de que si ustedes cambiaran un poco su régimen, eso de inmediato se reflejaría en nuestras relaciones en sentido favorable.

¡Véase qué solución tan sencilla! Resulta que en cuanto nuestro país haga algunas concesiones, cambie su régimen o, dicho de otro modo, renuncie a las conquistas del socialismo, llegará la paz y la bienaventuranza.

– ¿No le parece –objeté– que semejante posición resulta bastante extraña? Así nunca lograremos nada. A nosotros, los soviéticos, también mucho nos resulta incomprensible de cuanto sucede en su país, con muchas cosas no estamos de acuerdo. Sin embargo, nosotros no ponemos condiciones, no decimos: cambien esto y aquello y entonces nuestras relaciones mejorarán enseguida. Al fin y a la postre es asunto intestino de cada país y pueblo cómo vivir, y eso debe considerarse.

Mi interlocutor me escuchaba, afirmando mientras yo hablaba. Pero, ¿comprendía lo que yo quería decir? ¿Estaba de acuerdo? No había pasado en la URSS aún varios días y ya intentaba juzgar sobre cómo debíamos llevar a cabo nuestros asuntos interiores. ¿De dónde procedía esa prevención, esa conciencia programada?

Aunque, era posible que en ese momento, mientras me miraba y atendía mis palabras él pensaba de mí casi lo mismo que yo de él. Sea como sea, el propio hecho de que estábamos sentados frente a frente en la Casa de los Escritores de Leningrado y platicábamos de cuanto nos inquietaba a ambos, naturalmente, mucho significaba.

– Sin embargo, ustedes en su país, como he notado, también cultivan el antiamericanismo –soltó de pronto mi interlocutor.

A estas palabras yo no pude por menos que demostrar mi pasmo.

– ¿Nosotros? ¿El antiamericanismo? En lo que respecta al pueblo norteamericano, siempre le profesamos respeto y profunda simpatía.

– Entonces debemos confiar más el uno en el otro –dijo mi interlocutor–. No debe creerse que en Estados Unidos alguien piense en la guerra contra la Unión Soviética...

– No obstante, precisamente Norteamérica renunció a ratificar el tratado SALT-2 –objeté.

– Qué se le va a hacer... –el norteamericano separó las manos–. Usted sabe que el presidente en su tiempo firmó ese tratado, pero el Senado... En nuestro país rige la democracia. Sin embargo, le aseguro que el pueblo en su inmensa mayoría está a favor de que se llegue a un acuerdo con su país...

"¡Vaya con las paradojas de la democracia! –pensé–. El pueblo en su inmensa mayoría está a favor, y el Senado elegido por el pueblo, en contra..."

– La política es una cosa muy compleja –prosiguió mi interlocutor–. También tiene sus períodos de caída y de ascenso, de enfriamiento y calentamiento, es algo inevitable. Pero estoy seguro de que con el tiempo todo se arreglará, todo volverá a su cauce. Así que no tome muy a pecho todo lo que a veces dicen nuestros políticos...

– ¿No tomarlo a pecho! ¿Cómo es posible? Nosotros sabemos demasiado bien qué es la guerra. Aquí, en Leningrado, tan sólo a treinta minutos de viaje de este edificio en el que estamos conversando con usted, se encuentra el cementerio de Piskariovo, donde yacen centenares de miles de leningradenses que fallecieron durante el bloqueo...

– Perdone, ¿qué ha dicho usted? No he comprendido –pronunció preocupado el norteamericano.

– He dicho: en el cementerio conmemorativo de Piskariovo yacen centenares de miles de leningradenses que fallecieron durante la guerra. Entre los nativos de Leningrado quizá usted no encuentre ni a una persona que no haya perdido a algún ser cercano. ¿Cómo puedo no tomar a pecho todo cuanto hoy se habla de la paz, de la guerra, cuanto hoy acaece en el planeta!

El huésped permaneció callado un instante, inclinada la cabeza.

– Sí, sí, comprendo –dijo después de una pausa–. De todos modos, créame que nuestro pueblo igual que el suyo quiere la paz.

– Eso lo creo –dije.

Mi interlocutor se animó, y una sonrisa jovial volvió a iluminar su rostro.

– ¿Sabe usted cómo he caído por su país? –preguntó de improviso–. ¿Sabe por qué he decidido viajar aquí? Le contaré cómo sucedió. Una vez, ocurrió en Suecia, conocí en una recepción a una mujer rusa. Descubrí de pronto que era la primera vez en la vida que veía a una persona rusa. Sí, sí, imagínese, hasta entonces nunca había visto a un ruso. Aunque como usted sabrá, en Estados Unidos residen muchos rusos. Sin embargo, nunca los había visto. Y entonces pensé: ¿Cómo es eso? Hablamos tanto de las relaciones soviético-norteamericanas, de los rusos, de Rusia, y yo, escritor, sólo he oído hablar de ellos, los conozco en teoría. Decidí que esa laguna había que llenarla urgentemente. Y ya estoy aquí –él rió, y yo sonreía en respuesta–. Y no lamento haber emprendido este viaje. Por de pronto, cuanto mejor nos conozcamos, tanto más frecuentemente nos reuniremos para hablar y discutir y tanta más confianza reinará en el mundo.

– Sí, es cierto –dije–, es muy cierto.

– Por eso, si usted llega a caer por Estados Unidos, venga a visitarme a Georgia. –El me tendió su tarjeta de visita–. Tendré el gusto de verlo.

– Gracias –dije sonriendo–. Sin falta.

Naturalmente yo comprendía que era poco posible que alguna vez llegara a visitar a este hombre. Pero su invitación gentil –¡qué importancia tenía que fuera simbólica!–, como si se tratara realmente de ir a ver a un vecino, tenía hondo sentido. Porque qué ganas tiene uno de confiar en que en la Tierra lleguen los tiempos cuando todos los pueblos, los países todos se vuelvan buenos vecinos. En todo caso, al despedirnos, el apretón de manos fue de corazón.

Pasado algún tiempo después de la partida de mi nuevo conocido, a la Unión de Escritores llegó una carta suya. Agradecía la hospitalidad y decía que recordaba con placer nuestra franca charla en Leningrado, en la Casa de los Escritores. Quisiera creer que sus palabras no eran una muestra de cortesía, que así era en realidad. Quisiera creerlo.

Vera Kutéischikova

INICIOS DE LAS RELACIONES CULTURALES ENTRE AMERICA LATINA Y RUSIA

La historia de las relaciones culturales y literarias entre América Latina y Rusia últimamente despierta gran interés tanto de los especialistas como de amplios círculos de lectores.

Desde hace tiempo investiga este tema Vera Kutéischikova, Doctora en Filología, conocida latinoamericanista, autora de varias monografías, entre las cuales citemos La novela en América Latina y el siglo XX, La novela mexicana, La nueva novela latinoamericana *(escrita en colaboración con Lev Ospovat).*

Hoy publicamos el artículo en el que la estudiosa examina los inicios de las relaciones literarias entre América Latina y Rusia y en adelante, continuaremos publicando sus investigaciones dedicadas a la historia de las relaciones culturales entre nuestros pueblos.

Los primeros datos acerca del Nuevo Mundo llegaron a Rusia a comienzos del siglo XVI. Desde entonces las relaciones literarias entre la América hispanoparlante y Rusia fueron desarrollándose muy lentamente. El período comprendido entre los siglos XVI y XVIII no era sino un largo prólogo al proceso de intenso acercamiento de las culturas de estas dos regiones del mundo, proceso que en el siglo XIX y, sobre todo en el XX dio enjundiosos frutos.

Las primeras noticias sobre el Nuevo Mundo en la literatura rusa están relacionadas con el nombre de Máximo el Griego, notable personalidad de la cultura rusa del siglo XVI. Estas noticias que encontramos en sus *Anales* son muy importantes, como también lo es toda la obra, que, propiamente dicho, pertenece a la literatura rusa antigua. Pese a que contiene serios errores geográficos, su valor consiste en que comunica la fecha exacta de la expedición de Cristóbal Colón (sin mencionar su nombre), así como da la característica del sentido histórico de la Conquista, cuyo resultado fue la implantación en América de la religión y la cultura nuevas: "Ahora allí se ha inaugurado un mundo nuevo, una comunidad humana nueva". Sólo un destacado pensador podría apreciar con tanta perspicacia, desde el otro confín del mundo, la relevancia y las consecuencias del descubrimiento de América.

En Rusia, una de las primeras y más importantes fuentes de información sobre las tierras descubiertas fue la *Crónica,* de Marcin Bielski. A ella recurrían los autores de cronografías rusas. En la *Cronografía* de 1617 encontramos una información sobre la expedición de Colón, en la que por primera vez en ruso aparece el nombre del descubridor del Nuevo Mundo –"Colimbos"– y también por primera vez se aplica el nombre de América a las tierras descubiertas. Es característico que esta información repite la idea muy en boga en aquel entonces en Europa acerca de que los indígenas eran caníbales. Las cronografías rusas relataban a su manera las noticias sobre América, sacadas de los textos europeos, repitiendo inexactitudes y absurdidades que podían encontrarse allí.

En el siglo XVII, además de cronografías, informaban sobre América libros de historia y geografía traducidos, que de modo seductor representaban las riquezas que los conquistadores españoles encontraron allende el océano.

En la época del reinado de Pedro I crecen considerablemente el interés hacia Hispanoamérica y los conocimientos sobre el continente, basados ya en el interés práctico del Estado Ruso. A comienzos del siglo XVIII se trazan los proyectos del establecimiento de relaciones comerciales con España y sus colonias, que, sin embargo, no llegan a realizarse. Al mismo tiempo, los navegantes rusos realizan felizmente expediciones al Norte de América y, asegurándose allí, se convierten en vecinos inmediatos de California, que en aquel entonces formaba parte del virreinato de Nueva España. Este hecho explica la aparición en el diario capitalino *Sankt-Peterbúrgskie védomosti* ("Noticiero de San Petersburgo"), de 1741, de toda una serie de artículos bajo el título "Noticias de California".

El progreso en el campo de la instrucción, que comenzó en la época de Pedro I, también constituía un factor de suma importancia. Los libros de geografía e historia del mundo llegaron a ocupar lugar preeminente en la producción impresa y ofrecían una información más exacta y detallada sobre Iberoamérica que las cronografías de los siglos XVI y XVII. Ya no se trataba de la fabulosa "gran isla América, poblada de caníbales", sino de datos etnográficos y económicos concretos. A medida que Rusia iba intensificando sus contactos con Occidente, transformándose de Moscovia en Rusia Europea, su noción de otros pueblos se hacía más nítida. Podemos decir que precisamente desde aquel entonces la Conquista como consecuencia principal del descubrimiento del Nuevo Mundo, así como las circunstancias que la acompañaban, sus resultados y, sobre todo, la crueldad de los conquistadores llegan a ser uno de los *leitmotivs* constantes en el tema hispanoamericano de las letras rusas.

En el siglo XVIII las ediciones periódicas y, sobre todo, las *Observaciones para el "Noticiero de San Petersburgo"*, devienen permanente fuente de información sobre el Nuevo Mundo. En estas publicaciones se hace referencia del "proceder inhumano de los españoles", de "Las Casas, gran defensor de los indios oprimidos". La Conquista llega a ser un tema continuo que en los artículos rusos dedicados a Iberoamérica se analiza desde distintos puntos de vista. La idea principal es la reprobación resuelta de los métodos con que se colonizaba a la población indígena. Al mismo tiempo se examina el problema del poder colonial, la esclavización de los negros y la opresión de los indios por parte de los españoles, así como las consecuencias económicas que para España traía a colación la Conquista de América.

La Conquista en todos sus aspectos fue importante objeto de estudio del pensamiento ilustrador europeo del siglo XVIII. La literatura rusa no quedó a la zaga. El primero en expresar su opinión sobre la Conquista fue Mijaíl Lomonósov, "padre y ayo" de

la literatura rusa, como lo llamara su lejano descendiente Vissarión Belinski, famoso crítico literario. Lomonósov incluyó tres decenas de versos dedicados a la distante América colonial en su *Carta sobre el provecho del vidrio* (1752), modelo de la poesía rusa científica. Surgidos en el contexto de los razonamientos acerca de las ventajas que tiene el vidrio sobre los minerales y la predicación del trabajo y la ciencia, estos versos censuran ásperamente a los conquistadores que se lanzaron a extraer metales preciosos.

Desde mediados del siglo XVIII el tema de Iberoamérica ocupa notable lugar en las letras rusas, ya que, a pesar de su "exotismo", permitía a los escritores expresarse acerca de Rusia.

Cinco años después de publicada la *Carta sobre el provecho del vidrio*, la imagen de los codiciosos conquistadores aparece de nuevo en la poesía *Acerca de América*, de Alexandr Sumarókov, quien la inserta en su revista *Trudoliubívaya Pchelá* ("La abeja laboriosa", 1759). Sumarókov, joven representante de la generación de Lomonósov, destacada personalidad literaria rusa de su época, compartía la reprobación de la Conquista expresada por su compatriota. Sin embargo, la interpretación del tema en Sumarókov tiene otro contexto ideológico. En diez líneas poéticas, su autor condena terminantemente la Conquista como manifestación de la barbarie y el fanatismo religioso:

Pusieron pie los europeos en la costa,
Donde se presentaron con descaro,
Y de purgar las almas deseosos,
Destruyen los cuerpos de los humanos.

A Sumarókov le era propio el librepensamiento religioso: criticando la crueldad que los propagadores del catolicismo habían manifestado en América, el poeta se pronunciaba contra la intolerancia religiosa en general.

Sumarókov escribió también otra obra dedicada a la Conquista. La historia de la colonización del imperio azteco a principios del siglo XVI le sirvió de material para reflexionar en torno al problema de mayor importancia para él: el problema del Poder. Esta obra, titulada *Conversación de Cortés y Moctezuma en los Infiernos*, está compuesta como un diálogo entre dos protagonistas de la conquista de México: uno, conquistador español triunfante; otro, ignominioso soberano azteca. Al encontrarse en el más allá, examinan el proceder y los errores de cada uno. La obra lleva el subtítulo "Los héroes necesitan benignidad y misericordia", que determina la idea principal del autor, adepto del absolutismo ilustrado y enemigo de la tiranía y el despotismo.

Es importante el problema que discuten estos dos personajes históricos. Cada uno de ellos acusa al otro de haber cometido atrocidades. Sin embargo, Cortés aduce un argumento irrefutable: él supo valerse del odio que infundía el emperador azteca a las tribus subyugadas y demuestra a Moctezuma cuán funesto fue su despótico reinado: "Tus vicios fueron causa de tu perdición. Tu soberbia y tu despotismo fueron mis mejores ayudantes en la conquista del reino mexicano y en su sometimiento al Estado Español".

El tema de Iberoamérica sigue desarrollándose en la literatura rusa de la segunda mitad del siglo XVIII. Gracias a los esfuerzos de Nikolái Novikov, destacado ilustrador ruso, quien en los años 80 del siglo XVIII encabezó el *Noticiero de Moscú* y fundó el *Suplemento del "Noticiero de Moscú"*, la sociedad rusa recibe difusa y diversa información acerca de los acontecimientos del mundo en general y de América en particular. En aquel entonces la mayor atención se prestaba, naturalmente, a la guerra por la independencia que se libraba en América del Norte, pero asimismo seguían publicándose noticias sobre Iberoamérica, que recibían una resonancia nueva en el contexto de la lucha liberadora de las colonias inglesas. A la tradicional censura de la explotación inhumana de los indios y los negros se sumaban los juicios acerca de la infructuosidad del régimen colonial en general y también acerca de la probable expansión de la lucha anticolonialista hacia el continente suramericano. "El gobierno español se extiende demasiado: causa perjuicios debido a los actos de los obispos y gobernadores, quienes compran sus grados... En una palabra, la administración es allí cruel en sumo grado. Estos son errores intestinos que, según parece, deben destruir el Estado Español en América". Esta conclusión, que hace el autor de un artículo publicado en el *Suplemento del "Noticiero de Moscú"* en 1783, suena bastante resuelta y perspicaz.

En este mismo sentido orienta Bogdanóvich su dilatado ensayo titulado *Sobre América.* Comienza por la característica general de las dos Américas, a la cual sigue una descripción, bastante viva y exacta, de las colonias ibéricas, reproduciendo el cuadro de la opresión y esclavitud que reinaban en las tierras del Nuevo Mundo. El énfasis anticolonialista de este ensayo correspondía a la disposición de ánimo del autor, que censuraba el régimen de servidumbre en Rusia.

El mencionado ensayo de Bogdanóvich, así como otras publicaciones de aquella época, traslucen la ligazón directa entre los autores rusos y la literatura francesa de la época de la ilustración, que desempeñó un importante papel en el movimiento socio-literario de Rusia del siglo XVIII. Para aquel entonces, del francés al ruso habían sido traducidos no pocos libros sobre Iberoamérica, que, directa o indirectamente sometían al severo juicio de la razón el colonialismo, el atraso social, el despotismo y el fanatismo religioso. Estos libros agudizaban el criticismo respecto a la actualidad rusa.

En relación a lo dicho es muy sintomático el eco que tuvo en Rusia *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, de Guillaume Raynal, obra en muchos tomos, que fue una iracunda acusación contra el colonialismo europeo. Varias partes de la misma tratan los problemas de la colonización y la opresión de América por parte de los conquistadores españoles y portugueses. En ella asimismo de manera poco halagüeña se caracteriza la monarquía absolutista

rusa. Con el nombre de Raynal está relacionada la creación de *Viaje de Petersburgo a Moscú*, de Alexandr Radíschev, obra de gran trascendencia en la literatura rusa del siglo XVIII.

La afinidad espiritual del primer escritor revolucionario ruso a las ideas de los ilustradores franceses es evidente. El mismo Radíschev lo declaró al comparecer ante el tribunal por su libro, que arredró a la emperatriz Catalina II. *Viaje de Petersburgo a Moscú* es la primera obra en nuestra literatura patria que con ira rechaza terminantemente el régimen de servidumbre en Rusia, donde dos tercios de sus ciudadanos estaban privados de derechos civiles. El autor busca y encuentra analogías en el régimen reinante en América. En el capítulo "Vishni Volochok", donde pinta el trabajo de esclavos de los campesinos rusos, evoca el trabajo similar de quienes, viviendo en el extremo opuesto de la Tierra, también son víctimas de una dura explotación. Radíschev recuerda como, un día de verano, "paseando por el desembarcadero de la aduana, miraba los barcos que traían los excedentes de América y sus costosos frutos, como café, azúcar, tinturas y otros, húmedos todavía del sudor, las lágrimas y la sangre de sus cultivadores". En aquel entonces en Rusia el nombre de América se aplicaba a todo el continente americano; mas en esta frase evidentemente se trata de las colonias de América del Sur y del Caribe. Al comparar la esclavitud reinante en esas tierras con la existente en Rusia, Radíschev introdujo un pasaje que debía conmover al lector: "Imagínate, me decía una vez mi amigo, que el café que llena tu taza, y el azúcar disuelto en ella, privaban de sosiego a un ser humano y eran causa de sus tormentos y vejaciones". Concluye sus cavilaciones exhortando a todos los habitantes de Petersburgo a detenerse a pensar en las lágrimas y el sudor de los esclavos en su entrañable Rusia y en la lejana América.

En aquella misma época, a finales del siglo XVIII, vio la luz el cuadro de la esclavitud colonial en tierras hispanoamericanas, descrito por un testigo ocular. Este testimonio pertenece a Fiódor Karzhavin, famoso ilustrador ruso, que mantenía relaciones con la editorial de Novikov. Fue el primero entre los hombres instruidos rusos que emprendió la larga travesía al Nuevo Mundo y nos dejó un testimonio. Llaman nuestra atención dos episodios de su larga odisea allende el océano: su participación en la lucha de las colonias inglesas de América del Norte por su independencia y su estadía, de 1782 a 1784, en Cuba. Karzhavin no dejó un libro entero sobre su viaje, pero no por eso son menos interesantes los numerosos comentarios sobre lo visto en América dispersos en las páginas de varios libros. Escribe sobre los crueles métodos de implantación de la religión católica en los territorios conquistados, sobre la intolerancia de los misioneros, "los cuales, con la espada en una mano y la cruz en la otra, seguidos por perros mataron, descuartizaron y quemaron a veinte millones de seres humanos, tanto en las islas como en tierra firme de América, no habiéndoles dado estos ingenuos pueblos motivo para ello manifestando maldad o desagrado y habían recibido a los forasteros con adoración".

Como una rigurosa réplica a las concepciones discriminatorias, según las cuales la población indígena se consideraba "deficiente", suenan estas apasionadas palabras de Karzhavin: "Doce años viví en distintas regiones de América, tanto frías como templadas, en total, pasé fuera de mi Patria veintiocho años, y por eso, creo, puedo decir que viajé bastante... En todas partes buscaba a salvajes, sin embargo, todos mis afanes fueron vanos; vi a muchos pueblos que no viven como acostumbramos a vivir nosotros o demás europeos. En todas partes encontré a gente lista o tonta, pero no vi en ninguna parte a un salvaje..." El hecho de que un ilustrador ruso se elevara a tal nivel de interpretación de las relaciones entre los pueblos europeos y no europeos, merece apreciarse como un fenómeno característico para la tradición humanitaria de nuestra cultura patria.

Casi en aquellos mismos años visitó Hispanoamérica otro hombre ruso. Fue Vasili Baránschikov, mercader de Nóvgorod. Las extraordinarias aventuras corridas por este hombre ingenuo, poco instruido y astuto y descritas en el libro *Las desafortunadas aventuras de Vasili Baránschikov sufridas en tres partes del mundo: en América, Asia y Europa*, despertaron interés entre los lectores rusos. Muchos años después Nikolái Leskov, famoso escritor ruso, quien no tomaba en serio al propio Baránschikov, afirmó, sin embargo, que en "este cuento de aventuras" son interesantes las descripciones de los usos y costumbres de otros pueblos.

Por distintos que fueran, los textos de Karzhavin y Baránschikov constituyeron una literatura de nuevo tipo, ya que eran testimonios de personas que habían visto el Nuevo Mundo con sus propios ojos. Así, los contactos literarios entre Rusia e Hispanoamérica se vieron enriquecidos, mientras que la llegada a Rusia de un viajero hispanoamericano imprimió a estos contactos –por primera vez– un carácter bilateral. El viajero se llamaba Francisco Miranda, destacada personalidad histórica, ideólogo e iniciador del movimiento antiespañol en las colonias hispánicas.

En sus proyectos de la guerra por la independencia, Francisco Miranda se apoyaba en la ayuda diplomática de los gobiernos europeos y vino a Rusia en 1786 precisamente con este fin.

Las causas de la cordial acogida que le fue dispensada por la Corte rusa y las circunstancias de su estadía en Rusia constituyen un tema aparte. No hemos de tratar aquí los principales aspectos del tema Miranda en Rusia y sus apuntes de diario, que reflejan su permanencia en este país; sólo quisiéramos subrayar una vez más el propio hecho de que a partir de entonces las relaciones culturales entre Hispanoamérica y Rusia adquieren un carácter bilateral. Este hecho simboliza el período crucial en la historia de las colonias españolas en América, cuando éstas, preparándose para la guerra por la independencia, empezaron a romper el círculo de aislamiento cultural, al cual los había condenado el poder español. De este modo en el horizonte del pensamiento social y literario de Hispanoamérica iba apareciendo la lejana Rusia, con la que a la sazón tenía cierta similitud histórica, si bien aún no comprendida ni explicada hasta el fin, consistente en que, en com-

paración con los países de Europa Occidental, sus pueblos sufrían del fardo del atraso cultural y económico.

La tesis acerca de cierto paralelismo en el proceso histórico y cultural de los países que se encuentran, por así decirlo, "al margen" del centro de la civilización europea –Rusia y Hispanoamérica– fue formulada por primera vez por el científico mexicano Leopoldo Zea. Esta tesis explica, en particular, la influencia que ejerció la ilustración francesa tanto sobre Hispanoamérica como sobre Rusia a finales del siglo XVIII. Con la mayor evidencia se reveló en la popularidad que obtuvo el libro de Guillaume Raynal, ídolo de la intelectualidad rusa e hispanoamericana de convicciones radicales. Subrayemos que fue precisamente él quien vinculó los nombres de Alexandr Radíschev, escritor revolucionario ruso, y Toussaint Louverture, caudillo de la revolución en Haití. Naturalmente, nunca tuvieron trato personal, pero los vinculó la misma historia. Ambos se inspiraron en las invectivas anticolonialistas del ilustrador francés para luchar por la liberación de sus pueblos.

Existe un testimonio muy interesante de que la actividad reformatoria de Pedro I en Rusia llamó la atención de los hispanoamericanos en vísperas de la guerra por la independencia. Se trata de *Nuevo Luciano*, obra del famoso ilustrador ecuatoriano Santa Cruz-y-Espejo, escrita en forma de diálogo entre el sabio doctor Mera y el rutinario escolástico Murillo. Por boca del primero se da una característica entusiasta del emperador ruso, repetida por el autor en la siguiente obra *Primicias de la cultura de Quito*. Para Espejo, Pedro I es un ejemplo inspirador de personalidad estatal, de reformador, del que estaba tan necesitada la sociedad colonial hispanoamericana.

A medida que en las colonias de España se avecinaba la guerra por la independencia, Rusia con mayor frecuencia hacía eco a sus destinos históricos. La cruel opresión y explotación que sufrían los habitantes de estas tierras se asociaban cada vez con mayor evidencia con el problema propio: el régimen de servidumbre, lo que se reveló claramente en la actividad de la Sociedad Independiente de los Aficionados a las Letras, Ciencias y Artes, fundada en 1801. Uno de los miembros de esta Sociedad, el joven poeta Alexandr Vostókov, futuro "padre de la filología eslava", presentó a examen la ponencia *Acerca de la ilustración de la humanidad*, donde tocó, entre otros temas, el de la política rapaz que se llevaba a cabo en los Estados coloniales de América. ¿Qué provecho trajeron los españoles y los portugueses a los pueblos por ellos descubiertos?, preguntaba. Y contestaba: "Siempre buscaban engañarlos, saquearlos, matar a los fuertes y esclavizar a los débiles y, sin hablar ya de ilustrarlos, apagaron los destellos de conciencia que se iban encendiendo en aquellos ingenuos hijos de la naturaleza".

Vasili Popugáev, otro miembro de la Sociedad Independiente, en una de las reuniones dio lectura a su ponencia acerca de la esclavitud en América y la servidumbre en Rusia, así como también a su ensayo *El negro*, escrito en forma de monólogo de un negro llamado Amro, separado de su amada Zulma y vendido de esclavo al Nuevo Mundo. Trata el mismo tema la poesía *En contra del azúcar*, de Semión Bobrov, también miembro de la Sociedad Independiente. Se basa en la unidad de dos cualidades opuestas del azúcar: dulce golosina para los consumidores europeos y veneno amargo para los esclavos que lo cultivan. Se percibe cierta semejanza entre estas dos líneas de Bobrov: "En pos de tu dulzura celestial se esparce un hedor infernal" y los bien conocidos versos de Nikolás Guillén: "Mi patria es dulce por fuera y muy amarga por dentro".

Como culminación poética en el tema Hispanoamericano de aquel período suena la poesía *De un peruano a un español*, de Nikolái Gnédich, que también ingresó en la Sociedad Independiente, y el énfasis cívico propio de sus versos armonizaba con el espíritu reinante allí. La poesía mencionada, apasionado monólogo acusatorio de un esclavo que desafía a su opresor, pinta un amplio cuadro de la esclavitud colonial. La crueldad rapaz y la evangelización forzosa, estos dos crímenes principales perpetrados por los conquistadores, se presentan bien unidos en dicha poesía, que, publicada en 1805, jalonó el desarrollo de la poesía rusa, hecho que subrayaba Belinski. A pesar de cierto carácter retórico, apreciaba en ella "una admirable intensidad de sentimientos y expresiones".

Otra notable obra literaria rusa que daba interpretación artística de la historia hispanoamericana era el drama *Atabalibo*, de Gavrila Derzhavin, gran poeta ruso. Fue escrito a comienzos del siglo XIX, no sabemos la fecha exacta. Lo mismo que la poesía *De un peruano a un español*, este drama fue inspirado en *Los incas*, obra del escritor francés Juan Enrique Marmontel, traducida al ruso por María Sushkova y reeditada dos veces. Mas ambos poetas rusos, tanto Gnédich como Derzhavin, transformaron el argumento del libro conocido en toda Europa, llenándolo con sus propias ideas y pasiones. En el drama *Atabalibo* –así se transcribía el nombre de Atahualpa, último soberano del imperio de los incas– Derzhavin buscó nuevos procedimientos para encarnar un tema histórico: renunciando a los cánones clasicistas, quería reproducir hechos históricos reales y concretos. La conquista del Perú daba material para la resolución de esta tarea artística. Al autor lo atrajo la posibilidad de desentrañar la complejidad interna de la historia de la colonización del Perú, la confrontación de distintos tipos de la conciencia y caracteres humanos. Derzhavin escribió este drama en el ocaso de su vida, en los años cuando en el Nuevo Mundo ya relumbraban las fulguraciones de la lucha liberadora anticolonialista.

La guerra por la independencia de las colonias españolas en América, que empezó en 1810, encontró un vivo y caluroso eco en la sociedad rusa. Podemos decir que desde ese tiempo comienza una nueva fase en las relaciones culturales y literarias entre América Latina y Rusia. De ello hablaremos en los artículos siguientes.

Ilustración para *Mozart y Salieri*,
de Alexandr Pushkin. 1959-1961 (xilografía)

VLADIMIR FAVORSKI
(Véase el artículo de Yuri Guerchuk)

Ilustración para *El caballero avaro*,
de Alexandr Pushkin. 1959-1961 (xilografía)

Ilustración para *El huésped de piedra*,
de Alexandr Pushkin. 1959-1961 (xilografía)

LAS ARTES

Tatiana Irínina

LOS TESOROS DE ADIGUEYA

País orgulloso –cumbres nevadas, valles ubérrimos, abundancia de agua–, tal es Adigueya. Desde hace dos siglos los científicos vienen descifrando la etimología de esta palabra: isleños, tierra, tierra de los padres, hijos del sol, etc., en total existen 28 interpretaciones del significado de esta palabra, pero cuál es el más exacto no se sabe todavía. Efectivamente, son hijos del sol, porque es bonito y espiritualmente rico este pueblo. Tierra de los padres, porque se la defendía a lo largo de siglos. Los hunos, los polovtsianos, los mongoles, los genoveses y los turcos trataban de subyugar a los adigos, cuya vida era una constante lucha por su tierra.

De los monumentos de la cultura de este país refirió la exposición "Tesoros de los túmulos de Adigueya", que se celebró en el Museo Nacional de Arte de los Pueblos de Oriente. En seis salas de su nuevo local se exhibieron 1.094 muestras, de los que más de 500 eran de oro. Lo exhibido constituye una cuarta parte de los hallazgos realizados por la Expedición Arqueológica del Cáucaso, que trabajó en Adigueya de 1981 a 1983.

Nuestra corresponsal TATIANA IRININA se entrevistó con el Doctor en Historia ALEXANDR LESKOV, director de dicha expedición.

TATIANA IRININA: –Ultimamente usted centró su atención en los monumentos de Adigueya. ¿A qué se debe, por qué precisamente este país?

ALEXANDR LESKOV: –Veamos el mapa geográfico. Adigueya ocupa la parte noroeste del Cáucaso. Precisamente allí se hallan los pasos de montaña más bajos, es decir, los más cómodos, que unen el infinito mundo de las estepas euroasiáticas con las zonas de las antiguas civilizaciones: Asia Menor, Oriente Cercano, Egipto. Los ríos de Adigueya proporcionaban agua potable, los valles servían de pastos y de cazaderos, y el suelo ubérrimo promovía el cultivo de la tierra. Gracias a la feliz combinación de la situación

geográfica y las condiciones naturales, los hombres se asentaron allí desde tiempos inmemoriales. Por eso los monumentos de Adigueya ocupan un lugar tan notable en la arqueología patria.

En Maikop, capital de Adigueya, hay una calle que se llama Kurgánnaya (del Túmulo). Allí se elevaba un túmulo de unos once metros de altura que fue la tumba más rica de las halladas en Europa (a excepción de Grecia) y referentes al III milenio a.n.e. En las postrimerías del siglo pasado lo investigó el profesor de la Universidad de Petersburgo Nikolái Veselovski, quizá el más afortunado arqueólogo ruso. La tierra es como un libro, hay que saber leerlo. Las excavaciones de Veselovski constituyen toda una época en la historia de la investigación de Adigueya. El arqueólogo realizó allí magníficas campañas e hizo importantes descubrimientos que dieron gloria a la arqueología rusa. El Acervo de Oro del Ermitage lo componen mayormente los hallazgos que Veselovski hizo en los túmulos de Maikop, Kelermés y Ulka. Estos tesoros fueron exhibidos en el mundo entero. Sin ellos no pasa ninguna exposición arqueológica.

T.I.: –¿Sus excavaciones son continuación de las investigaciones de Veselovski?

A.L.: –No, hemos empezado las excavaciones cerca del aúl Shendzhii, donde Veselovski no trabajó. Nos interesaron los túmulos de los adigos medievales, tumbas de los siglos XIV y XV. Ocho de los nueve túmulos fueron saqueados todavía en la antigüedad, sólo quedó intacto uno, el de una mujer noble. Esta vestía un rico kaftán bordado en oro. Logramos establecer el espacio exacto entre los botones de plata, es decir, determinar la longitud del kaftán. La mujer era una lechuguina: ceñía el kaftán con cinturón de seda de China, cuya punta estaba fabricada en la ciudad de Kafa (hoy Sudak). El cinturón estaba adornado con media centena de escamas de plata con doraduras de confección local. Como puede notarse, en una prenda se cruzaron tres puntos geográficos: por una parte, China; por otra, una colonia de Génova y, por fin, el Cáucaso. Contactos tan vastos caracterizan a la Adigueya antigua y medieval.

T.I.: –En la exposición me he fijado en que los hallazgos más interesantes y notables fueron hechos en el aúl *Uliap.*

A.L.: –Durante las excavaciones cerca de Shendzhii, los asuntos de la expedición me llevaron cierta vez a Maikop. Allí me pidieron pasar por el Museo Etnográfico donde se exhibían fragmentos de una caldera de bronce de tipo escita, recientemente traídos. Me interesé de dónde era la caldera y oí que de Uliap. Al oír "Uliap" el corazón de todo arqueólogo empieza a latir frenéticamente. Pues precisamente en ese lugar Veselovski investigó nueve túmulos, dándoles el nombre de Ulka (así se llama el río).

El primer domingo los miembros de la expedición nos dirigimos a Uliap, un *aúl* grande, de 800 casas con sus patios. Era el 1 de agosto de 1981. Un mediodía caluroso. Ibamos por la calle central. Estaba desierta, y sólo junto a la dirección del koljós ad-

vertimos a un grupo de hombres. Les dije qué nos llevó a su *aūl* y les pedí que nos ayudaran a buscar al tractorista que había encontrado la caldera. Inesperadamente uno de los presentes dijo: "Soy yo. Me llamo Nurbí Simbulétov". Al volver al auto pensé: "Por primera vez me veo en este sitio, me pongo a hablar con el primer hombre que encuentro y, de pronto, resulta que es el que busco. Es un presagio de buena suerte".

En un labrantío vimos un magnífico grupo de túmulos. Nurbí Simbulétov nos mostró el lugar de donde arrancó la caldera con su arado. En la superficie del túmulo había fragmentos de ánforas antiguas, de cerámica del lugar, huesos de animales. Se hizo evidente que no se podía arar allí antes de que se efectuaran las excavaciones. En setiembre, nuestra temporada de trabajos debía tocar a su fin. Habíamos llevado a cabo los trabajos planeados para aquel año, mas la tentación y la necesidad de tocar los monumentos de Uliap eran tan grandes, que decidimos sin demora empezar las excavaciones. Entre nuestros hallazgos había 6 ánforas, dos antiguas vasijas de bronce, otra caldera escita entera, todo un arsenal de armas, un juego completamente único de instrumentos de trabajo, una vasija de plata del Irán de los Aqueménides, medio centenar de objetos de oro, incluidas obras maestras del arte antiguo: las esculturas de un jabalí y un reno.

Diríase que no cuesta gran trabajo esculpir un reno así: dibujar los redondeles de los ojos, el mediocírculo de la boca y siete palitos para los cuernos a ambos lados de la cabeza, ¡nada más sencillo! Con medios parcos, el escultor logró una expresividad sorprendente. El reno aparece orgulloso y noble. En el arte escita existen placas con imágenes de animales. Pero obras volumétricas, esculturas, se encuentran muy raras veces. En el jabalí vemos sus patas recogidas, alargado el ocico, el rabo pegado al cuerpo, la cerda y la mirada segura: da la impresión de que se levantará de un momento a otro. Esta escultura descansa sobre una base de madera y ha sido realizada de dos macizas placas de plata unidas con clavos, también de plata, de cabezas de oro fundido. Las orejas, los ojos y los colmillos tienen incrustaciones de oro.

El hallazgo más valioso de la expedición es un ritón de plata bañada en oro. El vaso, que antaño se encontraba en la mesa real, era un atributo de poder. Data de mediados del siglo V a.n.e. Era la época de Herodoto, Eurípides, Esquiles, la época del florecimiento del arte antiguo. *Ritón con la imagen de Pegaso.* Así se denomina esta pieza. Pegaso, con las alas plegadas (Leskov afirma que previamente estaban desplegadas, y después de un destrozo, producido en la antigüedad, fueron remachados al cuerpo del vaso), nos permite admirarlo. Los ojos con incrustaciones de ámbar (no se conservó, los arqueólogos hallaron únicamente el polvo del ámbar), las venas hinchadas, las crines doradas donde se distingue cada pelillo. Ciñe el vaso una placa dorada de cinco centímetros de ancho, que forma un friso. En su superficie vemos escenas de lucha entre gigantes y dioses. Seis parejas combatiendo; unos yacen ya, otros aún se resisten, a los hombros del de más

allá, caído, saltó un león para ayudar a un dios. La espada se cierne ya sobre el gigante. El final de la lucha está decidido. Pero las figuras respiran tanta pasión, tanto anhelo de vencer, que uno no se apresura a marcharse.

Pasé mucho tiempo ante la vajilla: jarros, fuentes, cacharros, copas de fabricación manual (se ven las huellas de las manos del alfarero que vivió cinco milenios atrás) y también hechas en el torno. Veía esos objetos elegantes cálidos, como vivos, y daban ganas de usarlos.

En una vitrina vi mi propio collar. Con la única diferencia de que el mío era moderno, comprado en la tienda de objetos de arte. Bajo el cristal se hallaba el mismo collar, pero tenía la inscripción de que pertenecía al período meoto-escita (siglo IV a.n.e.). Pensé que el nivel de la civilización era otro, pero cuán poco cambió la noción de la belleza. Al lado había máscaras (adornos colgantes de collar), cuyos ojos se veían huraños, asustados o sorprendidos, como si nos compararan a nosotros, los del siglo XX, con sus dueños, del siglo IV a.n.e.

T.I.: –Llegó la siguiente temporada. ¿Y dónde la pasó?

A.L.: –En 1982 nuestra ruta nos llevó directamente a Uliap. Es imposible hablar con detalle sobre todos nuestros hallazgos. Mencionaré únicamente los más brillantes y notables: son los hallados en el Cuarto Túmulo de Uliap, perteneciente a la edad de bronce (siglo III a.n.e.). Un túmulo de tal tipo es comparable a un pastel de hojaldre, cada hoja es un testigo de su época. Los meotas que habitaban aquellas estepas en los siglos V-IV a.n.e. transformaron el campo en cementerio habiendo tomado por colinas los túmulos, que para aquel entonces contaban dos milenios. En la cumbre crearon una plazoleta para los ritos, donde hallamos monumentos únicos del arte antiguo. Descubrimos allí numerosas plaquitas de oro en forma de ocas y alces, dos ánforas, con las que en la Grecia Antigua, en las panateneas, premiaban a los vencedores de las competiciones deportivas (a lo largo de la historia de la arqueología patria se hallaron tan sólo ocho). Entre los hallazgos se encuentra un macizo pectoral de oro, una vasija de plata, una cantimplora (antes de este hallazgo se consideraba que la cantimplora fue inventada en la Edad Media) y, nuestro orgullo: dos ritones.

Quisiera recalcar que todos estos monumentos fueron hallados a una profundidad de tan sólo 40 cm. El arado había quitado ya la viruta del pectoral de oro y, si no hubiera sido por la decisión de las autoridades locales de suspender los trabajos de cultivo en este campo, todo lo valioso, o sea, los invalorables tesoros, habrían desaparecido. No se trata sólo de que sean objetos de oro y plata sino, sobre todo, de que son obras de arte sin parangón.

T.I.: –Habla tan viva y tan apasionadamente de su trabajo que a una le entran ganas de preguntarle: ¿cómo ha llegado a ser arqueólogo?

A.L.: –Inmediatamente después de terminar la guerra, mi madre y yo regresamos de la evacuación. Pasamos por Bakú. Allí, en

casa de mi prima –maestra de segunda enseñanza– vi por primera vez libros de historia del mundo antiguo. Eran manuales de Serguéi Kovaliov, Borís Turáev, la *Historia* de Herodoto. Estos libros me apasionaron hasta tal punto que hice mi opción para toda la vida. Ya en el sexto grado sabía firmemente que seguiría mis estudios en la Facultad de Historia. Siendo estudiante del primer año, fui a mi primera expedición como miembro del círculo arqueológico estudiantil. Así empezaron mis primeras prácticas arqueológicas. Mis intereses estaban ligados antes que nada con la Crimea antigua, con su población aborigen, los tauros. A ellos dediqué mis trabajos de cada año de estudios, mi tesina y, por fin, mi tesis de candidato a doctor. Por muy bella y acogedora que fuese la Crimea montañosa, hube de bajar de los cielos a la tierra, a la planicie, para estudiar los monumentos esteparios, los túmulos.

T.I.: –En 1969 en Kiev fue fundado el Museo de Tesoros Históricos de la RSS de Ucrania, donde se exhiben muchas piezas halladas por usted. En la muestra hay objetos hallados todavía en el siglo XIX, pero predominan los hallazgos hechos en los años 60-70 de nuestro tiempo, cuando las búsquedas arqueológicas adquirieron envergadura. ¿A qué se debe ese boom arqueológico?

A.L.: –Precisamente en esa época se procede al mejoramiento del terreno en gran escala, en el sur de Ucrania, en particular. De acuerdo a la legislación soviética, antes de emprender grandes obras se estudian los monumentos que se hallan en la zona de destrucción o de la posible destrucción. El Estado asignó grandes sumas para las excavaciones con el fin de proteger y salvar monumentos históricos. Fue entonces cuando por primera vez tuve que dedicarme no sólo a la labor científica sino organizativa también. Las excavaciones de los túmulos se efectuaron mediante bulldozeres y arrastradoras. Eso se denomina arqueología industrial (me gusta el término). En esa arqueología participan centenares de personas, gran cantidad de mecanismos. Todas las expediciones son complejas, pues las integran agrólogos, paleozoólogos, paleobotánicos, restauradores, historiadores de arte y arquitectos. Nuestros trabajos no sólo estaban vinculados con el pasado, pues somos arqueólogos, sino con el mañana, porque las obras determinaban el futuro de la región, es decir, se hacía patente la regularidad histórica: la unidad del pasado, el presente y el futuro. Fue no sólo una seria escuela científica, sino, asimismo, de conciencia social, porque de nosotros dependía hasta qué punto podríamos ahondar en la historia patria, salvando, sí, precisamente salvando, los monumentos arqueológicos.

Alexandr Leskov trabajó muchos años en Ucrania como director de la expedición arqueológica de Jersón. Describió con pasión su trabajo, habiendo sintetizado el material reunido en sus artículos y monografías con el fin de atraer a la gente no vinculada con la arqueología. Así apareció el álbum *Nuevos tesoros de los túmulos de Ucrania* (1972). El científico se proponía hablar no sólo de los

nuevos hallazgos, sino también de los túmulos escitas más interesantes hallados en la zona de Jersón en los años prerrevolucionarios. Dicho álbum apareció en lengua ucrania en 1974. Para el lector extranjero que conoce poco nuestra historia y nuestros monumentos fue editado el libro *Túmulos escitas* (Suiza, 1974). Cuando la Editorial norteamericana Time-Life Books inició la serie *The Emergence of Man* ("El surgimiento del hombre"), de parte de la Unión Soviética fue invitado Leskov en calidad de consultante del tomo *The First Horsemen* ("Los primeros jinetes"). Por encargo de la Editorial C. H. Beck (RFA) en 1980-1981 escribió dos tomos (el primero en colaboración con Vadim Bochkariov), dedicados a la historia de la metalurgia y la elaboración de metales.

Todos esos libros no simplemente hablaban de los descubrimientos arqueológicos, sino que caracterizaban el nivel de la cultura primitiva de la población del Sur de nuestro país.

Actualmente la Editorial Aurora, de Leningrado, prepara un nuevo álbum dedicado a los hallazgos de los últimos años.

T.I.: –La Exposición "Tesoros de los túmulos de Adigueya" concluyó sus labores. ¿Dónde se exhibirá próximamente?

A.L.: –Actualmente nuestros hallazgos de nuevo están en manos de los restauradores. Hicieron lo imposible para que la demostración transcurriese con éxito. Basta decir que el vaso de plata del Irán de los Aqueménides se estuvo restaurando más de un año. El vaso, de 18 cm. de altura, tiene 400 fundiciones. Ahora la exposición está por emprender viaje por el mundo. El primer país donde se exhibirá será la República Popular de Bulgaria.

Y nosotros nos preparamos para la nueva temporada de expediciones. Claro está, se ha realizado una labor ingente. Pero así es la ciencia: la solución de un solo problema trae a colación otros nuevos, todavía más complejos y profundos.

Durante los años de mi trabajo ante mí pasaron miles de hallazgos: instrumentos de trabajo y armas, utensilios y adornos, obras de fino arte, objetos de bronce y hierro, tejidos y vidrio, hueso, piedra y cerámica, plata y oro. Y todo eso junto constituye la Historia de las civilizaciones idas, sus mudos testigos. Los objetos hallados tienen vida. Conservan el calor de las manos de los arqueólogos y restauradores que los devolvieron a una vida nueva, esta vez, a la de museo.

Yuri Guerchuk

EL ESPACIO DE FAVORSKI

Vladímir Favorski (1886-1964) es un clásico del arte soviético. Hace decenios se acallaron las batallas críticas en torno a las obras de este artista, que avanzó firmemente por su propio camino innovador. Hoy en día, celebrando su centenario, con todo fundamento podemos hablar de Favorski como de uno de los iniciadores de nuestra cultura pictórica moderna.

La presentación del libro, (ilustraciones y grabados) era la esfera principal y más conocida de su trabajo. Sin embargo, la actividad artística del pintor trascendió ese marco. Creó importantes obras de caballete (dibujos, acuarelas, grabados); ideó su propio estilo en el arte monumental (frescos y, más tarde, mosaicos); se ocupó en pinturas ornamentales en la arquitectura y el arte aplicado; realizó originales trabajos para el teatro; por fin, hallamos en su herencia pinturas de caballete y esculturas. En una palabra, era un artista de talento universal. Todas esas esferas tan distintas de creación se veían unidas y explicadas por sus ideas teóricas. Favorski era uno de los teóricos del arte más serios y finos de nuestro país. Pero su teoría no era la de un investigador situado al margen del objeto de sus investigaciones, sino la de un artista que participaba en el desarrollo y la lucha creadora de su época, que hallaba sus principales argumentos en su propio trabajo y encarnaba en el mismo el resultado de su meditación.

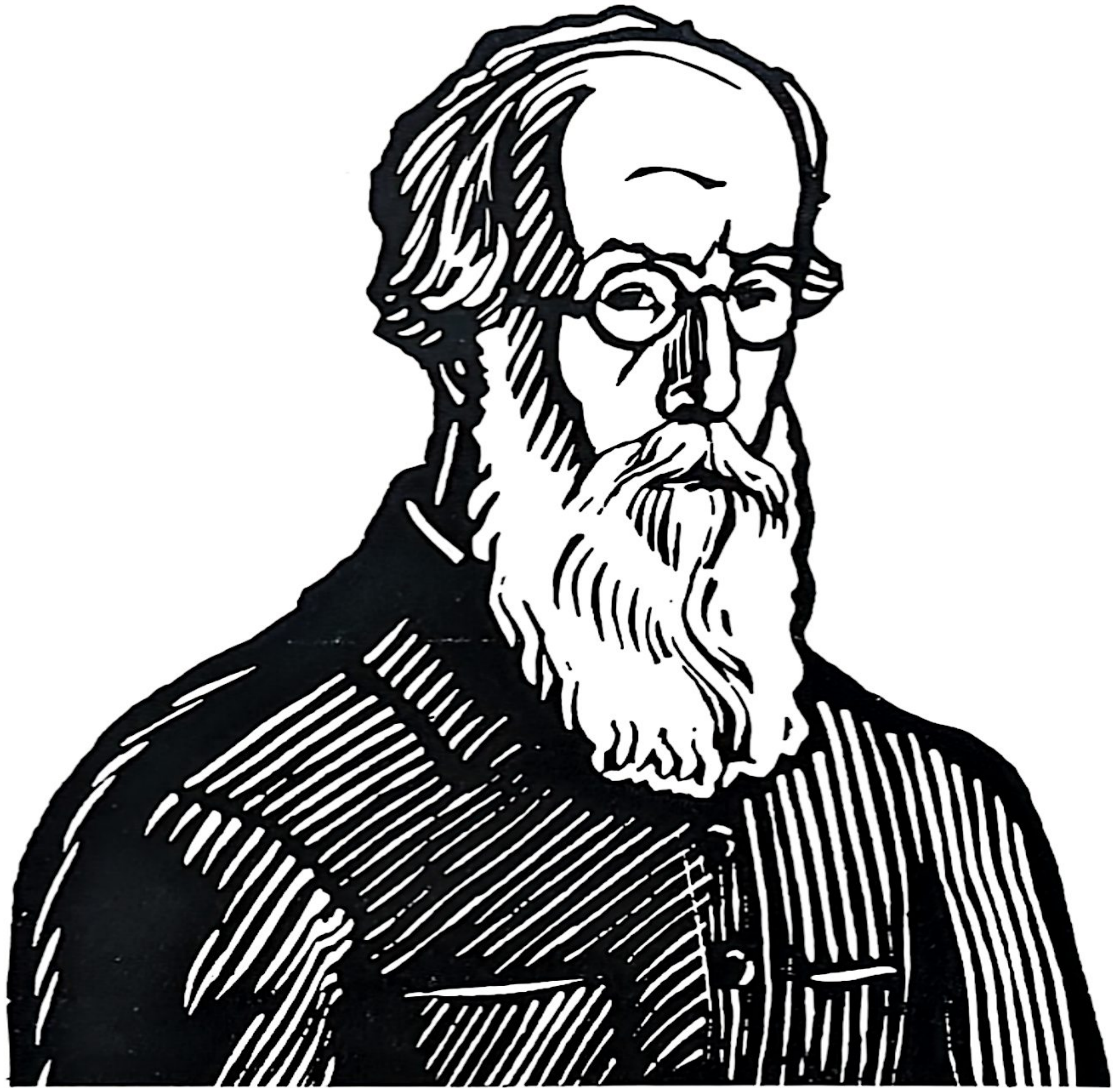
La xilografía, más afín tal vez a esas aspiraciones, Favorski la descubrió para sí antes de la revolución. Si bien esa técnica antigua obtuvo verdadero renacimiento y nuevo florecimiento en los años de la revolución y estaba ligada en gran medida precisamente con las primeras obras maduras del artista. Una de esas obras era la serie de iniciales grabadas para *Las opiniones de Jerónimo Coignard,* de Anatole France (1918): grabados diminutos, de 5 centímetros de alto. Era una xilografía nueva, muy diferente de la habitual. En los decenios precedentes, esa técnica se empleaba fundamentalmente para las reproducciones. Mas en aquel período, los medios expresivos del viejo grabado eran reanimados enérgicamente por varios artistas jóvenes; entre ellos, Favorski fue el primero y el más firme en sus búsquedas.

Lo que hacía no tenía nada que ver con la estilización. No imitaba los valores plásticos del grabado viejo –la exactitud de los trazos, que no se fundían formando una masa grisácea, la densidad y el carácter estereoscópico de la imagen–, sino que, diríase, los traducía al lenguaje del arte de su tiempo. Si se quiere, incluso los ideaba, partiendo de las propiedades y posibilidades del material y los instrumentos. Al convertirse en medio de representación, la madera debía percibirse en la estampa, conservar las cualidades que le eran propias: la dureza de la superficie labrada sin prisas por el buril. Los contrastes, los ritmos agudos y la plástica generalizada lacónicamente hacían el lenguaje gráfico de Favorski estrictamente moderno. Por algo, Abram Efrós, uno de los críticos rusos más sagaces, llamaría al cabo de varios años a ese pintor "el Cezanne de la xilografía moderna".

En el espacio, estrecho y acogedor, de las letras historiadas, el artista incrustó con mano firme escenas lacónicas: dos o tres figuras unidas por gestos muy naturales en una charla íntima. Aquí no hay lugar para pormenores narrativos ni para detalles de los trajes históricos. Sólo se representa el movimiento y el ambiente general de la acción relacionada muy convencionalmente, como en Anatole France, con determinada época histórica. Las letras de forma estrictamente clásica, superpuestas en esas ilustraciones, no se insertan en la composición representativa, pero se hallan unidas con ella rítmicamente, sus trazos imitan los gestos y los movimientos de los personajes, volviéndose por eso ellas mismas extraordinariamente móviles.

En los libros presentados por Favorski, en la formación misma del sistema artístico del pintor, el grabado de los caracteres desempeñó desde el principio mismo un papel no menos activo que las imágenes. Las portadas y las portadillas que creó al comienzo de su actividad artística asombraban por la franca infracción de los principios acostumbrados de la organización de la página del libro. Aquí "puede ocurrir cualquier cosa", se asombraba uno de los críticos: "las letras a veces suben, se ponen de través, crecen, quedan sombreadas". Uno no tiene más remedio, se quejó, que "cazar las combinaciones de la derecha y la izquierda, de la de abajo y la de arriba"... Mientras tanto, confesaba otro autor, "el carácter, al parecer espontáneo y fantástico, de esas letras, que ya crecen, ya se tornan semitransparentes, puede que asombre primero, pero termina cautivando y persuadiendo con su lógica interna y extraordinaria armonía tipográfica".

En efecto, Favorski infringía sin temor la simetría tradicional, no obstante, lograba un efecto de riguroso equilibrio. La superficie de una página no era para él un espacio vacío, sino un campo de fuerzas en el que cada imagen, signo, símbolo se hallaban unidos invisible pero firmemente con todos los demás, influyendo en todo lo que los rodeaba. Los trazos de los caracteres son activos, tiran, según nos parece, a la derecha, de ahí que las direcciones izquierda y derecha en ese campo no sean equivalentes: el movimiento en una dirección tropieza con una resistencia distinta que el movimiento en otra dirección. En las líneas, Favorski subraya rítmicamente ese paso, el paso decidido y ancho de los caracteres construidos sólidamente. En una línea, en una palabra, une letras de distinta magnitud y construcción, saturadas de color de manera diferente. Cada signo tiene su propia ley de construcción, y no las une en una línea acabada la unidad de forma, sino el ritmo del movimiento y la palmaria expresión de la construcción sonora de la palabra (por ejemplo, gradúa la presión de la sílaba acentuada). La línea se mueve, pero no se mueve en el vacío, sino en un medio denso, a menudo heterogéneo, se abre paso a través del pesado marco, lo rebasa saliendo al campo exterior. Junto con



Autorretrato. 1956 (linograbado)

las letras se mueven en la página, en la misma dirección o al encuentro de la línea, las formas estereoscópicas, representativas: vuelan pájaros, marcan el paso los manifestantes. A su lado, las letras obtienen también un cuerpo especial, convincente. Mientras tanto, el artista no tiene miedo a colocar, al lado de las imágenes bien concretas, símbolos abstractos que requieren otros métodos de grabado, más generalizados y convencionales.

Así se crea el admirable "espacio de Favorski": el mundo artístico armonioso y complejo del libro.

Para el artista, el libro no era un receptáculo mecánico de texto y dibujos, sino algo íntegro, organizado racional y justamente para un fin determinado. El era el constructor de ese algo: su arquitecto, y no ilustrador. Según él, el libro constituía todo un mundo en el que entraría el lector. Y él organizaba ese mundo, determinaba el ritmo y las pausas del movimiento según el texto, lograba no tanto la interpretación palmaria del argumento, como la expresión visible de su personal percepción del mundo y de su estilo, mostraba la correlación, tan característica para él, de

los personajes y el espacio circundante. En opinión de Favorski, precisamente esa correlación era lo que plasmaba más plenamente el estilo artístico. No le gustaba la estilización, es decir, la copia de los procedimientos artísticos propios de una época pasada. Quería interpretar el estilo del texto ahondando en la estructura del espacio que le era propia.

Por ejemplo, interpretando en una edición moderna el bíblico *Libro de Rut* (1924), el pintor hace visible el avance de la narración épica. Figuras plásticas monumentalmente lentas avanzan por las páginas del libro con una imponencia desenvuelta. Sus gestos sencillos denotan grandeza. Las escenas son corrientes, pero los personajes no están enclaustrados en el espacio de la vida habitual, sino que se hallan directamente relacionados con las lejanías del paisaje, con los astros celestes, con el universo. Las imágenes-signos simbólicos –un pájaro que vuela, un haz, el disco solar– están incluidos en la composición, pero al margen de la acción principal.

El mundo romántico de Próspero Mérimée espiritualiza esa misma austera y fría técnica de la xilografía con contrastes de negro y blanco, con marcados escorzos y el dinamismo de colisiones dramáticas.

Con toda la amplitud de sus posibilidades creadoras, Favorski siguió siendo, sobre todo en el primer período de trabajo, intérprete de temas sublimes, de imágenes alejadas de la vida cotidiana. Por eso, su lenguaje artístico era a menudo convencional, daba la impresión de cierto alejamiento de los sucesos representados.

Incluso sus primeros paisajes –los de Moscú y Zagorsk (1919, 1920)– quisiera calificarlos como paisajes históricos, pese a la evidente concreción de las vistas urbanas modernas en ellos representadas. Los audaces contrastes y confrontaciones de edificios antiguos y nuevos, bajo un cielo de monumentalismo cósmico, hacen percibir esas hojas pequeñas como a escala histórica del tiempo.

En la presentación del libro, Favorski trabajaba de buen grado en obras clásicas: rusas (*Una casita en Kolomna*, de Alexandr Pushkin; *Cuentos sobre animales*, de León Tolstói) u occidentales (*Cuentos droláticos*, de Honoré de Balzac; obras de Próspero Mérimée; *Vita nova*, de Dante). En cuanto a las obras de escritores de su época prefería las de temas históricos.

Tan sólo a comienzos de los años 30 hizo interesantes intentos de representar en grabados las pasiones y la lucha del mundo circundante de su época. El primer experimento de ese tipo fue su trabajo en la novela corta de Serguéi Spasski *La noche de Año Nuevo* (1931), dedicada a la guerra civil. Con todos sus méritos, en las ilustraciones de ese libro se percibe, pese a todo, cierto divorcio entre el lenguaje elevado y severo del grabado y la concreción de los pormenores prosaicos, cierto embarazo de los gestos, desprovistos de la plasticidad de la clásica antigua. Seguramente, comprendiéndolo, Favorski ilustró su siguiente libro moderno –la novela corta *El tren blindado 14-69* (1931), de Vsévolod Iványov– con dibujos libres a pluma y pincel (lo cual hacía muy rara

Ilustraciones para *Cuentos sobre animales*,
de León Tolstói. 1929-1931 (xilografía)

vez). Es verdad que los clisés de cinc de esos dibujos muy expresivos, el autor los trabajó con buril, convirtiéndolos en los llamados "autocinc".

Pero después, en 1932, vio la luz un libro de relatos de Borís Pilniak con ilustraciones de Favorski que se diferenciaban bruscamente de todo cuanto había grabado anteriormente. En lugar del brillo casi metálico que marcaba la forma del rayado, aparecían manchas negras, grávidas, no desmembradas. En vez de formas nítidas, algo secas, vemos siluetas leves, suavemente trazadas. Pero en lo negro de esas siluetas irrumpe bruscamente el color blanco trazado con igual suavidad. No es la luz que irradia la sombra de la forma abultada, sino algo así como una forma blanca independiente y contrastante con la negra. La silueta clásicamente severa, como en una medalla, de una cara femenina y, en ella, un marcado óvalo blanco, que convierte la mirada de la heroína en una imagen especial y considerable. Un desnudo femenino con un gallo (en la escena de brujería aldeana): figura, algo gruesa, que no tiene nada de clásica, con colgantes senos grávidos, impresiona por la sensación, rara para la severa estilística de Favorski, de la vida plástica del cuerpo vivo. Pero también esta figura la divide una marcada línea en mitades negra y blanca. Estas dos partes poseen distinto moldeo de la forma, como si llevaran distinta carga eléctrica y signo de tensión plástica. La pugna entre lo blanco y lo negro, entre dos elementos que se oponen, pero, pese a todo, construyen juntos un todo único: ésta es la clave de que el pintor se valió para la estilística expresionista incongruente, muy contrastante de Pilniak.

El mundo artístico de Favorski siguió enriqueciéndose, demostraba su capacidad para desarrollarse, para asimilar nuevos dominios. En los años 30, el pintor estaba en la plenitud de sus fuerzas creadoras. Sin abandonar el grabado, pintó frescos majestuosamente en salas de museos. En el espectáculo *La duodécima noche* (1933), construyó en el escenario un país elegante, bello, de cuento, colocando a los actores en el corro de finas columnas doradas.

Mientras tanto, desde mediados de los años 30, la refinada maestría gráfica de Favorski tropieza con una repulsión abierta.

Ilustración para *Carmen*,
de Próspero Mérimée. 1927 (xilografía)

La culpa no era del pintor, sino del curso general de desarrollo del arte, en especial, de las artes gráficas. Llegaba la época de grandes series ilustrativas que mostraban con una plenitud pintoresca y veracidad absoluta la imagen de los personajes, su ambiente concreto. En aquel período, la crítica del arte prefería grabados detallados, tonales, considerando que el lenguaje lacónico y expresivo de la xilografía era "demasiado convencional".

No debe extrañar que en los años prebélicos y durante la guerra Favorski trabajara poco en la ilustración de libros y se suavizara notablemente el carácter agudamente paradójico de sus procedimientos gráficos. Pero entre esos pocos grabados se encuentra un magnífico retrato en miniatura del Pushkin liceísta (1935). La viveza del muchacho, cual un muelle comprimido, se halla recluido en una pose tranquila. La tensa plenitud de la vida interior del poeta la acentúa su aspecto infantil. Realizado como frontispicio para un tomo de obras de Pushkin, ese retrato se reprodujo muchas veces más tarde.

Al lado de sus pulidos grabados, los dibujos de Favorski parecen asombrosamente sencillos, desprovistos de efectismo, de un procedimiento y una manera trabajados. Le gustaba dibujar sin prisas a lápiz, la concreción y la tranquila fidelidad a la naturaleza. Pero en la naturaleza, según Favorski, "todo vive, se correlaciona mutuamente, cambia. Si en la mesa hay un vaso y usted pone a su lado una tetera, el vaso cambiará. Hay que saber verlo. Lo mismo le pasa a la persona. Dos personas en un retrato no son uno más otro, sino algo absolutamente nuevo, lo que no le pertenece ni a uno ni a otro. Seguramente, es el espacio que surge entre ellos con todo su contenido emocional".

Puede decirse que estas palabras contienen el programa y la clave de la gran serie de sus "retratos dobles", hechos a lápiz. Comenzó la serie ya antes de la guerra y trabajó en ella hasta los últimos años de su vida. Favorski dibujó del natural a personas queridas: a sus familiares, pintores, discípulos. Dibujó en parejas a personas espiritualmente afines entre sí, unidas por lazos familiares o de amistad. En sus dibujos, las personas no contactan, sino que posan tranquilamente, no se ven unidas por la acción, sino únicamente por el estado interior común, por el contenido emocional del "espacio que surge entre ellas".

En el último período de su creación –desde fines de los años cuarenta hasta comienzos de los sesenta–, Favorski ilustró varios libros muy íntegros y armoniosos. En *Sonetos de Shakespeare* (1947), los dibujos lacónicos, más bien simbólicos que concretos, sólo son parte de un medio espacial íntegro del libro, organizado por líneas ornamentales que se repiten rítmicamente en lo alto de cada página y pequeñas viñetas en forma de flores al final de cada página. La "arquitectura del libro" clásicamente severa domina a todas luces aquí sobre la injerencia sumamente delicada del pintor en el contenido de las poesías líricas de Shakespeare. Son más diversos los ritmos y las entonaciones gráficas en las ilustraciones para el tomo de poesías de Robert Burns (1950). Encontramos aquí elegantes viñetas con flores, escenas de vida y un grotesco moderado.

Favorski habló detalladamente de los trabajos dedicados a la literatura clásica rusa. Habló con palabras muy sencillas. Su libro *Relatos de un grabador* (1965) estaba destinado a los adolescentes y vio la luz en la Editorial Détskaya Literatura. En el *Cantar de las huestes de Igor**, poema épico medieval, Favorski trabajó varias veces: comenzando por las miniaturas severas, en las que apenas esboza los contornos de los personajes, imprimidas con tinta roja en las márgenes de un pequeño libro aparecido en 1937 y terminando con una detallada narración gráfica, en la edición de 1952. Esta última se distinguía por que en el libro, abierto, uno frente a otro, estaban el texto antiguo y su traducción. De ahí que fuera natural que las ilustraciones ocuparan el espacio

* En 1985 se celebró ampliamente el 800 aniversario del *Cantar de las huestes de Igor*, esa *Ilíada* y *Odisea* rusa. Véase nuestro n. 9 de 1985, en que publicamos ilustraciones de Farovski para esa obra.

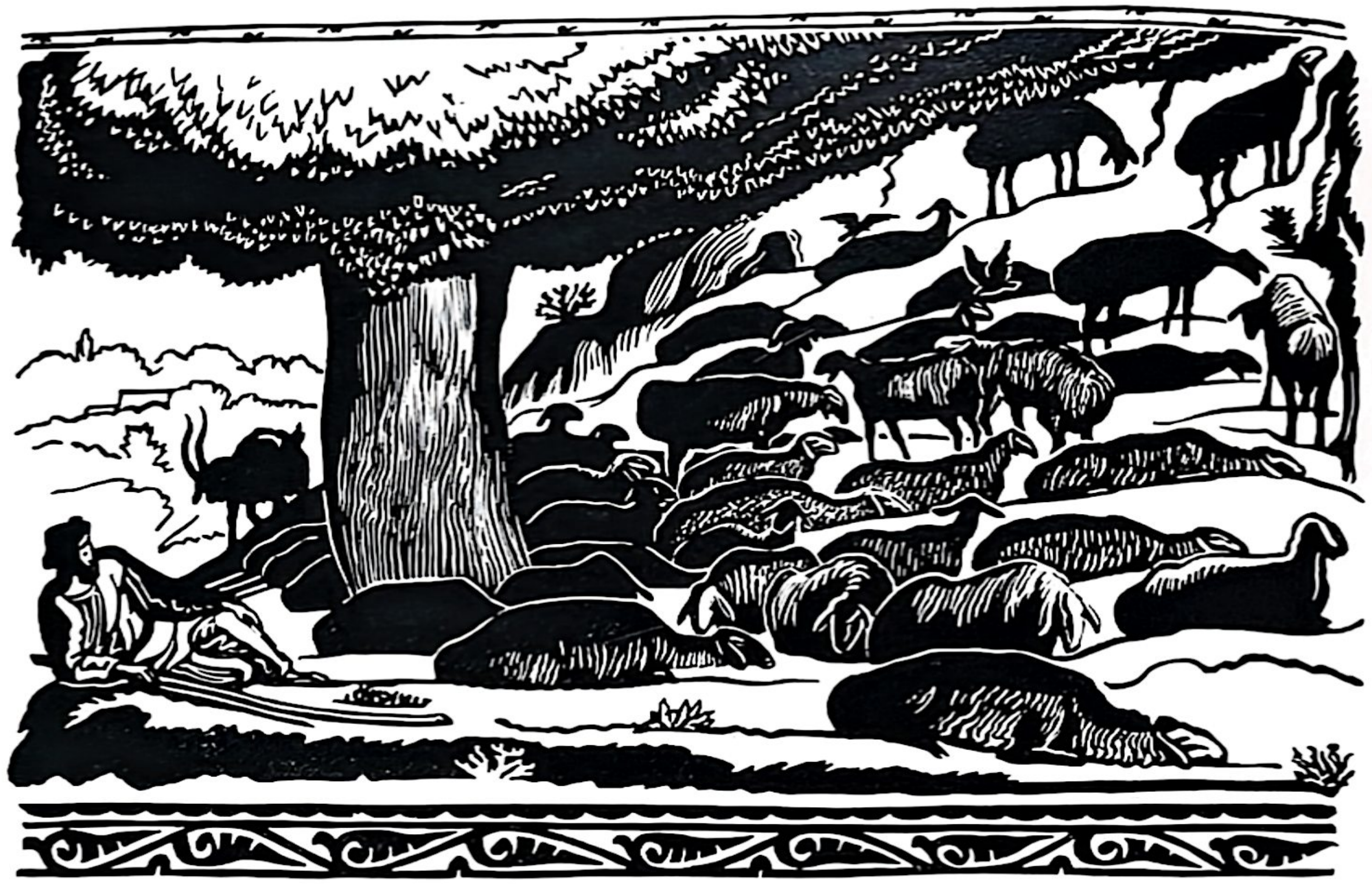
Pushkin liceísta.
1935 (xilografía)

entre dos páginas. Con tal composición, todas las ilustraciones tienen una forma alargada, lo cual ayuda, según creo, a interpretar el carácter épico de toda la obra. Así surgían episodios con muchas figuras, que ocupaban un ancho espacio. "Creando esas composiciones, yo me alegraba de que fueran tan alargadas –ocupaban dos páginas –escribía el artista–. En ellas era mucho más fácil dibujar una hueste que avanza, se alinea en la semioscuridad del eclipse de sol; los caballos se alarman, los guerreros los retienen, pero se ponen también en guardia al escuchar a Igor." Las escenas son concretas, pero, como para alejarlas del espectador, adentrándolas en la historia, Favorski introduce encuadramientos ornamentales de color, llenos de símbolos y unidos rítmicamente con las imágenes que transmiten el espíritu y la estructura del libro manuscrito antiguo.

A los grabados para la tragedia de Pushkin *Borís Godunov* (1955), Favorski les imprimió un carácter espacial, inusitado para su técnica precisa, una profundidad titilante de luz y sombra. Esas escenas, llenas de dramáticos conflictos, son en especial detalladas y concretas.

En esta tragedia, Favorski se alejó ya mucho del expresivo lenguaje gráfico de sus primeras obras maestras. No tenemos motivos para pensar que traicionara sus principios. Pero el fondo sobre el que debía aparecer su nueva obra, el curso general del desarrollo artístico en los dos decenios precedentes dejaron su inevi-

Ilustración para *Borís Godunov*,
de Alexandr Pushkin. 1954-1955 (xilografía)



De la serie *Samarcanda*. 1942 (linograbado)

table impronta en el trabajo incluso de este maestro tan independiente y tan profundo en sus búsquedas. Además, esta edición (lo mismo que la última variante del *Cantar de las huestes de Igor*, que lo precedió) se destinaba al joven lector y debía publicarse en la editorial de literatura para niños. En una carta al pintor Vladímir Konashévich, Favorski reflexionaba en que antes no era propenso a pensar en un espectador determinado, sino que trataba de comprender el tema y representarlo para sí mismo, mientras que ahora el *Cantar de las huestes de Igor* lo hacía precisamente para los niños, pues para sí lo hubiera hecho de otra manera: "Para sí haces algo así como la esencia, mientras que para los niños es natural diluirla..."

Y, por fin, el último libro de Favorski, dedicado también a Pushkin: *Pequeñas tragedias* (1961).

Pequeñas tragedias –dice el pintor– "son una copa llena de pasiones, de deseos desenfrenados... En virtud de su expresividad y apasionamiento decidí que las ilustraciones de por sí no podrían transmitirlo y añadí líneas en la parte superior de las páginas con máscaras representando a los personajes. Me parecía que de tal manera los sentimientos latirían en todo el libro, de página en página, y no sólo de ilustración en ilustración".

Vladímir Andréevich Favorski falleció veinte años atrás. Pero existe y se desarrolla la escuela artística de Favorski, representada hoy no sólo por sus numerosos discípulos, sino por los discípulos de sus discípulos. Viven sus hondas ideas sobre el arte, el libro, el grabado, las letras; los historiadores de arte de nuestros días se apoyan en muchos aspectos en las obras de Favorski, en sus conferencias apuntadas en tiempos. No toda su herencia teórica ha sido editada todavía, muchas cosas habremos de conocer aún. Y, naturalmente, continúa la vida activa de sus obras, las más importantes de las cuales son ampliamente conocidas en nuestro país. Los mejores libros con grabados de Favorski se reeditan ahora, en facsímile, entre otros eminentes monumentos artísticos de nuestra cultura.

Ilustración para los poemas
de Robert Burns. 1956 (xilografía).

PARA LOS NIÑOS

Evgueni Borísov,
Irina Piatnova

EN EL MUNDO DE LAS PIEDRAS ASOMBROSAS

La piedra con la que escribes

Si pudieras echar un vistazo al pasado muy pero muy lejano, verías primero los enormes monstruos llamados saurios, mucho más grandes que los elefantes. Tenían la superficie de sus cuerpos cubierta de una coraza. Cuando abrían las fauces, aparecían unos dientes enormes.

Verías también el mar antiguo. En su fondo, cual en un acuario gigantesco, vivían algas, nadaban diminutos rozópodos y otros animales minúsculos. Cuando morían, caían al fondo. Allí poco a

poco se iba formando una capa de cascajos de conchas y esqueletos de animales marinos, que, comprimida, se fue convirtiendo en tiza.

La tiza es tu vieja conocida. Pero tú posiblemente ni sabías cómo se había formado.

Pasó muchísimo tiempo, miles y millones de años. El mar se alejó, y el gigantesco acuario desapareció. El fondo marino, al alzarse, dejó las capas de tiza al descubierto. Y ahora en muchos lugares del globo terrestre se ven montañas enteras de ese material.

Si uno tritura la tiza y la observa atentamente a través del microscopio, podrá notar muchísimas conchas y restos de diminutos seres fosilizados.

Mucho de lo que del pasado lejano conocen los científicos, se lo han contado los moluscos y los huesos de los animales, hallados en los mismos estratos en que se encuentra la tiza.

Resulta que la tiza con que escribes en la escuela y te ayuda a estudiar, puede contar interesantes historias del pasado remoto.

Pero no sólo sirve para escribir en la pizarra o investigar la historia de la Tierra. También sirve para hacer cal, cemento, vidrio, goma, se emplea en la construcción. El dentífrico también se hace con tiza.

Así que cada día tú te encuentras con la tiza no sólo en la escuela, sino también en casa, cuando te limpias los dientes.

La piedra que calienta tu casa

Hay una piedra que, al igual que la tiza, tú no podrás confundir con ninguna otra. También se formó de restos de antiguos seres que poblaban nuestro planeta, sólo que no en el mar, sino en la tierra. Y no es blanca y blanda como la tiza, sino negra y dura.

Tú has podido ver esa piedra cuando la traían a la sala de calderas que está cerca de tu casa o cuando viajabas en tren, amontonada a lo largo de las vías férreas. Es el carbón.

En un pedazo de carbón a veces pueden verse claramente huellas de hojas de plantas, y, con el microscopio, hasta huellas de maderos o de semillas de árboles prehistóricos. Esos árboles eran de tamaños colosales, tres o cuatro veces más grandes que los actuales, y crecían en terrenos pantanosos. Los árboles envejecían, se descomponían y caían. En su lugar crecían otros y también envejecían y caían. Pasaba el tiempo, y el viento cubría de arena todos esos terrenos; por encima se cubrían de otras capas. Bajo su peso,

como bajo una prensa, la madera paulatinamente fue convirtiéndose en carbón.

Ahora el hombre extrae el carbón y lo quema en las centrales eléctricas y en los hogares de las locomotoras. La combustión del carbón proporciona el calor que calienta tu casa, produce el vapor en las calderas de las locomotoras o en las estaciones eléctricas se transforma en electricidad. Esta llega a tu casa por los cables, y en la lámpara la energía del carbón se convierte en luz.

Tú puedes preguntar: ¿Por qué emplear el carbón? ¿Por qué no utilizar la leña, que es más fácil de conseguir?

Sí, conseguir la leña es más fácil, pero su poder calorífico es menor que el del carbón. Y además, hay que cuidar los bosques. Si la leña se empleara como combustible para todas las centrales eléctricas y las calderas, muy pronto no quedaría ni un árbol en la Tierra.

Además, el carbón no sólo es un combustible. De él se producen plásticos, medicinas, perfumes, pinturas y otras muchas cosas útiles.

Por eso el carbón es tan necesario y se practica su extracción.

La piedra más dura del mundo

En un principio puede parecer que esa piedra transparente se asemeja a un simple trozo de vidrio. Pero en cuanto sobre ella cae la luz, brilla y se torna muy hermosa. Esta piedra es el diamante.

Son una rareza los ejemplares de gran tamaño. El más grande que en la Tierra se ha hallado alguna vez pesaba seiscientos gramos. Pero no hay otra como ésa. Si el diamante pesa más de dos gramos, presenta ya un gran valor.

El diamante tallado y pulido se llama brillante. Despide destellos deslumbrantes. No en vano a los mejores brillantes les han puesto nombres: "Mar de luz", "Montaña de luz", "Estrella del Sur"...

Para hacer un alambre muy finito, como, por ejemplo, el de la bombilla eléctrica, el metal se pasa a través de un orificio practicado en el diamante. De polvo de diamante se hacen muelas de rectificar para pulir piezas metálicas.

Desde tiempos lejanos encontraban los diamantes en terrenos diamantíferos a orillas de los ríos. Pero se desconocía de dónde

traían los ríos esas piedras magníficas. Unos cien años atrás hallaron los más importantes yacimientos de diamantes en América del Sur, y tan sólo decenios atrás encontraron ricos yacimientos en nuestro país, en Yakutia.

Cuando reconocieron los yacimientos, se verificó que el diamante se encontraba a una profundidad de más de cien kilómetros. Esta piedra nace en las calientes entrañas de la Tierra bajo gran presión.

Esto sugirió a los científicos la idea de obtener el diamante en los laboratorios. Resultó una tarea muy difícil. Pero varios decenios atrás, los estudiosos soviéticos lo lograron. Ahora en nuestro país la industria recibe no sólo diamantes naturales, sino también artificiales.

Las piedras que arroja el volcán

No lejos de las costas de Italia hay una pequeña isla. En medio de la isla se eleva una montaña. En tiempos remotos esa montaña de pronto empezaba a tronar, su cima despedía humo negro y arrojaba piedras incandescentes. La gente sentía terror. Incluso cuando reinaba silencio, la gente temía mirar dentro del cráter: el negro pozo era profundísimo. Y arrojaba piedras. "Por lo visto debe ser la entrada al infierno", decidió la gente. Había también otras creencias. Se decía que en la profundidad, bajo la montaña, se encontraban los herreros del dios del fuego Vulcano. Por eso la propia isla recibió el nombre de Vulcano y luego todas las montañas ignívomas también fueron llamadas volcanes.

Precede a la erupción del volcán una columna de humo, cayendo después ceniza y arena. Cubre la tierra una densa capa de ceniza que poco a poco se convierte en liviana piedra: la toba. Existe toba de distintos colores, desde el grisáceo y lila claro hasta el negro. En nuestro país, en Armenia, existen enormes yacimientos de toba. Es muy liviana y sólida. De ella se construyen casas, puentes, calzadas.

Durante la erupción, las entrañas candentes de la Tierra vierten una materia en fusión: la lava, que, al solidificarse, se convierte en piedra.

Existen también volcanes submarinos. Mucho tiempo atrás, la gente notó que cuando cesa el período de actividad del volcán, en la superficie del agua, cerca de la erupción submarina, flotan trozos de una piedra rara. Es una piedra más liviana que el agua: la

pómez. La llamaban "espuma pétrea". Esta se produce cuando la lava se mezcla con mucho gas y se vierte burbujeando como una bebida gaseosa. Tú debes conocer esta piedra, quita bien las manchas de tinta de tus manos. Pero tiene, además, aplicaciones más importantes: se utiliza para desgastar y bruñir distintas piezas metálicas de máquinas.

Si la lava es poco gaseosa, se origina un mineral de color pardo, parecido al vidrio de botella de mala calidad. Es la obsidiana, o vidrio volcánico. Se diferencia de la pómez en que no es porosa. La obsidiana se origina de la lava no esponjosa. Ahora este mineral vítreo se esponja artificialmente, con lo que se obtiene otra piedra más frágil que la pómez y se llama perlita. Se emplea en la construcción. Las paredes hechas de este material conservan el calor y es buen aislador de ruidos.

La piedra que cayó del cielo

Los habitantes de Primorie recuerdan aquella fría mañana de febrero. Una bola de fuego rayó el límpido azul del cielo. Parecía haber caído el sol tras el horizonte. Luego se oyó un estallido atronador, saltaron los cristales de las ventanas, se desprendía el enlucido de las paredes. Los animales corrían, asustados, de un lado para otro. En el firmamento quedó una ancha estela, como la del humo de una locomotora.

En los estribos de la cordillera Sijoté-Alín había caído un meteorito. En el espacio interplanetario vuelan infinidad de pequeños cuerpos celestes. Cuando, al caer, se frontan con el aire atmosférico se los puede ver a simple vista. Tú seguramente has visto alguna vez: un punto luminoso cae del cielo y desaparece. Es cuando en el aire se incendia un pequeño cuerpo cósmico.

Pero si en la atmósfera de la Tierra penetra una piedra más grande o todo un peñasco, atraviesa la altura una bola luminosa: arde la superficie del meteorito y sus restos caen a la Tierra.

El meteorito que cayó en Sijoté-Alín era muy grande. Se partió en el aire en miles de fragmentos, y sobre la tierra cayó una "lluvia" de meteoritos. Sus "gotas" eran de diferente tamaño: la más grande pesaba cerca de dos toneladas y la más pequeña, porciones de gramos.

Hubo casos en que a la Tierra caían meteoritos aún más grandes. En Africa, por ejemplo, encontraron un peñón de sesenta toneladas. Mientras que en el Estado de Arizona, EE.UU., existe un embudo extraordinario, producto del choque de un meteorito contra la Tierra. Tiene más de un kilómetro de ancho y ciento setenta metros de profundidad. En ese embudo podía haberse construido un rascacielos de cincuenta pisos. ¡Cómo debía ser esa piedra caída del cielo! Los científicos calcularon que debía pesar muchos miles de toneladas.

Todos estos meteoritos –el de Sijoté-Alín, el Africano y el de Arizona– contienen hierro. La primera vez que el hombre conoció el hierro (aún mucho antes que aprendió a fundirlo de la mena) fue precisamente el del meteorito. Muchos milenios atrás nuestros lejanos antepasados hacían adornos de esa clase de hierro.

Sin embargo, los meteoritos de hierro son menos frecuentes que los de piedra. Unos y otros pueden verse en los museos de muchas ciudades de nuestro país. En Moscú se encuentra una de las mejores colecciones de meteoritos en el mundo.

Si tú tienes la oportunidad de visitar el Museo de Mineralogía, bajo los cristales de las vitrinas podrás ver piedras pardas o negras y trozos de hierro oxidado. Estas piedras tan feas presentan un valor inapreciable para la ciencia. Por ahora son los únicos huéspedes que nos han llegado del Cosmos.

Durante milenios los meteoritos despertaban en la gente un miedo supersticioso. La huella humosa en el cielo dio vida al cuento ruso sobre el dragón Zméi Gorínich. Y en La Meca, ciudad santa de los musulmanes, en el muro de la mezquita principal fue incrustada "la piedra negra", un meteorito al que hasta hoy rinden culto los creyentes. Hoy ya cada hombre instruido sabe que si bien del cielo caen piedras, éstas nada tienen de sobrenatural.

Trad.: *Elena Yákovleva*

Dibujo de *Mijaíl Bitni*

PARA LOS QUE ESTUDIAN EL RUSO

Víctor Kliúev

POR QUE SE AGITA ASI EL CENTENO

Antes de la guerra toda nuestra familia vivía en la región de Smolensk, en una aldea. El padre trabajaba de tractorista, y la madre era jefe de una brigada de fitocultura. Recuerdo que, siendo un adolescente de quince años, me gustaba esperarlos en los atardeceres de verano, cuando regresaban del campo. En la temporada de mayores faenas llegaban cansados, polvorientos, pero siempre sonrientes.

– A ver, Maxim, trae el cubo. Tú y yo lavaremos ahora el polvo de viento que trae la madre –me decía el padre, brillándole la dentadura.

El estaba mucho más polvoriento que la madre. En un santiamén yo sacaba del pozo el agua helada y miraba cómo ellos, salpicándose, se lavaban de la cara y los brazos el olor a polvo, a centeno maduro y a masut. Durante la cena me narraban vivamente lo que habían hecho en el día.

Nuestra casa se hallaba en un declive, casi en el extremo de la aldea. Desde la casa empezaban

Виктор Клюев

ПОЧЕМУ ТАК ВОЛНУЕТСЯ РОЖЬ

До войны вся наша семья жила на Смоленщине, в деревне. Отец работал трактористом, а мать — звеньевой полеводческой бригады. Помню, пятнадцатилетним подростком я любил летними вечерами встречать их, когда они возвращались с поля. В страдную пору они приходили усталые, пыльные, но всегда улыбающиеся.

— А ну-ка, Максим, тащи ведро. Сейчас мы будем с тобой смывать полевой ветер с матушки, — говорил мне отец, поблёскивая зубами.

Он был гораздо запылённее матери. Я мигом тащил из колодца студёной воды и смотрел, как они, брызгаясь, смывали с лица и рук запах пыли, созревшей ржи и мазута. За ужином они оживлённо рассказывали мне всё, что сделали за день.

Наш дом стоял на косогоре, почти на краю деревни. От дома начинались

los huertos. Detrás de ellos, un matorral y, más lejos, en la depresión, un pantano. Si se subía al porche, se podía ver a un lado del pantano un calvero llano, rodeado cuidadosamente de arbustos. Casi en el centro del calvero se erigía, como amo y señor, un solo pino. Quién sabe qué viento lo habría llevado allí. El pino era bajo, torcido y nudoso, y en algo recordaba a la bruja Yagá. A nosotros, los chiquillos, nos gustaba jugar en el calvero y, quizá por eso, con particular cariño lo llamábamos el "calvero de la bruja Yagá".

Recuerdo que el año anterior a la guerra el padre dijo en cierta ocasión:

– Mañana iré a arar vuestro calvero.

– ¿Cómo es así, papá?

– Pues es así. La Directiva resolvió sembrar allí una nueva clase de centeno. Cuando el centeno crezca os invitaremos sin falta a recogerlo –añadió y sonrió.

Trasmití en seguida la novedad a mis coetáneos. Largo tiempo armamos lío y discutimos cómo salvar nuestro calvero. Ya habíamos decidido ir a la Directiva del koljos, pero no nos dio tiempo: el padre ya lo había arado.

En la primavera el centeno creció espesamente con puntiagudos tallitos verdes, y en el verano el calvero adquirió un aspecto solemne. Incluso el pino, nuestra bruja Yaga, con tal fondo se transformó, se hizo serio como un guardián del koljós...

Cuando llegó el tiempo de segar las mieses los alemanes habían llegado hasta la aldea. No

огороды. За ними кустарник, а дальше, в низине, болото. Если подняться на крыльцо, то в стороне от болота можно было увидеть ровную полянку, заботливо окружённую кустарником. Почти на середине её по-хозяйски возвышалась единственная сосна, неизвестно каким ветром занесённая туда. Сосна была невысокая, кривая и сучковатая, чем-то напоминавшая бабу-Ягу. Мы, мальчишки, любили играть на поляне и, наверное, поэтому с особой теплотой называли её «полянкой бабы-Яги».

Помню, в год перед самой войной отец как-то сказал мне:

— Завтра поеду пахать вашу поляну.

— Как же так, папаня?

— Вот так, Правление решило посеять там новый сорт ржи. Вырастет рожь — на уборку вас обязательно пригласим, — добавил он и улыбнулся.

Эту новость я тут же передал своим сверстникам. Мы долго судачили и спорили о том, как спасти нашу поляну. Решили было пойти в правление колхоза, но так и не успели — отец тем временем вспахал её.

Весной рожь густо проросла острыми зелёными стебельками, а летом поляна приняла торжественно-деловой вид. Даже сосна, наша баба-Яга, на её фоне преобразилась, стала серьёзнее, словно колхозный сторож...

Когда пришло время уборки хлебов, к деревне подошли немцы. Недалёко

lejos de nosotros pasaba la zona neutral. Cierta vez estaba yo sentado en el desván de la casa. Desde allí vi que varios soldados rojos, ocultándose entre el centeno, se arrastraban hacia el lado alemán. Y lo que son las cosas: al encuentro de ellos se arrastraba una cadena de fascistas. No lejos del pino, unos y otros tropezaron inesperadamente, y, sin tiroteo, comenzaron a luchar. No se sabe cómo habría terminado esa refriega, pero ocurrió que desde el lado alemán golpeó una ráfaga de ametralladora. Todos los que estaban en el centeno cayeron y se quedaron echados en el calvero como gavillas olvidadas...

Cuando nuestro ejército pasó a la ofensiva, una batería artillera se detuvo a descansar en la aldea. En aquel tiempo junto al pino humeaba amistosamente una cocina de campaña...

Ahora nuestra aldea está desconocida. Se ha vuelto a construir. Hay tantos niños, que el koljós construyó su propia escuela. En nuestra casa viven ahora mi madre y mi abuela. Ya hace varios años que mi madre dirige el koljós. Al igual que antes, regresa tarde a casa, cansada, pero sola. El padre no regresó de la guerra. No tuvo ocasión de recoger la cosecha de nuestro calvero.

El viejo pino frondoso sigue en su lugar. El casco de un proyectil le cortó la copa y, desde arriba, le partió el tronco, por lo cual está más bajo y deforme. Los chiquillos de hoy no le prestan la menor atención, y ninguno de ellos sabe que en otros tiempos no estaba tan solitario. Ahora el

от нас проходила нейтральная зона. Однажды я сидел на чердаке дома. Оттуда я увидел, как несколько красноармейцев, скрываясь во ржи, поползли в немецкую сторону. И надо ж так: навстречу им ползла цепь фашистов. Неподалёку от сосны те и другие неожиданно столкнулись и без стрельбы начали бороться. Неизвестно, чем кончилась бы эта схватка, только с немецкой стороны ударила пулемётная очередь. Все, кто был во ржи, повалились и остались лежать на поляне забытыми снопами...

А когда наступала наша армия, в деревне на отдых остановилась артиллерийская батарея. В то время у сосны приветливо дымила походная кухня...

Теперь нашу деревню не узнаешь. Она заново отстроилась. Детворы стало так много, что колхоз построил свою школу. В нашем доме сейчас живут мать и бабушка. Уже несколько лет мать руководит колхозом. Как и раньше, она поздно к вечеру, уставшая, возвращается домой, но только одна. Отец не вернулся с войны. Ему не довелось собрать урожай с нашей поляны.

Старая развесистая сосна стоит по-прежнему. Осколком снаряда ей срезало макушку и сверху расщепило ствол, отчего она стала ниже и уродливее. Теперешние мальчишки не обращают на нее никакого внимания, и никто из них не знает, что было время, когда она не была так одинока.

antiguo calvero se convierte cada verano en un aromático lago de centeno.

Voy con frecuencia donde está el viejecito pino, nuestra bruja Yagá, y contemplo largo rato ese lago ondulante, aspiro el fresco aroma de las mieses crecientes. Rara vez están serenas las espigas de centeno. Casi siempre se balancean levemente, y por todo el campo dorado corren las ondas como crines rojizas. Las ramas sueltas del viejo pino se mecen suavemente, rozando a veces las espigas. Entonces parece que acaricia y tranquiliza con la manaza punzante el lago de centeno desenfrenado. Pero las espigas maduras se balancean: no quieren tranquilizarse ni subordinarse a él, y susurran, tintinean, como si trataran de decir algo.

Entonces quisiera preguntarle a mi bruja Yagá: ¿por qué se ha desenfrenado el dorado centeno? ¿Qué secretos le ha contado ella a las jóvenes espigas? Pero el pino sólo sacude las ramas y guarda silencio. Nunca le dirá a nadie por qué se agita así el centeno.

Pues que no lo diga. Yo sí sé sobre qué susurran pensativas las espigas.

Теперь бывшая поляна каждое лето превращается в пахучее озеро ржи.

Я часто прихожу к старушке бабе-Яге и подолгу смотрю на это волнующееся озеро, вдыхаю в себя парной аромат растущих хлебов. Редко колосья ржи бывают в покое. Почти всегда они упруго раскачиваются, а по всей золотистой ниве бегут рыжеватыми гривами волны. Размашистые ветки старой сосны плавно покачиваются, иногда задевая колосья. Тогда кажется, что она гладит, успокаивает колючей лапой разгулявшееся озеро ржи. А налитые колосья качаются — никак не хотят успокоиться, подчиниться ей и шумят, и звенят, словно пытаются сказать что-то.

И тогда мне хочется спросить у моей бабы-Яги: почему расходилась золотистая рожь, что за тайны поведала она молодым колоскам? Но сосна только машет ветвями и молчит. Никому никогда не расскажет она, почему так волнуется рожь.

Ну и пусть. Я-то знаю, о чем так задумчиво шуршат колоски.

CAMINOS IGNEOS

Durante tres tardes la TV Central proyectó el serial en tres partes *Caminos ígneos* dedicado a la vida, la lucha y la obra de Hamzá Hakim-zadé Niyazí (1889-1929), poeta, dramaturgo, compositor y personalidad pública uzbeka. Las primeras partes de la cinenovela habla de la juventud de Hamzá, las concluyentes, de su lucha por el Poder soviético, de su vida en los años 20 en que creara sus mejores obras poéticas y en prosa. "El relato sobre Hamzá narra al mismo tiempo la historia del pueblo uzbeko, su camino hacia las realizaciones de hoy —dice el director de cine Abbásov, Artista del Pueblo de la URSS, que trabajó nueve años en esta película.

TEMPORADA 67 DEL TEATRO

En su temporada 67, el Teatro Musical Stanislavski y Nemiróvich-Dánchenko preparó, con motivo del XXVII Congreso del PCUS, el espectáculo coreográfico *Tragedia optimista,* según la pieza de Vsévolod Vishnevski, música del comositor Mijaíl Brónner. También se estrenó el ballet con música de Rossini *¡Bravo, Fígaro!* En el plan del teatro figuran dos óperas: *Los borceguíes,* de Chaikovski, y *Las alegres comadres de Windsor,* de Nicolai. En colaboración con el compositor Sidélnikov, se está ensayando su nueva ópera, *La carrera,* según la novela de Mijaíl Bulgákov.

CINCO DECENIOS DE TRABAJO

En los Salones de la Academia de Bellas Artes de la URSS en Moscú transcurrió la séptima exposición de Nikolái Romadin, que abarca cinco decenios de su creación. El pintor comenzó trabajando en grandes lienzos sobre temas histórico-revolucionarios, pintó retratos, escenas costumbristas y paisajes. En el género de paisaje abrió su propia senda "romadiniana". En sus telas vemos la fría belleza del lago Ládoga, el litoral del Norte, aldeas de la Rusia Central. Por la serie *El Volga, río ruso,* fue galardonado con el Premio Nacional de la URSS. El pintor percibe finamente la poesía de las estaciones del año, precisamente de la primavera (*El primer día de marzo, El primer día de mayo*). El paisaje de Romadin es afín a la poesía rusa. Su lienzo *La Rusia de Esenin* mereció el Premio Lenin.

MANUSCRITO DEL "CANTAR" EN TASHKENT

Desde hace cien años se conserva en Tashkent, en el archivo de la Biblioteca Nacional Alisher Navoí, de Uzbekia, un cuaderno manuscrito escrito con letra caligráfica y descolorida tinta violeta. Es la versión poética del *Cantar de las huestes de Igor.* En la primera página se ve la firma de Nikolái Nezhata, traductor de la epopeya rusa.

Nezhata es el seudónimo de Nikolái Tijánov, que lo tomó del nombre de su ciudad natal de Nezhin. A su pluma se deben también el drama *La princesa Jabar Símskaya* y el poema *La fuerza de la canción* que restituyen la historia de la antigua Rus. Pero el trabajo más notable de Tijánov fue la traducción del *Cantar.*

LITERATURA SOVIETICA

Se admite suscripción en las siguientes direcciones:

(después del nombre del país se da el precio de suscripción anual)

ARGENTINA (U.S. $ 9.20) – Szmid Sergio. Av. Corrientes 1719 p. – 6 1042. Buenos Aires.

BRASIL (U.S. $9.20) – Valentina Rózova, Firma Individual, Rua 24 de Maio, 35, Conj. 312. São Paulo.
– Livraria Tecnocientífica. Rua Conde de Sorzedas, 246. São Paulo, S.P.
– "Importadora de Revistas Santiago Ltda.", Rua Prof. Quintino do Vale, 76. Caixa Postal 13025. CC-10. 20250. Rio de Janeiro.

COLOMBIA (U.S. $9.20) – Ediciones Suramérica Ltda. Carrera 13, 12-81, Apartados 14470 y 8971. Bogotá, D. E.

COSTA RICA (U.S. $9.20) – Librería Internacional. Calle 12 – Av. 12-14. Apartado 758. San José.

ECUADOR (U.S. $9.20) – "E.E.F.C.A." Villamil 211 y Abdón Calderón. Casilla 6217. Guayaquil.

ESPAÑA (U.S. $9.20) – Librería Rubiños. 1. 860. Alcalá, 98. 28009 Madrid.

ESTADOS UNIDOS ($22.80) – Victor Kamkin Bookstore, Inc. 12224. Parklawn Drive, Rockville, md. 20852.
– Imported Publications, Inc. 320, West Ohio Street. Chicago, Illinois, 60610.
– EBSCO Industries, Inc. 1st Avenue North at 13th Street. Birmingham, Alabama. 35201.

FRANCIA (120 F.) – Messidor-Globe, 2, rue de Buci, 75006. Paris (6e).

MEXICO (U.S. $9.20) – Servicios Bibliográficos Palomar. Apartado Postal N. 42-045. C.P. 06400, D.F., México.
– "El Día". Alfonso López Camacho. Rúa Flores Magón (6e). 1908. Apartado Postal 175. Tijuana B. Cía.

NICARAGUA (U.S. $ 9.20) – "IMELSA". Apartado Postal 2705. Managua.

PERU (U.S. $9.20) – Editorial Latinoamericana de Ciencias. SCR Ltda., Jr. Huancavelica 354-101. Apartado de Correo 3108. Lima 1.
– Librerías y Distribuidoras Cosmos y Siglo XX, Av. Tacna 219. Lima 1.

PORTUGAL (750 $00) – Central Distribuidora Livreira SARL. Av. Santos Dumond, 57-2°, 1000, Lisboa.

VENEZUELA (U.S. $9.20) – Distribuidora Progreso. Apartado 19224. Caracas.
– Distribuidora Trans-Oceánica. Apartado (Nva. Gda.) 40242, Caracas – 104.

IMPRESO EN LA URSS

70 837

LITERATURA SOVIETICA

●

En el siguiente número publicaremos:

— Poesías consagradas a Lenin debidas a Alexandr Tvardovski y Serguéi Smirnov;

— "Rajmáninov", novela de Yuri Naguibin;

— "El hombre de Ijmif", fragmento del poema de Vladímir Sanguí, iniciador de la literatura del pueblo nivjo;

— conmemorando el 25 aniversario del vuelo espacial de Yuri Gagarin, las memorias de Valentina Gagárina, viuda del cosmonauta;

— la entrevista con el escritor lituano Juozas Baltusis;

— para nuestro joven lector, algunas páginas dedicadas a los escudos antiguos de las ciudades rusas.